

VICTOR VARAS REYES

CH'AJMIDAS

Apuntes folklóricos

La guerra del Chaco

LA PAZ, BOLIVIA



BIBLIOTECA DIGITAL

TEXTOS SOBRE BOLIVIA

**TEXTOS SOBRE LA HISTORIA POLÍTICA, TEORÍA POLÍTICA Y GEOPOLÍTICA,
DE ALGUNOS DE LOS PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA, SU
GESTIÓN Y ADMINISTRACIÓN, HISTORIA MILITAR, BATALLAS, GUERRAS
INTERNACIONALES, GUERRA CIVIL O FEDERAL Y GUERRILLA**

FICHA DEL TEXTO

Número de identificación del texto en clasificación Bolivia: 4614

Número del texto en clasificación por autores: 10202

Título del libro: Ch'ajmidas. Apuntes folklóricos La guerra del Chaco

Autor (es): Victor Varas Reyes

Editor: Empresa Editora Universo

Derechos de autor: Depósito Legal L. P. N9 1078 - 72

Imprenta: Empresa Editora Universo

Año: 1972

Ciudad y País: La Paz - Bolivia

Número total de páginas: 318

Fuente: Digitalizado por la Fundación

Temática: La guerra del Chaco 1932 - 1935

Víctor Varas Reyes

Ch'ajmidas

V I C T O R V A R A S R E Y E S

CH'AJMIDAS

- Apuntes folklóricos
- Relatos
- Compañía Unificada "Pro-Absurdo" o lo ineluctable
- Y... siga... pué... bolí...
- Algunos cuadros del cautiverio.

LA PAZ - BOLIVIA

1 9 7 2

DERECHOS RESERVADOS DEL AUTOR

IMPRESO EN BOLIVIA

Depósito Legal
L. P. N° 1078 - 72

CH'AJMIDAS

OTRAS PUBLICACIONES DEL AUTOR

HOMBRES DE TARIJA.— Publicación municipal.— Imprenta "La Comercial".— Tarija.— 1938.

GUILLERMO FRANCOVICH.— Una contribución a la Filosofía de la Cultura.— Edit. "América".— Cochabamba.— 1946.

HUINAYPACHA.— Aspectos folklóricos de Bolivia.— Edit. "América".— Cochabamba.— 1947.

FACETAS DE LA FUNDACION DE TARIJA.— Publicación municipal. Editorial "La Antoniana".— Tarija.— 1951.

INVOCACIONES INDIGENAS Y POPULARES BOLIVIANAS.— Cuaderno N° 2 de la Sociedad Folklórica de Bolivia.— Editorial "Charcas".— Sucre.— 1953.

CALENDARIO FOLKLORICO DEL DEPARTAMENTO DE TARIJA.— Publicación auspiciada por la H. Alcaldía Municipal de Tarija.— Editorial "Universitaria".— Tarija.— 1958.

EL CASTELLANO POPULAR EN TARIJA.— Talleres Gráficos Bolivianos.— La Paz.— 1960.

LECCIONES DE CULTURA CIVICA Y CASTELLANO.— Publicaciones de la Universidad Mayor y Autónoma "Juan Misael Saracho".— Editorial "Universitaria".— Tarija.— 1964.

UN HOMBRE DEL CHACO.— Coronel Armando Ichazo U.— Publicaciones de la Universidad Mayor y Autónoma "Juan Misael Saracho".— Editorial "Universitaria".— Tarija.— 1966.

URDIMALIS EN TARIJA.— Ediciones ISLA.— La Paz.— 1969.

MARCOS BELTRAN AVILA.— (Bio-bibliografía de un maestro).— Ediciones ISLA.— La Paz.— 1969.

POR EL TITULO

Seguramente sorprenderá al desprevenido pascante por las vitrinas de las librerías, o por el anuncio de la prensa periódica, o al encontrar en los puestos de venta de lance, el título del último libro con el que su autor leva anclas al ausentarse de la embrujadora pero reducida isla de este foliculario: "CH'AJMIDAS". Que el vocablo es bárbaro, antiacadémico, porque existe en castellano el sustituto preciso... Si, señores, pero hasta por ahí... no más... Las voces castizas tienen muchas veces la severidad hierática de un quirófano, en tanto que el pueblo en nuestro ambiente emplea términos grabados lenta pero firmemente en su intelecto y que quieren decir mucho más del gélido significado, porque implican en la acción exteriorizada, con gracia, con picardía, con entonación típica, no sólo aspectos físicos, sino también psicológicos, afectivos y volitivos, con mayor área de intencionalidad.

Y ahí va la explicación:

Según la "Gramática y vocabulario de la lengua quechua", publicada por los sacerdotes bolivianos Urioste—Herrero, "ch'ajmay" significa recoger y "cha'ajmiri", el que levanta los restos de la cosecha.

En el "Diccionario kechwa-castellano y castellano kechwa", del escritor peruano César Guardia Mayorga, "chaqmay" quiere decir barbechar.

Esto, en lo que se refiere al quechua. ¿Qué dirán los aymarálogos?

Felizmente nos salva del apuro el "Vocabulario de la lengua aimara", llegado con toda oportunidad, obra póstuma de don Manuel Rigoberto Paredes, editada gracias a la incolmable pasión filial del folklorólogo Antonio Paredes Candia, quien paulatinamente está entregando a la luz pública las obras inéditas dejadas por su ilustre padre, personalidad ya consagrada en el país y en el extranjero, por sus estudios folklóricos, históricos y sociológicos.

En dicho Vocabulario encontramos que "chajmaña" significa espigar, recoger los frutos caídos de la haba y de la quinua.

En los jocundos valles del sudeste boliviano, el chapa-co, o sea el campesino tarijeño, labrador tradicional, hispanoparlante que en su léxico utiliza tanto vocablos del castellano vetusto, como sedimentos de los idiomas kollas, conservados en su pretérito acervo, conforme a la semántica de su patrimonio, "ch'ajmir" representa alzar en la haza labrada, después de la primera cosecha, el sobrante que permanece aún en el rastrojo, luego de lo cual el terreno queda disponible para el trabajo del próximo año agrícola. "Ch'ajmida" expresa el resultado de la acción de juntar los productos que aún subsisten en el campo labrantío, después de la preselección efectuada poco antes y que se guarda en las "pirwas" o trojes.

Pero no queda ahí, porque la fajina, en su minuciosidad, a la vez que comprende aspectos rigurosamente laborales, con plan de no dejar frutos al abandono, se la realiza en camaradería, conteniendo en lo oculto, sucesiva voluntad de expansión, con que culminan las labores en el agro vallista.

Y el quehacer intelectual a través de una vida, abundante o escaso, del investigador y del que escribe para el público, desde el tiempo bíblico se lo ha comparado con la tarea del sembrador. Si éste trabaja con la tierra esperando el seguro fruto, aquél, alimentándose con los jugos más puros del corazón del humus, extrayéndole sus íntimos arcanos, los alquitara en vivencias. Así es leal consigo mismo y con los suyos. Conjugando el implacable sino con el que representa su universo, va esparciendo en idéntica actitud del oscuro labrador, la simiente que disemina a todos los vientos, pero le queda recobrar siquiera en parte las mieses desparramadas, cuando asoma el véspero indicador del término de la faena y su conciencia le impone e imperativamente le interroga:

—¿Qué has hecho?

Y el soñador empedernido, perpetuo cazador de refucilos y flechero de luceros, debe mostrar reunido el resultado, para justificar la razón de su paso por la vida, cuantitativa y cualitativamente. Bueno, regular o malo, el valor de la cosecha dependerá del propósito de los que evalúen la labor íntegra de quien, con buena fe, ha hecho lo que pudo, sin refistolera soberbia.

Por todo ello, el autor, al bautizar con el vernáculo nombre mencionado líneas arriba a su última obra, ha querido concentrar en un volumen, trabajos ya publicados aisladamente y dispersos en la prensa nacional y en la extranjera, junto con otros aún inéditos, pero que apreciándolos como contribución a los estudios respectivos, pueden figurar en el conjunto.

El libro está dividido en varias secciones. Contiene desde lo folklórico, la elaboración de relatos lugareños, para luego incluir un esbozo cinematográfico (un "corto") de la campaña chaqueña, desde su iniciación hasta Campo Vía, epilogándolo con los desfiles de la amargura y con algunos episodios reales, vividos y experimentados en la prisión.

Sobre lo registrado en los apuntes folklóricos, es lógico que se hayan producido variaciones en los detalles y condiciones relacionadas con la época de su recolección. Es vida humana, y como todo en la existencia, fluente. Pero en lo esencial, los hechos quedan fijos, firmes, mientras cumplan con uno de los requisitos de folklorización; su funcionalidad espiritual o material, que caracterice y dignifique al pueblo o nación de su procedencia. Que engendre un bien individual o colectivo, un mensaje y una enseñanza. Esto no está en contradicción en nuestra época, en la que deflagra la necesidad de cambiar, de renovarse.

Se trata, pues, de una despedida de la faena. De entregar apuntamientos de difusión sobre temas destinados, no a la avidez de los especialistas, sino al común de los lectores, con el objeto de que le sean útiles como entretenimiento e información, poniendo, igualmente en sus manos, un registro de sucesos auténticos, ya olvidados, del trágico acontecer nacional, cuya veraz evocación pueda sugerir sanas y positivas enseñanzas.

APUNTES
FOLKLORICOS

HUMOR EN LA COPLA ESPAÑOLA E HISPANOAMERICANA

**A María Quiroga Vargas,
como especial homenaje**

En las múltiples aristas del kaleidoscopio anímico, despléganse las alas de mil pájaros coloreados, afanosos por horizontes ilimitados: tal el juego emocional en la dinámica afectiva. Como maravilla de expresión surge de allí la copla: anhelada sinergia a que se llega, conjugando el sentir profundo con la chispa divina de la palabra, en una dinámica musical. Todo el sentimiento trágico unamunesco, con la innúmera maraña psíquica, impostada sobre el placer y el dolor, con más la acción telúrica diluida en las formas de vida, queda quintaesenciado en la copla, fórmula que nos viene desde que el hombre sintió el primer destello de inteligencia, capaz de hacer comprender su íntima agitación. Y, sin embargo del esfuerzo, la intensidad en sí misma, queda aún inédita.

Hay críticos, como Rafael Cansinos Assens, que atribuyen a la copla una bíblica ascendencia. El "Cantar de los Cantares" salomónico, en su profundidad, es un matizado cogollo. Igualmente ese cantar se vislumbra en Teócrito, el griego, y en Virgilio, el latino, así como en las primitivas ma-

nifestaciones poéticas del mundo occidental. Pero también, entre los amarillos, contamos con los 'hai-kais nipones. Ese tamiz de las más cristalinas armonías del espíritu ha ido formándose, como el diamante, con el sacudimiento milenarío de los mundos. Algo en la infinitud del tiempo, como el esfuerzo simbólico del ruiseñor en el mito de Wilde, el inolvidable irlandés.

Pero es en el alma hispana que bulle por dentro de la herencia dejada en nuestro mundo mestizo, donde encontramos todas las crisis espirituales dichas en la copla: citamos como sillares, pena, alegría, amor, odio; tan contrarios, pero tan juntos, que en la dinámica térmica se vuelven uno solo por la divina gracia del Verbo y la influencia del espíritu de la tierra. Pacientes folkloristas y finos estetas, han recogido la copla con el mejor de los amores. Exégetas zahoríes la han interpretado. Es una y múltiple, pero la misma. Toda ella nos habla con esfuerzo de contención. Toda ella, al partir de España, de Andalucía, que canta sus propios dolores y baila su tragedia, con la vehemencia propia de la vida española sólo concebible como ímpetu apasionado, con geografía que incubaba constante heroísmo, implica resentimiento concentrado por centenares de años, pues en Tarteso, en el país de los Geriones, nadie ha prolongado —de padres a hijos— su propia existencia. Diversas razas sucediéronse en la zona, anulando a los autóctonos. Y en España toda, religiones, costumbres, leyes civiles, en desesperante rotación, se han superpuesto. El pueblo de pastores ha pasado por fenicios, griegos, cartagineses, semitas, árabes, romanos, bárbaros. Por su parte, las diversas regiones hispánicas son conservadoras de lo suyo y mantienen dentro de la nación, sendas resistencias, difíciles de vencer para fundirlas en un carácter común. Duelo permanente se trasunta así en la literatura popular, igual que en la culta. Y nosotros, no sólo heredamos raza, lengua, religión y prejuicios, sino que hasta la geografía nos marca la misma ruta, resultando como ciertas medicinas que tanto curan como envenenan.

CH'AJMIDAS

Al compenetrarse en la potencia expresiva de la copla creada, cultivada por el pueblo, los poetas, con ansia de efectiva inmortalidad, que es refundirse en lo eterno que hay en el meollo popular, la han revivido con su inspiración y se consideraban afortunados con lo suyo se mezclase con favorable destino en la confluencia de ambas corrientes. Así se le dio su ejecutoria.

Refiriéndose a España y a los españoles, Karl Vossler dice: "Todos están convencidos de que el espíritu de sus antepasados se conserva mejor en el alma que en los libros". Y agrega: "La pasión se baila y se canta más que se declama o que se lee y se prefiere improvisarla a escribirla". Es una cara de la medalla. Mas, no nos engañemos, si hemos de pensar que lo relativo a la copla brota única y exclusivamente del alma anónima en su forma oral. Con parte de razón, por el reverso, dice Charles Lalo que "lo que constituye la poesía popular, es la tradición infiel de obras de poetas que pueden haber sido literatos de oficio". En nuestro país, por diversas influencias, también hemos tenido poetas-copleos, sin dar a esta expresión el signo menospreciativo con que se les calificara alguna vez. Acordémonos, si no, de:

Cuando sucumba
paloma mía
sobre mi tumba
no has de llorar,
porque tu llanto
lleno de encanto
hace a los muertos
resucitar.

(Félix Reyes Ortiz)



No hay prosperidad durable
en esta inconstante vida:
rápido el deleite vuela,
cansado el dolor camina.

(De Chuquisaca: "**Cantarcillo popular**",
registrado como tal en "**El Censor**", Sucre,
18 de febrero de 1891).



Y en la verba chapaca se evidencia:

Pa castigar la soberbia
nu hay como la sepultura.
Cómo hay durar la soberbia
cuando ni la vida dura.

Pero vale resumir lo siguiente: Coplas hay en las que el pueblo, con su lenguaje, fonética y sentido telúrico, expresa su mundo interior y deber es recoger como han venido, desprovistas de galas artificiales. Las hay también, como dijimos, de origen superior, concebidas por elemento cultivado. La inmediata perfección es discutible, porque la copla, como el mundo, como la vida, es un constante hacerse, en presente fugaz, hasta encontrar cierto límite que hable por sí de la perenne armonía de la eternidad.

EL HUMORISMO EN LA COPLA

No queremos ni soslayar esta vez, el alcance enorme de la copla en su polimorfo existir. Hemos buscado una faceta más o menos amable, y es la del humor que esta divina "química" trae consigo. Sabemos que el humor es efecto del choque de sentimientos contrarios. Excavando en las zonas ocultas del subconsciente anímico, la risa, el chiste, son recursos inventados por el rubor humano para ocultar la desnudez del mundo interior. No deben saber los extraños, hasta qué punto es cierta la alegría y desde dónde empiezan las notas graves del dolor. Ya el alemán semita Enrique Heine, manifestaba que "con sus grandes pesares hizo pequeñas coplas". Y además, que "hasta después del llanto más sublime, siempre acaba uno por sonarse".

CH'AJMIDAS

Grave cosa es escarbar la interna corriente. La apariencia amable, alegre, oculta desencantos de la animalidad humana. Y mientras mayor es el desequilibrio, la liberación o recuperación sale colada en la sonrisa o torrentosa en la carajada. El aventurero hispano que trajera consigo su tragedia de milenios, al fundirse con hombre y mundo americanos, llenos de misterios por su parte, podría preguntarse más tarde, estupefacto, si realmente conquistó él o lo conquistaron. La dúctil mente de las Américas también ha contribuido a la complejidad de varios duelos ancestrales sedimentados en el espíritu ibero.

Cortando este requilorio, haremos breve desfile de algunas muestras.

DE PIROPO

La sal, la gracia andaluza predominante manifiéstase comedida ante la presencia de la "eterna perseguida". Así el coplero colombiano insinúa:

Desde que te ví venir
le dije a mi corazón:
¡Qué bonita piedrecita
para darme un tropezón!

Pero también bulle su sangre tropical:

Las pantorrillas rosadas
que me provocan morder,
están que dicen: ¡comémel
y a gloria deben saber.

Y esta otra:

Esta calle para arriba
la voy a hacer empedrar
para que pase mi negra
vestida de militar.

VICTOR VARAS REYES

El alma andaluza, por boca del chileno, expresa:

A la que está bailando
echarle rosas,
porque se lo merece
por buena moza.

El cuyano, con cierto sentido realista, propone:

A deshoras de la noche
vengo a pedirte un favor:
¡que me pongáis de hortelano
en los jardines de amor!

AMOR SATISFECHO

¿Se acuerdan de la comedia italiana de estudiantes, titulada "Adiós juventud"? Pues allí como en tantas otras de la misma índole, como hasta en el inmortal Quijote, resulta que no siempre los que se ufanan de sus conquistas, es verdad que las tengan. Tan divina fantasía humanizada es Dulcinea como la Duquesa de la comedia citada. La posibilidad humana es grande. El refundirse de las almas es ley. La eterna caza —si hay suerte— tiene compensación. Así el gaucho dirá:

¡Qué lindo es ver una moza
cuando la están pretendiendol
¡Se agacha y quiebra palitos,
señal que ya está queriendol

Por las tierras del "roto" y del "guaso" oiremos, al compás de la "cueca":

Lo que la chilena dice:
"lo dicho, hecho".
Y le gustan los guaynas
de pelo en pecho.

CH'AJMIDAS

El tropical colombiano ufanaráse de su humana continuidad:

Volví a ver a la fulana
al pasar por Maripí,
y me dijo que el niño
se parece mucho a mí.

Y el desconsuelo, vencido, exclama:

Ensillando mi caballo
ella se puso a llorar,
y yo llorando con ella,
la volví a desensillar.

El alma andaluza, fundida con el hombre de las pampas argentinas, sabrá aconsejar sobre el amor convertido en pecado:

Si tu marido es celoso
dale a comer chicharrones
y verás con la manteca
qué suavito se te pone.

MUNDO DE IRONIA

Volvemos a tocar el aspecto en que antes incidimos: el afán de embozar cruel pesadumbre y resultar, por malabarismo mental, la angustia que cosquillea trocada en sonrisa. Así, en el Perú de los virreyes cantarán esta copla de los antepasados hispanos:

Cada vez que considero
que tengo un amor ingrato,
no sé cómo no me tiro
contra un colchón y me mato.

El mismo espíritu andaluz exclamará al salir de la "cortina de humo" de la adolescencia:

VICTOR VARAS REYES

Cuando yo era chiquito
todas me querían besar,
ahora que estoy grandecito
todas se hacen de rogar.

El colombiano expresará luego:

Las mujeres son el diablo.
parientes de Lucifer.
Se visten por la cabeza,
se desvisten por los pies.

Suavemente, cuerda disculpa querrá disfrazar algo no
logrado:

La mujer chiquitita
es un regalo;
más vale poco y bueno
que mucho y malo.

Por los pagos de Mendoza, se oye mucho proclamar:

De balde te has de extender
como verdolaga 'e huerta
si a la larga o a la corta
has de correr de mi cuenta.

BURLA. SUBE EL DIAPASON

Nos encontramos con coplas con que se disimula finalmente ciertas intenciones. Se entiende bien que algo no prospera como debiera. Hay razones para ello, porque la razón es incansable. Oigamos a los hispanos:

En mi casa hay un patio
tan particular,
que en lloviendo se moja
como los demás.

CH'AJMIDAS

Esta noche y anoche
y esta mañana,
antes de levantarme
estaba en cama.

O también buscarán esquivarse, desahogando con alguien que nada tenga que ver con su problema:

Siempre verán a las viejas
sentadas en los rincones,
disimulando la risa
por no mostrar los raigones.

Pero veamos una salida esencialmente femenina:

Me ronda un lechuguino
de tanta gracia,
que se parece a un mono
que hay en mi casa.

El chacarero argentino dirá acerca de los hombres de
:rojo

Me gusta ver a los negros
cuando se mudan camisa...
Parecen gallinas negras
¡revolcadas en ceniza!...

Me gusta ver a los negros
cuando van a enamorar...
se les relumbra la frente
¡como piedra 'e tutaniar!

DESPECHO

En el cancionero colombiano encontramos buenas muestras de expresión de despecho masculino. Mucha claridad, con énfasis *increscendo*:

VICTOR VARAS REYES

Ayer me dijiste que hoy,
y hoy me dices que mañana,
y más tarde me dirás:
¡no quiero, no me da la gana!

Subiendo esta cuesta arriba
con un manojo de iraca,
creyendo que era mi novia
le dije adiós a una vaca.

Mi mujer y mi caballo
se me murieron a un tiempo:
¡qué mujer ni qué demonios,
mi caballo es lo que siento!

Es en el mismo cantar colombiano que descubrimos
acre censura a la exageración de la "silueta", agravada con
cierto mal gusto en el vestir:

Las muchachas de este tiempo
todas visten de amarillo;
y al vérselas las canillas
parecen velas de a cuartillo.

En el folklore poético de Trujillo (República Dominicana), encontramos una copla con variación de la misma que
se canta en Tarija:

El amor de las mujeres
es como el de las gallinas,
cuando falta el gallo grande
cualquier pollo se les arrima.

Venezuela expresa por boca de su pueblo:

¡Ah, malhaya, si me viera
contigo en el aposento,
que se perdiera la llave
y el herrero hubiera muerto!

Los cuyanos expresan su contrariedad, diciendo:

Yo también me conchabé
en la casa 'e la que amaba.
El destino que me dieron
que fuera a cuidar las cabras.

Estaba una vieja un día
jugando con una rosa,
daba un suspiro y decía:
—¡Ahijuna!... ¡Quién fuera moza!

Pero la estrofa de la Madre España suavizará el rencor lancinante:

Cuando me dieron la nueva
de que ya no me querías,
hasta el gato de mi casa
me miraba y se reía.

CRUELDAD MENTAL POR "REPRESION"

Suman a millares las coplas en las que por la hondura de la herida surgen versos muy fuertes. No estamos animados para sacarlas del sombrío rincón donde están en depósito. La exageración de los defectos la cólera que estalla sin freno, han esparcido tremendas reacciones. Aquí presentamos tres muestras de las más inofensivas, propias del cancionero andaluz, cuyano y chapaco, trino y uno:

Yo le dí unos huascazos
y ella lloraba...
¡Costumbre de mujeres
llorar por nada!

Mire usted con la gracia
que mira un tuerto,
con un ojo cerrado
y el otro abierto.

Del árbol sale la flor,
y de la flor sale el fruto:
si de chico eres tan bruto
¿Qué serás cuando mayor?

Que a los hombres no les creas,
tal vez que tengas razón,
pues en todas las mujeres
el seso está en el talón...

COSAS DE LA BEBIDA

Cuando, según el Génesis (IX-20-21-22), después de la salida del arca, Noé plantó una viña, y en su tiempo, al beber su vino, acometióle la primera embriaguez de la Historia, durmió la borrachera completamente desnudo y Cam, el hijo menor contara con zumba el hecho a sus hermanos, sembróse el efugio para toda humana explosión hostil, aunque se la mostrara con felina amabilidad. Primero encontramos al colombiano con su disculpa:

Anoche dormí en la arena
y antenoche en la montaña,
¿eso quién tiene la culpa?
El aguardiente de caña.

El "roto" dicharachero y de resignación alegre alabaré al elemento líquido que le lleva fuera del mundo de los problemas, diciendo:

Póngale chicha al cacho
y aguardiente a la cantora,
porque el que muere curao
va como cohete a la gloria.

Un borracho se murió
y dejó en el testamento
que lo entierren en la viña
para chupar el sarmiento.

CH'AJMIDAS

BURLA DE LA MUERTE

Entramos a lo macabro y espeluznante, ¿eh?... Pero haya paz y sosiego. ¿Cómo, tratándose de la copla hispano-americana, no soslayar siquiera el motivo que tanto ha hecho trabajar a las musas, espectro enlutado de la guadaña ante el cual el pueblo sabe disimular el consabido miedo? Veamos cómo se expresa el mexicano:

Por aquí pasó la Muerte
con su aguaja y su dedal,
preguntando si aquí vive
la Reina del Carnaval.

La Muerte todo lo acaba
y a mí no me deja nada:
si se muere mi mujer,
¡me caso con mi cuñada!

Ya te vide, calavera,
con un diente y una muela:
saltando como una pulga
que tiene barriga llena.

Pero todo queda "para siempre en paz", dice la copla del "roto":

Al que muere, lo entierran,
con tierra queda tapado,
olvida lo que ha querido
y lo que ha pedido fiado.

DETERMINISMO ECONOMICO

Antes que el diabólico genio de Tréveris atacara al "Capital" frontalmente, dividiendo a los hombres en explo-

tadores y explotados, el espíritu hispano, por intermedio del Arcipreste, destacaba el valor del dinero y de la calidad de la justicia divina y humana, movidas por tan decisivo factor: —“Mucho faz el dinero, mucho es de amar— al torpe faze bueno et home de prestar — faze correr al cojo et al mudo fablar... — Si tovieres dinero habrás consolación, — Placer e alegría e del Papa ración, — Comprará paraíso, ganarás salvación,...”. Es muy natural que la copla también se tome su desquite. Así el gaúcho, como su congénere, el chapaco, cantarán:

Los hombres son el demonio
parientes del alacrán:
cuando ven la mujer pobre
paran la cola y se van

Pensando sacar ganancias
pusi mi amor a vender,
capital y ganancialis
tuito se me echó a perder.

El alma popular colombiana tiene arranques especiales cuando del dinero se trata:

Por un beso que me diste
me cobraste cuatro riales:
malhaya el beso tan caro
poniendo mis materiales.

Tres cosas hay en la vida
que cuestan mucho dolor:
el vivir en casa ajena,
deber y tener amor.

El enamorado y pobre
de continuo anda diciendo:
me han de pagar unos reales,
¡ulano me está debiendo.

CH'AJMIDAS

Por Venezuela se oye:

Dos cosas hay en el mundo
que no sirven para viajar.
la plata, por lo que pesa,
y el no quererla gastar.

Los andaluces dicen:

Al que camela sin plata
con título de "buen mozo",
a ése llaman las mujeres
la carabina de Ambrosio.

Y en un sentido de protesta, el minero exclama:

No se asuste usted, señora,
que es un minero el que canta,
que del polvo del camino
tiene seca la garganta.

Es natural que el "parné" traiga grandes satisfacciones,
¿verdad? Así, resulta que:

Pájaros con muchas plumas
no se pueden mantener;
los escribanos con una
mantienen moza y mujer.

Los mendocinos justifican su desconfianza:

Me aconsejan que me case
y eso es lo que no han de ver,
que yo dé plata al fraile
pa que otro tenga mujer.

Repetimos y concluimos.— La copla, a través de siglos,
razas y pueblos, es summun alquitarado de los mil y un ve-

ricuetos espirituales, con más la influencia terrígena. Es la expresión múltiple de motivos que ofrece el juego de pasiones. En el mundo americano, ¡con qué deleite se escucha la gráfica síntesis popular, en relación directa con el medio circundante, con la tradicionalidad con que marca su respeto! En nuestro atolondrado tiempo, contrastando, ¡cómo han prosperado canciones bailables con letras a menudo chocarreas, vulgares, huérfanas de un gusto en función de perennidad! Sólo persiguen momentáneo aturdimiento. En cambio, ¡cómo vibra el espíritu al oír de labios populares, coplas saturadas de sentir profundo! Ellas son hijas de la ocasión. Son flores de perpetua gracia, belleza, picardía, intensidad. ¡Cómo, en contadas palabras, saben decir, musicalmente, la gama afectiva!

Por todo ello, cabe reverenciar la copla y recogerla tal como es y se escucha en los medios sociales característicos. Los estudios folklóricos han avanzado tanto, que ahora ya no convencen mucho las generalizaciones precipitadas, a veces cuajadas de segunda intención, sino el trabajo paciente, sistemático y semejante de botánicos, floristas, físicos, matemáticos, que después de silenciosa labor y de madurada meditación, concluyen dando cumplimiento al precepto bíblico: "Dar al César lo que es del César".

BIBLIOGRAFIA

- Rafael Cansinos Assens.**— "Evolución de los temas literarios".— Ediciones Ercilla.— Santiago de Chile.— 1936.
- Karl Vossler.**— "Algunos caracteres de la cultura española".— Espasa-Calpe.— Buenos Aires.— 1942.
- Charles Lalo.**— "El arte y la vida social".— Editorial "Albatros".— Buenos Aires.— 1946.
- Fernán Caballero.**— "Cuentos y poesías populares andaluces".— F. A. Breckhaus.— 1874.
- Sergio Elías Ortiz y Laurencio Ortiz.**— "Cantores del Departamento de Nariño".— Publicaciones del Instituto "Juanambú".— Pasto.— Editorial Cervantes.— 1946.

CH'AJMIDAS

- Juan Draghi Lucero.**— "Cancionero cuyano".— Best Hermanos. Mendoza.— 1938.
- Oreste Plath.**— "Baraja de Chile".— Empresa Editora Zig Zag.— Santiago de Chile.— 1946.
- Octavio Quiñones Pardo.**— "Botiquín folklórico de Boyacá".— Revista de América. Bogotá. Febrero. 1948.
- Vicente T. Mendoza.**— "El culto de Miclantecutli y la Danza de las Cortes de la Muerte". Revista "Filosofía y Letras".— Nº 21. Imprenta Universitaria. 1946.
- Rómulo Gallegos.**— "Cantaclaro".— Espasa - Calpe.— Buenos Aires. 1946.
- Félix Coluccio.**— "Folklore de las Américas"— Primera Antología.— Editorial "El Ateneo". Buenos Aires. 1948.— Coplas cotombianas dictadas por José Piñeiro Corpas.
- Cesáreo Rocha.**— "Castilla del folklore tolimense".— Bogotá s/f.

LA NAVIDAD TARIJEÑA ACTUAL

A José María Garrut, de la "Asociación
de Pesebristas de Barcelona".

Hace muchos años, escribí y publiqué "La Navidad tarijeña de antaño" —que se reprodujo en mi "HUIÑAYPA-CHA"— después de luengos años de vivir alejado del solar nativo, desde un plano de evocación. Entonces me había referido, dentro de grata reviviscencia, a cómo se celebraba popularmente el aniversario cristiano de la llegada del Salvador; describí la estructura del Nacimiento y el desarrollo de la "Adoración", o sea, la ejecución de las danzas navideñas, legadas por los españoles y conservadas con cierta fidelidad. De regreso a los paternos lares, a un cuarto de siglo, para vivir y reencontrarme con la tierra y con los míos, he vuelto a gozar del ambiente que tanto añorara fuera y que tan profundas e inolvidables satisfacciones produjéronme durante la mencionada festividad.

La ciudad de Tarija ha crecido mucho desde que la dejamos, allá, en los años mozos. Nuevas casas de factura moderna y calles asfaltadas, han contribuido al progreso del

pueblo. Gentes del resto del país boliviano, de América, del Viejo Continente han sentado sus reales, cambiando en algo las costumbres añejas, pero el suelo, defensor de lo suyo, con la fuerza de la tradición, ha obligado a los menudos aluviones humanos a respetar la herencia de los mayores, aunque como es natural, tuviera que aceptar algunas transformaciones. A ello me he de referir, con la impresión saturada de frescura, por satisfacer la curiosidad del acucioso investigador hispano, a quien dedico estas líneas.

El "Nacimiento" ha sufrido algunos cambios vinculados con el estado económico de las gentes, muy mermado en relación con la tendencia suntuaria de antaño. Al "niño" se lo acomoda hoy al centro de un pequeño altar en forma de estrella, forrado con tul blanco y ornado de estrellitas plateadas de papel, con flores de trapo; con bombitas de color, con frutas, etc., según la iniciativa, gusto y condiciones del poseedor. Este altar portátil, situado encima de una mesa cubierta con un mantel blanco, en cuya superficie se colocan flores, y por delante, una gradería también cubierta con sábanas blanquísimas donde se sitúan flores, juguetes, y raramente ahora, algunos santos o los Reyes Magos en bulto, marca lo vigente. También quedan, como recuerdo de épocas pasadas, el acompañamiento completo, característico. Es decir, si el "Niño" figura al centro de la estrella, las imágenes de San José y de la Virgen ocupan al pie de aquélla, posiciones laterales, a ambos costados. Efigies de Melchor, Gaspar y Baltasar recuerdan la gloriosa adoración realizada, cuando estos monarcas asomaron a Belén, guiados por la estrella de Oriente; abundan juguetes y maceteros. Todo está dispuesto en una sala especial.

En el patio de la casa, o en un sitio adecuado de la calle, defendido del tránsito de vehículos, se ubica el "palo de trenzar". Consta de un poste de dos metros y medio más o menos, de altura, en torno de cuyo ápice se aseguran ocho tiras de tejido de lana, angostas (1 cm. o 1½ cm. de ancho) que van hacia el suelo, y se amarran en derredor del palo, cuando no hay movimiento. Esas cintas son las "trenzas". El

conjunto consta de ocho de ellas, de diferente color. Generalmente el poste está forrado en toda su extensión con tocuto (dícese **tocuyo**) blanco.

La familia devota ha pagado la misa para su Niño, a realizarse en uno de los templos de la ciudad, como lo hacen rigurosamente cada año quienes tienen la sacra imagen. Con prudente anticipación (15 a 20 días), se ha comunicado el caso a los niños vecinos o amigos de la familia, quienes se concentran, y según la influencia ejercida entre los rapazuelos, se elige a los jefes para que encabecen los ensayos de "trenza" o de "adoración", enseñen o hagan repasar los villancicos o coplas con el respectivo tono para cantarlos durante las pausas de la danza y capitaneen decorados con cintas de seda coloreadas, tanto en ida y retorno del templo, como en la casa, todo el ritual conocido. Mucho hay en esto, de España, pero también aparece la contribución de la tierra, debido a la iniciativa y composición popular. (En sección aparte va la cosecha efectuada en el presente año, con estrofas tomadas de propios labios de chicas y chicos, aprovechando los intervalos de descanso, en casa de la festejante).

En la mañana destinada para la ceremonia, se conduce a la imagen al templo contratado para la misa. Generalmente cargan mujeres. Muchas jóvenes, convenientemente ataviadas, transportan flores en sendos vasos; otras tienen un dispositivo pequeño (zahumador) que semeja un ave, en cuyo lomo, hueco, hay ascuas donde échase de vez en cuando, incienso. Haciendo el cortejo de honor, van niños o jóvenes de ambos sexos, dispuestos en parejas, pero en el tránsito se dividen en columnas de uno, que escoltando a la imagen, danzan avanzando y retrocediendo, según la posición del par de caudillos, al compás de musicantes que constituyen, ya un conjunto de instrumentos metálicos, o de hombres que ejecutan en sus kenas las tonadas típicas, bajo el ritmo señalado por un bombo y un tambor. Cualquiera que sea la "banda" de música, espera fuera del templo, la terminación de la ceremonia religiosa, para amenizar el regreso de la efigie, que se verifica con el mismo atuendo.

Ya en la casa, la anfitriona, ayudada por los diferentes miembros de su familia y de las amistades íntimas, agasajan a los concurrentes, con copitas de mistela o tazas de "diána" (leche caliente combinada con "singani": aguardiente de uva), colocadas en platillos cuajados de "masitas". La murga ejecuta las tonadas, y a su son, bailan unos en la "trenza", y otros, "adoran" en la sala.

Hay varias combinaciones en los bailes de "trenzas", pero predominan los llamados "Remolino" (simple de 4, doble de 8); "Canastita" (simple de 4, doble de 8); "Coco" (simple de 4, doble de 8) y "Cuadrilla". Siendo ocho las cintas, lo propio es que tomen ellas, cuatro chicas y cuatro chicos, pero esto difiere según las circunstancias, pues en veces sólo actúan niñas, otras, niños, predominando también, varones o chiquillas en los conjuntos. La "Trenza" no tiene tradición lejana en Tarija. Fue importada de casi una treintena de años, de las sonrientes vegas sudcinteañas. Pero su práctica se ha desarrollado mucho, connaturalizándose con el pueblo.

La "Adoración" puede realizarse simultáneamente con la "Trenza", pues ésta, como llevo dicho, se efectúa en el patio de la casa o en el poste colocado hacia la calle, en un recodo o en planos a manera de plazoletas; la "adoración" se cumple en la sala donde arreglaron el "Nacimiento". Las danzas de Navidad, de "adoración", son las mismas de antaño: "Cadenita", "Chulusca", "Mudancitas", "Carnavalito", "Huachitorito", "Cuadrilla", "Sapito", "Monito", "Borrachito", predominando la primera de las nombradas.

La Navidad tarijeña, en las condiciones anotadas, no es de duración breve, como es de general costumbre en el orbe, que la limita al 25 de diciembre o tal vez hasta el 6 de enero, por la "Adoración de los Reyes Magos". En la ciudad de Don Luis de Fuentes y Vargas el festejo continúa, si es posible, hasta el jueves anterior a carnestolendas.

El nórdico "Arbol" de Navidad, exótico para nosotros, ha progresado, por la concurrencia de elementos europeos no hispánicos, y por la fuerza de inercia de la imitación, pero

no convence el simbolismo, ni la apariencia. La Navidad tarijeña trae explosiva alegría, en tanto el "árbol" se resiente de seriedad convencional. Hay días de calor asfixiante en diciembre y enero en ciudad y campiña, y se tiene que ornar el pino típico, fuera de las bombitas coloreadas y brillantes de costumbre, con algodones o con papel blanco picado, para representar la nieve con sus copos... Tampoco persuadiría la llegada del viejecito barbón y sonriente, peregrino distribuidor de regalos que saca de su capucha. No tiene arraigo popular el "árbol", con todo su acompañamiento.

No escasean felices poseedores de imágenes cuzqueñas, llegadas por los antepasados; generalmente los "Niños" han sido fabricados hábilmente con cera y estuco, por "santeros", gente del pueblo tarijeño, pero también los hay procedentes de La Paz, de Sucre o de Cochabamba.

LA NAVIDAD EN "SAN LUIS"

En el presente año he experimentado una de las más grandes sorpresas de mi retorno a la tierra. Fue producida por presenciar la celebración de la Navidad con aspectos fuera de lo usual y corriente, con notas características. "San Luis" es una región situada a siete kilómetros de la ciudad de Tarija. Consta de varias fincas, poseídas por varias familias enlazadas a un común tronco. Es valle dulzón al que se llega venciendo ancho camino orlado con churquis y Algarrobos, a cuyos costados campea la besana con sus maizales jocundos, conjugando los prados de campo abierto con huertos donde durazneros, naranjos, membrilleros, higueras, limoneros y parrales de varias clases de uvas, muestran un esplendor estival que preanuncia generoso otoño. Estamos a 21 de enero.

La celebración de la Navidad se efectúa en la propiedad y "Casa de Hacienda" del doctor Antonio Estenssoro, dueño de la imagen. Cada año, con el ritual a que me he de referir, nómbrese a los padrinos, "alféreces", o "prestos", responsables de la preparación y gastos del día destinado al culto del "Niño".

Mañana dominguera. Hacia las 7.30 llegan de San Luis a Tarija, con su banda de música, los concurrentes a la misa y, "adorando", asoman las parejas en dos columnas de a uno, constituidas por retoños de "lecheras", labradores, colonos de la comarca y de fincas próximas. Partieron de San Luis, bailando, vinieron a la ciudad en la misma forma y el regreso será idéntico. En total, catorce kilómetros de agitada danza, que cumplen fervorosamente los rapaces de ambos sexos, por ser "promesantes". En tanto, van arribando a la Casa de Hacienda del feliz propietario, los invitados especiales, a pie, a caballo, o en carros motorizados. Cuando hay una conveniente cantidad de familias invitadas, dejando el patio y zaguán, encaminanse los concurrentes hacia un sitio sombreado por dos robustas higueras cuyas copas, generosamente ensanchadas por el desarrollo desde luengos tiempos, proporcionan dulce frescura al pie. Algún ciudadano trae una "barrica" de cerveza, con su correspondiente grifo para apagar la sed que empieza a secar las gargantas. Y mientras se espera el regreso de los devotos del "Niño": lecheras, labradores, peones, colonos, que son chapacos en su totalidad, los convidados siéntanse en bancas apostadas cabe el natural kiosko mencionado, sirviéndose sendos vasos de la predilecta bebida de Gambrinus.

Son las 12.30 de la mañana. Combinándose con las bocinas de los "autos" de dichos convidados, se oye a lo lejos, el compás y ritmo marcados por bombo y tambor de la banda que de regreso trae a los devotos y participantes directos. Asoman los "adoradores" con los rostros empurpurados y sudorosos, pero sonrientes. Algunos jadean. Ya han colocado los promesantes a la imagen en el altar preparado en cierta habitación con puertas que dan al patio exterior. Como si la caminata hubiera sido una fantasía, la banda ejecuta de inmediato una de las tonadas "de trenza". Hay dos postes con sus cintas, colocados a cierta distancia uno de otro. Toman el más lejano los campesinos, en tanto que el otro, de frente a la puerta de acceso al "Nacimiento", ocupan hijas y hermanas de los invitados y de las familias de los pa-

drinos que vinieron de la ciudad. Nada importa el calor solar que pone los semblantes encarnados...

No solamente asisten los invitados. Por la curiosidad causada por el prestigio de los festejos, llegan curiosos que se acomodan en los sitios planos y sombreados, pero los más prefieren ver "trenzar", conocer el "Nacimiento". Y tienen razón en tan natural interés, pues el caso lo merece.

El "Nacimiento" del "Niño" de San Luis tiene su característica simbólica, de efecto conmovedor. La región, como digo más arriba, está situada en un valle soleado, con buen regadío, de modo que abundan tanto árboles frutales, como sitios en los que se exhiben verduras y cucurbitáceas. Los chapacos, en el altar del "Nacimiento", al pie de la imagen del Niño Jesús, no colocan juguetes. Con cierto sentido realista y hasta pagano, adornan con los mejores frutos de la época, producidos en esa misma tierra que celebra el acontecimiento. Así aparecen como exvotos, repollos, tomates, zapallos, lacayotes, cebollas, lechugas, zanahorias, rábanos, de enorme tamaño. En ambos costados del "Nacimiento", muéstranse dos altas y jocundas plantas de maíz, a las que se ha prendido también tomates, cebollas, duraznos, quesos pequeños, ajíes, membrillos, en combinación con flores: nardos, albahacas, rosas blancas, margaritas. En momentos desaparecen los productos mayores, para los exvotos de las "ofrendas" que más tarde harán su "entrada".

A invitación de los padrinos, los convidados oficiales pasan al comedor, donde son obsequiados con un exquisito almuerzo; aquí se hace gala de buen humor, mientras "trenzan" otros grupos. Tanto momentos antes del ingreso al comedor, como dentro de él, los mantenedores de la tradición, en forma discreta, circulan consultando sobre quiénes de entre los circunstantes podrían ser nombrados para la próxima Navidad. Inmediatamente después de levantarse de la mesa, se hace la proclamación de los elegidos, entre buenas libaciones de chicha de maíz, así como de cerveza. La conclusión que da tan típico "plebiscito" es aceptada incondicionalmente por los agraciados: no se admite discusión ni excusa|

La tarde calurosa, no impide la continuación de los bailes de "trenza". En el madero principal, dispútanse el turno de coger las respectivas cintas, jovencitas o chiquillas. Al frente, en el otro palo, igualmente, chapacos mayores o menores cumplen el ritual de su devoción, relevándose sin dificultades.

Los invitados mayores del sexo masculino no permanecen quietos. Casi al frente de la fachada de la Casa de Hacienda, a doscientos metros, en una cabaña perdida entre churquiales, cierta inquilina tiene buena chicha de maíz y la noticia cunde sagazmente. Poco a poco en fila india van llegando los sedientos y curiosos. En el patio de la vivienda, bailan la "rueda", al compás de "erckje", "cajita" y bombo, tanto chapacas como elementos masculinos de la ciudad. Los que van llegando, después de la invitación de un "mate" de chicha, brindado por la "pulpera", pasan a la "rueda", bailando con cierto aire ceremonial, mientras otros contemplan al conjunto, como buscando caras buenas entre las zagalas danzantes.

A las cuatro de la tarde, todos los circunstantes esperan el último número importante del programa clásico de festejos. Del portal de la Casa de Hacienda, en dirección del patio exterior, los portadores de "ofrendas" y de "tortas" salen en columna de a dos. Encabezan los padrinos. La mayoría de los actuantes, entre los que están mezclados invitados, padrinos, colonos, sirvientes, al compás de un "pasacalle" o de un "aire" navideño, circulan mediante un trotecito, llevando a la cabeza repollos, zapallos, ramilletes de flores; canastas con "masitas" y "tortas". Después de una vuelta por el patio, ingresan a la sala donde está el "Nacimiento" y depositan los productos agrícolas. A poco, en un intervalo, el más caracterizado de los padrinos, habla a la concurrencia, dando aviso oficial de los nombrados para la Navidad venidera, formulando votos por que la ceremonia correspondiente supere a la realizada; se hace la "transmisión de mando"; los padrinos entrantes aceptan y prometen cumplir en la mejor forma posible la misión confiada. A continuación sigue el reparto de

golosinas, tocando a los más maduros, licores, mistelas, muy buenos, entre bromas y risas.

Con el cumplimiento del plan propuesto, se da por finalizada la jornada. Todos van en pos de su respectiva movilidad. El camino se llena con camiones, automóviles, jinetes en buenos rocines, así como de peatones de diferentes círculos sociales, que dan la nota abigarrada y comentan al paso los aspectos salientes de la Navidad de San Luis.

INTERPRETACION FINAL

Las enseñanzas del cristianismo implican la defensa de postulados humanos universales. Y una de éstas, en su dramatismo y típica desnudez, nos trae la Navidad. El nacimiento del Hijo del Hombre aparece un florecimiento de esperanzas... Jesús trae júbilo a los seres, pues asoma y se sitúa al medio de fuerzas contrarias, para ayudarnos; siembra pródigamente el optimismo como potencia creadora y orienta la fe hacia un mundo de comprensión. Viene Dios en misión reconciliatoria, para que los hombres se aunen al influjo del amor divino.

Llega el Hombre-Dios inerme humildemente, y sin embargo trae consigo innata majestad. La presencia del Niño es lección por toda una eternidad: amor de la familia, estimación a la vida infantil, por lo que ésta representa el porvenir.

Es la misma niñez, la inquieta adolescencia, quienes tienen que cantar y adorar al Niño. Música y villancicos están saturados de borbotante regocijo nutrido con ilusiones. Y no sólo los niños en Tarija se expanden con la anual venida de Jesús: son también los mayores los que tanto alientan a los pequeños, como comparten del ideal de paz y de venturoso esplendor....

Esto, como concentración casi violenta por la obligada síntesis, de lo que significa la Navidad en su sentido profundo. Pero respecto a Tarija, vale expresar algo más. En el sueño terruño, el paisaje obra por el espíritu, para signifi-

car el estallido de alegría contenida. Es la generosa pradera, es el ondeante Guadalquivir; son los productos agrícolas que hablan y actúan en los habitantes. Por ello nuestra Navidad, como característica especial, tiene la de ser símbolo de sana alegría, de un renacer de anhelos. Hay dorado sol, multicolores flores, rumoroso río, fiesta de campanas, como bulle un deseo de comunión de almas. Canta el paisaje por boca de los niños. Por eso al estar susentes del suelo, llevamos la Navidad en nosotros, porque está en cada corpúsculo de la sangre, en cada filamento de los nervios. Porque en ella vibra el espíritu de los antepasados.

Tarija, 24 de enero de 1951

TARIJA - BOLIVIA. — NAVIDAD DE 1950

Villancicos o coplas de Navidad, recogidos el 19 de enero de 1951, durante la "adoración" de Alcira Garzón de Paz

EN LA "TRENZA"

Destrencen la "trenza",
vuelvan a trenzar,
que el Rey de los cielos
se ha de coronar.

Una torre fina
lo tengo que hacer
con un peligrana (¿filigrana?)
de mi buen querer.

Pisa, pisa, pastorcillo,
pisa, pisa, con valor,
tomaremos vino dulce
de la viña del Señor.

CH'AJMIDAS

Como del cielo rocío
cae nuestra bendición,
así caen tus virtudes
como en el campo, la flor.

Vamos, vamos, pastorcillo
en busca de nuestro bien,
caminando lo hallaremos
en el Portal de Belén.

Desde el cielo baja
queriendo llorar,
de ver a los hombres
como un pedernal.

Pastores, pastores,
vamos a Belén,
que el Niño ha nacido
en Jerusalén.

Niño chiquitito
qué bonito sois,
dentro tu cunita
grano de oro sois.

Esos tus deditos
diez claveles son,
jardín que divierte
a mi corazón.

Por aquí pasó María
como un rayo de cristal
alumbrando todo el mundo
como un Padre celestial.

Arrurru mi Niño,
arrurru, mi Dios,
que todo mi anhelo
es pensar en Vos.

VICTOR VARAS REYES

Los tres Reyes del Oriente
ya vinieron a adorar
al Señor de Cielo y Tierra,
Sacramento del altar.

Estrella del cielo,
Aurora del mar,
llevános, Señora,
de Dios a gozar.

A deshoras de la noche
un gallo nos despertó,
con su lengua tan alegre
diciendo: "¡Cristo nació!"

Mamita Santa Ana,
qué dicen de Vos,
Madre Soberana
y abuela de Dios.

Dicen que ha nacido
el queha(de) padecer,
la luna y el sol
se alegran al saber.

Caminando mundo breve
mira que un gallo canta
avisando a los pastores
que en Belén Cristo nació.

Entre medio de los pastos
un Niñito apareció
con sus luces alumbrando
y los ángeles al redor.

Buenas noches, Niño Manuelito,
buenas noches, San José,
ya vinieron tus esclavos
de rodillas a tus pies.

CH'AJMIDAS

La noche fue día
y un ángel bajó,
nadaba entre luces
y así nos habló.

Niñito chiquitito
boquita i'coral,
ojitos de estrella
que alumbra en el mar.

No llores Jesús
que nos vas a hacer llorar,
somos niños de este pueblo
te queremos consolar.

Canten serafines
a igual compás.
Loor en las alturas,
en la tierra, paz.

Las nubes del cielo,
las hijas de Adán,
formaron cortina
de (¿al?) frío Portal.

Qué contiene aquella cueva,
sin duda Cristo nació,
entre medio las tinieblas
con su luz nos alumbró.

San José y la Virgen
y Santa Isabel,
andan por las calles
de Jerusalén.

¡Albricias! ¡Albricias!
¡Albricias nos den,
que es el Niño hermoso
nacido en Belén!

COPLAS DE "ADORACION"

Entre pajas verdes
nacistes, Señor,
Temblando de frío
por el pecador.

Don Juan Juan
de las tres churras
no me quite
las dulzuras.

(De "La Cuadrilla")

Qué linda la rosa
que está en el rosall
Más lindo es el alma
que se ha de salvar.

San José y la Virgen
y Santa Isabel,
andan por las calles
de Jerusalén.

Ya se va el Niñito.
¿Cuándo volverá?
Si es que yo me muero
¿quién lo adorará?

Yo te adoro, Niño Manuelito,
yo te adoro con devoción.
Pobre soy, nada tengo,
te ofrezco mi corazón.

Las Pascuas alegres,
las Pascuas alegres,
que es el Niño hermoso
nacido en Belén.

CH'AJMIDAS

Una canastilla
llenita de flores
que recoge el Niño
para sus pastores.

Qué linda es la palma
que está en el palmar!
Más lindo es el Niño
que está en el altar!

Mamita Santa Ana,
qué dicen de Vos,
Madre Soberana,
y abuela de Dios.

Adiós, Niño hermoso,
adiós, gran Señor,
adiós, hasta el año,
con tu bendición!

Ay huachihuachi torito,
torito del portalcito,
no me corniés con tus astas,
corniáme con tus amores.

Alzá la vista p'arriba,
a(h)i lo verás al Niño Dios,
vestido de raso blanco
para morir en la cruz.

—¿Adonde vas, paloma blanca?
—En busca de flor morada,
donde murió Jesucristo
clavado de pies y manos.

Venid pastorcillo,
venid a adorar,
al Rey de los cielos,
la tierra y el mar.

VICTOR VARAS REYES

Ya viene la vaca
por el callejón,
trayendo la leche
para el Niño Dios.

Dormite, Niñito,
yo tengo que hacer,
lavar tus pañales,
sentarme a coser.

Mamita Santa Ana
toca la campana,
porque el Niño llora
por una manzana.

Mamita Santa Ana
por qué llora el Niño,
por una manzana
que se le ha perdido.

Vamos a mi casa,
yo te daré dos,
una para el Niño,
otra para Vos.

Señor San José
toca tu violín,
que el Niñito llora
por un volantín.

¡Alegría!
¡Alegría!
¡Vivan Jesús
y María!

Del tronco nació la rama,
de la rama nació la flor,
de la flor nació María
y de María el Redentor.

CH'AJMIDAS

Villancicos recogidos en San Luis, propiedad del Dr. Antonio Estenssoro, el día 21 de enero de 1951, durante los festejos del Niño

Pastores, pastores,
vamos a Belén,
a adorar al Niño
nacido en Belén.

Dicen que del cielo
llueve la alegría,
dicen que florece
la gracia de María.

Los Reyes lo adoran,
lo adoran. Señor.
yo también lo adoro
aunque pecador.

¡Qué linda noche
cuando Dios nació!
las aves volaron
y el mundo tembló.

Los tres Reyes del Oriente
Melchor, Gaspar y Baltasar,
caminaron trece días
hasta llegar al Portal.

Estrella brillante,
lucero del mar,
vamos a la gloria
de Dios a gozar.

El Mesías prometido,
el que cura todo mal,
humilde, pobre, ha nacido
en Belén, en un portal.

CH'AJMIDAS

Villancicos recogidos en San Luis, propiedad del Dr. Antonio
Estenssoro, el día 21 de enero de 1951, durante los
festejos del Niño

Pastores, pastores,
vamos a Belén,
a adorar al Niño
nacido en Belén.

Dicen que del cielo
llueve la alegría,
dicen que florece
la gracia de María.

Los Reyes lo adoran,
lo adoran. Señor,
yo también lo adoro
aunque pecador.

¡Qué linda noche
cuando Dios nació!
las aves volaron
y el mundo tembló.

Los tres Reyes del Oriente
Melchor, Gaspar y Baltasar,
caminaron trece días
hasta llegar al Portal.

Estrella brillante,
lucero del mar,
vamos a la gloria
de Dios a gozar.

El Mesías prometido,
el que cura todo mal.
humilde, pobre, ha nacido
en Belén, en un portal.

VICTOR VARAS REYES

Buenas noches, Niño Manuelito,
buenos noches, San José,
ya vinieron los negritos
de rodillas a tus pies.

Cabellito de oro,
frente de cristal,
cejitas arqueadas,
ojo celestial.

Soles claros son
tus ojuelos bellos,
oro tus cabellos,
fuego el corazón.

Echan tus mejillas
rayos celestiales,
perlas orientales
son tus lagrimillas.

Tu llanto canción,
tu canto, pasión,
oro los cabellos,
fuego el corazón.

Cándido como la nieve,
conservo en mi corazón,
y la más sencilla y pura,
libramos, vicio y amor.

No quiero riquezas,
no quiero tener,
porque la riqueza
ha de florecer.

Canten serafines
en el Nacimiento,
del alto Misterio,
del Gran Sacramento.

CH'AJMIDAS

Repiquen campanas,
relojes también,
tambores, clarines,
en todo Belén.

María, llorando,
perdió su pañal,
San Juan lo tenía
en el romeral...

De otras fuentes:

Ven, hermoso Niño,
ven, Dios hermanado,
que todas las gentes
te están esperando.

En lecho de pajas
recostado está
quien ve a las estrellas
a sus pies brillar.

Venid pastorcillos,
venid a adorar
al Rey de los cielos
que ha nacido ya.

Son tus ojos bellos
de color azul,
tersos tus cabellos
cual precioso tul.

Tu infantil sonrisa
llena de candor
es cual fresca brisa
que nos da tu amor.

¡Adiós dulce Niño,
adiós, tierno infante;
adiós, dulce amante,
adiós, adiós, adiós!...

UNA "YERRA" EN "LA CHOZA"

La mañana es acariciada por un airecillo travieso, ligeramente frío que caprichosamente juguetea preanunciando el arribo de los días invernales. Es el seis de junio del presente año y estamos invitados a presenciar la fiesta de la "Yerra" en "La Choza", fundo situado a cinco leguas al oriente de la Villa de Don Luis de Fuentes, correspondiente a la Provincia Avilés, propio de los herederos de don José Manuel Ávila, hoy a cargo de don Aníbal Morales, hombre de trabajo y celoso mantenedor de la tradición rural. Un automóvil nos conduce por el panamericano hacia la finca, provocando a su paso la protesta del polvo del camino, que animado por el viento matinal forma círculos y cubre al paso caras de hombres y de bestias.

El automóvil ha hecho un sesgo y vira hacia la derecha, dejando la ancha vía para dirigirse por un sendero rústico, que es el que nos lleva triunfalmente a la meta: la casa de hacienda situada en un collado desde donde se domina en visión panorámica los campos de cultivo, el río y las propiedades colindantes. Ha pasado el verdor y jocundidad estivales y el otoño ha cedido su generoso y frutal imperio

al hosco invierno. El amarillo de los rastrosos prevalece sobre la resistencia de las copas de añosos algarobos y de churquis que defienden su ensortijada melena sinople, así como robustos molles resguardan el brillo de la suya. La labor esencialmente agrícola concede un intervalo de descanso para atender al ganado que rastreja, ávido de alimento, quien, después de la ceremonia clásica de la marca-da, seguirá hacia los "tambos" o prados que protegidos por favorables accidentes del terreno, lucen permanente esmeralda, imán de insaciables herbívoros.

La hacienda, en sus diferentes especies, está concentrada en el piquete, donde los diestros deben ostentar sus habilidades en el manejo del lazo, para conducirla a la solemnidad del señalamiento al ganado mayor: caballar, vacuno, mular, asnal; pero también les toca idéntica situación a ovejas, cabras, puercos, que decorados con moños y cintas en testuz y orejas, pasarán por el corte especial de rabos y de pabellones auditivos.

Bajo el control general de Aníbal Morales y de su consorte, actúan también Pedro Patiño en funciones de "dueño" y José Mercado en calidad de "vaquero", quienes atenderán el cumplimiento de las diversas prácticas correspondientes a la jornada.

Hay abundante chicha en cántaros y en "yambuys" (1) para su distribución a los actuantes. Los laceadores están en la obligación de ser exactos en el manejo de la trenza, porque de no, son castigados por cada falla con una "multa", que es beber un vaso del licor incaico, sin lugar a apelación, "pena" que, por otra parte, es cumplida con gusto.

Ha empezado la "yerra" propiamente dicha. Los expertos marcan caballos, yeguas, vacas, unos; otros a ovinos, porcinos, caprinos, recogiendo religiosamente en un mantel, peludos apéndices y saldos de orejas. Cuando se trata del ganado grande, el propietario, con indiscutible derecho, elige a un pariente o a un allegado al hogar, de amistad íntima y vecino de la región, para que personalmente coloque el sello candente, consabido carnet de identidad agrario.

El escogido para tal distinción automáticamente ejerce funciones de "padrino" del ganado que señaló. Al mismo tiempo que significa afecto por parte del patrón, tiene su aspecto práctico, como casi todas las diligencias campestres; más tarde el padrino atestiguará el reconocimiento del ganado que marcó.

En tanto que la faena continúa en el piquete, familiares de los propietarios agasajan en la casa a invitados y visitantes, con jugosas empanadas, estimulantes cocktails y con vino de lo bueno. Aparecen en dirección del corral dos violinistas chapacos. Deseamos oírles y que los concurrentes les escuchen y bailen el "zapateado". Traemos a los modestos hijos de Euterpe al patio de la casa y se forma con ellos una "rueda", bailando todos al compás de la tonada ejecutada por los típicos artistas rurales. Pásase en seguida al comedor donde esperan sabrosas y succulentas viandas a los ciudadanos que van dando muestras de apetito, bajo la influencia de los licores. El almuerzo se ve rociado con primorosos vinos y combinado con chistes y comentarios entre los huéspedes.

Ha terminado la grabación del ganado. Hay que presenciar el "matrimonio" de cornúpetos jóvenes. Preparados de antemano y convenientemente ataviados con borlas de hilos de seda multicolores con flecos prendidos en las orejas; decoradas las testas con cintas aseguradas en las pequeñas astas, muéstrase a los candidatos a "novios". Los versados, después de conducir maneados a inocentes torillos y vaquillas, los tienden por parejas a su turno en el suelo y allí, los aproximan muy juntos, de modo que las extremidades simulen cariñosos abrazos, después de lo cual, sueltan a los novillos que velozmente emprenden la retirada, molestados por una ceremonia inentendible e incómoda para ellos... Cumplida esta faena, el propietario, teniendo en la diestra un vaso de chicha, se dirige en voz alta a la concurrencia, con fina amabilidad:

—Con permiso, señores.

Luego arroja el líquido rubio al ganado marcado, en dirección de Naciente a Poniente. El aspergio ha vuelto a poner en movimiento a peones y a curiosos. Los consortes propietarios y los encargados especiales, distribuyen puñados de coca que seleccionarán los convidados. Débese escoger las hojas completas, en número de 5, 15, 20, para devolverlas más tarde por separado al patrón, expresando en cada una un gentil anhelo:

—Yo deseo que sus vacas se multipliquen al doble.

—Yo quiero que los caballos no se enfermen.

—Esta hoja —dice un socarrón— representa el maíz pa'l api (lagua) de los perros cuidadores, pa que tengan comida tuitos los diyas...

En seguida mascan las hojas divididas o dobladas.

Inmediatamente después de terminada la marcada, y de despachar al ganado fuera del piquete, se realiza el simulacro de "defensa de la hacienda". Unos chapacos hacen de "ladrones" y arrean a toda prisa al ganado; otros, a modo de "dueños", lo defienden, originándose con ello carreras a campo traviesa, donde lucen sus habilidades de buenos jinetes. Pero el mal no puede triunfar, ni en broma. Después de descomunal galopada, los propietarios consiguen dominar a los abigeatistas, recobran a los animales y toman "presos" a los cacos, no sin dar que hacer a sus briosas cabalgaduras.

Mientras que los invitados bailan cuecas al compás de una guitarra tocada por un artista ocasional que acompaña a algunos cantores, los chapacos encargados conducen un envoltorio hacia cierto corredor interno de la casa, para efectuar otra de las ceremonias características. Se trata del acopio de colas y de orejas recogidas temprano en el piquete. Colocan al bulto en una mesa central donde extienden los rabos, orejas, pelos, etc. poniendo al medio de ella a un yambuy con chicha. Alrededor de la rústica habitación, beben a turno los campesinos. Otra vez están en faena Pedro Patiño, como "dueño" y José Mercado como "vaquero". Antes

de recibir las ofrendas, el "dueño" exclama con voz fuerte, señalando a la mesa o ara:

—¡Viva el "angelito"!

Todos contestan:

—¡Vivaaa!

Se hace con orden la personal y simbólica entrega de ganado, que representa una aspiración cortés en beneficio del propietario. Se da al dueño una hoja de coca, diciéndole:

—Entrego sesenta cuchis (2) gordos.

El agraciado toma el obsequio en el hueco de las manos y contesta:

—Yo lo recibo.

Otro declara:

—Entrego veinte caballos.

—Yo los recibo.

Ha ido avanzando la tarde mientras liban y bailan invitados en el patio y chapacos alrededor del "altar", ejecutando aquéllos cuecas y éstos zapateando al contorno de la mesa, al compás de un violín. Esta ceremonia pagana se suspende momentáneamente, cuando la dueña ingresa hacia la típica ara y acomoda al centro de ésta un puñado de porotos, como muestra de los diferentes productos del predio, concibiendo mentalmente explicable ansia de que el campo le sea propicio y confiando en que tan vivo anhelo se verá cumplido de la manera más efectiva.

A las cuatro de la tarde nos toca asistir a la ceremonia más notable de todo el ritual pagano-católico de la fiesta. A cincuenta metros más o menos, de la casa-vivienda, con cuatro metros de diámetro, labradores versados han preparado lo que allí se llama la **Pachamama**. Es un círculo cerrado por un gran trenzado que sostienen con intervalos, hombres y mujeres, a guisa de barrera, vigilada por activos defensores del protocolo campestre. Dentro del círculo se ha acondicionado una vereda en contorno, con objeto de que a su derredor giren danzando quienes quieran participar en el rito final de la jornada, como otra "rueda" interna.

Patiño, el sacerdote-mago, hace descubrir un hoyo al centro del corro. Los auxiliares levantan una losa que lo tapaba. Escarbando con las manos se recoge la tierra existente que se coloca con veneración en un mantel blanco. De lo más profundo extraen una olla mediana de barro cocido, cubierta con residuos de tierra, pelos, etc. del año anterior. El oficiante dispone que se sirva la chicha "de cantitu", o sea por orden y de uno en uno, a los concurrentes. Acomodando *sarackjoa* en algún tiesto con ascuas, depositan a éste en lo más profundo del hoyo, luego lo cubren con un poncho a la altura de las rodillas, para que no escape el humo resultante de la incineración, en tanto, el círculo humano que está situado en la vereda baila girando a la "rueda" al compás de un violín. Aparece con un trotecito los propietarios junto con los visitantes conduciendo al "angelito", o sea al bulto con los saldos de rabos, orejas y pelos. Respetando las condiciones del ritual, los legítimos dueños, para avanzar e ingresar al parapeto, piden previamente licencia:

—¡Con permiso, señores!

Dan tres vueltas danzando en círculo. Luego descúbrese el hoyo. Allí arrojan chicha y vino. A ambos costados del oficiante, elementos experimentados están a cargo de sendos cántaros de chicha; una de las vasijas tiene el áureo licor incaico límpido, y el recipiente que está al otro extremo contiene ñawi (3) con su capa espesa en la superficie. Colócase al "angelito" o envoltorio al alcance de Patiño el diestro. Morales inicia la ofrenda más seria de la tarde. Toma un vaso de chicha, exclamando:

—¡Invito a la Santa Pachamama!

Luego bebe íntegramente. El acompañante de Patiño que tiene la chicha no clarificada, echa el contenido de un vaso al hoyo. El propietario, al dar la muestra, cogiendo un puñado de saldos del envoltorio debe arrojar al hoyo sin que quede ni un pelo en la mano. Igual hace su consorte. El oficiante ofrece al propietario con voz tonante:

—¡Entrego tres mil cabezas de ganado!

Morales exclama:

—¡Yo las recibol

El tropero también hace su donación simbólica. En seguida, a su respectivo turno, los circunstantes de dentro del redondel cumplen con la ceremonia, invitando a la Santa Pachamama. Mas, deben beber la chicha colocando el vaso en el hueco de ambas manos juntas, como en las milenarias ceremonias orientales y al arrojar los rabos o pelos tienen que hacerlo con cuidado de que no quede nada impregnado en palmas ni en dedos, de lo contrario "pagan la multa", que consiste en beber acto continuo un vaso del rubio licor de lo bueno y limpio. Durante cerca de media hora se oye a intervalos la ofrenda:

—¡Invito a la Santa Pachamama!

A todo esto, la ceremonia se ha cumplido. El yambuy se acondiciona al centro del hoyo con todos los residuos del "angelito"; se cubre la concavidad con la tierra. Y ha llegado el momento de actuar a los que sirviendo de cerco tienen en sus manos el gran trenzado. Estréchanse y "cinchan" a los de dentro de la acera, quienes deben efectuar no pequeños esfuerzos para escapar de tan insólita estrujada.

Mientras presenciemos esta solemnidad, evocamos las prácticas del ritual incaico, que con motivo de los Raymis verificaban los Hijos del Sol, transmutadas ahora con la contribución hispánica. Todo lo que escuchamos se realiza expresado en idioma español, a excepción de la deidad indígena. La invocación es breve, pero nos sugiere, por el pedido que implica, junto con su reverencia, a la Oración Quinta dirigida a Wirackjocha y restaurada por el P. Crisóbal de Molina "el cuzqueño" hacia 1573:

Quecha: — Ah! Wirak'ocha yaya, tukuy atik', wiñay kkanachak' pak'ar illak'. churak, "kay urinpachapi mikhuy-kachun" ñispa churask' aykita, "mikhuynin wachachun. papa, sara imaymana mikhunan kachun" ñisk'aykita, kausa-

chiy, mirachoiy ama muchu nampak', hina mujuspa wiña-nampak's; ama k'asachunchu, ama chijchi chchakichichunchu; k'asillata wak'aychayky.

Traducción: —Oh! Padre Soberano que todo lo pue-de, que eternamente brilla, resplandor de la aurora, crea-dor, proveedor; lo que creaste y pusiste diciendo: "que en esta tierra haya comida y bebida", aquello que dijiste: "que fructifique su comida, que hayan papas, maíz, todo para su comida", haz vivir, haz multiplicar, para que no perezca, pa-ra que así, produciendo, crezca; que no hiele, que no le ha-ga secar el granizo; guárdalo en paz. (4).

Después de enterrados los sacrificios que se hacían en Chuquicancha al Sol y a la Luna para que el Inca vi-va en paz y vencedor de sus enemigos, a cubierto el Impe-rio del hambre y de las enfermedades, todos los sacerdotes juntos invocaban:

Quechua: ¡Pachamama, curuymama casillacta quís-pillacta, capac Inca guaguay iniquicta macari hatalli!

Español.— "Oh, Tierra madre! a tu hijo el Inca tenlo, encima de ti; quieto y pacífico". (5).

La súplica del indio aymara, según Raúl Botelho Go-sálvez, conjura a la Pachamama en el recio y rancio idio-ma kolla:

"Oh Pachamama, madre mía! Haz que tus fecundas entrañas me den muchos y buenos frutos, que mi trabajo no sea estéril, pues, sólo tú eres la esperanza de nosotros tus hijos! (6).

El habitante de los risueños valles quechuas mani-fiesta en la expresión propia, traducida por Mercedes Anaya de Urquidi y tomada del norte argentino, la

INVOCACION A LA PACHAMAMA PARA COMENZAR LA SIEMBRA

En Quechua:

Pachamama llactayoj
Upii, acullii, sumaj mikhuhuy

Kai jallpha sumaj kanampaj
Pachamama Sumaj mama
Kusilla, kusilla!
Allinta purichun yuntas
amataj saikhunchukuchu,
allinta muju phutuchun
amataj ima sajra kachunchu
amataj q'asa jappichunchun
allintaj poq' ochun;
Q'anmantan mañakuiku,
Jinataj q'opu guaiku
¡Kusilla, Kusilla!

Castellano

Pachamama de estos lugares
bebe, masca la coca y come a gusto
esta ofrenda
Para que sea buena esta tierra.
Pachamama Buena Madre
¡Sé propicia, sé propicia!
Haz que caminen bien los bueyes
y que no se cansen
haz que brote bien la semilla
que no le suceda nada malo,
que no le tome la helada,
que produzca buena cosecha.
A ti es que pedimos
dánoslo todo.
¡Sé propicia, sé propicia! (7)

En el campo cochabambino, el martes de carnaval, en determinado sitio feraz, en una especial ara preparada para el caso, después de quemar incienso y sarackjoa, el ofician- te con un vaso de chicha en la mano clama:

—¡Pachamama sumajta pockochipunahuaycupac!
—¡Madre Tierra! ¡Haz producir bien mis cultivos!

En seguida arroja la chicha del vaso a la pira y los concurrentes bailan a su derredor; en el momento oportuno preparan la tierra para la siembra. Los mismos, vuélvense a juntar para repartirse religiosamente los productos, de la mitad del total, pues la otra es para el inquilino o propietario de la parcela (8).

Pero la Pachamama no comprende únicamente a la tierra del cultivo. Su significado primigenio engloba un enorme sentido de profundidad. La tierra, de cuyos gérmenes nútrese la vida y cuyas entrañas guardan maravillosas rique-

zas minerales para comodidad y lujo de los hombres, aunada a los demás elementos de la naturaleza, es repetidamente madre (Mama). De su aspecto material y por contemplación continua al psique del autóctono ha sublimado el concepto, hasta convertirlo en un poderoso símbolo ideal, de quien espera el sufrido hijo del páramo, el jocundo valluno o el de la selva tropical, la satisfacción de los más ansiados placeres, al alcance de su mentalidad. También **Pacha** abarca una sinergia que en máxima abstracción comprende espacio, tiempo, calidad y voluntad de acción. Por eso se la ama en el cultivo del agro, al pescar en los lagos y grandes ríos; al laborar en la perenne noche misteriosa, henchida de maleficios, de la mina. Por eso se la tiene presente al empezar una obra y se la celebra al concluirla. Por eso se la adora en las milenarias danzas y trasciende, de una realidad objetiva, inmediata, a otra verdad etérea que implica célica majestad....

¿Qué saben los chapacos de esto? Y, sin embargo, unos y otros en las ceremonias que hemos presenciado, ayudan a que el ritual se cumpla en toda su pureza. ¿De quién aprendieron? ¿No es notable que en lo relatado, haya la combinación en estos valles sureños, del culto incásico al invocar a la Pachamama, llamarla "Santa" y luego calificar convencionalmente como "angelito" al conjunto de lo extraído del ganado marcado? Ellos ignoran, repetimos, la historia y costumbres precolombinas de un modo directo; carecen, al respecto, de íntima relación con los habitantes nortños del territorio nacional, pero intuyen, eso sí, por alguna ignota herencia, la fuerza de la plegaria a la Madre Tierra, que al decir de don Franz Tamayo, "no sólo es el polvo que se huella, sino el aire que se respira y el círculo físico en que se vive". Lo que aún se conserva en pueblos y en campos, se ha vengado del celo extirpador de la idolatría que relatara el P. Pablo Joseph Arriaga en 1621. Ello posee mayor perennidad que la sangre perdida...

Y hay algo digno de hacer hincapié. Los concurrentes campesinos mediante especial oblación, expresan un anhelo

CH'AJMIDAS

de prosperidad para los patrones con quienes conviven de igual a igual, salvando las naturales reservas, dentro de un respeto pleno de dignidad; beben y se divierten sin muecas de rencor, sin brillo siniestro en los ojos. Su alegría es clara y cristalina, como las linfas del rumoroso Guadalquivir...

A todo esto, el roncar de carros motorizados en la altura del camino, advierte el retorno a los huéspedes, en tanto para combatir el húmedo frío de la tarde, los propietarios que han corrido con todo el gasto que demanda la fiesta, están haciendo preparar "canelau" (9). Se irán los visitantes citadinos, pero luego la expansión continúa entre los labriegos, propietarios, peones o inquilinos. A despecho del gélido ambiente físico, los violinistas chapacos no interrumpen la ejecución de las tonadas, mientras circula el "canelau" de mano en mano.

En toda la jornada no se han escuchado coplas chapacas. Sólo se han oído melodías de zapateado de Pascua. Mas, ya avanzada la noche, y al día siguiente, con motivo de la "sanada" que dicen ellos, o la "corcova" que llaman otros, harán su ingreso las coplas cantadas en coro, auxiliándose los cantores para recordar mejor en cantidad y en exactitud. No podía faltar allí la copla, que por algo pertenece al género femenino: es sal de la vida, savia de árboles, néctar de las flores de la tierra chapaca; talismán para la zagala que se pretende; arma arrojadiza en contra del que la disputa; dulce expansión de la caminata en soledad nocturna. De nuestra parte, la traemos a colación, con muestras que tienen esencia agraria en relación con la fiesta:

Yo soy torito serrano
que recién bajo a lo llano;
en las astas traigo el viento
y en el resuello el verano.

Cuando me ven con poncho verde
me creen vaquero,
quieren que vaya a "chaguar" (10) leche
antes que nazca el ternero.

VICTOR VARAS REYES

En época de carnaval se escuchará:

De aquel cerro verde
bajan mis ovejas,
unas, trasquiladas,
otras, sin orejas.

No falta la picardía criolla que espeta como el cantar
colombiano:

Mi mujer y mi caballo
se me murieron a un tiempo:
¡Qué mujer, ni qué demonios!
¡Mi caballo es lo que siento!

Así como hay picardía, también existe el gentil comedimiento en el piropo chapaco, que citaremos en desagravio del elemento femenino, para terminar este apunte:

¡Desempiedren esa calle,
échenle arena!
Para que siga los pasos
de esa morena.

Tarija, 17 de junio de 1954

NOTAS

- (1) **Yambuy.**— Recipiente de barro cocido, de boca ancha, donde se coloca la chicha que se ha de servir a los circunstantes. Del guaraní chiriguano.
- (2) **Cuchis.**— Cerdos.
- (3) **Nawi.**— Aceite amarillo, de olor característico, que con grumos queda en la superficie de los cántaros donde se fermenta la chicha.
- (4) **Ricardo Rojas.**— "Himnos quichuas".— Imprenta de la Universidad.— Buenos Aires. 1937.

CH'AJMIDAS

- (5) **Cristóbal de Molina.**— "Fábulas y ritos de los Incas", con notas de Francisco A. Loayza, de "Las Crónicas de los Molinas".— Secc. "Los pequeños grandes libros de Historia americana".— Tomo IV.— Lib. e Imp. D. Miranda.— Lima.— 1943.
 - (6) **Raúl Botelho Gosálvez.**— "Altiplano" (Novela india).— Editorial Ayacucho.— Buenos Aires.— 1945.— No registra el texto aymara.
 - (7) **Mercedes Anaya de Urquidí.**— "Indianismo".— Sociedad Editora Latinoamericana.— Buenos Aires. 1947.
 - (8) **Víctor Varas Reyes.**— "Invocaciones indígenas y populares bolivianas".— En el Cuaderno N° 2 de la "Sociedad Folklórica de Bolivia".— Sucre 1953.
 - (9) **Canelau.**— Infusión de canela con azúcar y aguardiente.
 - (10) **Chaguar.**— Ordeñar.
-

EL "MUCHACHO" EN EL FOLKLORE POTOSINO

A Roberto Leitón

Han pasado algunos años desde que vivimos hondas e indelebles impresiones en la coronada Villa Imperial de Carlos V, como orgullosamente destacan sus habitantes al nombrar a la miliunanochesca y colonial ciudad de Potosí.

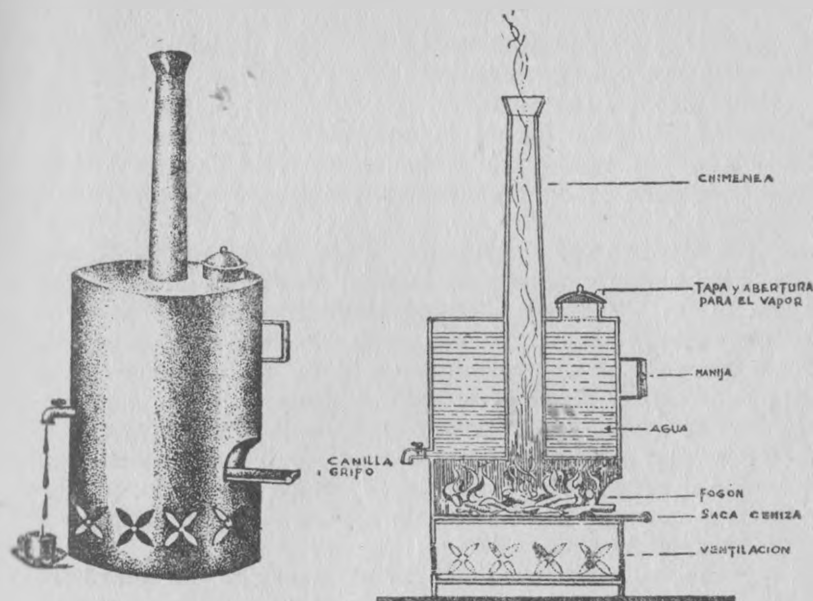
Nada diremos de sus leyendas, tradiciones, consejos, desparrramadas por todas las calles toledanas de la urbe-monumento. Si hurgamos la memoria de los moradores antiguos, encontramos que hasta rincones anónimos resultan cofres poseedores de "sucedidos" interesantes. Nada diremos del arrobamiento que causa al paseante, la contemplación de los edificios coloniales sitos en las estrechas arterias zigzagueantes, donde, sin hipérbole, se puede dar la mano de acera a acera, a un amigo, estrechándolas. Tampoco hablaremos del pasado artístico, digna muestra de una época en que se prefería construir por deleite, crear, con faz calma y silenciosa, portadas de templos, de mansiones señoriales, frontis, columnas churriguerescas; pintar cuadros como los del artista criollo de origen cochabambino, Don Melchor Pérez de Holguín, tendencia estética cultivada ahora mismo, cuando hasta los artesanos, terminada su faena cuotidiana, aprovechando las postreras horas de la tarde, sacan su caballete, lienzos, pinceles, etc., y se ponen a pintar apasionadamente, como tuvimos ocasión de ver a un zapatero de viejo,

en uno de los paseos por cierto barrio arrabalero. Igualmente, no nos referiremos a la afición musical innata en los habitantes, muchos de ellos artistas que componen piezas de acuerdo al ambiente en una altura de 4040 metros sobre el nivel del mar, con fuerte dosis de tristeza, o quizás de profunda nostalgia, evocadora de pasada grandeza. (Es fama que allá por la campiña distante, los campesinos indígenas, a un mes antes de Carnaval, descienden al río de Toropalca para inspirarse en los rumores cristalinos que esparce el choque de las olas, trasladando a sus quenás los motivos sugeridos).

Tampoco citaremos los escudos heráldicos que grabados en los frontispicios, conjugan con vías, con edificios de tejados españoles y campanarios, trayendo a la mente penencias, ambiciones, luchas, lances amorosos, noches de serenata, de juerga, y choque de tizonas bajo la luna o en lóbregas encrucijadas, lejos de faroles lánguidos, de candiles desfallecientes.

Fijo en la Historia está el contingente de riquezas que Potosí, dio a España. Pálida reviviscencia del lustre colonial es la fiesta de Corpus de hoy, que solía celebrarse antaño en un ambiente de regio esplendor, cuando transformábanse las calles en verdaderos salones y donde al son vocinglero de campanas existentes en treinta y cuatro templos, salía la procesión llevando a la sacra custodia en andas, descubierta y no bajo de palio, al igual que en Roma, Madrid y México, privilegio que costara millones de barras en plata al pueblo potosino.

Y no es solamente eso la ciudad-monumento. Hemos gozado con fruición, en el barrio minero del Potosí antiguo, a la vera casi de las bocaminas, al pie del templo de San Bartolomé, de los crepúsculos vespertinos, contemplando a la Villa nimbada de un ligero polvo o niebla jaspeada en lo bajo con las ampolletas eléctricas que interrumpían la monotonía con su tenue y graneada luz amarillenta. Y hacia el horizonte, frente al Cerro epónimo, ofrecían —y ofrecen— mirífica riqueza cromática los celajes cuyos motivos varían ca-



EL "MUCHACHO" POTOSINO

prichosamente de momento en momento, hasta que el Sol de los Incas resignase al consabido aparente descanso. Alguna vez, mientras paseábamos por ese barrio, un mozo pueblerino acercóse a la capilla, sentóse en algún banco de piedra y, sacando su charango, entregó a la tarde iridiscente, tonadas plenas de congoja mezclada de alegría.

Nada diremos —insistimos— de todo aquello. Plumas soberbias, inteligencias de gran fuerza creadora se han preocupado de destacar el portento, desde los lejanos tiempos coloniales, hasta en la actualidad. No vale repetir la misma canción tan sabida por propios y extraños.

Pero en el terreno folklórico nadie ha tocado —que sepamos a ciencia cierta— un aspecto muy potosino, donde

precisamente ha vibrado y vibra el alma popular, sirviendo —como el hogar de la prehistoria— de fuerza de concentración anímica. Ante su sonoro y coloreado arrullo, ha circulado la existencia de las masas desde quién sabe cuándo, en ignorados días en que el eco nocturno del choque de aceeros toledanos de corajudos conquistadores, se perdía en las callejas...

Se trata del "muchacho", llamado así por el pueblo a cierto cacharro donde se prepara té con aguardiente, "té con T." (la "T", abrevia "trago", símbolo de aquel licor en la designación popular). Consta, partiendo de abajo hacia arriba, de una base en donde yace el fogón con un tirador para bajar la ceniza. Sigue el depósito de agua teniendo, a un costado, una manija; en la parte superior está el poso para el té, con su tapa y abertura para el vapor, y al otro costado, una canilla o grifo sirve para sacar el líquido necesario. La chimenea, colocada al centro, sube desde el fogón, prolongando discretamente su cuello.

Es un artefacto nacido por la necesidad de calentarse en las noches cuyo constante frío azota cuerpos y almas. Bajo caricias de su calor, hierve el agua para el té o canela que servidos en una taza con su respectiva provisión de aguardiente (singani, pisco, denominación común), y una raja de limón, alegra los espíritus y con su efecto progresivo, despeja recelos e invita a una convivencia alegre. Los locales populares donde se surte tal combinación líquida se llaman "teterías".

Hemos buscado en la bibliografía potosina, noticias sobre el origen de tan especial cocina-depósito, infructuosamente. Pero calcúlase que los españoles propietarios de las minas hicieron construir este aparato que sugiere el "samovar" fácilmente portátil donde preparan las familias rusas, té o café, mezclados con "vodka". Como la explotación minera en el Ppotocsi se inició con plata, los primeros "muchachos" fueron contruidos con este precioso metal, transformándose, de acuerdo a la deriva de las diferentes épocas, en el trebejo de fierro laminado que hoy, colocado en el mos-

trador, frente a la puerta de entrada. sirve de por sí de pendón invitador a mineros, artesanos, obreros o a personas no-charniegas de toda clase, que buscan desentumecerse en las "teterías", a la salida de los cines, o, llana y sencillamente, alegrarse con menor gasto, por la baratura del precio por taza, aunque hoy la masa popular va reemplazando con la cerveza. También se ha buscado para tan singular cacharro, prosaica aplicación. Los barberos aprovechan de él para tener agua caliente lista y con ella suavizar el desuelle voluntario de resignados parroquianos.



TE "CON PITO" EN EL CUZCO

En el añoso Cuzco, cuyas callejas largas y angostas, balcones, campanarios y algunos monumentos y obras de arte colonial hacen recordar a la Villa Imperial, sigue vigente en cada puerta de tenducha, el "muchacho", de forma cilíndrica y con un silbador (pito) acondicionado en alguno de los conductos de escape. Al pie del cacharro, en cuclillas, como sacerdotisa oficiante, cuida esmeradamente de él la tendera, mientras su colaboradora lleva a los clientes el "té piteado", "té con pito", llamado así por la sirena criolla que lo anuncia, pues al aguardiente con que se combina la bebi-

da aromática citada, lo llaman **huaspay**. A estas tenduchas, conforme las sombras despiden al día, acuden elementos poblanos que empezaron la jornada alegre con la chicha, procurando continuar con su expansión. Allí cantan, bailan "marineras" (cuecas), se divierten, discuten. A la hora prima de la mañana, el "pito" avisa la existencia de "té piteado" a gentes madrugadoras que asoman allí, ávidas de "matar el gusano", o nocharniegas que buscan refugio oportuno para entrar en calor.



Quién sabe si este hornillo-surtidor de anónima factura, contempló y escuchó juramentos, gritos, planes, de Don Joseph Alonso de Ibáñez, en conciliábulo con los fieros "vi-cuñas", cuyo caudillo encontrábase viviendo un drama en que conjugaban al mismo tiempo, el amor sacrificado por aquella bella dama de "ojos verdes y carne morena", Doña Leonor de Vasconcelos, con la insurgencia estallada en contra de los armipotentes y abusivos vascongados, cuya conducta atrabiliaria y derechos, en nombre de la Madre Española, precautelaba el Oidor Don Raphael Hortiz de Sotomayor, desdichado rival en amor del mozo criollo, a quien finalmente llegó a ajusticiar junto con los restos de sus indómitas hues-tes en 1617.

Posiblemente, hacia 1651, el "muchacho" actuaba en las cuevas de la "Quebrada del Diablo", alimentando a los obreros del Alcalde Don Francisco Rocha —famoso millonario— a cuyas órdenes trabajaban aquéllos, hasta que, condenado Don Francisco por Nestares, su émulo, entonces Corregidor provisional de Potosí y Presidente de la Audiencia de Charcas, quien acusó al acaudalado minero de monedero falso, lo ajustició a nombre del Rey Felipe IV, sin esperar ratificación real de la condena, por hacerse, según comentarios, de la fortuna del ricachón, a breve plazo. Y Rocha murió sin señalar el lugar donde guardaba su fortuna... Quizá, años después, bajo el acariciante calor del "muchacho", re-remorando el suceso, recitaríanse los versos alusivos del romance escrito por Juan Sobrino, puestos en boca del reo:

.....

"Yo fui el lamentable mal
de muchos soberbios pechos,
Pues les quité vida y hechos
Siendo Alcalde provincial.
Y he llegado a extremo tal
Que si cortaba cabezas,
Ahora estoy hecho piezas
Y la mía está colgada
A pique de ser cortada
Sin que aprovechen riquezas..."

.....

Es probable que después de las representaciones dramáticas y de las corridas de toros, realizadas con motivo de celebrar con la pompa tradicional a los Sacros Patrones de Potosí: Cristo, la Santísima Virgen y el Apóstol Santiago, el pueblo encontrara acomodo para su alegría bajo el amparo del útil trebejo.

Tal vez, en los albores de la Independencia, enardecidos por el líquido del citado artefacto, inspiróse Juan Wallparrimachi Maita, el delicado poeta quechua y valiente jefe hondero, eficaz colaborador de los guerrilleros Padilla, quien, enamorado de Vicenta Quiroz y contrariado en el curso de la pasión hacia un bien ajeno, cantó su amor, así como lamentó después la brusca interrupción, en composiciones dolientes, escritas en el dulce y expresivo idioma incaico. Impresionados con el romance que epilogó con el alejamiento de la amante y el sacrificio del poeta-soldado caído más tarde en el campo de combate, elementos populares entonaban con intensa emoción la "Despedida", conmovedor poema del que citamos dos estrofas en la traducción de Jesús Lara:

.....

"Me prestaré el poder
De las alas del águila
Para irte a ver
Y junto con el viento
A regalarle entre mis brazos
Volaré.

En fuerte nudo nuestras vidas
Atamos ya
Para que ni la muerte nos pudiera
Separar.
Creímos que por siempre formaríamos
Un solo ser...."

.....

Al calor del "muchacho", seguramente las fuerzas locales reclutadas juntábanse para amistarase, mientras las acciones de guerra internacional seguían su curso, sucediéndose tiernas despedidas, cantando y bailando en las "teterías". También, durante las múltiples revueltas tan continuas en nuestra vida "democrática", buscaban allí con seguridad, amable refugio los hombres, descanso o valor, en tanto los vapores del "té con T", mezclábanse con las volutas de humo de los cigarrillos y las apuestas en las mesas de jugadores empedernidos, tan jugadores como valientes. El "muchacho" ha sido testigo de cambios de consignas y fechas de reunión de obreros mineros conspiradores, que preparaban su acción reivindicatoria en contra de ricachones que aprovechaban del trabajo ajeno para disfrutar sus riquezas, corromper mujeres y conciencias....

Las "teterías" han sido establecimientos donde los caballeros asomaban después de una fiesta de "etiqueta" para "remoler", o sea, para terminar un sarao pleno de tiesura y explayarse con verdadera intimidad con los de su simpatía. También aportan allí hoy los enamorados sin suerte, para desahogar sus penas, suavizar sus fracasos y desilusiones...

CH'AJMIDAS

Durante la guerra del Chaco, los diversos contingentes buscaban en estos locales un esparcimiento, fuera de los centros preñados de convencionalismos. Sentíanse iguales los soldados pertenecientes en vida civil a diferentes capas sociales. Tabaco, "té con T.", gemidos de armonio, kimbas en cuecas zapateadas, con cholitas, constituían rara antesala a los campos de batalla del "Infierno Verde". Entonces oímos cantar a una moza poblana, con profundo sentimiento, cierta cueca que terminaba con estos versos:

"Desde que se fue
Triste me dejó
Desabandonada..."

CABALLERIAS EN LA FIESTA DE GUADALUPE ENTRERRIANA

PIEREZA CHIRIGUANA

Refiere Garcilaso de la Vega en "Comentarios Reales de los Incas", que Yupanqui, el décimo gobernante de la dinastía, en su empeño de acrecentar su imperio con más territorios y hombres, envió hábiles y audaces espías a la provincia Chiriguana, "al levante de los Charcas", para que estudien las posibilidades de conquista. A su regreso, los comisionados dieron malos informes, primero, sobre las condiciones desfavorables de las tierras, como acidentadas, agrestes, inhóspitas, llenas de lodazales, de lagos pantanosos... Pero donde pusieron mayor énfasis fue acerca de los habitantes: "brutísimos, peores que bestias fieras... que comían carne humana, y para la haver, salían a salear las provincias comarcanas y comían todos los que prendían, sin respetar sexo ni edad, y bebían la sangre cuando los degollaban, porque no se les perdiese nada de la presa...". El monarca, luego de escuchar en sus más vivos colores más detalles sobre la espeluznante relación, sentenció:

—“Ahora es mayor y más forzosa la obligación que tenemos de conquistar los Chiriguanos, para sacarlos de las torpesas y bestialidades en que viven y reducirlos a vida de hombres, pues para eso nos embió Nuestro Padre el Sol”.

Y con toda la diligencia de que era capaz, el inca mandó diez mil hombres de guerra, a cargo de bizarros capitanes, escogidos de entre los miembros más intrépidos de la familia real. Pero al cabo de dos años de sacrificios cruentos, regresaron los enviados sin haber conseguido su propósito, “por la mucha maleza de la provincia, de muchos pantanos y ciénagas, lagos y montañas bravas”.

El mismo historiador relata que más tarde, en la época colonial, (1572), el Virrey Don Francisco de Toledo también se propuso lo que el Hijo del Sol, trasladándose en persona, conducido en una litera. Igualmente fracasó. En su huida, abandonó todos los bastimentos y vituallas llevados, a fin de que lo dejaran escapar tranquilo, mientras los chiriguanos se ocuparan del botín. Pero los bárbaros atendieron ambas cosas. Como lo vieran al maltrecho jefe hispano ser transportado a duras penas en la literilla, en hombros de sus subordinados que sorteaban las asperezas del camino, los abás, entre otros insultos dados a gritos, aludiendo al fugitivo Virrey, sardónicamente vociferaron:

—“Soltad essa vieja que lleváis en essa petaca, que aquí nos la comeremos viva”.

Y esos han sido los elementos étnicos a los cuales, con sólo recursos espirituales, debían reducir los religiosos...

VILLA DE SAN BERNARDO DE LA FRONTERA.— TARIXA

Amoscado debió quedar el representante del monarca hispano con la afrenta sufrida. Mas la situación no era para permanecer quedo. Por estos valles y vegas sureños, habitaban chichas, tomatas, churumatas, con existencia generalmente sedentaria. Pero muy cerca andaban los chiriguanos cometiendo fechorías. Había que resguardar a aquéllos y reducir a éstos. Con tal propósito mandó en 1574 al Capitán

Don Luis de Fuentes hacia estas tierras. Costó mucho conseguir gentes que se atreviesen a desafiar las iras de los temibles hijos de la selva bravía. Cuando llegó por estos valles el capitán sevillano, se encontró con que ya había hacienda traída por quienes le antecedieron, y huellas de construcciones. Bautizó la ciudad que fundara, con el nombre de **Villa de San Bernardo de la Frontera** (4/VII/1574), pero debido a una anterior referencia, quedó con el nombre de **Tarixa**, según asegurase, por haber estado antes allí Don Francisco de Tarifa, que trajo el ganado cuya presencia extrañara al fundador. Posteriores investigaciones hacen dudar sobre el origen del nombre, el que según afirman algunos investigadores, como Federico Ávila, proviene de lenguas aborígenes.

Y malones de los chiriguano sucedíanse con inusitada frecuencia. La vida colonial de la villa en formación, por los días coloniales inmediatos, constituía el acecho, ataque, defensa y en concebir nuevas formas de reducción. Los pobladores, rumiando su angustia, construían fuertes para defenderse y santuarios para centros de conquista espiritual, ubicándose en constante vigilancia mientras se realizaban las ceremonias del culto

Según el P. Lozano, a principios del siglo XVIII los chiriguano serían de 25 a 30.000 indios, fuera de mujeres y niños. Carmelitas, dominicos, jesuitas, franciscanos, agustinos, a su vez, tomaron a su cargo el llevar la enseñanza de la cruz y de reducir a las feroces tribus de **abás**. Sortearon temperaturas fuertes, regiones malsanas y traiciones de los bárbaros. Los hispanos con sus escasas huestes empleaban la fuerza; los religiosos aplicaron la bondad y la astucia operante. Tarija se constituyó, por este lado, en el centro desde donde tenían que desplazarse los conversores, pues los chiriguano en forma paulatina, fueron abandonando las inmediaciones de la Villa, para retroceder a sus bases, establecidas en los últimos contrafuertes andinos, por el Chaco. Créese que el nombre quechua (**chiriguano**, frío estiércol) fue dado despreciativamente a estas tribus advenedizas, por los antiguos pobladores, súbditos del Tahuantinsuyo.

CALVARIO DEL P. JULIAN LIZARDI

Conforme expresamos, la reducción por la fuerza estuvo a cargo de los hispanos y de elementos nativos o de sus mestizos allegados a los primeros. Pero la conquista de más profundo alcance asumieron los religiosos, quienes tenían que convertir al cristianismo a tan feroces elementos.

Al recordar los innumerables padecimientos soportados por los frailes en su loable afán, no podemos sino honrar a los que con la cruz, la palabra enfervorizada, con absoluto desprendimiento de sus vidas, desarrollaron una labor de cultura, de atracción por el espíritu, de mayor persistencia que lo conseguido por la violencia.

Preocupación constante del P. Provincial de los Jesuitas, R. P. Jerónimo Herrán y de su sucesor el P. Jaime de Aguilar, fue enviar religiosos de su Orden, portadores de la fe cristiana para diseminarla en las tierras salineñas, que en los días del adoctrinamiento se concentraban en tres zonas, llamadas convencionalmente, **Valle de Arriba** (San Luis), con la reducción de Nuestra Señora de la Concepción, sitio muy poblado por belicosos chiriguano; **Valle de las Salinas o de Abajo** con la advocación de Nuestra Señora del Rosario. El **Valle del Medio**, aun subsiste con este nombre.

Aunque la Fiesta Patronal de Entre Ríos (**San Luis** en los días del adoctrinamiento) lleva la consagración de Nuestra Señora de Guadalupe, la reminiscencia de un triste suceso concentra como un símbolo de la lucha civilización-Cristianismo versus barbarie-paganismo, la fiesta local, al evocar la fatídica contienda, sintetiza los empeños de todo lo que comprende ahora el territorio tarijeño en el Sudeste. De aquí su importancia y valor tradicional, no sólo para el lugar de los espectaculares festejos, sino para todos los valles de don Luis de Fuentes.

Por disposición del Virrey de Lima llegaron a Tarija en 1732 los P.P. jesuitas Julián de Lizardi, José Pons e Ignacio Chome. El P. Provincial R. Jerónimo Herrán y luego su suce-

Por, el P. Jaime de Aguilar, destinaron a los animosos jóvenes sacerdotes a una delicada misión, plétórica de sacrificios, religiosos que pronto dirigieron hacia los valles citados.

Constituidos en las zonas de suprema prueba, tuvieron pavorosa certeza sobre la actitud recalcitrante de los chiriguanos. Informaron luego al Superior, algo desalentados:

"En lo humano no hay esperanza alguna de la conversión de los chiriguanos. **Manus Domini non este abbreviata**; pero antes se dejaran ellos hacer pedazos que venir en ser cristianos, tanto es el horror que tienen a este nombre y nos sufren ir y venir por sus pueblos únicamente movidos de su inexplicable codicia, y no es gente que se pueda ganar con dádivas, **todo lo quieren como si les fuera debido y todo lo reciben como si nos hicieran merced en recibirlo**".

Los peligros, acechanzas, inclemencias del suelo chaqueño; penurias, amenazas de muerte, no mermaron el temple de los misioneros. Quedóse solo el P. Lizardi en el peor de los lugares del Valle de Arriba, poniendo en juego su ánimo esforzado de buen guipúzcuano, en sentido de resignación, a la vez que la ofrenda de su existencia, no sólo atendiendo al culto, sino ayudando personalmente en los menesteres de la construcción material del villorrio. Y lo tétricamente prevenido tuvo su natural desarrollo.

En la fría y brumosa mañana otoñal del 16 de mayo de 1735, encontrábase el noble jesuita vascongado celebrando misa en la capilla dedicada a Santa Ana. La imagen en bulto figuraba al centro del altar. En lo más culminante de la ceremonia, de pronto irrumpió dentro del templo una horda de chiriguanos de siete pueblos del Valle del Ingre. Mataron a quienes estuvieron por delante en su avance hacia el templo. Asomándose al sacerdote, lo arrancaron violentamente de su sitio, ululando. Desvistieronle, lo maniataron y sacaronlo fuera. Flecharon a la imagen epónima en la plaza; cortaronle la cabeza y manos y arrojaron el tronco a un escampado. Incendiaron el templo. Cuando todo estuvo en escombros

retiráronse los asaltantes e hicieron alto a una legua de distancia, donde pasaron la noche, de tremendo martirio para el misionero. Al día siguiente, 17, aniquilado por el asma y por el intenso frío chaqueño, fue conducido Lizardi entre gritos iracundos de los bárbaros; lo hicieron sentar desnudo en lo alto de un peñón, a guisa de patíbulo. Una lluvia de treinta y dos flechas diestramente lanzadas dieron fin con la existencia del abnegado prosélito de San Ignacio de Loyola.

El cadáver del sacrificado fue encontrado y recogido después de veintidos días por el P. Ignacio Chome, quien lo hizo conducir a Tarija en una caja en donde pusieron también el cuerpo mutilado de la imagen. El vecindario tarijeño recibió los restos con indescriptible emoción. Se los colocó en la Iglesia Matriz, actual catedral, en un hueco abierto en la anchurosa pared, sobre la puerta de la sacristía.

Dentro de la caja que contenía los restos mortales, encima de ellos, manos piadosas pusieron una plancha mediana de madera, con una leyenda en latín, para la respectiva identificación, que así rezaba:

"HIC JACIT CORPUS VENERABILIS MARTYRIS PATRIS
JULIAN DE LIZARDI, SOCIETATIS NOSTRAE
QUI OB EVANGELII PREDICATIONEM ET FIDEI
DEFENSIONEM DUM SACRIS OPERARETUR A BARBARIS
CHIRIGUANIS COMPREHENSUS SAGITTISQUE CONFOSUS,
ORBIT DIE 17 MAI ANNI 1735".

Más tarde, dejando a un lado el idioma del Lacio, con prosa en romance paladino, en la cual suele el pueblo hablar con su vecino, conforme proclamara en el siglo XIII el mester de clerecía mediante Gonzalo de Berceo, se puso una lápida de madera en cuadro colocado en el susodicho muro, con la siguiente referencia:

"AQUI DESCANSA EL CUERPO DEL VENERABLE MARTIR PADRE
JULIAN LIZARDI
DE NUESTRA COMPAÑIA EL QUE HABIENDO SIDO PRENDIDO
POR LOS BARBAROS CHIRIGUANOS AL CELEBRAR LA SANTA
MISA. COSIDO A FLECHAZOS, MURIO EL DIA 17 DE MAYO DE
1735".

El sacrificio ha sido inmortalizado por el pueblo entrerriano que lo evoca a su manera, a veces relatado de paso por el sacerdote oficiante de la misa principal, en su fiesta consagrada a la Virgen de Guadalupe, que celebra cada año el primer domingo de octubre.

A ciento cuarenta y cinco años de la inútil y cruel inmolación, los restos tuvieron inopinada odisea y hasta un posible extravío.

Según informa el presbítero británico Kenelm Vaughan, en su visita a Tarija logró descubrir los restos del mártir vascongado, gracias a la obra biográfica del P. Pedro Lozano, existente en la Biblioteca del Convento Franciscano, el día 9 de noviembre de 1875, con el testimonio de la tablita antes citada. Como resultado de una conferencia que sobre el caso ofreció el mencionado sacerdote inglés en San Sebastián el 20 de septiembre de 1896, obtuvo como resultado, de la Exma. Diputación Provincial de Guipúzcoa una Resolución, por la cual acordáronse dos puntos: 1º —Solicitar el traslado de los restos del P. Lizardi, de Tarija (Bolivia), para ser depositados en la Iglesia Parroquial de Asteazú, donde el mártir recibió el bautismo; 2º— Tramitar la beatificación del sacrificio jesuita asteazuno.

Veinticinco años después del pronunciamiento del cuerpo legislativo vasco, habiéndose obtenido la autorización del Ilmo. Arzobispo de la Plata, don Miguel de los Santos Taborga, con la intervención de don Guillermo Cainzo, Prefecto del Departamento de Tarija, del P. Ezequiel Aguilar, Vicario Foráneo de la Iglesia Matriz y de muchos personajes notables como testigos oculares, aun contrariando la oposición popular, los restos fueron entregados en altas horas de la no-

che, muy bien acondicionados, al solicitante, R. P. Kenelm Vaughan, para su traslado a España, quien describe amablemente y con minucioso detalle todo el curso del viaje, desde Tarija, hasta llegar a Buenos Aires... Y... Silencio.. El diligente y apasionado religioso inglés no dice nada sobre si llegaron o no a su destino dichos restos y de si se cumplió el anhelo de que reposasen en el templo de Asteazú.

En cuanto a la beatificación, el respectivo trámite quedó inconcluso. Quien sabe no se quiso remover los recoldos que motivaron la expulsión de los jesuitas (1767) —sin estar comprendido el Venerable Mártir en las acusaciones en contra de la Orden— siendo víctima *post-mortem* —sospechamos— de la curiosa generalización condenatoria, empleada en lo más recio de la campaña: "Lo que se afirma de todos, se afirma de cada uno", pues el P. Lizardi estuvo apenas cuatro años en las reducciones del Paraguay, sufriendo resignadamente las contingencias de la arriesgada misión evangelizadora...

VALLE DE ARRIBA. — SAN LUIS - ENTRE RIOS

Treinta leguas separan a la ciudad de Tarija, del risueño pueblo de Entre Ríos, pero ambas poblaciones se encuentran unidas mediante un camino de rodados que tuvo mucha actividad durante la campaña del Chaco (1932 - 1935) y que actualmente sirve para conducir los productos naturales salineños, como maíz, sal blanca o colorada, petróleo, etc. Partiendo de la Villa de Luis Fuentes, la rodovía atraviesa diferentes zonas de temperatura desigual. Al empezar desde Tarija, abundan los churquis a la vera. Conforme se va ascendiendo, nótase vegetación raquítica; el viento sopla en momentos, suave; en otros, iracundo. La bajada es grata, promisoría. A uno de los costados de la carretera, pasa un río de aguas tranquilas, las rocas en las riberas ostentan flores que penden juguetonas de sus tallos, a manera de caprichosas candongas, como el clavel del aire y los variados payos. Más allá, la arboleda aumenta la potencia visual con un

colorido uniforme. Después de varias grandes curvas, desde la altura en que culebrea el camino, contéplase, con intenso deleite, cerros cubiertos de bosque, como si en un juego de potencias superiores, se hubiese extendido un extraordinario tapiz de tono sinople. Por fin la meta se aproxima. Alguna curva más de consideración por vencer, y luego se tiene a la capital de O'Connor al centro de caminos zigzagueantes y de cerros multicolores, rodeándola el río de Santa Ana y el del Pajonal, cuya conjunción ha dado el último nombre que hoy ostenta.

El carro que nos conduce atraviesa los alrededores, ornados con árboles de lapacho o catalpa de América (*Bignonia Longi-sima*) que ofrendan sus flores amarillentas. Las calles tienen regularidad de trazo. La Plaza "Gral. Francisco Burdett O'Connor" está circundada por pinos; en su parte céntrica hay naranjos y limeros. Luce un kiosko nuevo, con techo rojizo y soportes pintados de azul.

La antigua capilla se derrumbó, de modo que hoy los oficios religiosos se efectúan en el templo en construcción, ubicado en la Plaza. A su frente, bajo de una especie de estera, está el reloj público, de grandes dimensiones. Dos campanas, grande la una y pequeña la otra, dan las horas, pero también sirven para llamar a misa en las grandes ceremonias, ayudando a tres campanas que colocadas al costado, colgadas de los travesaños asegurados en dos pinos, desempeñan funciones propias del culto, en manos de voluntarios campaneros.

Según el censo de 1950, Entre Ríos tiene 1.002 habitantes permanentes. La provincia en general, cuenta con factores de variada índole que redundarían en su progreso. En la noche de llegada, vísperas del magno día, oímos cantar alabanzas a la tierra, con versos de Hugo Montellano, un hijo del lugar, que decían:

VICTOR VARAS REYES

MADRE MIA

Tierra linda, Entre Ríos,
cariñosa madre mía
donde cantan los zorzales
desde que Dios manda el día.

En sus campos y riachuelos
todos cantan su alegría,
hasta las aves, cantando,
buscan su amor a porfía.

¡Entre Ríos,
tierra hermosa!
Es tan grande tu riqueza vegetal,
chapaquita orgullosa
sois la diosa de este valle tropical.

En tus fiestas se disputa
con gallarda valentía
el amor de la chapaca,
cantándole una poesía.

De Tarija son la joya
tus campos y sembradíos,
sois el alma de los poetas
que se inspiran en tus ríos...

LA FIESTA.— FUNCION RELIGIOSA

Por tradición, se ha señalado el primer domingo de octubre para la realización de las ceremonias clásicas.

La población es despertada por los camaretazos o estallidos de bombas. Alguien pasa tocando su kena por enfrente a nuestro alojamiento, acompañándose el mismo cantor que acompasa en una "caja" o tamborcillo. Por otro costado, de lejos, viene el sonido grave de una "caña". Van

asomando gentes en traje de fiesta a la Plaza. Avanzan las horas de la mañana en un tráfago ansioso. Son las once, hora de la misa solemne. Forman un conjunto abigarrado las gentes endomingadas del pueblo, con traje chapaco, que entran fervorosas al templo inconcluso. El traje chapaco de ambos sexos, es el dominante, mas también se ve llegar hombres con chiripá, a la gaucha. Sin sorpresa de los circunstantes, ingresan cambas y cuñas auténticos; los unos con pantalón bombacho y chaqueta, negros, con sombrero de ala ancha del mismo color, y al centro del mentón destaca-se su "tembeta"; las otras preséntanse con tipoyes elegantes de seda, con los brazos desnudos. Ambos llevan pintadas las mejillas como antaño hicieran los suyos, empleando urucú o achiote (*Bixa Orellana*) o con chapi (*Rubia Tinctorum*).

En la nave principal del templo en construcción instalaron los del Comité un altar y a un costado, pusieron a la Virgen de Guadalupe, una hermosa talla, ante quien se prosternan reverentes los fieles que depositan velas encendidas en un velero puesto a sus plantas.

En forma convencionalizada, los elementos populares, promesantes, asoman con vestimentas y adornos característicos. Se ve a "cuñas" acicaladas con cintas multicolores en el cabello, hacia la frente; se hacen presentes chapacas con mantones de seda, bordados, y con polleras elegantes; también se nota muchachas de pueblo, aparecer como "cuñas", pero distinguiéndose la ondulación "permanente" en el cabello. En cuanto a los varones, los hay de diversa indumentaria. Hay quienes vienen luciendo bandas de caracoles teñidos, puestas en bandolera; otros las tienen de cedazos en miniatura; algunos decoran su cabeza con pañuelos de colores. Ya muéstranse éstos con bandas de mates o porongos; aquéllos ornado el busto con pieles desecadas como capitas; los de más allá vienen con los brazos desnudos, recogida la manga de la camisa o de la blusa, indistintamente, por encima del codo, hacia el antebrazo. No faltan devotos que se exhiben con los pantalones levantados por encima de la rodilla. Muchos portan arcos y flechas; nótese muy rara-

mente varones vestidos de "chuchos", con el clásico "turbante", pero sin "pollerín". Llegan muchachos acicalados con bandas hechas con vainas de cardenilla, partidas por mitad transversalmente, ensartadas por los extremos, combinándose con jubillas o con cañutos.

El movimiento hacia el templo, en tanto prosigue la ceremonia religiosa, es aturdidor por los colores e indumentarios. Faltaba la bullanga y ésta la producen chicos con sus **pucunas**, flautines de primera providencia, abiertos en un extremo con un corte típico para poner los labios y al lado opuesto con el mismo corte elemental; el extremo inferior está cerrado. No tiene ningún agujero. El son monótono de un sin fin de **pucunas** fatiga. Las diversas tropas de musicantes llegan hasta el altar, hacen una venia a la sacra imagen y vuelven a la plaza, al encontrarse de salida unos, y de ingreso, otros, se saludan respetuosamente con senda inclinación.

Terminada la misa, sale la procesión, amenizada con una banda de música traída desde Tarija para el caso. Recorre las calles principales y luego vuelve la talla al templo. Las damas notables del pueblo, en colaboración con las autoridades locales y departamentales, realizan una **kermesse**, para con cuyo producto debíase incrementar la construcción del templo. Mientras en el centro de la plaza, en las diagonales, tienen esparcimiento los vecinos y visitantes en la **kermesse**, grupos de pilluelos caracterizados, junto con varones y aun con mujeres, corren rodeando la plaza, ululando. Por las afueras, se nota la llegada a caballo, de jóvenes de ambos sexos, caballeros en buenos pingos, para tomar parte como "promesantes", en la ceremonia secular de la tarde, para lo que preparan sus atavíos.

TÍPICO TORNEO ECUESTRE EN LA PAMPA DE CAGUARINA

Mientras celebran la fiesta con libaciones de toda índole las gentes de diversas capas sociales, asoma la ansiedad por calcular cómo será la "guerrilla". Acaricia la fres-

cura de la tarde. Son las cinco. Ya en las calles se han hecho presentes muchos jinetes caracterizados, bien apuestos. Por otro lado, "cuñas" lujosas demuestran al paso de su destreza ancestral en el manejo de la cabalgadura. El pueblo vive instantes de agitación, para presenciar el combate o para tomar parte en él. Nos comunica Guido Vera Oroza, un propietario de la región, que la "guerrilla" se efectuaba antes en el campo de Cajas; luego se la trasladó a la pampa de Caguarina, al sur de la población. Y simboliza, según el mismo informante, el atropello de los bárbaros contra de los cristianos y la defensa de éstos, hasta el triunfo de los partidarios de la Cruz. Por su parte, el señor Eulogio Ruiz, Coronel jubilado y actualmente rico propietario, completa el relato anterior, agregando que se rememora el malón que se produjo cuando se llevaba a la Virgen de Guadalupe en procesión. Atacaron los chiriguano, quienes dieron muerte al P. Lizardi. La imagen quedó en el campo, solitaria. Reaccionaron a poco los cristianos, arremetiendo a los **abás**, a los que vencieron y recuperaron la imagen. Esta especie es la que circula en el pueblo y ha servido de lección viva para fortificar la fe de los creyentes católicos.

Después de mucha ansiedad y de inusitado movimiento, sacan a la Virgen en procesión, siguiendo, del templo, por la calle Comercio; cruzan la Potosí, y terminan al sud del campo denominado de la **Caguarina**, donde tiene un altar para el caso y en su delante, una enorme alcancía, asegurada con llave y en cuya tapa, en el centro contiene una ranura para que por ella introduzcan los fieles su óbolo para la terminación del templo. Acompaña la caballería que representa a los "matacos"; a pie, siguen los "chiriguano convertidos" que dan saltos y gritan al compás de su tamborillo donde marcan el **tamtam**.

En el trayecto se nota la división de la caballería en dos grupos; al mando del uno, está un bizarro jinete con la cara pintada de negro y en la cabeza luce un llamativo sombrero de ala ancha; al mando del otro, destácase la figura pintada de rojo del jefe; ambos capitanes tienen sendas lan-

zas teñidas, a guisa de cetros de mando. Las huestes toman posiciones E-O, y frente a frente, teniendo, como fondo común el sitial de la Virgen, rodeado de peatones caracterizados de chiriguano y de cuñas. Los bustos de los jinetes están ataviados con capas tejidas para el caso, de filamentos de *sacha* o barba del monte (*Usnea Florida*). A escasa distancia colócanse las amazonas participantes, lujosamente engalanadas con sendos tipoyes de seda y con las caras pintadas. Cada uno de los grupos, al presentarse en el campo, desfilan previamente delante de la Virgen, haciéndole una comedida reverencia y luego pasan a ocupar el respectivo puesto.

La gente espera el tradicional torneo. De entre los grupos salen unos comisionados: son los emisarios, que charlan entre sí, como tomando los primeros acuerdos; en seguida aparecen los capitanes con indumentaria inconfundible. Se saludan y a continuación, mediante un giro, van paralelamente hacia el altar de la Virgen, se inclinan a todo galope y se juntan los jefes para platicar en tanto los infantes ofrendan a su turno el saludo circunspecto a la sacra imagen, bailan saltando y ululando. Tócale hacerlo a la caballería, de la que los guapos de ambos grupos salen de uno en uno, sincrónicamente; desfilan varias veces, ostentando su habilidad en el manejo de sus bestias. Luego, dispuestas las caballerías frente a frente, después de los desafíos y bajo el control moral de Alberto Ruiz, militar jubilado, salen los jinetes rebenque en mano; crúzanse con el enemigo de enfrente y se intercambian latigazos, que son más o menos violentos, si hay o no agravios anteriores que cobrar; también pueden ser amigos, entonces, en vez de emplear sus látigos, se dan la mano cariñosamente y regresan a su posición. Los capitanes aparentan serenidad, presenciando el desarrollo de los combates singulares, pero a menudo se ven obligados a salir de su puesto para separar a los que están tomando en serio su papel de enemigos. A pesar de ello, de momento en momento se producen colisiones de entre los contendores, a guisa de batalla campal. Cuando no ha quedado ningún za-

gal sin hacerse presente en el combate, se produce una pausa, mientras se desarrolla un parlamento de capitanes.

El torneo, como tal, ha concluído. Tienen que seguir otros cuadros clásicos. Así, cada legión, por su costado, se dirige hacia la Virgen y orientándose en un sentido concéntrico a todo galope, vuelven a ocupar su puesto. Correspóndeles actuar a las "cuñas", que al mando de sus comandantes: Fidelina y María Villarroel y Vicenta Nieto Villarroel, acércanse a todo galope hacia el altar de la Virgen y previa graciosa venia, viran diestramente y se colocan en columna, al término de la pampa. Luego se juntan ambos grupos ex-contenedores, vienen hacia la imagen, forman una sola legión y, con la cabalgata de "cuñas" por detrás, esperan a la imagen que es conducida por los infantes. En un momento dado, los caballeros desmontan y en grupo de a pie, con los capitanes juntos se dirigen hacia la imagen. A indicación de los jefes se arrodillan los jinetes, a cierta distancia. Van de rodillas, con toda unción, persígnanse al pie de la Virgen de Guadalupe, depositan su limosna en la alcancía y se retiran. Cumplida esta última obligación, montan nuevamente y en perfecto orden evolucionan a ambos costados de la animada pampa.

Pero los infantes no se dan reposo. Van y vuelven saltando al compás de la música monótona de sus **pucunas**; hacen la tradicional venia a la imagen y regresan saltando. Muchos de los peatones promesantes tienen a sus niños a su lado, los hacen saltar y gritar igual que los mayores.

Por fin la ceremonia de lujo y lucha de caballerías, de saltos, reverencias y de ululeo, ha concluído. Toda la muchedumbre regresa en procesión con la imagen. Pero el caso tiene un inesperado epílogo: los pilluelos y los infantes adultos, con un sí es no es saña envidiosa, arrojan con maligna algarazara al cuerpo y rostro de los gallardos jinetes, las boñigas casi secas por la acción del sol de la tarde, expelidas en mucha cantidad por las bestias, obligando a los arrogantes a esquivar tan singulares proyectiles, pero en este afán des-
tejen a su pesar, sus capas de **sacha**, dejando entrever la

humildad de su corriente vestido, que contrasta con la apos-tura que exhibieran ante el pueblo reunido.

Las calles del trayecto de regreso se han cubierto de polvo que cubre caras de actuantes, de espectadores, y de bebés cuyos padres los han vestido de "cambas" o "cuñas".

En el campo de Caguarina, se ha calculado la presen-cia de 600 jinetes y de 1.200 infantes, superando con creces a la población normal de Entre Ríos. Es que como "promesa", se hace presente más del 40% de la población provincial, llegando también de las provincias chicheñas y aun de la República Argentina.

CELEBRACION PROFANA

Al oscurecer, las carpas que cubren el extremo Este de la pampa, están repletas de gentes que aportando por los caminos polvorientos de acceso y de las mismas calles, aso-man para libar buenos vasos de chicha o de cerveza. Algun-os diestros rasgan su guitarra. En los demás locales del pue-blo, también se distribuyen quienes desean refrescarse y to-mar sosiego, después de las emociones producidas en la tarde.

El sol, al dorar las calles del pueblo y de los caminos, en la mañana del lunes, debela los saldos de la jornada an-terior. Yacen grupos durmiendo pesadamente su borrachera. Cruzan las calles y llenan el mercado público gentes con las caras pintarrajeadas. Destácanse los rastros de la juerga. Hay cierto desgano característico.

La misa del lunes se efectúa a las 9,30 de la mañana. No asiste ni la tercera parte de los concurrentes del domingo. La procesión sale sin banda. Suple esta falta el cura ofician-te que canta en el trayecto.

Después de la procesión, dispersada la concurrencia, pasan y repasan por la calle Comercio eufóricos keneros, in-citando con sus tonadas típicas. Con la mano derecha ma-nejan la cajita o tamborcillo y con la izquierda, la kena. Se encuentran al paso con algunos de sus paisanos y amigos,

■a saludan afectuosamente. No faltan la invitación para ir a un lugar conocido por ellos, para divertirse. Y con toda afanía aléjanse en busca de seguro solaz, mientras los visitantes de la ciudad del Guadalquivir, toman las determinaciones necesarias para el regreso...

Tarija, octubre de 1950

BIBLIOGRAFIA

- **Inca Garcilaso de la Vega.**— "Comentarios Reales de los Incas". Emecé Editores S. A. Buenos Aires. 1943.
- **P. Pedro Lozano.**— "Descripción chorográfica de las dilatadísimas Provincias del Gran Chaco—Gualamba, etc.".— Córdoba 1733.
- **P. Pedro Lozano.**— "Relación de la vida y virtudes del V. Martyr P. Julián Lizardi".— Salamanca 1741.
- **P. Alejandro Corrado y Antonio Comajuncosa.**— "El Colegio Franciscano y sus Misiones.— Noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio".— Quaracchi.— 1884.
- **Kenelm Vaughan R. P.**— "Descubrimiento de los restos del Venerable P. Julián de Lizardi, de la Compañía de Jesús y su traslado a Tarija a Buenos Aires".— Cabant y Cía.— Buenos Aires 1901.

EL GALLO Y SUS FAMILIARES EN EL FOLKLORE BOLIVIANO

A Félix Coluccio

Creo que fue a mediados del siglo diez y nueve de nuestra era, cuando se discutía el origen del mundo, de la vida, de las especies y del hombre, y surgió la intrigante cuestión:

—¿Cuál fue primero, el huevo o la gallina?

La pregunta continúa sin respuesta convincente.

El huevo aparece en la anécdota histórica merced al genovés genial, Cristóbal Colón.

Al regreso de su primer viaje, cuando puso a los pies de Fernando e Isabel todo un Continente para que España extendiera sus dominios en los que después diría Carlos V "que no se ponía el sol", Colón, fue objeto de múltiples atenciones. Invitado a comer en el Palacio Real, no faltó alguien de los tantos envidiosos de su gloria, presentes en esa ocasión, que preguntó al Descubridor, sobre si él no hubiera descubierto el otro hemisferio, no habría nadie que lo hiciera, conforme ocurrió. Sin responder a la zancadilla el genovés, tomando un huevo (de gallina) entre sus dedos, se dirigió

a los convidados, pidiéndoles que a dicho cuerpo esférico lo colocaran de punta. Nadie pudo hacerlo. Entonces Colón lo rompió cuidadosamente por uno de sus extremos y colocándolo sobre la mesa, por donde estaba roto, explicó que no era mucho mérito presentar un sencillo problema, mas, por su misma simplicidad, nadie era capaz de resolverlo, hasta que se ofreciera alguien para hacerlo con entera claridad. Entonces el invitado de honor justificó para sí la supremacía, debido a inspiración divina.

Aprovechando el episodio, la picardía criolla imaginó picantes acertijos.

Se puede agregar algo más sobre el tan agradable elemento generador de vida. Cuando afanosamente un individuo agasaja a otro con obsequios materiales o con lisonjas para obtener una merced del halagado, alguien, notando la marcada intención del quitamotas, lo hace notar, manifestando:

—Ese huevo pide sal...

¿Quién fue primero, el gallo o la gallina?

Bueno. Es arriesgado meterse en honduras. Como aparentemente no estamos bajo el imperio del matriarcado, daremos preferencia al elemento masculino para empezar este trabajo.

Desde la remota antigüedad tuvieron no sólo estimación, sino apasionamiento por el gallo y por sus pendencias los pueblos de Indonesia, Madagascar, Calcuta, Ceilán, la India y la China. Griegos y romanos participaron igualmente de la afición. Consagrados a Esculapio, dios griego de la medicina, estuvieron el gallo, símbolo de la vigilancia y la serpiente, emblema de la prudencia. Dícese que Esculapio, iluminado hijo de Apolo, muchas veces exhibía un gallo en uno de sus puños. Se ignoran las razones por las que se eliminó el símbolo del gallo, imponiéndose el de las serpientes enroscadas en una angosta ancla, como "esculapio" en los distintivos militares de Sanidad.

Temístocles exaltó el bípodo plumado cantor, como fiel vigilante. Dícese que los helenos alimentaban con ajos y ce-

bollas a los gallos para que sean más camorristas. (No para que lancen malas palabras).

En el notable suceso de la pasión y muerte de Sócrates, filósofo ateniense inventor de la Mayéutica o arte de par-tear los espíritus, se encuentra solemnemente citado el ave de este apunte. Condenado a beber la cicuta, cuando los efectos del veneno hicieron notar la proximidad del fatal desenlace, el genial hijo de Fenaretes, dirigiéndose a un inseparable amigo, encargóle:

—Debemos un gallo a Esculapio, no te olvides, Critón, de pagar la deuda.

Dicha comisión impartida en el instante supremo, se interpreta como el postrer homenaje a la muerte que es **curación de la vida**.

Tan significativo homenaje tuvo su reverso, en el que resultaron malparados, tanto el alado y apuesto centinela, como el varón representante de la loca humanidad.

Platón, dilecto discípulo de Sócrates y denodado defensor de su maestro, había definido al **hombre** como un animal con dos pies, pero sin plumas. Diógenes de Corinto el cínico que lucía su tonel como vivienda y una linterna, sabedor de la ocurrencia del creador de la Dialéctica, con el sarcasmo que le era habitual, arrojando inopinadamente en el jardín de Academo un gallo desplumado al centro del auditorio, espetó con un modo ex abrupto a los sorprendidos dialogantes:

—“¡Ahí tienen al **hombre** de Platón!”.

En Heráldica, el gallo simboliza la vigilancia, la osadía y el orgullo. El gallo francés cantó la victoria final en ambas guerras mundiales.

La Arqueología nos enseña los grabados en los sarcófagos yacentes en las ruinas de Ostia, importante puerto de la antigua Roma, mostrando gallos en actitud de fiera pelea. En Pompeya, pueblo de la Campania destruido por tremenda erupción del Vesubio el año 79 a. de J. C., se encuentra en los mosaicos, así como en pinturas murales, figuras del gallardo jefe plumado del gallinero.

Según San Mateo, cuando Jesús fue llevado preso donde Caifás, Sumo Pontífice, en cuya casa se reunió el Sanhedrín, y en esa tétrica noche San Pedro aseguraba su inco-rruptible fidelidad al Divino Maestro, éste pronosticó:

—Pues yo te aseguro que en esta misma noche, **antes que cante el gallo, ME NEGARAS TRES VECES.**

Predicción que se cumplió.

En un grabado existente en las catacumbas se destaca la figura de un par de gallos excitados al combate por dos niños. Según interpretación, el motivo representa la obligación de luchar heroicamente para conquistar la palma de la victoria. Es también el gallo, para los primeros cristianos, el símbolo de la Resurrección. Llámase **Misa del Gallo** a la oficiada en la Nochebuena, celebrando el nacimiento del Redentor.

En los tiempos modernos hubo apasionamiento por la crianza de gallos de riña y por su espectacular lucha, en Inglaterra y Estados Unidos de Norte América. En la gran nación del Norte se destacó la afición de los presidentes Jorge Washington, Tomás Jefferson y Abraham Lincoln, así como de Alexander Hamilton, hábil estadista colaborador del primero de los nombrados.

En Latinoamérica los gallos fueron traídos de Andalucía desde el segundo viaje de Colón (23/IX/1493), cuya crianza se difundió rápidamente, haciendo las delicias de los tiempos del coloniaje, continuándolas hasta nuestros días. Hay eruditos que niegan la primicia de la importación desde España, sosteniendo que los primeros gallos han sido introducidos desde Filipinas, como avanzada del Oriente hacia América, por medio del galeón de Acapulco; los **gallos de riña** habrían atravesado el Pacífico, conquistando México... Esto no impide pensar que gallos y gallinas para la cocina hayan asomado a nuestras tierras procedentes de Andalucía y que la selección de los peleadores hayan llegado por el Atlántico...

Como recuerdo de las primeras denominaciones dadas a los lugares descubiertos, se tiene a la pequeña Isla del Ga-

llo, hecha célebre, cuando las huestes ambiciosas de Francisco Pizarro, padeciendo inclemencias atmosféricas, persistentes chaparrones, cuasi desnudos, sin más alimentos que cangrejos y otros escasos mariscos que recogían de las playas, resolvieron librarse de sus males regresando a Panamá, el intrépido comandante trujillano, sacando su puñal trazó una línea en la arena, de Este a Oeste, y dirigiéndose al Sud, dijo a sus vacilantes compañeros con voz tonante:

—Por aquí se vuelve a Panamá a ser pobres; por allá se va al Perú a ser ricos. Escoja el buen castellano lo que más bien le estuviera.

Pasó la raya. Le siguieron sólo trece hombres. Así emprendió la conquista del Perú.

Se cuenta que el astuto doctor Casimiro Olañeta intrigó a su tío el General español Pedro Antonio de Olañeta (absolutista) de que era secretario, con el General Jerónimo Valdés (liberal, constitucionalista), aumentando la discordia ya existente entre los mencionados jefes peninsulares. Comentando el caso el maquiavélico doctor chuquisaqueño, manifestó:

—He afilado las navajas a los gallos para que peleen. El resultado será la nueva Patria.

Hay un apasionamiento especial acá por las riñas y por el redondel. Constituye todo un sistema organizado desde la crianza, alimentación, adiestramiento, clasificación, formalidades, peso, inscripción, apuestas entre los participantes, etc. Como no puede ser de otra manera, en todas partes se dispone de "galleros", devotos expertos en la crianza de belicosos gallos.

En el folklore infantil se registran distracciones amenas con relatos y juegos, especialmente con el cuento de nunca acabar, titulado "El cuento del gallo pelau" "pasáte a otro lau", o "que al saltar el cerco se quedó enredau". El juego de "la gallinita ciega" sirvió de solaz en los salones, de donde salió a los patios y portales, valiendo hasta de símbolo literario, así como de político.

VICTOR VARAS REYES

Tiene permanente actualidad con su moraleja la ingeniosa fábula de "la gallina de los huevos de oro".

Y ya que se menciona a la abnegada, a la par que pérfida compañera del gallo, la gallina, corresponde mencionar que ambos no sólo entran indistintamente a la olla y a la sartén, sino que junto a la prole, es decir a los pollitos y pollos, han enriquecido el folklore con el primer reloj despertador y modelo de combatiente hasta su muerte en las canchas.

En este trabajo se registran coplas, refranes, dichos y modismos acerca del gallo, de la gallina, de los pollos y pollitos, y algo sobre sus "ramas anexas".

COPLAS

¡Qué bonito canta el gallo,
más bonito canto yo,
porque cuando el gallo canta
para mí ya amaneciól

¡Qué triste cantan los gallos
cerquita 'el amanecer!
Ellos cantan porque saben,
yo canto para aprender.

¡Qué triste cantan los gallos
cerquita 'el amanecer!
¡Cómo no han de cantar triste
de verme a mí padecer.

¡Qué triste canta el gallo
cerquita 'el amanecer!
Así triste canto yo
cuando aprendí a querer.

CH'AJMIDAS

Están cantando los gallos
ya está por amanecer,
levantáte vida miya,
no me hagáis padecer.

Cuando yo era pollito
las gallinas me pegaban:
ahora que soy gallito
las gallinas me la pagan.

Cuando gritan las gallinas
es señal que han puesto un huevo.
Así son las mujeres
cuando buscan amor nuevo.

El amor de las mujeres
es como el de las gallinas.
Cuando falta el gallo grande,
cualquier pollo las domina.

Yo no soy mocito di aquí,
soy mozo de las Salinas,
traigo coplas en las alforjas
como maíz pa las gallinas.

De Navidad:

A deshoras de la noche
un gallo me despertó
con su lengua tan alegre
diciendo: "Cristo nació".

Una cueca:

El pícaro del gallo
de mi vecina,
le anda arrastrando el ala
a mi gallina
sí... señora...

La gallina se agacha,
el gallo sube.
La agarra del copete
y la sacude
sí, señora...

La gallina le dice:
gallo atrevido,
porque me has visto echada
ya me has subido
sí, señora....

Quimba de una cueca:

Dame, dame, dame, dame.
dame que te voy a dar
una gallinita tierna
de mi gallinal.

De un "bailecito":

Así canta el gallo
en su gallinero,
así canta el hombre
cuando está soltero.

La gallina, quejándose, dice al gallo, cacareando:

¡Tanto parir,
descalza yo!
¡Tanto parir
descalza yo!

El gallo le contesta:

—Yo no soy zapatero
pa'hacer zapatos
con tanto dedo!...

DICHOS, MODISMOS Y REFRANES

DEL GALLO

COMO GALLO EN CORRAL AJENO.— Sentirse extraño. Cohibido.

COMO GALLO CON MOQUILLO.— Estar ridículamente inhabilitado.

PELEAR COMO GALLO FINO.— Sin correrse en los riesgos.

COMO GALLO POSTURERO.— Guapo sólo en apariencia.

GALLO QUE SALTA LA RUEDA ES QUE SE CORRE.— Acicate para que no se dé por vencida una persona.

MAS VALE UN GALLO EN SU GALLINERO QUE EN SU CASA UN SOLTERO.— El soltero es irresponsable.

TENER NALGAS DE GALLO.— Ser flaco de glúteos.

HECHO EL GALLITO.— Hacerse el guapo.

ES UN COCOROCO.— Ser presuntuoso.— Petulante.— Jactancioso.— Pagado de sí mismo.

HASTA QUE CANTE EL GALLO.— Hasta el amanecer.

LARGAR UN "GALLO".— Dar una nota falsa.— Gargajear.

PARADAS DE GALLO VIEJO.— Hacerse el guapo y no responder.

ENTRE GALLOS Y MEDIA NOCHE.— Con todo sigilo, sin que nadie lo advierta. Dar cuenta con lo obrado.

CADA GALLO EN SU CORRAL.— Mandar en lo que le corresponde.

FULANO ES UN GALLO.— Es diestro, hábil, ducho, valiente.

ES "SU GALLO".— Es el amante de una muchacha.

EN MENOS DE LO QUE CANTA UN GALLO.— O el tiempo que tarda en persignarse un cura loco.— En un instante.

EN LA CANCHA SE VEN LOS GALLOS.— Es en los hechos que se nota a los varones de verdad.

OTRO GALLO LE HUBIERA CANTADO.— En otras circunstancias, habría triunfado.

LE SACÓ LA CRESTA.— Lo humilló.

GALLO VIEJO YA NO AGARRA PICO.— Imposibilitado por la edad.

AL GALLO QUE CANTA LE APRIETAN LA GARGANTA.—
Se advierte el daño que se le puede hacer al que divulga un secreto.

GALLO QUE NO CANTA ALGO TIENE EN LA GARGANTA.—
Cuando debiendo participar con sus opiniones en una reunión, no lo hace por timidez o por temor.

PARECE QUE HA COMIDO GALLO.— Se dice del que busca pelea.

LEVANTAR (ALZAR) EL GALLO.— Gallear.— Replicar con altanería.

OIR CANTAR EL GALLO Y NO SABER DONDE.— OYO GALLO CANTAR Y NO SUPO EN QUE MULADAR.— Referente al que oye mal, o entiende mal lo que oyó.

GALLITO DEL LUGAR.— El que ejerce preponderancia en un pueblo entre sus vecinos.

DE LA GALLINA

MAS VALE EL CALDO QUE LA GALLINA.— Vale más la sustancia que la apariencia.

DORMIRSE CON LAS GALLINAS.— Acostarse temprano.

PONERSE "CARNE DE GALLINA".— Sentir miedo.

¡AY DEL HOGAR DONDE CANTA LA GALLINA!— Mal anda la casa cuando manda la mujer en vez del marido.

ES COBARDE... COMO UNA GALLINA.— Se corre a la primera dificultad.

ES MAL AGUERO CUANDO CANTA LA GALLINA.— Se seguro ha de pasar algo malo.

LA GALLINA NEGRA PONE HUEVOS BLANCOS.— Madres feas suelen tener hijas bellas.

GALLINA EN CORRAL AJENO.— Igual de lo que le pasa al gallo en la misma circunstancia.

ESA ES GALLINA DEL TERCER HERVOR.— Dícese de una mujer de dudosa edad.

CANTAR LA GALLINA.— Confesarse vencido.

JUGAR A LA GALLINA CIEGA.— No saber de dónde le viene el peligro.

CH'AJMIDAS

CUANDO LAS GALLINAS MEEN.— Imposibilidad de hacer o conseguir una cosa o que no debe hacerse por imprudente.

LA GALLINA DE MI VECINA PONE MAS HUEVOS QUE LA MIA.— LA GALLINA DE MI VECINA ESTA MAS GORDA QUE LA MIA.— Reprende a los envidiosos que siempre tienen por mejor lo que otros poseen.

SER MAS P.... QUE UNA GALLINA.— Se dice de una mujer liviana.

TAN CONTENTA VA UNA GALLINA CON UN POLLO, COMO OTRA CON OCHO.— Enseña el amor y cuidados de las madres con sus hijos, al modo de la gallina, que recoge debajo de sus alas a un pollo solo y cuida de él como la que tiene muchos.

DE LOS POLLOS

¡LISTO EL POLLO!— Arreglado el asunto.

LARGO UN "POLLO".— Soltó un gargajo.

ES UN POLLO.— Muchacho tierno

ES UNA POLLONA.— Muchacha más joven.

ES UN CABEZA DE "POLLO".— Se emborracha en las primeras de cambio, al primer trago.

COMO POLLO ENTUMIDO.— Acobardado.— Tímido.

PIERNAS DE POLLO.— La persona que tiene muslos blandos.

OJO DE POLLO.— Gallo redondo que se forma en los dedos de los pies.

DEL GALLINERO

COMO PALO DE GALLINERO.— Estar en desgracia, arruinado.

ALBOROTAR EL GALLINERO.— Hacer mucho bochinche.

RAMAS ANEXAS DEL GALLO

Se llaman popularmente "cachos" a los espolones del gallo, pero el término tiene mayor extensión:

- AFILAR LOS CACHOS.**— Cuando una persona se prepara para una pelea.
- LUSTRAR LOS CACHOS.**— Lustrar los zapatos.
- CACHAR.**— Engañar conyugalmente al marido con otras o viceversa, la esposa al marido con bre.
- ES UN CACHUDO.**— Se dice de un marido "cornudo".
- ES UN "CACHO".**— Dícese de un hijo adulterino.
- LE HA PUESTO UN CACHO.**— Le ha puesto un "cuerno".
- Le ha sido infiel. Engaño conyugal.
- ¿SABE UD. LO QUE LE DIJO EL GALLO A LA INCUBADORA?**
- Serás la madre de mi hijo, pero mi mujer ¡ja!

BIBLIOGRAFIA

- ENCICLOPEDIA UNIVERSAL ILUSTRADA.**— Espasa-Calpe. Tomo XXV.— Madrid 1924.
- FOUILLEE ALFREDO.**— *Historia de la Filosofía.*— T. I.— del Amo.— Madrid s/a.
- LAMARTINE ALFONSO DE.**— *El Civilizador.*— Colón. Miguel Guijarro.— Editor.— Madrid 1884.
- PEREIRA SALAS EUGENIO.**— "*Juegos y alegrías con los niños.*"— Zig-Zag — Santiago.— 1947.
- PRESCOTT GUILLERMO.**— "*La conquista del Perú.*"— y Librería de Gaspar y Roig.— Editores.— Madrid 1947.
- SAGRADA BIBLIA LA.**— Ediciones Paulinas.— Buenos Aires 1947.
- SANABRIA FERNANDEZ HERNANDO.**— "*El Habla Popular de la Provincia de Vallegrande.*"— Separata de la Rev. de la Universidad "Gabriel René Moreno".— Santa Cruz de la Sierra 1947.
- VARAS REYES VICTOR.**— "*Huiñaypacha.*"— Editorial del Estado de Cochabamba.— 1947.
- Ibidem.**— Archivo particular del autor.

RELATOS

EL MISTERIO DE "EL ALTILLO QUEMADO"

A Federico Avila

En un mundo singular como el boliviano, donde ríspidos nevados guarecen hondos y verdes valles; donde así como dominan parameras que hicieron brotar ciudades, también hay tupidos bosques y suelos esmeráldicos que atraviesan caudalosos ríos por los que se transportan productos, cuyo cultivo o explotación sirven para satisfacer las comunes necesidades humanas; allí conviven también fieras salvajes, repugnantes alimañas, junto con plantas venenosas que ocasionan la muerte. Mas, el encontrar características variadas y contradictorias, justifica la tesis de Heráclito de Efeso acerca de "la armonía de los contrastes", incluso en un mismo pueblo. Es corriente encontrar peculiaridades antagonistas a través de un enorme territorio despoblado en su mayoría.

Las anteriores y otras reflexiones me vinieron en el decurso de una etapa breve de mi vida profesional en Qorilajta, donde fui destinado para cumplir una misión de estudio.

Qorillajta recibió este nombre desde los Incas, por encontrarse situada la ciudad —asiento minero, centro agropecuario— a quince kilómetros del río San Juan del Oro cuyas arenas acarrean el precioso metal, símbolo de riqueza y que atrajo la codicia hispánica. Es zona central de explotaciones mineras y núcleo de sus oficinas. La atraviesa por un costado, un ferrocarril internacional que conduce recursos naturales y hombres y en reciprocidad trae a Bolivia productos manufacturados.

Pero algo más caracteriza a Qorillajta: su posición topográfica proteiforme.

En efecto. Ya viajando al centro y norte bolivianos, procedente de regiones sudorientales, o de la República Argentina; o asomando desde la región septentrional boliviana, se atraviesa en ambos casos por zonas hasta desérticas y por tierras parduzcas frías, con avara dotación para la vista, a no ser la monotonía de las pampas heladas.

Al llegar de cualesquiera de los extremos, de pronto el viajero se encuentra en un grato oasis terrestre de desahogo, pues Qorillajta tiene fajas áridas —como que son mineras— con sórdida vegetación, pero también se engalana al ser orlada con bermejós cerros devónicos, que a sus plantas y en bajíos protegen a maizales, a planteles de legumbres, hermanando aquí y allá con los churquis que hacen sus botones dorados menudos y hacia el río y en sus avenidas, de entre los patios de las casas; asomando por cerros pardos de entre el cascajo rojizo, exhiben sus cimeras, sauces, eucaliptus, molles y algarrobos, sirviendo a la población para satisfacer, en cada caso, necesidades de alimentación, de transporte, de recreación visual; crea el terruño optimismo y alegría de vivir en el poblano. Por ello el hombre es apasionado por su lar, justificándose su ternura por el risueño paisaje que le brinda.

Como en todo cariño humano, no ha sido tarea difícil encontrar allí un espécimen de Tartarín criollo, bien intencionado, como don Arturo Tineo Carvallo, para quien no existía lugar más bello e importante en el orbe que Qorillajta. Y

no sólo esto, sino que según su saber y entender, mucho debe a esta tierra la olvidadiza Bolivia, que después de recibir dones de aquélla, no sólo no corresponde con reciprocidad, sino que —mal pagadora— no devuelve lo prestado.

Mas el bucólico panorama de Qorillajta tiene su contrapunto. En sector no menos importante de la localidad, peñería grisácea y árida donde juega menuda laja bajando de los cerros, bromeando con el viento, ofrece sugestiva cambiante para alternar la gama jocunda de alborozo, de expansión. Destacando notas graves de alerta, enseña que en la convivencia humana no hay que ser muy confiados y buscar, eso sí, un proporcionado equilibrio.

Alojado en cierto hotel, recorría en horas de la tarde, sucesivas al término de la faena diaria, calles, plazas, arrabales, recogiendo ávidamente impresiones.

—Es vida de pueblo y hay que tener mucho cuidado, me dijo alguien. Hay que ser muy reservado, si se quiere vivir en paz.

—Aquí se espera de quien viene, lo haga para trabajar. Obras son amores... díjome otro conocido.

La verdad era que resultábame gravoso económicamente mi estancia en hotel, contando con escasos recursos. Buscaba afanosamente una pieza y, si era posible, pensionarme en la misma casa, mas ello no había sido fácil conseguir.

En mi recorrido, al pasar por cierta calle principal, llamé la atención una casa, cuya fachada lucía granito rosa en toda su extensión. Tenía herméticamente cerradas sus puertas, contando con dos piezas exteriores y una puerta central a la calle.

—Pertenece a doña Rosa Padilla, dícame un amigo. Como usted es hombre solo y forastero —acentuó— puede conseguir una habitación interna, pero hay que esperar que llegue la propietaria, de su anual visita a Buenos Aires.

Los informes leves que me proporcionó el mismo amigo acerca de la dueña de casa aumentaron mi ya despierta curiosidad.

Durante el paseo cotidiano, al atravesar por una calle de suburbio, paralela a la de aquella donde tenía su mansión doña Rosa, destacábase hacia el centro un cercado de piedra y adobe, cubierta su barda con pedazos de vidrios de botella, a manera de protección contra elementos furtivos, a cuya vera las aguas de una acequia que orillaba la calle, circulaban mansamente, llevando en su superficie colores de estaño, marcados por la luz solar. Divisé en su parte superior, de plano inclinado hacia la calle, ruinas de una casa cuyo segundo piso mostraba un techo desmoronado. Vigas, tirantes y tijeras parecían haber sido quemados, pero que con la acción de las aguas pluviales, recorriendo la cubierta capa de argamasa, el lodo resultante hizo parcialmente las veces de ligero barniz a través del cual se distinguía negrura disimulada. Aun quedaban restos de tablas que habrían servido de rejado de ventanas. La precipitación de las lluvias de muchos años atrás horadó las altas paredes, dejando surcos rectos de todas dimensiones.

Como había desnivel del declive entre la calle y la sudicha casa, ésta tenía mayor altura en relación a la vía, ofreciendo a la vista, por encima de la tapia, señal de abandono. Había vigas grandes que descolgadas de su primitivo puesto, sugerían su desplome por súbita catástrofe, dejando negras huellas, por haber sido abrasadas en tiempo indeterminado. Igualmente, el cañizo que sirvió de soporte a las tejas, libre de su tortada, convertido en maltrecho costillar yacía precipitado a tierra.

Por detrás de los vanos de las ventanas y de los huecos de las paredes, se notaba hollín, más pronunciado y extendido en la techumbre abatida. A su derecha seguía un pasadizo que servía de comunicación con la parte posterior de un edificio, el que, según supe más tarde, correspondía precisamente a la misma casa señorial de doña Rosa.

El sol del ocaso, con tintes amarillo-rojizos, despidiéndose del día, incidía en las paredes desconchadas, produciendo en su conjunto variadas sugerencias a la imaginación.

Yo seguía con mi urgencia. No encontraba la apetecida pieza. La solución se encontraba con el próximo arribo de doña Rosa.

Por fin llegó.

Me hago acompañar con un amigo de ambos —como garantía— para la presentación de rigor, que debía servir a la vez de recomendación.

Ya en la casa, la señora nos hace pasar a su salón. Era una anciana robusta de alta talla, algo encorvada, de porte gallardo y arrogante presencia. Sus blancos cabellos divididos en dos crenchas, concluían hacia la nuca juntándose en un rodete. En la cara blanca suavemente surcada de arrugas, sus ojos glaucos tenían mirada franca y tranquila, cuando no asomaba en ellos una chispa maliciosa acompañada con una mueca sardónica. Nariz recta, fina y labios delgados. Su voz era grave, profunda. Vestía traje de dos piezas estilo sastre.

La primera impresión producida al verla, era la de tratarse de una abadesa serena y firme que cambió momentáneamente el hábito talar.

Al plantear el motivo de mi visita, manifestóme con franqueza:

—Ya tenía informes sobre usted y de su aprieto. Yo sólo podía disponer de una habitación interior hacia el zaguán que da al segundo patio. Tengo mis razones —agregó— para no alquilar otras piezas, prefiriendo tenerlas cerradas.

Con mayor énfasis recalcó:

—Eso sí, exijo una conducta intachable del inquilino. Viajo continuamente y la casa debe ser muy bien respetada.

Acepté todas sus condiciones y me trasladé en seguida. Necesitaba realmente establecerme en un cuarto que no tenga tránsito ni bulla. El destinado me satisfizo para mis trabajos después de cumplir con las obligaciones propias de mi cargo, pues precisaba soledad, silencio, para concentrarme en mis estudios.

No dejaban de intrigarme algunas modalidades o genialidades de mi singular patrona; su soledad y retraimien-

to y la forma cómo sorteaba cumplir con las necesidades propias del vivir.

Sospeché que había un misterio en su vida. De pronto, por un hecho casual, me tocó ingresar en el enigma que envolvía la existencia de la aristocrática patrona.

En cierta noche que concurrí al cinematógrafo local, donde anunciaban la proyección de una película interesante, me encontré casualmente en la sala con un antiguo amigo que estaba de paso. Para conversar más íntimamente, a la salida nos encaminamos a un bar, donde nos hicimos mutuas confidencias, combinando con sendos vasos de cerveza.

De regreso, al entrar a la casa, dirigiéndome a mi habitación que, como ya anoté, se encontraba a la derecha del vestíbulo que comunicaba con el segundo patio, desde un corredor, en plena oscuridad, oigo unos pasos que resonaban en el pavimento de losa y la voz de la patrona que me dice en tono grave:

—Buenas noches, señor. ¿No le parece que es algo tarde? No me agrada el trajín en casa, a deshoras de la noche.

Tuve que explicar lo de mi concurrencia al cine y lo del encuentro casual con un amigo de infancia, a quien veía de muchos años.

—Son apenas las doce de la noche, le dije. Discúlpe-me esta vez.

Oí no sé qué palabras finales musitadas por doña Rosa.

Como muy poco nos encontrábamos juntos en la casa, intuí en la propietaria un carácter concentrado, subyugado a una manera de ser retraída y hasta taciturna.

Reconozco que por tan súbita e inesperada aparición fantasmal, con la sorpresa enorme del caso, me estremecí y quedé azorado, además, por la inesperada reprimenda. Corrientemente en aquella silenciosa mansión, el ruido acompañado de los pasos míos en el pavimento, siempre originaba ecos lúgubres en paredes y patios.

Desde la negra oscuridad nocturna, la alta estampa de la patrona y su inopinado reproche, aunque circunspecto, me llenaron de raro aturdimiento. Ya acostado, no pude conciliar el sueño de inmediato, como habría deseado.

De pronto noté, desde la ventana que de mi habitación daba al segundo patio, una luz que se filtraba por las rendijas, procedente de un aposento contiguo al salón de recibo. Es de advertir que la señora tenía su dormitorio en una pieza que daba al tercer patio.

—¿Qué ocurre? preguntéme.

Rápidamente recordé la configuración de la casa, así como lo referente a la parte de ella que mira a la otra calle. Las ruinas... La insólita amonestación...

Me calcé las pantuflas y en pijama, de puntillas, me dirigí al punto donde salía la luz. Por el ojo de la cerradura de estilo colonial, el asombro experimentado fue a mayores... Doña Rosa se encontraba prosternada, de bruces, frente a un altar, en cuya parte céntrica y hacia el suelo, en una hornacina, yacía un mueble pequeño, tallado, con dorados y artística tapa de forma piramidal, ¿Urna? ¿Sarcófago?.

Con la frente apoyada en el suelo y las manos extendidas hacia la urna, doña Rosa no solamente oraba, sino que, en momentos, gemía suavemente...

Todo mi ser atravesaba gradualmente por emociones diversas, desde inicial curiosidad, temor, asombro, pavor; comprensión del dolor ajeno. Era testigo de atroz amargura sin lenitivo posible. Sentí que profanaba ese tormento. Que mi conducta sí que era reprochable.

¿Qué o quién me autorizaba a inmiscuirme en algo vedado para mí, así como para el resto de las gentes?

Me encontré indigno de mí. Rápidamente escapé de aquella escena y volví a mi cama. No podía dormir. El sobresalto me dominaba. Las horas del amanecer se deslizaban muy lentas.

Antes de concurrir a mis ocupaciones, rápidamente me bañé y vestí, saliendo de puntillas a la calle, a fin de que no advierta doña Rosa. Me sentía algo delincuente. Sin po-

der dominar mi impulso, dí vuelta a la esquina por donde podía seguir a la calle paralela donde tenía otro frente la residencia y estaban las ruinas... Mientras caminaba, de pronto me agité nerviosamente. Desde el muro exterior contemplé a doña Rosa, quien, sumida como en éxtasis, miraba el segundo piso derrumbado. Casi me dejo pescar con ella, observando, al dirigir rauda mirada hacia la calle... Instintivamente me agaché protegiéndome con la pared y me encaminé apresuradamente en dirección al bar donde estuve horas antes con mi amigo. Consulté si me podía preparar un desayuno. Un viejo que hacía de mozo me atendió accediendo a mi pedido.

—¿Usted es el nuevo inquilino de doña Rosa, no?

—Evidentemente, yo soy, respondí.

Notando que el viejo era locuaz, fingiendo ignorancia, como nuevo que era en la población, le pregunté:

—¿A quién pertenece esa casa destruída que hay en la calle X?

—¿Se refiere al "Altillo Quemado"? Es parte de la morada de doña Rosa Padilla. ¿No sabía?

—Como hace poco que he llegado acá, no conozco mucho el pueblo. Y además, francamente, carezco de interés para informarme, a no ser lo que corresponde a mis obligaciones.

—Entonces, ¿no sabe nada de lo ocurrido en "El Altillo Quemado"?

—Nada, absolutamente.

—Es resultado de un terrible suceso que sacudió a Qorillajta. Por eso vive solitaria doña Rosa.

Concluí el desayuno frugal de costumbre y como ya debía estar en mi trabajo, todo intrigado, pero prudente, le pedí la dirección de su vivienda y que me diera una fecha y hora para visitarlo.

Al darme los datos pedidos, díjome:

—Mañana es domingo y el patrón me da libre. Mi hijo me reemplaza, porque los sábados atendemos hasta muy tarde. Búsqueme a las diez de la mañana.

—Gracias. Estaré puntual, a la hora exacta.

Al día siguiente, a la hora citada, fui hacia las afueras de la población donde vivía Ambrosio Jerez, que era el mozo del bar, quien ya me esperaba en su casita rústica, con patio soleado, churqui central, a cuyo pie circulaban gallinas y más al fondo, en un "brete" rodeado de paredes bajas de adobe, invernaba un cerdo, regalándose con alimentos que lo habilitarán para entrar al horno, "maquillado" por dentro y por fuera.

Después de los saludos, Ambrosio trajo un "chchusi" que extendió a lo largo de una patilla situada en una de las paredes que cuadraban el patio y me invitó a sentarme allí.

Como ingresando al motivo de mi visita, Ambrosio preguntóme:

—¿Es la primera vez que está en Qorillajta?

—Evidentemente. En varias ocasiones sólo estuve de paso, por la parada del tren.

—¿Qué le ha parecido doña Rosa?

—Es muy distinguida, pero reservada.

—No es para menos, después de lo que le ha pasado.

Debía proceder con tino para conseguir el relato fiel e interesante de algún hecho de la vida provinciana de mucho tiempo atrás, con sus prejuicios, sus maledicencias y socarronerías.

En un diálogo animado, con oportunas interrupciones cuando hablaba mi interlocutor, logré estar en posesión del misterio.

—Doña Rosa es de familia noble, descendiente de un marquesado, empezó diciéndome Ambrosio. Bella, rica, muy mimada por los suyos y apreciada por los dones que le brindó la naturaleza. Ya "en estado de merecer", muchos jóvenes la pretendieron. Sus padres tenían fincas y minas, cerca de Qorillajta, por eso asentaron acá.

—¿Eres de la misma edad de ella?

—No. Soy menor con algunos años. Creo que con diez. Yo soy de aquí, pero conforme costumbre, cuando llegué

a joven salí junto con otros amigos a "correr mundo", o sea, a buscar la vida lejos. Algunos consiguieron establecerse bien; ahora son ricos. Yo, no es que tuve mala suerte, sino que he sido botarate. Regresé cuando mis padres murieron. Me casé y aquí me tiene.

—Pero ¿estuviste acá cuando ocurrió el suceso?

—Sí estuve y salí al poco tiempo, cuando todas las conversaciones se referían al tema de "El Altillo Quemado". ¿Acaso no ha visto usted las ruinas detrás de la fachada principal?

—Efectivamente. ¿Qué origen tuvieron?

Haciendo varias preguntas, conseguí la relación completa de los acontecimientos.

Los padres de Rosa fueron invitados a visitar una propiedad de unos compadres suyos, tan ricos como ellos, en la provincia colindante. Hubieron muchas fiestas y paseos. Doña Rosa, que era la muchacha más linda de Qorillajta, hija única, conoció a Luis Fernández, que circunstancialmente aportó por allí. El impacto de mutua simpatía fue certero. Regresó la familia y la señorita vino muy enamorada. Era de genio fuerte. Estaba acostumbrada a tener y a disponer de todo lo que apetecía. El mundo "le pertenecía por derecho"....

Pero Luis había sido casado con una ricachona, por imposición de los padres, a fin de salvar la situación económica. La esposa, Camila Ibáñez, era una muchacha alta, pálida, de ojos verdes; tenía su propio atractivo. Pero no podía tener familia debido a una deformación congénita de la matriz, que se conoció sólo inmediatamente después del matrimonio.

Eso agrió las relaciones de la pareja, complicándose el caso con la nueva amistad contraída. Fernández, profundamente enamorado de Rosa y apasionadamente correspondido, logró que la chica le proporcione entrevistas nocturnas, irreflexivamente, esperando que, conforme lo prometido, muy pronto el joven llegara a pedir su mano, ignorante del verdadero estado civil del galán. Lo pensado en buena línea por ella no ocurrió; en cambio, su inexperiencia causó a la cuita-

da el más amargo de los sinsabores, cuando notó que estaba encinta y Luis con tretas y evasivas, simulaba dificultades y señalaba plazos para consolidar la unión ya establecida de acuerdo a las leyes naturales.

Un día Rosa recibió un anónimo, por el que se hacía saber el verdadero estado civil de Luis. Ya era tarde. Sentía latir dentro de sus entrañas al fruto de su vientre. Pero tampoco quería someterse a brujas "curiosas", a viejas que entendían de abortos.

¿Qué hacer?

A sus tribulaciones, un suceso trágico cambió totalmente el curso de su vida. Sus padres murieron por el vuelco de su coche en un abismo, cuando viajaban a una de sus minas. Ella no quiso ser de la partida por ocultar su estado. El trastorno fue considerable. Para qué detallar las formalidades de los arreglos económicos y de su situación personal como única heredera. Por medio del abogado de la casa, se dispuso la venta y liquidación de propiedades mineras y agrícolas. Quedaba con la casona, con cofres llenos de joyas valiosísimas y el resultado de las ventas fue colocado en Bancos de Buenos Aires, como seguridad y en los de Bolivia, para su sostén.

El alumbramiento se efectuó en el mayor de los secretos. Portadora de un recio temple, se sobrepuso a todas las desgracias. El parto se produjo en un rancho de campesinos que fueron inquilinos de sus padres y que a ella la habían cuidado cuando era niña. Luego hizo construir a continuación del tercer patio de la casa un departamento, aprovechando el desnivel, pues quedaba como segundo piso en la arteria paralela y con comunicación por una puerta en la planta principal. Por su configuración fue llamado popularmente "El Altílo".

Para ver a su nena, atravesaba un corredor por donde ingresaba a la habitación con ventanas que miraban a la calle. Tuca (Antonia), una criadita entregada a la familia desde muy chica, era la encargada de cuidar a la niñita.

Puede comprenderse el estado de ánimo de Rosa con tantos contratiempos. Deprimida unas veces; acalorada otras, daba mucha tarea al médico de la familia, muy reservado y competente en su profesión.

Pordiferentes medios llegó a saber Fernández lo del alumbramiento y que Rosa no quiso malograr su retoño. Deseó visitarla, pero ella rechazó indignada el ver a su felón amante, mas éste, mediante paciente empeño, logró que se le hiciera pasar directamente a la habitación de "El Altito", negándose rotundamente la señorita a recibirlo, pues no quería tener ninguna comunicación con el pérfido.

En pueblo chico no hay nada que pueda permanecer oculto por mucho tiempo.

Camila notaba los continuos viajes de Luis, fingiendo hacer gestiones diversas; tramitar compra-venta de productos, etc., en diferentes partes, citando alguna vez a Qorillajta. La engañada captó contradicciones y por fin, aprovechando hábilmente cierta indiscreción de alguna criada, logró saber la verdad y cuál era el motivo real de los viajes de su marido. Muchos engaños había disimulado antes, rumiando secreto dolor por su soledad; por su matrimonio sin hijos que consoliden el hogar. ¿Qué le importaban belleza, seguridad económica, desahogada posición social, sin algo netamente suyo como es el tener un fruto de sus entrañas?

Y no bastaba ya fingir la causa verdadera de las ausencias. En cada regreso menudeaban las reyertas conyugales motivadas por el incontenible malhumor del esposo.

Los continuos altercados y los frecuentes viajes crearon amargura creciente en el carácter de Camila, quien meditaba sobre la medida que debía tomar. Recuérdese que antes del 15 de abril de 1932 no había divorcio absoluto. Que la clase social a la que pertenecía la infortunada señora tenía creencias religiosas, una moral arraigada y que el medio ambiente era murmurador y chismoso. Que sufrió ingratitudes e inconsecuencias, incluso de sus amistades más íntimas, quienes ya estaban en conocimiento de lo acontecido en Qorillajta y por cautelosa emulación alegrábanse

en lo íntimo de las contrariedades por las que pasaba el mejor partido del pueblo.

Por fin concibe un plan. Averiguar mediante amistades y de otros elementos bien pagados, sobre las condiciones de vida de la hija adulterina de su esposo. Muy natural sospechar que la criatura sirva de cebo. Camila también era mujer de pasiones fuertes y siempre había mostrado rasgos marcados de energía, atenuados por el profundo cariño a Luis, antes de lo sucedido en la vecina capital provinciana. A grandes males... grandes remedios. Eliminará el motivo central de los viajes, haciendo raptar a la hija del pecado. Y, si fuera llegado el caso, mordiendo los labios, frunciendo el entrecejo y haciendo relampaguear sus ojos... ¡Dios no lo quiera! ¡Tendría que suprimir a la mal nacida!

Rosa, ignorante de la tempestad que vendría sobre ella, continuaba su vida social, respetando su duelo rigurosamente llevado por tradición en el pueblo. Su existencia en la casona, transcurre en las dependencias del primer patio. La nena retoza de "El Altillo", cuidada por Tuca, con todas las precauciones. Si existe maledicencia, no se proporciona motivos.

Pero algo llama la atención. Contrastando con todo el quebranto producido por la trágica muerte de sus padres y por su maternidad como resultado de un amor prohibido, el luto hace resaltar la belleza de Rosa, con mayor desarrollo en sus formas, aumentando sus encantos naturales. Es visitada constantemente por jóvenes que desearían tenerla por esposa. Amargada por lo ocurrido con sus padres, contrariada por lo que pasó con ella misma, conceptúa que al mundo de los sentimientos acabó para ella. Sintiendo acerbo dolor heroicamente ocultado, asqueada por el engaño, analiza su conciencia. Llega a un convencimiento. Se siente el verdadero amor, con todos los sacrificios y complacencias, una sola vez y nunca más. Si se reincide en los afectos, es acomodaticio a las circunstancias. Vivirá sola, con su pena que no será comprendida por nadie. Cuando la obra de sus entrañas esté

en condiciones de entenderla, compartirá con ella lo que ofrece la existencia. No habrá más su corazón.

Los hombres contratados por Camila estudian las condiciones de la casa. Descubren el paradero de la criatura en "El Altílo" y llegan a saber detalles de la vida de Rosa en relación con la niña. Son servidores fieles e incondicionales de Camila, a la que quieren de verdad. Desde sus abuelos vivieron en una de las fincas del padre de su patrona, gozando de preferencias en relación a los demás colonos. Recibieron muchos favores. Vieron nacer a Camila. Por todo ello hacen suya la causa del sufrimiento de su patrona y la ayudarán en todo lo que puedan.

Estudiaron las condiciones del ingreso por la calle a "El Altílo", conquistaron al perro guardián, proporcionándole carne y haciéndole amigo. En ese tiempo esa calle era solitaria, no había casas como ahora. Se dieron cuenta de las salidas a misa o a raras visitas. Observaron a Tuca en la atención a la pequeña y las horas de entrada de Rosa a la pieza, en cuya parte baja había una habitación como depósito de leña y de restos que sobraron en la construcción de "El Altílo", como paja, tablas, tirantes, virutas, cal, etc. Una vez llegados los alimentos, producido el cambio de ropa, arreglo de la habitación y acomodados los juguetes, al salir del cuarto Rosa aseguraba la puerta con llave y se retiraba a sus habitaciones del otro frente del edificio.

Y la ocasión por fin se presentó. Como gestora de la fiesta religiosa patronal en "La Rinconada", una villa aledaña y como profunda devota, Rosa se dirigió allí, para oír misa y acompañar la respectiva procesión, dejando en condiciones normales la casa y "El Altílo", un domingo del mes de julio. Las asociadas de la cofradía habían preparado muchos números de festejos de costumbre, así como de incremento a la vida de la comunidad, por lo que Rosa tuvo que quedarse más tiempo del calculado. Los confabulados, en conocimiento de los detalles de la fiesta, ingresaron cómodamente al teatro de operaciones, para ejecutar su criminal misión. Inicialmente pensaron raptar a la niña, pero gritos de Tuca

por imprudencia de uno de los hombres y los furiosos ladridos del perro guardián que los desconoció, sembraron pronto alarma. En este percance, aprovechando de la paja, virutas y maderas, encendieron fuego. El consiguiente humo produjo de hecho asfixia a las criaturas. Un fuerte viento vespertal acreció la fuerza de las llamas.

Los autores del atentado huyeron cuando peligrosaba la seguridad de sus personas.

El fuego originado simultáneamente, tanto en el cuarto depósito, como en "El Altílo", reforzado por la acción iracunda del violento meteoro, llegó hasta afectar ventanas y techo. Tuca, con el susto y la fuerza de la desesperación, clamando auxilio, se acercó impetuosamente a la verja de la ventana que miraba hacia la calle y cediendo su madera por la combustión, fue lanzada abajo junto con la infeliz criatura, muriendo ambas con el golpe al dar a tierra, mientras el incendio acreció su voracidad.

Como el fuego y el humo, en columna espiral tomaron altura, la población se dio cuenta del siniestro. Policías, soldados, guardias, vigilantes municipales, y, en fin, todo el pueblo acudió angustiado al lugar de la catástrofe, haciendo uso primero del agua de la acequia; muchos, nerviosamente, echaron tierra, en fin, hicieron uso de todos los recursos imaginables.

Las pobres chiquillas que yacían en tierra, muertas, fueron aplastadas por las vigas, maderas y tejas que se precipitaron al suelo.

Notándose el siniestro desde "La Rinconada", Rosa regresó con toda la velocidad que podía emplear su caballo. Ya era inútil todo empeño de salvar las criaturas. Quedaba sólo rescatar los cadáveres entre los escombros...

La pobre madre estuvo entre la vida y la muerte por espacio de una semana, en condiciones de inconsciencia. El entierro de las pequeñas víctimas fue dispuesto por vecinos y amigos.

Sólo la parte principal de la casa, por la solidez de su construcción, así como por la distancia de la zona afectada,

no sufrió más que destrozos de poca consideración fácilmente reparables.

La vida, tal como se presenta, ofrece un caleidoscopio de impresiones y sentimientos, a través de los cuales, no se sabe si apreciarla justamente como bella o como fea, como buena o mala. Si es dable sufrirlo todo por un instante de placer. O si es preciso resistir, porque al fin y al cabo, es la vida.

Pero, ¿pedimos nosotros venir a un mundo de tinieblas? ¿Tenemos que soportar la existencia ignorada y no pedida, tolerar los embates de la suerte, disimular los negros nubarrones que a menudo le brindan a quien sirve de caso pasivo ante los demás? Y si vienen como sobrecarga, fuera de las pesadumbres consiguientes, todavía tenemos que sobrellevarlos? ¿Qué vale disponer de todos los recursos para una existencia feliz, desahogada, si en ella, por parte de las gentes, sólo cosechamos como resultado de la convivencia los más amargos sinsabores? Si la vida, si la naturaleza, si Dios, en fin, condecióle a uno muchos dones ¿es obligado sufrir pacientemente los embates de la caprichosa fortuna? ¿Puede el débil ser humano, mentido rey de la creación, considerar como obligación el resistir la vida?

¿Es cabal que Tuca, la criadita entregada a la familia por la miseria de sus padres, para su protección, resulte inoportunamente sacrificada por culpa ajena?

Todas las anteriores reflexiones y otras muchas asomaron a la mente afiebrada de Rosa. No había hecho nada a nadie. Cuando estuvo en sus manos servir a los demás, lo hizo complacida. ¿Recibió reconocimiento por sus buenas obras? Ninguno. ¿Por qué vivir?

Felizmente la vista de un Crucificado de marfil que había recibido como obsequio la serenó. Y algo del sermón de la montaña que le enseñaron en la escuela de religiosas donde se educó, justificaba la necesidad de vivir, aun perdonando a los propios enemigos, bendiciendo a los que nos maldicen...

Cuando las fuerzas de la naturaleza, combinadas con firmeza interna, aconsejaron mejor a Rosa, se convenció de que, si el destino le había señalado un inopinado rumbo, no había que ofrecer resistencia al mal, y sufrirlo.

Hizo construir secretamente un oratorio en una de las piezas del segundo patio. Al pie del altar central, en una hornacina lujosamente decorada, cerrada con puerta de fino cristal, hizo llevar con todo sigilo los restos calcinados de la hija que la circunstancia le trajo, a la que concibió como un crimen cometido a sabiendas, lejos de la protección que hasta las fieras señalan para la conservación de la especie, fueron guardadas las cenizas en una suntuosa urna funeraria. Y prometióse rendir culto permanente a su querida memoria, todas las noches, a las doce, cuando nadie profanara con sus pasos imprudentes, ni con su voz, el perpetuo sosiego al que tenía derecho la criatura, desde el plano superior donde goza de infinita paz... Y que esa criatura desde allí, proteja y guíe a la que queda inerme en la tierra...

¿Y qué fue de Luis? Si todo pasó sin que él pudiera hacer algo por mitigar los pesares, aquello quedaba atrás, para volver a vivir. Sin embargo... la única razón de su vida era la criatura inocente que murió en "El Altílo", quien tuvo que sufrir por culpa ajena, por la hipocresía de los demás. Por una legislación, hasta entonces, atrasada. Téngase en cuenta la época en la que ocurrieron los sucesos.

Honor. Orgullo. Decoro. Tradición familiar... Fantasmas... En tanto si hija del amor fue la aplastada en el pavimento, ¿pidió esa criatura ser llevada a la vida de los humanos? ¿Sabía de los prejuicios que brotan no bien aparece un amor convertido en retoño? ¿Tuvo oportunidad de elegir el nacer, dentro de un matrimonio consagrado o fuera de él?

Conforme con lo ocurrido en las guerras, en las que al fin de cuentas, todos los contendientes pierden, Camila se encontró en tremenda encrucijada. Cuando supo lo del incendio, sacudió su ser un fuerte estremecimiento y lloró amargamente. A poco, el resultado de la borrasca fue igualmente negativo para su tranquilidad. Luis tornóse hosco, taciturno

y en las más de las veces, irascible. Continuamente aparecía pesadamente embriagado, con la faz congestionada y lanzando palabrotas. De la atención a su trabajo, todo quedó sin control alguno. El clímax llegó a mayor escala, cuando tomó la costumbre de perderse en su depósito de vinos y quedar allí, tendido en el suelo, durmiendo tremenda borrachera....

Murió con *delirium tremens*.

Rosa fue la que ofreció mayor firmeza a los contrastes, quizá debido a su fuerte constitución. Transcurrido un tiempo prudencial en el que se atenuó la crisis, por consejo de su confesor, un sacerdote muy inteligente que después llegó a ocupar elevadas situaciones en la jerarquía eclesiástica, contando con recursos económicos apreciables, se dedicó a impulsar obras de beneficencia en cofradías y escuelas religiosas, contribuyendo con cuantiosos donativos al Hospital, a instituciones deportivas, y, en suma, a las gentes pobres.

Como siempre quedan consecuencias orgánicas y depresión nerviosa después de las grandes crisis, también, dentro de su plan de vida, destinó fondos para viajes periódicos a Buenos Aires, donde se hacía revisar su estado, sometién dose a los tratamientos médicos obligados, despejando su mente por algún tiempo, lejos del sitio de su tragedia...

Después de tan pavorosas revelaciones y con promesa formal de guardar reserva absoluta sobre lo narrado, agradecí a Ambrosio por su amabilidad, llevando en el alma una intrincada conmoción emocional.

Procuraba no encontrarme con doña Rosa, haciéndolo únicamente en situaciones ineludibles.

Un día me llamó para decirme que como viajaba en la próxima semana a Buenos Aires, le hicera el favor de entregarle la pieza, pues había resuelto dejar el edificio entero cerrado, quedando un compadre como casero, nada más que para el correspondiente aseo.

Con escasa diferencia, también recibí una orden telegráfica en la que se me comunicaba mi cambio de destino, con otra misión profesional.

CH'AJMIDAS

En la partida, cuando el ferrocarril pasaba por frente a "El Altillo Quemado", rebautizado así después del siniestro, tuve un ligero sobresalto al ver las ruinas, recorriendo con la velocidad de la imaginación toda la tragedia revelada, mirando al suelo donde murieron las infelices criaturas.

Con suavidad inicial, el convoy, displicente, siguió por una curva, tomando después velocidad y dejando atrás la triste historia de una múltiple desventura.

UN GALLO EN CONFLICTO JUDICIAL

El doméstico bípedo plumado, precursor de los serenateros, amigo de armar camorras; paradigma en la prehistoria de los combates cuerpo a cuerpo, para los que se encuentran armados con espolones aguzados y pertrechado con pico fuerte y decisivo, con más aturdidoras alas, en cierta ocasión dio motivo a un singular proceso que sugirió serias reflexiones, tanto a "galleros" profesionales de riña, como a los abogados que también son galleros patrocinantes del bípedo implume, definido así el hombre por Platón.

Y ahí va el "caso".

Joaquín García, un estudiante desaplicado, jueguista y revolucionario, quería reemplazar el fracaso de sus estudios, heredando a un tío rico, pero caprichoso y rezongón.

Preocupaba a nuestro estudiante su porvenir (de él, de Joaquín), y lo mejor era para asegurarlo, casarse con una chiquilla de buenas condiciones, de Cochabamba. Escribió una acrta al tío, pidiéndole protección y ayuda económica. Nicasio, el tío, recibió la solicitud en un día de peor humor. Arrojó la apremiante misiva al cesto de papeles. Por todo comentario y repuesta murmuró:

—¡Ocurrencia!

Porque Joaquín sólo se acordaba del tío en momentos difíciles, cuando necesita dinero para pagar las cuentas de sus calaveradas, bebida, juego, mujeres y lo demás, siendo estudiante únicamente de nombre.

Pero un día el tío enfermó gravemente. Fue llamado el médico y los parientes de Nicasio visitaron a su turno respectivo, a Notario, cura y por último a la Municipalidad, Pompas fúnebres y Cementerio.

Joaquín supo de todas las emergencias consiguientes a la enfermedad, deceso y entierro de su adinerado tío demasiado tarde, cuando no podía viajar para conmoverlo y conseguir algún beneficio. Sin embargo consolábale una esperanza:

—¡Pobre tío!.... Lamento más que nunca su pérdida irreparable.

No obstante, al mejorar de ánimo, le asoma el consuelo al calcular con seguridad:

—Con todo, debe de haberme dejado buena herencia.

Hizo telegramas a Cochabamba, apresurando la fecha de su enlace. Los acontecimientos sucedíanse vertiginosamente. Recibió aviso de los parientes inmediatos, por el que le comunicaban enviarle por el próximo tren el legado del tío.

Para el día señalado, estrictamente enlutado, sin descuidar ningún detalle de su personal fachada, presentóse a la Estación para el arribo de la combinación ferroviaria que le traería la herencia dejada por el difunto.

Entre los pasajeros se encontró con un amigo, quien le entregó una carta, indicándole que de inmediato vaya al depósito de la Estación. Allí, con entrecortada respiración, emocionado y después de un suspiro, abre la esperada epístola y lee, atravesando su faz por todos los colores.

Con un gruñido, mezcla de indignación y de congoja, exclama:

—¡Qué miserable!...

El hermano de su padre, en trance supremo, había pensado que dejar bienes para Joaquín, sería impulsar sus bellquerías. Y como lo sabía aficionado a riñas de gallos, des-

pués de algunos consejos, con el fin de que se divierta ganando en las apuestas, habíale dejado como recuredo cariñoso el mejor gallo de riña de su conjunto, perfectamente acondicionado en una "jaba".

—¿Lo dejo? ¿Lo recojo? ¡No! Lo guardaré como una protesta viviente de una póstuma broma pesada. ¡Jamás lo creí tan péfido!

Firmó la guía, recibiendo un gallo ajisecho que venía en buenas condiciones. Pero... Por este malhadado incidente no podía atrasar su viaje anunciado ya, que debía realizarlo al recibir su herencia, con fechas definitivamente señaladas.

Vendió parte de sus prendas. Compró su boleto. Y al último se acordó del insólito legado. Lo dejó en cuida a un buen vecino, sin más compromiso que el de devolverlo a su regreso.

Parte en pos de su ventura, asegurando una estadía con disfrazado desahogo.

Fanor Gareca, el vecino, suelta al gallo para que luciera su prestancia entre un patiecito y su sola habitación que a la vez era alcoba, comedor, cocina y hasta corral de una pollita que pasaba a gallina.

El dichoso gallo primero hizo una inspección general de la vivienda, extrañado, lanzando sus co-corocós especiales. Pateó y picoteó a uno de los chicos, haciéndole caer. Distingue a la polla. Se sacude, canta y se avalanza hacia la paja que el destino le deparaba. Pasó lo que debía pasar, dicho se de paso, sin intervención de Fanor, ni de su mujer, ni de los hijos de ambos.

Entre tanto Joaquín celebró sus bodas y regresó con su consorte. Consiguió un departamento y convenientemente instalado, siguió su vida ordinaria, que para muchos de los habitantes, era extraordinaria, más o menos milagrosa, porque no siguió el consejo del sabio: "Antes de empollar, hacéte tu nido".

Pero un día —por indiscreción de su esposa que seguía creyéndolo rico heredero— se acuerda de su gallo. Va donde

Fanor y encuéntrase con que la despollada gallina ponía huevos. Reclama a su ex-vecino:

—Mira Fanor: debes entregarme la mitad del total de los huevos ya habidos, pues, si no te hubiera dejado mi gallo, tu gallina no tendría nada que ponerlos.

—Pero no fue así el arreglo, señor, le dice el interpe-lado.

Joaquín se retira furioso, pensando en la forma cómo podía reclamar derechos del bípedo progenitor, de raza combativa. Vuelve después de algún tiempo y ve que la gallina, orgullosa, hacía pasear con ufanía a siete pollitos suyos, resultado de buenos días de vida conyugal.

—Tienes que darme cuatro pollitos del total, dícele ha-ciendo cuentas el reclamante.

—No fue así el arreglo, vuélvele a replicar Fanor, ya intrigado. Si la gallina que era polla —agrega— no ponía huevos antes de la venida del gallo, usted no me dejó ni un centavo para la pensión de su ajiseo, que había sido muy comelón.

Joaquín mira el pintoresco grupo avícola. Distingue a un pollito bizarro, bullicioso y provocador. Medita, compara...

—¡Este es el más parecido a mi gallo!

—Puede que sí.

Joaquín, frente a tan peregrina respuesta, subiendo de tono exclama airado:

—¡Cómo que puede que sí! Si no me das la cantidad de pollos que reclamo, ¡te voy a llevar a los tribunales de justicia!

—Haga lo que quiera señor, pero no tengo por qué darle los pollos. Son muy míos. Yo los mantengo.

Fuera de sí Joaquín quiere irse a mayores con Fanor, pero éste le saca a relucir un afilado puñal que lo serenó súbitamente. Busca un abogado amigo, quien redacta una que-rela por abuso de confianza en contra de Fanor, reclamando indemnización por derecho de procreación del gallo. Se siguen los trámites legales. Con muchas complicaciones, incidencias y emergencias, el asunto pasó del Juzgado Parroquial al de

Instrucción y luego al de Partido, donde en apelación se abre audiencia.

El motivo de la contienda dio lugar al alboroto de los amigos de ambos litigantes, extendiéndose en toda la vecindad.

Todas las preocupaciones, discusiones políticas, religiosas y sociales se olvidaron. Las viejas no despellejaban al prójimo ni las solteronas chismorreaban a sus amigas que tenían pretendientes, susurrando sobre alguna conducta equivocada.

—Fanor tiene toda la razón, es un hombre muy honrado, decían unos.

—Joaquín, que es un joven decente, no reclamaría nada que no sea correcto, decían otros.

Para el tribunal, el caso también era de pensar profundamente en su solución, para que sirviera de jurisprudencia. Los abogados de ambos contendores, en la audiencia, presentaron sus respectivas pruebas y alegatos.

De momento en momento tenía que hacer guardar el orden. El señor Juez estaba indeciso, barajando las razones invocadas por los litigantes.

Joaquín, quien, por su carácter y condición social tenía amistades influyentes por todas partes, presionaba fundado en su "muñeca". Fanor, proletario sin pretensiones, sólo confiaba en la Divina Providencia y en lo que a él le parecía de justicia. Todavía no habían hecho su aparición los sindicatos. Examinando el fondo de su conciencia, el demandado encontraba que no había dicho a Joaquín que trajera su gallo. Muy rogado aceptó guardarlo hasta que regrese. Pero no había pensado que no solamente debía guardarlo, sino cuidarlo y alimentarlo. En lo demás... no tuvo participación directa. Si pollitos hubieron, es cosa de la gallina. Si crecen, es cosa de ellos.

El abogado de Fanor, hombre de humilde extracción social iba viendo la causa perdida. Tal no le convenía por ser la primera después de su examen de Corte. Recibía, sin

embargo el estímulo del elemento popular que veía en él a un digno representante en el foro.

Cuando todo parecía que estaba en contra de su patrocinado, pidió la palabra por última vez, antes del fallo.

—La gallina, señor Juez —empezó— era polla sencilla, sin muchas pretensiones cuando llegó el gallo. Estaba destinada modestamente a la cocina. Antes nada indecoroso había pasado con ella. Mi defendido fue sorprendido cuando el gallo con prepotencia, abusando de la hospitalidad que se le otorgaba graciosamente, la transformó en gallina. El propietario del gallo no encargó que se tuviera al ave en forzoso celibato. No dejó ni un grano de maíz para su sustento diario en un mes, ni menos ha pagado por el cuidado. ¿Qué obligación tenía Fanor Gareca de atender y mantener gallo ajeno? Por consiguiente, pido en justicia que se condene al señor García a pagar, no sólo daños, perjuicios y gastos de manutención del motivo del pleito, sino que debe pagar también indemnización por abuso deshonesto de su gallo, realizado con premeditación, sobreseguro y alevosía en la indefensa ex-polla de mi cliente!...

Risas incontenibles en el público. El señor Fiscal hizo esfuerzos severos por mantener la gravedad. El señor Juez declaró suspendida la audiencia, para pasar a deliberar con calma y definir con la probidad que exigía tan peregrino proceso.

Y no podía ser de otro modo. Un asunto pequeño, que podría ser apreciado como baladí, iba tomando cuerpo en el marrullero y gárrulo ambiente pueblerino, asumiendo insospechadas proporciones.

Los concurrentes, que de ordinario despejaban paulatinamente la sala, perdiendo interés, sin quedarse hasta el final, ahora, no solamente ocupaban todas las sillas, sino que poco a poco iban apiñándose más y más, hasta quedar fuera mucha gente que comentaba a su manera las incidencias.

Como tardaban en aparecer los miembros del Tribunal, el público, impaciente, dejaba escuchar pullas, murmullos y protestas.

Por fin, reiniciada la audiencia y en medio de máxima ansiedad, el Secretario dio solemne lectura a la resolución que contemplaba varios aspectos de la causa.

Los partidarios de los respectivos bandos escuchaban atentamente el curso de la lectura de los considerandos, a los que seguía la parte resolutive y reaccionaban mirándose unos a otros sugestivamente, según si lo determinado favorecía o perjudicaba a su amigo litigante. Susurraban por lo bajo que el Tribunal fue comprado por García, quien se había casado con una ricachona influyente... Los contrarios insinuaban que el fallo favorecía a Gareca, porque uno de los miembros del Tribunal era su compadre, a quien aquel auxiliaba en ciertas aventuras amorosas, a espaldas de su mujer...

Según el tan esperado dictamen de salomónicos alcances, Fanor Gareca entregará de inmediato al actor Joaquín García, el pollo más parecido al progenitor, con más una polla para su cotidiano entretenimiento... Joaquín García, a su vez, pagará los gastos de manutención del ave pendenciera al reo Fanor Gareca, por todo el tiempo que estuvo a cargo del precitado cuidante, para cuya avaluación se nombraba perito al experto gallero Dimas Miranda, quien, previo el juramento de ley, entregará su tasación y justiprecio en el plazo improrrogable de tres días de la fecha y cuya decisión será inapelable... Por último, los demás pollos quedarán en propiedad del aturdido acusado Fanor Gareca, como justa indemnización y premio a la diligente gallina....

SABIO DE CHACRA-ADENTRO

—Estoy convencido. La locura del mundo y las últimas guerras, con sus consecuencias, así como todo lo trágico que ha de sobrevenir a los mortales, son y serán resultados de la radiodifusión.

Así nos hablaba Casimiro Arispe una noche, cuando sentados al amparo de la luna, platicábamos en el corredor de "La Chozza", cierta casita que señorea pequeña chacra en Sorata, lugar que se ahueca entre Suticollo y Vinto y desde donde la vista se solaza en la contemplación de idílicos parajes, pródigos en múltiples matices del verde, desde el oscuro sinople al moderado glauco, en límites marcados por las paralelas del ferrocarril. Al frente, forman contrastes pintorescos, arboledas que coquetean con los cerros parduzcos, moteados con cimera de árboles más pequeños en bosquecillos de juguete.

El nombre de "Sorata", posiblemente proviene del incanato, por la irrupción de mitimaes traídos de la homónima y bella región paceña, "paraíso terrenal" según Villamil de Rada.

Nuestro amigo rural continúa con la elucubración de su extraña teoría.

—Captando la radioactividad de la tierra, el hombre se envenena al conectar las ondas con su cerebro que, impulsado por tal agitación, no descansa ni un segundo, ocasionando crueles desequilibrios. Con la comunicación inmediata entre los humanos, agregó, fluye incontenible ansiedad. Todos tratan de procurarse un desahogo, un escape higiénico de cualquier modo. Descubierta la energía radioactiva, obra perniciosamente. Por eso ha de haber continuas guerras, conmociones populares, matanzas interminables y constantes revoluciones. Vamos a ser cada vez más desgraciados y despiadados los hombres. El inventor de los radiorreceptores y de los "transistores" merece la horca...

Casimiro se pierde en razonamientos abstrusos.

Los rayos de la luna, filtrados a través del follaje de una higuera situada enfrente del corredor, incidiendo en la cara de nuestro visitante, le causan mayor fiera expresiva. Resalta la horrenda cicatriz que, en forma de estrella, al centro de la frente, da al sujeto una apariencia de forajido asaltador de caminos, de veterano guerrero, quizá reencarnación de algún espadachín de la colonia, marcado por la venganza de "Cruz Diablo", o restos de los contrabandistas cervantinos de la Sierra Morena.

Nada de todo aquello.

Casimiro, hijo mimado de alguna familia de afincados, no tuvo dificultades serias en sus luminosos días infantiles, ni en los de su juventud. De niño, educóse en la ciudad de Cochabamba, luciendo su robustez con los compañeros de escuela. Era el bravucón de la barriada de San Sebastián. En la enseñanza media no le hacían gracia los estudios graves y formales de las distintas materias. Prefería la crianza de gallos finos de riña, el fútbol y el pugilismo. Para su entender, Paulino Uzcudum, Jorge Carpentier, Jack Dempsey, Luis Angel Firpo y los que sucedieron a tan brillantes campeones, eran dioses que despertaban mayores energías, que inculcaban mayor seguridad y confianza en la contienda cuo-

tidiana de la vida, que las imágenes del exangüe y trágico nazareno crucificado, que luce brazos abiertos en su patíbulo.

Como era pesadilla de Directores, Regentes y Profesores, un día abandonó definitivamente —pichón que confía en la fuerza de sus alas— el tétrico colegio nacional. Los productos de sus fundos con que se sostenía la familia y el cuidado de gallos belicosos finos, de pura raza, combativa, bastaban para no preocuparse del porvenir, sin tener que atormentarse en las aulas; carcelarias celdas que cortan el vuelo de la fantasía juvenil y que cada fin de año someten a indefensos muchachos al inexorable suplicio de los exámenes.

Ahora es un hombre maduro que peina abundantes canas. Trigueño, de mediana estatura. Célibe a pesar suyo.

Con intervalos regulares, los pobladores de la comarca hacen chicha. Casimiro asistía a las jaranas con su guitarra, convirtiéndose en indiscutible rey de la fiesta criolla, hasta que algunos atrabiliarios envidiosos y con equívocos celos, diligentemente dieron con él y con su cordado instrumento en tierra, para que aprovecharan parientes ávidos de heredarlo. Su recia contextura le salvó de cantar, vuelto al polvo, alabanzas panteístas a la madre común.

Ahora se divierte con explicables limitaciones, pero sin vihuela propia.

Su atroz costurón nos obsesiona. Lo sentimos amenazante, como si hiriera nuestras pupilas. Le preguntamos si tan tremenda señal es recuerdo de la campaña del Chaco.

—No —asegura— aunque asistí a esa "chchampa guera" idiota.

Y prosigue, complaciendo nuestra curiosidad:

—Fue por cierta apuesta entre amigos. ¡Ha de saber usted que también he sido gran luchador y que en mi mocedad era quien soportaba más tiempo sumergido bajo el agua! ¡Nadie me ganaba a nadar y zambullir!

Seguimos intrigados con lo de la cicatriz. Felizmente, después de algunos rodeos, vuelve a sus revelaciones.

—Una vez estuvimos con varios camaradas, a orillas del río Viloma. Lo contemplamos desde cierta peña a cuyo pie la riada pasaba orgullosa de su potencia. Majestuoso era el oleaje que emborrachaba al mirarlo con detención. Tiramos piedras para sondear. El ruido de los guijarros al sumergirse nos daba cuenta de haber bastante profundidad. Alguien propuso bañarnos. Desnudarnos y meternos al agua se hizo en menor tiempo que el empleado en contarlos.

Apostamos a quién nadaba mejor, en diversos estilos y formas, a mayor velocidad. En todo les gané, pues, he sido buen alumno en deportes. Descansábamos tendidos en el promontorio de la orilla, cuando uno de los compañeros sugirió:

—Sería lindo saltar de aquí al fondo.

—Habría que ser muy hombre, para hacerlo —dijo otro.

Miré desafiante a los muchachos.

—¿Crees que podrías hacerlo, Casimiro?

—¡Claro que puedo!

—¡Imposible!

—¡Apuesto cinco jarras de chicha!

—¡Aceptado!

Nadie, hasta entonces, me había vencido. Tenía seguridad esta vez más, del triunfo.

Puesto en el filo de la colina, con fuerte impulso me lancé al agua. Dio mi cabeza en el lecho, contra de una enorme piedra arrastrada por la corriente. Me sacaron casi moribundo. Pasé días y noches infernales en el hospital. La electricidad sirvió de tortura y de curación. Sané con esta implacable huella. Pero estoy convencido de que si puso en movimiento a esqueleto, articulaciones y carnes, la electricidad me ha destruido lo que a todos nos hace aspirar, reflexionar, emprender, perdonar. ¡He visto tantos daños! ¡Felizmente los tranvías no cruzan ahora el feraz campo cochabambino sembrando el mal! ¡Ah, pero nada es comparable con los perjuicios de la radiodifusión!

Se levantó sumamente enardecido.

CH'AJMIDAS

—Bueno, me voy. Tengo que ir a revisar mis aves. Hasta mañana, señor.

—Hasta mañana, Casimiro.

Lo contemplamos perderse por el sendero que curvándose corta una acequia festoneada, con sauces continuando entre ringleras de verdes panizos que muestran sus frutos erectos.

A poco nos acordamos de que debíamos cumplir un encargo. Nos dirigimos hacia la casa de un vecino, aprovechando destellos de la luna que iba perdiéndose.

A lo lejos se oían los sones de un acordeón —humana cigarra nocharniega regional— repitiendo incansablemente un monoorde preludio.

De pronto sentimos ruido extraño de pasos, movimiento de ramas y de hojas. Nos detuvimos, poniéndonos en acecho. Distinguimos a un hombre que colocaba piedras en las ramas de churquis y eucaliptus. Después de acomodarlas, aproximaba el pabellón de una oreja al tronco respectivo, como quien aguza el oído para percibir mejor.

Era Casimiro Arispe, quien, entre sombras y luces del campo blanco de luna, sintonizaba a su manera, un singular radiorreceptor de su inventiva, causante de los males humanos.

¡AY, CUANDO MUERA EL NEME!...

(Una enternecedora historia)

—Muy linda esa *partecita* del discurso p'a mi entierro, doctor **Melcho**—, comentaba conmovido Nemesio Ordóñez, sirviéndose un bocado de "chancau".

—Es todavía muy poco, don **Neme** —contestó el contertulio—. Así —agregó— se hará justicia con usted, a los valientes expedicionarios que cruzaron con el doctor Daniel Campos, arenales, selvas y pajonales chaqueños, inexplorados antes, bordeando el Pilcomayo, hasta llegar a Asunción, la bella capital guaraní. —Mañana he de leerle otro fragmento más interesante.

—Pero sírvase *chichita*, doctor, incitó al entrar a la habitación Micaela, esposa de Nemesio. —Es *aguaditainchi* que mia tráido *dende* Tarija— Cancha mi comadre Cirila y sentará mejor p' al ají que mia saliu con "picardiya".

—Bueno pues, sirvámonos todos, Mica.

Y los tres, como uno solo, vaciaron entre pecho y espalda sendos vasos del ambarino licor incaico.

Después de consumidos el "chancau" y la deliciosa bebida popular dorada, despidióse satisfecho y agradecido el doctor Melchor Fernández, prometiendo regresar al siguiente día.

Conforme lo ofrecido y de muy puntual costumbre, el doctor Fernández llegaba a la casa a las cinco de la tarde. Don Nemesio, laborioso maestro carpintero, suspendía labores en el taller, ordenaba las herramientas, despedía a oficiales y aprendices y hacía pasar al cotidiano visitante a la sala contigua, que era comedor, sala de estar y dormitorio.

—¿Qué ha hecho Mica hoy día, para sajarahora? —preguntó ansioso y sediento el hedónico letrado.

—No le vendrá mal, doctor, un "chanchito al horno", respondió la interpelada.

—¡Ajá! Eso es para mí la gloria, celebró paladeando el sensual hombre de leyes.

—Mejor empecemos sirviéndonos este vinito que me traido de Impora mi compadre Evaristo, a cuenta de unas obritas, dijo Nemesio. —Pero —añadió— tengo curiosidad por el discursito p'a mi entierro.

—¡Cómo no, si a eso vengo! A ver, otra parte.

Lee un episodio apasionante en el que reseña cuando los expedicionarios, con Nemesio, bajo las órdenes del doctor Campos, agotadas las vituallas, sacrificaron a su turno mulas, borricos, que transportaban carga, y hasta a un perro, para nutrirse con su carne, evocando al mismo tiempo las emboscadas y asaltos traicioneros de los feroces habitantes autóctonos de la calcinante bajopampa chaqueña en los días caniculares.

De acuerdo con lo ya acostumbrado, el sibarítico letrado, de estatura mayor de la mediana, opulento, de saliente vientre y encendido rostro, interrumpía la lectura de la singular oración fúnebre, para ingerir el regional condumio, incitante y siempre rociado con exquisito líquido, según lo imponía la calidad de la vianda. Para variar la charla, o tal vez, para alargar las tenidas, inquiría acerca de los vaivenes económicos de la familia, de la venta de los muebles que

se fabricaban en el taller, sus estilos; averiguaba sobre el desarrollo del almacén contiguo —tipo abacería— que atendía personalmente Micaela; no faltaban consejos sobre algunos pleitos que atendía gratis. Hasta salpimentaba el original coloquio amenizando con evocación de sucesos de la política —era Jefe del Partido Liberal— en la ciudad.

Consideró oportuno el doctor Fernández relatar un incidente pintoresco. Designado candidato para encabezar la lista en cierta elección de concejales, el que acaudillaba el bando contrario le mandó un emisario para aconsejarle que retirara su nombre, pues, como amigo, le prevenía que tenía plata, gente, influencia directa del gobierno —el Presidente de la República era su compadre— y quería evitarle el sinsabor de la derrota, la pérdida de la amistad, fuera de una descomunal golpiza que quería propinarle los fanáticos a quienes pagaba. Fernández —que también tenía mucho amor propio— no hizo caso. Venció astutamente los factores desfavorables, comprando incluso conciencias de algunos contrarios en quienes confiaba ciegamente el atrabiliario contrincante, llevando su lista a la victoria. Pero como supieron lo del mensajero del adversario y la temeraria amenaza, los partidarios, al celebrar el triunfo de Fernández con copiosas libaciones, en la noche que siguió a la elección, conforme consejo sabio extraído de la serenidad, dieron al vanidoso y fracasado caudillo una serenata, para la que prepararon, entre otras, esta inocente copla, cantada con una tonada chapaca de temporada:

"Camilo Guerrero

"qué te ha sucedido,

"que tu municipio

"sueño "i" perro ha sido"....

Cuando se hablaba en sentido de aprovechar la amplia extensión de la casona, o de encarar otra clase de empresas, Micaela decía:

La primera mujer del Neme sia conjormau con tan pocas habitaciones, habiendo tanto espacio. Pero **cuando muera el Neme...** v'ua'cer trabajar otros cuartos, ya que los hijos de la jinada Juaquina handi querer su **parte...** Yo también tengo mis **criyas...**

—Es cierto —reconocía Nemesio—. **Mica** es activa. A mí no me alcanza el tiempo p'a más. Además, p'a lo poco qui 'i vivir....

—El "chanchito" está espléndido, y el vino, primoroso. Hay que "ahogar" al chanco interrumpió oportunamente el doctor, para cambiar la conversación.

—Ya viví mucho y 'stoy preparau p'a cuando me **pasi algo**, hacía resaltar Nemesio. ¿No ve, doctor, que tengo todo listo?

Y mostraba el ataúd reservado que yacía oculto debajo del tálamo matrimonial.

—¡Ja, ja, ja, ja!... Este Nemesio, muy precavido, se ha provisto de cajón, candelabros, "sábana santa". Ha "cambiado" crucifijo. Tiene incluso guirnalda metálica. No falta nada, verdad. Pero nadie muere la **vispera...**

—Eso yo también digo —opinaba **Mica**. Y después que llegue el diya, **cuando muera el Neme**, v'ua poner más surtida la tienda...

Levantándose, repleto y satisfecho, Melchor Fernández, avezado picapleitos y romántico político, despedíase reconocido por las atenciones acostumbradas, prometiendo seguir la lectura del enternecedor discurso fúnebre que pronunciaría solemnemente en el entierro de don Nemesio, su espléndido y criollo anfitrión.

A veces, Micaela acompañaba al pletórico jurisculto hasta la puerta a la calle y casi siempre sus aspiraciones hacían borbolar el consabido estribillo:

—¡**Ay, cuando muera el Neme!**...

Mas don Nemesio, hábil preparador de ataúdes cuyos ocupantes eran trasladados "a bulto" de la casa mortuoria al cementerio, pues la población carecía de carro y de empresas fúnebres, no reflejaba en su semblante muestras de

estar próximo su viaje al otro mundo. Moreno, retacón, de áspero cabello entrecano; de nariz chata y de ojos pequeños vivaces, aceptaba hasta con cierto sadismo la ceridumbre de su próximo deceso; se conmovía ante el presunto homenaje póstumo de su entrañable amigo el doctor, en tanto consumía comidas y bebidas y calculaba las actividades y mejoras proyectadas por su segunda cónyuge, una vez que terminara el sepelio. El mismo, en ocasiones, incitaba al epicúreo compinche:

—No se pierda mañana, doctor, que le v'uacer preparar un "keperí". Tengo un vino de "La Angostura"...

—Venga más temprano. Mica quiere invitarle una "matambre"....

—Venga, doctor, mañana. Despediremos al Año Viejo y esperamos al Nuevo con una "picana" de "tambera".

La lectura del discurso fúnebre preparado para don Nemesio no se acababa nunca.

Siempre había, como en "Las Mil y Una Noches", un acápite más lindo; un trozo evocador de espeluznantes hazañas en la penosa travesía del ignorado "Infierno Verde", para el día siguiente, reactualizándose una especie de "Sharazada" masculina. Y Mica, al servir, de vez en cuando musitaba el retorno:

—¡Ay, cuando muera el Neme!...

Hasta podría sospecharse que el letrado esperara el precelebrado deceso del generoso amigo, con fines sucesorios... Porque Micaela, esbelta y agraciada mujer de bello rostro pálido-mate, aguileña nariz, ojos "chchaskañawis", dominante mirada, voz de contralto, descendiente de cochabambino tronco popular avecindado muchas décadas atrás en el valle tarijeño y enraizado con alguna jocunda zagala campesina "chapaca"; prepotente hija de Eva, en la que el verano de la vida resistíase galantemente a ceder el tránsito a frutal otoño, Micaela no dejaba ni mucho menos, de ser una real tentación para alguno que en vez de dar prioridad a esparcimientos gastronómicos, apreciara en cambio las delicias de explicables y ocultas ansiedades femeninas conteni-

das, ya que la joven, al acollararse con el más que maduro carpintero, lo hizo para asegurar la hacienda de sí misma y de los suyos...

Sin embargo, mientras Dios dispone y Mica conjetura, las cosas resultaron al revés de lo previsto. La asoladora gripe española llegó a Tarija con toda fuerza y virulencia movilizandó febrilmente a médicos, curanderos, farmacéuticos, chifleras, curas, carpinteros y "pantioneros". Micaela se enfermó gravemente y no se la pudo salvar, no obstante todos los esfuerzos desplegados. El féretro y todo lo acumulado pacientemente para el esperado sepelio de don Nemesio, sirvió para la interesada consorte.

Después.... Ya no había quien preparara los succulentos platos locales que tanto saboreara el avezado manipulador de códigos, procedimientos y papel sellado de ley. Las reuniones, en las que se recordaba con el consiguiente quebranto a la desaparecida, languidecieron y poco a poco suspendiéronse las comilonas, pues faltaban las hábiles manos de la sin par consorte y cocinera criolla.

Cuando la lectura del discurso debía fatalmente llegar a su fin, atacó fieramente al abogado una insalvable intoxicación ventral a consecuencia de una fiesta. Y en una tibia tarde veraniega, haciendo altos en las esquinas de la ciudad, se escucharon sentidas oraciones fúnebres, que como postrer homenaje rendían instituciones tarijeñas al doctor Fernández, trasladando a brazo sus restos mortales hacia la última morada.

Entre los que ayudaron a cargar el féretro estuvo compunjado y perplejo don Neme.

URDIMALIS EN LA TRAMPA

A Carlos Castañón Barrientos

Como a cada puerco le llega su San Martín, conforme enseñó Sancho, toca referirnos a cierta desventurada aventura de un conocido nuestro, autor aventajado de tretas bien logradas.

Pedro Urdimalis, sujeto de cincuenta oficios y mil necesidades, en su mayoría insatisfechas, no era atractivo de presencia, pero, en verdad, tampoco nada de repulsivo tenía, siendo prototipo adecuado para las actividades que encaraba. Hombre en plena madurez, de estatura mediana y complexión robusta, no ofrecía rasgos físicos que salieran de lo común. En su ovalada cara reinaba una tez moruna, brillando ojos castaños regulares, de mirar escurridizo y malicioso. En la cabeza abundaban cabellos negros lacios, casi ásperos. La frente, algo estrecha, destacaba cejas espesas. La nariz era recta mediana. Poseía labios sensuales con rasgos marcados, vegetando en el superior tiesos y descuidados bigotes.

Como indumento, disponía de un traje de corte europeo de confección en serie, defendido heroicamente al usarlo y que lo reservaba para domingos, feriados y para sus compromisos. En la faena diaria vestía ropa funcional: una blusa que enfundaba la camisa. En sendos ruedos de pantalones raídos, abundantes hilachas pulían las abarcas.

Se le distinguía innato gesto de astucia concertada con desconfianza, en base de su extracción social, así como por sus ocupaciones y obligada convivencia llevada generalmente con gentes rurales y comarcanas. Sabía adaptarse a todas las circunstancias. Era desprendido conforme recibía su salario o jornal, o cuando, impulsado por su recóndita inclinación aventurera, obtenía monises, haciendo gasto de sus zangamangas, pues nunca anidó en su meollo el atender posteridad alguna que hiciera mermar la efímera hacienda.

El personaje que nos ocupa, disfrutaba en jocundo valle soleado, como manida meta, el sentido de la vida corriente, usando y abusando como sabido, lo destacado por el jacarandoso ingenio español del siglo XIV, Juan Ruiz, el irreverente Arcipreste, rindiendo culto, al pasar de los días, a las necesidades primarias y especialmente al amor, aplicando con intuición criolla, lo recordado por el presbítero de presbíteros:

*"Como dize Aristotiles, cosa es verdadera:
El mundo por dos cosas trabaja: la primera
por aver mantenencia la otra cosa era
por aver juntamiento con la fembra placentera"...*

Pero en cuanto a la satisfacción del segundo menester, conforme ya dijimos, no era de los árboles que fuertemente enraizan en lo hondo de la tierra, ofreciendo luego copa frondosa y periódicos y sazonzados frutos, sino como ciertas enredaderas que dan sus flores trepando en lo que pueden, mas, superficialmente, ponen raíces débiles provisionales, adventicias, sin comprometerse a más. Y eternamente fugitivo y acosado después de cada riesgo, resumía sus reflexiones

manifestando que: "Mejor es morir hartado que muerto de hambre"....

Como circunstancial ayudante de chófer de un enorme camión, llega Urdimalis en cierto atardecer estival a San Isidro, pintoresco burgo serrano, alejado rincón tibio, cuyo multicolor paisaje y singular situación topográfica de diferentes planos verdes superpuestos, ubicado al pie de suave colina, desde cuya cima los ojos se regalan contemplando el cruce de dos cantarinos ríos azules, galantes padrinos de bellos panoramas ribereños. El fondo del generoso valle brinda el caprichoso serpenteo de audaces caminos y rústicos senderos que incitan visitar a la agreste lomería de enfrente, ufana en lucir tupido bosque, como su celoso guardián de recónditos secretos.

Al concurrir al mercado pueblerino, en la mañana siguiente de su arribo, buscando alivio para el estómago vacío, interviene en charla con los que allí yantaban. Por la conversación entablada, se entera de que en el primer domingo de octubre, todos los años celébrase en el pueblo la Fiesta de Guadalupe, durante cuya solemnidad acuden gentes de todas partes, con conjuntos típicos abigarrados, quienes realizan sus actuaciones tradicionales y hay exposiciones agrícolas y ganaderas, "kermesse" y "carpas", donde cada visitante escoge su diversión. Y hay desfile ecuestre de "cuñas"... ¡Y qué cuñas!...

Poco o nada podría interesar a Urdimalis, las exposiciones, lan pandillas y lo que hagan éstas y aquéllas. Pero las "cuñas"... Bueno, Promete volver y con dinero.

Efectivamente, con bolsillos bien provistos, acicalado como pudo, se presenta en San Isidro, población que regocijada se viste de gala. Contempla alborozado la irrupción de devotas caracterizadas de "cuñas", con rostros embijados, luciendo tipoyes de seda. Robustos zagales aparecen con indumentaria de "chiriguanos", "chunchos", "matacos", "cambas" y otros animados grupos, haciendo bulla chicos que coimiendo soplan sus "pucunas" o flautines rústicos.

De sorpresa en sorpresa, presencia el arribo continuo de jinetes de ambos sexos. Sus pupilas no pierden detalle de lo que se ofrece en la Pampa Galana con el torneo ecuestre y la "guerrilla". Conmuévenle la adoración a la Virgen, caminando los penitentes de rodillas, hasta el trasladado de la sagrada escultura al vasto templo ubicado en un ángulo de la Plaza.

Nuestro héroe, con la sed que estimula el calor y la ansiedad de goces, busca satisfacer a la seca garganta, en una de las "carpas". Siéntase en larga banca, formando corro con los que allí libaban. Mientras se sirve cerveza en vez de chicha, pues quería darse tono, vuelven sus pupilas a deleitarse con los policromos tipoyes y vestimenta de lujo de las garridas mujeres: aprecia la recia apostura de los hombres, saturando el ambiente general con sutil flúido de popular júbilo.

Muy ajeno estaba a lo que le sobrevendría más tarde. Procedentes de distintos lugares y parajes, aportan allí, por extraña coincidencia, como feligreses y curiosos, padres, hermanos, de las zagalas burladas, así como parientes, amigos íntimos y compadres de las gentes "prendidas", o sea, engañadas, embaucadas, que al asomar al templo, reconocen de lejos a Urdimalis. Los antes engatuzados, al distinguir sorpresivamente entre unos y otros, gestos notorios de reconocimiento del farsante de marras, traban luego amistad a la salida de la misa. Intercambian confidencias. Todos ellos tienen causa común: sienten una sorda indignación al ver al sujeto, tan tranquilo y con su expresión ávida de conocerlo todo. Deciden tomar venganza ejemplar. Después de intercambiar pareceres, concluyen aprobando un plan de justiciero castigo. Como vinieron a un acto de devoción cristiana de culto a la Virgen, no se llegaría a extremos. Habría golpeadura, para escarmiento, pero sin peligro de la integridad física del impostor, pues convenía evitar malas consecuencias para los circunstanciales conjurados.

Faltaban elementos de enlace para la ejecución del plan punitivo. Mientras el sol, cansado, se enfunda en el ocaso y

sedientos y bailadores satisfacen ampliamente sus ansias de esparcimiento, los complotados obtienen los apetecidos "enlaces": un fornido y taimado varón y una grácil chapaca de muchos recursos, para llevar a feliz término tan singular vindicta. Tomás se llamaba el "hombrecito" y Teresa, la moza. De inmediato traba amistad Tomás con Urdimalis en una de las carpas, invitándole a beber juntos. Ambos coinciden en tener el mismo humor para jaranas. Son dicharacheros. Saben contar chistes y chascarros y tienen buen acopio de coplas y cuentos. Entienden en cosas de mujeres. Allí hace su aparición oportuna Teresa, convenientemente preparada para cumplir la ejecución del plan, únicamente en lo que a ella concernía.

Urdimalis se siente atraído por la donairoso pueblera de macarena apostura, que incitando al rural conquistador, le hace juego de ojos y de esquinces, con lo que más lo atrae.

—Ya qu'i 'a veniu aquí, será p'a divertirse.

—Será con vos p'a gustar el cielo..

Establecida la confianza, Teresa comunica a Urdimalis, que en una casa nueva, situada al otro costado del pueblo, al pie del cerro donde se encuentra el cementerio que hace orilla al camino, hay fiesta y que muchas de las "cuñas" están allí alojadas. Y, entonces...

Urdimalis siente, sin reservas, efectiva atracción por Teresa, galana moza tan llena de entradas como de salidas, bien provista de ocurrencias. Frente al asedio categórico y piropos del cortejante dícele:

—¡Qui'ay ser! Si hay mejores...

Cae en el lazo tan bien tendido. Los confabulados no se dejan ver con el bribón, para no ocasionar sospechas. En satisfactoria compañía es llevado a la casa señalada, donde hay holgorio y cuya propietaria es comadre de Teresa.

Por supuesto que las demás puebleras son atractivas, simpáticas, tratables, sencillas, pero con cierta fuerza interior nuestro hombre se siente conquistado por quien desempeña con mucha diligencia la función de "cebo".

VICTOR VARAS REYES

En la jarana ya llena de animación, un guitarrero, maestro de la escuela lugareña, hace las delicias. Urdimalis, fascinado, sin remilgos ya, por la moza, canta y baila entusiasmado. También contribuye con su repertorio. Así, cuando el musicante local, entona un "bailecito" cuya letra dice:

"Esas mañas tienes vos
de querer a dos
de repente t'án de dar
como para vos.

"Imilla farsante,
calzón de zaraza,
tobillos de nudo 'y caña,
rodillas de "uchucutana"...

Urdimalis manifiesta que no concibe enamorar insultando, sino halagando, con delicadeza. Dirigiéndose al maestro le dice cortésmente:

—M'a prestemé su guitarra, un ratito.

Conseguida la vihuela, después de los compases propios de la introducción a una cueca, canta:

"Manojito de alfileres
ñatita, son tus pestañas
y cada vez que miráis
me los claváis en el alma.

¿Con qué se lava la cara
que tan "chaposita" está?
Pues se lava con agua clara
Y Dios pone lo demás....

Después del buen efecto producido, con aire de triunfo, devuelve el cordado instrumento. Y queriendo "pagar" una

invitación, pues había sido "graduado", o sea, que una de las circunstancias le invitó a beber un vaso de cerveza, sirviéndose ella y cuando le entregó vacío, al querer "pagar" Pedro, o sea, beber en el mismo vaso e invitar a otro participante en la parranda, las botellas del turno estaban desocupadas —lo que estuvo calculado— llamó a la cantinera y pidió otro turno. Se mostró desprendido, conforme su costumbre.

Empero casi ocurre durante la batalla una defección del plan previsto. Teresa, la "sirena" del "enlace", que debe "reducir" a Urdimalis, se siente ganada por el singular malandrín. Notada esta emergencia por el "vigilante", éste envía de inmediato un amenazador mensaje a la posible "desviacionista":

—Si no cumplís con lo arreglau, mañana mismito 'amus de denunciarte a la Policiya, por los viajes qui 'acís a la Argentina, llevando contrabando....

Teresa se queda temblando. Son muy capaces de cumplir la amenaza, ya que era cierto que ayudaba a alguien a llevar cocaína, para lo que se le pagaba bien.... Y, mal que le pese, tiene que cumplir su misión hasta el final. De lo contrario....

Ya avanzada la noche, Urdimalis, triunfador constante en faenas amorosas, propone visitar a Teresa en su habitación de alojada. La aludida, volviendo a su felinidad, acepta, indicando que cuando los demás salgan a bailar y ella desaparezca, abandone Pedro la sala y se introduzca en una habitación a oscuras, situada en uno de los bordes del patio y cuya puerta, de una sola hoja, estará entreabierta. Y, luego....

Ardiendo en deseos reprimidos a duras penas, Urdimalis entra en la habitación señalada, cuya puerta queda herméticamente cerrada por dentro conforme ingresó y asegurada con llave por uno de los conjurados, que la guarda en un bolsillo. En seguida, a riguroso turno, los burlados y sus ayudantes salen de sus escondites y fingiendo la voz, le dan de golpes, por cada picardía. Al puntapié del uno, recibe un puñetazo de otro. Es natural que se defiende como puede. Y

así, entre golpes y empujones, pasa por un insospechado calvario, pero no pide perdón.

Al notar lo algo desmayado por la inusitada golpiza, así como por la sorpresa, los severos vengadores y verdugos increpándole, asegurando que si quiere continuar viviendo, obedezca ciegamente las condiciones de su rescate. Además, ordenarle que nunca más asome por allí, ni dé liviano curso a sus instintos en ninguna parte, perjudicando con su mala conducta a unas en su honra y a otros en su dinero. Luego, vendado y maniatado, es metido de cabeza en un enorme costal, con los pies sobresaliendo en el extremo descubierto.

El bulto así enfundado, atravesado en el lomo de una mula, es conducido por uno de los conjurados, comisionado para el efecto, hasta llegar a un recodo del camino que conduce al Chaco. Depositado en el suelo, siente que el jinete monta en la acémila nuevamente y arranca a todo galope.

Algo restablecido, transformado súbitamente en un Nazareno de la Pasión, como comprendió su caso muy en serio, sin mucho esfuerzo, pues fue vendado y amarrado ligeramente, Urdimalis se quitó fácilmente las ligaduras. Salió del costal. Enderezándose como pudo, aun tambaleante, tomó el camino de la frontera, lavándose en el trayecto las heridas y arreglando sus ropas, para disimular, las señales de la tremenda golpiza sufrida. Felizmente le quedaba dinero para sus gastos elementales, hasta poder volver a trabajar en algún "puesto" o finca.

Mas no asoma a su mente ningún propósito de enmienda. En un examen de conciencia, no se compromete en su interior a concebir la comodona corrección de su inconducta,

Al descansar al pie de un árbol, le bullen recuerdos de toda laya. Y analizando los móviles que originaron la singular zurra colectiva en inesperado "corralito", saca en la cuenta que fue mujer la que felonamente lo entregó a sus enemigos. ¡Qué iba a pensar en la traición, ni en la "huayca", ya que se encontraba muy lejos de sus fechorías! ¡Tan simpática la zagala y tan llena de agudezas y "tirachos"!

¡Mujeres! Sal y tormento de la vida. Las tomaba en forma fugaz. Interesarlas, atraerlas y "gatearlas", cambiando continuamente de residencia y de trabajo, sin conceder oportunidad para sostenerlas, eso estaba en sus cálculos. Con todos sus absurdos, nadie se puede privar de ellas. Mueve Pedro la cabeza. Mujeres... Oyó a algún agraviado que decía al respecto: "Mal, con ellas, peor, sin ellas"...

Se siente ser, de natural, empedernido, incorregible, sin que haya en su alma un hueco para que allí se guarezca el arrepentimiento.

Urdimalis continúa con sus cavilaciones. ¿Qué es por fin, la vida? Es pasar un río en correntada. Muchos peligros y en una vuelta de olas, no falta algún madero, algún árbol arrastrado que le lleve a orilla salvadora. Hay que estar predispuesto a todo. Gozar de la existencia en lo que tiene de bueno —que es breve— y esquivar lo malo, que es lo más seguro y duradero. Hay que saber "cuerpear" y tener como los gatos, siete vidas, para disfrutar los fugaces momentos de felicidad, beberlos en sorbos largos....

Más repuesto, se incorpora. Mira a lo lejos el camino que no tendrá fin. ¿Qué se puede hacer? ¿Que por una "cuerreada" hay que renunciar a lo único bueno que ofrece la vida? Eso está bueno para escuchar, como cuando era niño, en la escuelita rural de Tomayapo. También había oído a políticos, en campaña electoral, prometer nivelación de condiciones de existencia para todas las clases sociales, especialmente para los chapacos. Lo que queda de cierto a algunos años de plazo de tales discursos, era que los fogosos candidatos, que antes eran más pobres que los "pilpintos", aparecían de repente millonarios con casas lindas, automóviles y con muchas "queridas".... ¿Y acaso el cura que predica en la capilla, la abstinencia ilícita de la carne, no hace aparecer sobrinos en la casa parroquial?... ¿Y acaso la plata no ayuda para conseguir lo que se busca? ¿No es cierto que para el pobre, los únicos caminos que le son comunes, son los que concluyen en el hospital, en la cárcel y en el panteón?

VICTOR VARAS REYES

—En verdad, admite, lo que consigo lo alcanzo con malas artes, pero sin violentar a nadie. Hoy, una paliza, la primera de mi vida, valdrá, con su crueldad y con la experiencia que produce, otras satisfacciones.

Al continuar su errante marcha, masculla:

—Y hablando en serio, cierto es lo que dicen, que "más vale morir hartado, que muerto de hambre"...

CORREGIDOR CONTRA CUATRERO

Durante la primera década del novecientos, los fértiles y somnolientos valles chapacos —ámbitos arrinconados del sudeste boliviano— vivían dulcemente arrullados con ensueños de madrugada tibia, halagados con trinos de multicolores pajarillos que melódicamente anunciaban la llegada de nuevos amaneceres para encarar la faena diaria, dentro de patriarcal existencia, con renovadas energías. ¡Bucólico y eglógico vivir sencillo, alternando menuda diligencia con amodorrador y colonial sosiego, dejando al tiempo que circule solo! Que la solana dore los predios y el aire vernal esparza vaharadas de salaces aromas... La política se encargaba de encrespar los ánimos, pero luego de los consabidos ajetreos, volvía la calma con sonrisa de niño, como capa pluvial extendida cubriendo generosa el ambiente con empírea placidez. ¡Al fin y al cabo, en la población todos eran, si no parientes, por lo menos, compadres!

Esa calma tuvo exótica alteración por la presencia temporaria de dos sujetos de procedencia antípoda dentro de la variada demarcación, aislada de ajenos contactos. Es así có-

mo aparecieron y obraron un valluno y un chaqueño, actuando respectivamente, el uno como Corregidor y el otro como cuatrero.

Veamos quiénes fueron los protagonistas de un extraño acontecimiento y las circunstancias que inquietaron los ánimos en las áreas rurales, hasta mostrarse amenazadores en la adormecida villa fontina.

Santiago Rodríguez, nacido en Caraparí, zona chaqueña, es huella viviente dejada al paso fugaz por allí de un gringo perdido después en las pampas argentinas. Queda huérfano de madre muy niño, criado sin gobierno por míseros parientes. Carece de voluntad para el aprendizaje escolar, llegando apenas a saber leer y escribir en forma elemental. De adulto deviene alto, de textura atlética. Rubio, de barba y bigote hirsutos, descuidados.

Se complica con una mujer del lugar, mucho mayor que él, pero de posibilidades económicas algo más que moderadas. Se casa con ella, empero, reinando en su ánimo congénito descontento, es lanzado así a una existencia desarreglada, despilfarrando los bienes de su cónyuge en juergas donde lo explotan, contrayendo amistades con gentes de malas costumbres y con las que es conducido a un pasar fugitivo, provisional. pródigo en incursiones que tienen por escenario las zonas agrestes frecuentadas por ganaderos y contrabandistas: tal día durmiendo en un improvisado tambo; otro, en escampado, en lecho de carona y pellones; ahora bajo la protección de una choza con "cola de pato", frente al camino rural, amaneciendo también en una cama de hotel provinciano, donde, en regocijada noche, costearía consumo de bebidas y comidas a compañeros de ocasión. Pero saboreaba el regosto de asendereado vivir.

Después de una correría por San Ramón de la Nueva Orán regresa a sus lares calzado con medias botas de acordeón, vestido con pantalón bombacho, chaqueta con cuello dormán, pañuelo de cuello y sombrero alón asegurado con barboquejo. Luego, convertido en hombre de a caballo, de

revólver y de puñal al cinturón, laceador y bravucón, es señalado en sus algaradas:

—¡Es el "Gaucho" Santiago!

Más de una moza al verlo pasar, previa una mirada furtiva, decía para sus adentros:

—¡Pucha, que churo el tipo!

No es menos interesante otro personaje que el *fatum* señalaría como insospechado vengador de todos los agravados, a lo largo del tiempo, verdugo de ilusiones.

Hilarión Mendoza es un chapaco alto, fuerte, moreno. Por viruelas contraídas en su niñez, que dejaron indeleble marca en su rostro, tiene su fisonomía cierta expresión de fiera en figura poco atractiva. Gasta bigote y barba ralos. Entregado por sus padres desde tierna edad a la labranza de sus fundos —el niño campesino empieza a ser trabajador desde los cinco años— se cría apegado a la tierra, labrándola y cuidando pequeña hacienda. Su persona es parte de la casa, de los molles, de los churquis, de los nogales y durazneros, de los emparrados; es desprendimiento móvil de los cerros y de los bajíos. Calza abarcas. Viste pantalón ancho de "bayeta de la tierra" con franjas negras, camisa de tocuyo, blusa de trabajo diario. Poncho rojo listado, sombrero de ala ancha ribeteado en los filos, con hebilla de nácar decorando la toquilla.

Forma hogar y por sus recorridos en clima suave valuno mediterráneo, su existencia circula sin mayores ambiciones desde chico, vegetando por lugares donde anduvieron los montoneros regionales en la guerra de la independencia, en la que participaron con brillo sus antepasados.

Con motivo de un viaje para vender productos de sus fundos en Bermejo, todavía joven y soltero, Hilarión queda prendado de una barbiana lugareña "fronteriza", morena clara y esbelta muchacha de Tarupayo, a quien logra atraer con el incentivo de poseer en "Pampa Verde" feraces propiedades agrícolas, ganado, así como casa en San Lázaro. Contemplándola y cautivado por las agudas "salidas" y felices ocurrencias de la garbida zagala, tal vez hubiera exclama-

do a cabalidad, como el aristócrata poeta castellano de la Corte de Juan II, en la más célebre de sus "serranillas":

"Moça tal fermosa
Non vi en la Frontera
Como una vaquera
de la Finojosa".

Cuando proyecta volver, conforme lo prometido, llevando su cosecha y acollararse *ipso facto* con Asunta, para traerla a sus paternos lares, tuvo noticia de que anduvo por el "pago" de aquella, el "Gaucha" Santiago, quien se escapó con la amorosa prenda en aventura feliz para abandonarla lejos....

Inquieta Hilarión sobre quién es el "Gaucha" Santiago. Sabe que es tipo corajudo, de vida vagabunda, con suerte en mujeres, sembrando temor en varones. Es bravucón por su vigorosa naturaleza y elevada estatura. Fuerte en peleas a puñetes y puntapiés. Hombre de lazo, rebenque, cuchillo y revólver. Chaqueño que se desplaza para sus incursiones a los accidentados valles chapacos, donde se goza de un clima suave y adormecedor, a la vez que afrodisíaco. Tiene fama de ladrón, de asaltador de caminos, de abigeatista y, en suma, de "cuatrero" chaqueño.

Supo Hilarión que luego del rapto de la zagala, dio muerte Santiago a un tropero que llevaba un "capitalito" para comprar ganado. Que fue él quien asesinó en la "Cuesta Brava" a dos hermanos de Mendoza; por ello medita acerca de "sentarle el juicio" al bandolero, el cual, perseguido por sus "fachurías", se burla de "rondas" (polizontes) y de cárceles, tanto en Tarija como en los pueblos provincianos. Infunde pavor en las gentes, quienes desvían su ruta en los caminos cuando tienen noticia de que por allí anda suelto el "Gaucha" Santiago.

Mientras labra la tierra y celebra el "multiplico" del ganado, Hilarión discurre acerca de la situación creada por tan audaz cuatrero.

¿Cómo vengar la burla a su cariño, abandonándola después a la malaventura? ¿Cómo hacer justicia por la aleposa muerte de sus hermanos, ocurrida cuando era niño, crímenes silenciados por las autoridades? ¿Cómo resguardar sus propios bienes en posible peligro?

Conviene en que dedicado a las imperiosas y temporales labores de campo que desconocen domingos, feriados y fiestas, imponiendo en su época, barbechadas, siembra, riegos, carpidas, cosecha, pastoreo, venta de productos; el mantener la hacienda en buenas condiciones también para su venta, acrecentando periódicamente la extensión de sus propiedades en "Pampa Verde", no podría hacer nada en contra del ya odiado y temido **Gaúcho** Santiago.

Es entonces que desde el trasfondo del amplio escenario, aparece la figura que gravitaría como en claro-oscuro sobre la culminación de los acontecimientos.

Asoma el doctor Ignacio Mejía, por los pagos de "Pampa Verde". Es candidato a la diputación por la provincia. Mejía descubre a Mendoza en pleno laboreo agrícola. Sabe que Hilarión es apreciado como hombre trabajador y muy bien relacionado en la comarca donde faltaba Corregidor y era necesaria su actuación para el proselitismo político. Al verlo y valorarlo, el doctor, hecho un Diógenes criollo, dícese por dentro:

—"**¡Encontré al hombre!**". ¡Ya tengo Corregidor!

En charla con Hilarión, le despierta ambición de poder. Le explica las ventajas de ser autoridad en el campo. Luego le ofrece hacerlo nombrar Corregidor de "Pampa Verde". Ejercerá influencia en las gentes. Añadirá propiedades y casas. Asegurará la venta de sus productos, incrementando la ganancia. Será respetado y temido.

—Dos caminos hay para imponerse —dícele—. Hacerse querer o hacerse temer. Lo demás no es nada, aunque dispongas de riquezas.

Se compromete a asesorarle en el desempeño de sus funciones, cuando se presenten conflictos.

—¡Yo respondo de todo! ¡**Animáte**, no seáis sonso!

Hilarión acepta, convencido por la verba enlabiada del doctor. Es nombrado Corregidor de Pampa Verde. Ejerce el cargo, primero, vacilante. En seguida, influido por los oportunos, maquiavélicos y sabios consejos y por el decidido apoyo de Mejía, logra infundir, tanto respeto como miedo a sus comarcanos, que decían, vencidos y convencidos:

—¡Es el Corregidor!

Va creciendo su hacienda y su situación económica se pone en auge.

Por alguna sugerencia de sus parciales cambia su habitual indumentaria para mejorar su presencia. Reemplaza las abarcas con medias botas. Deja la blusa por un saco de casinete a la americana. Elige el mejor caballo para sus viajes a San Lázaro, así como a Tarija. Aparece luego con vistoso poncho, caballero en brioso alazán lujosamente enjaezado con silla "chapeada" con plata, frenos de hierro con capás argentadas lo mismo que el petral o pechera y el bajador; estribos y espuelas, igual que los anillos que decoraban el rebenque.

Aumenta su poder por voluntaria decisión de sus gentes en fiestas o jaranas, o también por la fuerza, hasta convertirse en el déspota necesario de Pampa Verde.

Oye hablar sobre las aventuras de un cuatrero corajudo, primero vagamente, luego se concreta al protagonista:

—¡Es el "Gaucho" Santiago!

Le asoma un estremecimiento de temor al recibir datos sobre los audaces asaltos del bandolero. ¡Es el mismo que le "birló" a la Asunta! Aquel de quien se dijo que asesinó a sus hermanos en la Cuesta Brava! Que robó un carguero a Félix Rosa Areco, varios burros y una yegua a Ventura Quijildor, quien no reclama sus bestias por invencible repugnancia combinada con espanto. Que acosado por Pedro Rojas, pasó a toda furia el río de Concepción en correntada, colocándose debajo de la panza de su cabalgadura en movimiento, no sólo esquivando los disparos que le hizo su perseguidor, sino que también descerrajó dos tiros contra Rojas, sin dar felizmente en el blanco, desviados por los desplazamientos

del sufrido rocín. En Caiza, durante una formidable "tabeada", de improviso se presentó, llevándose la plata de las apuestas de los jugadores que habían puesto dos montones en el suelo, sorprendiendo a todos.

Y un suceso emotivo y apasionante mueve a las autoridades de Tarija a suavizar el aforismo jurídico *dura lex, sed lex*, cuando entran en juego el renombre y prestigio del campanario.

Por algunos informes asoma a Bolivia, como visitante, el acaudalado chileno don Lautaro Gómez, trayendo consigo buenos caballos de carrera, que logró colocar en La Paz, Cochabamba y Sucre. Llega a la villa fontina con sólo un brioso corcel de arrogante alzada, con el cual desafiaba a un evento ecuestre, sabedor de que allí había pasión por los caballos y por justas hípicas a la manera criolla, sin poder encontrar un contendor.

Se aproxima la Fiesta de Santiago Apóstol y coincide con el arribo a Tarija de un rico estanciero chaqueño, don Leopoldo Garay, fanático mantenedor de carreras, de corridas de sortija; de "tirada de cuartos" (cabresto), asomando con un colono suyo, vaquero diestro en todos los juegos hípicos citados.

Don Leopoldo, contando con su jockey criollo, acepta la partida, con uno de sus mejores parejeros que hizo traer de Caiza.

Durante los días que precedieron a la liza y mediando ya fuertes apuestas, tanto de partidarios del chileno, como de don Leopoldo, éste tuvo conocimiento de la conducta aleve de su jinete de confianza, sobornado por don Lautaro para hacer un juego oculto durante la contienda.

¿Cómo responder al reto en dichas condiciones?

Desde luego, lo primero que hizo, fue despedir al desleal peón. Luego, para replicar al desafío recordó que sólo había un hombre "de pelo en pecho"; un verdadero centauro chaqueño, que podía salvar la situación, el que era, nada más ni nada menos, que el "Gaucha" Santiago, pero éste se encontraba encarcelado purgando una de sus tantas bella-

querías. Mas, había que demostrar al "roto" que los chapa-cos y especialmente los chaqueños, eran hombres de a caballo, de noble sangre y brillante tradición.

A pocos días antes de la fiesta santiagueña, don Leopoldo influyó secretamente en las autoridades políticas y judiciales, para que el "Gaucha" actuara, defendiendo la fama del terruño, con todas las garantías que el caso exigía.

Asegurado el encuentro en el día y hora indicados; en fría y ventosa tarde de un 26 de julio, la "Pampa de las Carreras", paraje situado en la zona Este de la ciudad, rebosaba de la población ansiosa de presenciar la excepcional contienda. Don Lautaro presentóse airoso con el pérfido colono. Don Leopoldo sorprende exhibiéndose con la compañía del protagonista de esta singular historia, de mayor edad y peso que el joven y ágil resero.

Espectadores y apostantes, pasando gradualmente desde inicial asombro al espanto, hasta llegar a un secreto temor de que "algo" ocurriese, gritaron espontáneamente, a unísono:

—¡Es el "Gaucha" Santiago"!...

El cuatrero sonríe al ver el estupor pintado en los semblantes. Por su lado personal, íntimo compartía la ansiedad, pues su salida y compromiso coincidían con la fecha de su aniversario natal y era Santiago su Santo Patrono. Pero luego, al notar al jinete contrario y reconocer en él a un bellaco, con quien tenía cuentas por cobrar, asoma a sus pupilas un relámpago fulminante. Dada la señal del arranque, el resultado era indeciso por segundos... Los dueños de las cabalgaduras pasaron por mil angustias, hasta que, haciendo uso de sus tretas, logra Santiago aventajar en la meta con medio cuerpo al contrincante, a quien le hizo señales, durante la corrida, amenazándolo matar.

La ovación popular fue prolongada, mezclando expresiones de regocijo, de susto, a la vez que de confianza por el inesperado resultado...

Santiago, con su triunfo, obtuvo mil pesos de propina —¡una fortuna!—; además, el quedar con libertad bajo fian-

za personal de don Leopoldo, por una semana, durante la cual paseaba gallardo por las calles, lanzando al aire tonadas chapacas y haciendo agitar corazones femeninos, hasta que, cumplido el plazo y, tanto por respeto a don Leopoldo, como por estar vigilado, se incorporó a su celda carcelaria...

Por algún conocido que aportó por Pampa Verde, procedente del Gran Chaco, tratando sobre el malevo, se supo que a ruego de la malaventurada esposa de éste, un amigo de la pareja, reflexionándolo mediante consejos sanos, díjole:

—¿Por qué, Santiago, pudiendo hacerlo, no te dedicáis a trabajar y vivir como la gente?

Su respuesta fue rotunda:

—Es que soy mal natural....

O sea, incorregible.

Al celoso Corregidor, que sabía todo lo anteriormente relatado, asoman a su mente dos sentimientos contrapuestos: furor y temor. Su ganado estaba en riesgo de ser robado. Su vida misma estaría en manos del terrible bandido. Tuvo referencias sobre las continuas burlas a los "rondas" que conducían preso al "Gaucha", a quienes "tapaban los ojos", así como a las intrépidas evasiones de la cárcel.

¿Qué hacer? ¿Qué medidas, qué recursos habría que disponer?

Después de mucho cavilar, con la voluntad puesta en marcha, masculló apretando los dientes:

—¡A ver si ato esa mosca por el rabo!

Hacia las diez de una mañana soleada, durante la que dirigía la siembra de maíz, Hilarión tiene aviso del paso del Gaucha Santiago por las inmediaciones. Sintió un irrimible sobresalto, una calurosa turbación. Recordó vagamente haber oído mentar que en "EL CARACTER", un periódico de Tarija, el Intendente de la Policía de Seguridad, un militar actuante en la batalla del "Alto de Alianza" durante la campaña del Pacífico, posesionado en dicho cargo poco tiempo atrás, encolerizado por las referencias de las continuas burlas del cuatrero, había expresado:

—¡Conmigo nadie se juega! ¡Yo mando!

Y habíase comentado el aviso emitido por dicha autoridad, de que se pagaría un premio de dos mil bolivianos, al que entregara vivo o muerto al temido bandolero.

Pensarlo y ponerse en acción, todo fue uno.

—“Cada cual tiene su alma en su almarío”—, rumió Hilarión. Reclutó siete hombres, los armó como pudo y se puso en marcha a pie, capitaneando la peligrosa “patrulla”, o sea, la “fuerza” movilizada. Los hombres no tuvieron más remedio que obedecer, pues resultó costumbre de la autoridad rural tomar disposiciones en tono furioso, irreplicable.

Caminando ya dos leguas, distinguieron a lo lejos al forajido, caballero en brioso parejero, que ganaba una empinada colina. Apresuraron la caminata. Irguiéndose el Corregidor a la cabeza de la singular patrulla, ordena colocarse a su gente en fila india. Al llegar al recodo de un alfoz, en el lugar denominado “Kilkinas”, a cuyo pie serpenteaba rústica senda, se enfrentó a media cuadra de distancia con el temible cuatrero, quien, distinguiendo a Mendoza, viró a su cabalgadura y haciendo ademán de sacar su revólver, intima imperiosamente al fiero Corregidor:

—¡Pase, o disparo!

Sorprendido y viéndose cara a cara con el bandolero, Mendoza siente súbito pánico, pero reponiéndose, le grita a su vez:

—¡Quedáis detenido!

Y extrae su revólver. Nota esto Santiago, desenfunda el suyo y entre sí se pregunta:

—¿Me va a ~~cabrar~~ un maula “ovejero”?

Y entre airado y burlón exclama, haciendo un ademán obsceno con su mano diestra:

—¡La güñfla!...

Nerviosamente el rocín del aventurero hace un vaivén de retroceso, manteniéndose al filo del barranco. Santiago dispara contra Mendoza, errando el tiro, pues el Corregidor dio un salto, tendiéndose en tierra, para luego levantarse haciendo fuego. Logra impacto en la cara del bandido que sangra y acercándosele, inquiera:

—**Aura** avisáme cuántos hechos tenís.

—¡No tengo ninguno!

Y rastrilla, disparando sin resultado positivo, por las corvetas nerviosas del caballo en el estrecho paso del abrupto sendero que mira a su fondo un profundo abismo.

Dándose rápida cuenta de no disponer de más balas en el revólver dada la sorpresa, presto baja a tierra, saca su puñal y embiste a Mendoza, quien lo contiene con otro disparo de su arma, con efecto en el cuello. Y con el furor concentrado de mucho tiempo atrás, le increpa:

—¿Conque **ninguno**? Entonces, ¿cómo has muerto a mis hermanos en la "Cuesta Brava"?

—¡No 'i muerto a náide, su **ca...**!

Al abalanzarse nuevamente el **Gaucha** con puñal en mano, Mendoza le hace fuego otra vez. Ramírez, seriamente herido, dícele:

—¡Desgraciau, hecho con **miaus!**...

O sea, engendrado con orines, lo peor como ofensa y desprecio.

Y al distinguir a la "patrulla" en la curva, que se aproxima para capturarlo, grita en el tono bronco que le permitía su garganta herida:

—¡Ya me la **pagarán** en Tarija!...

Ante la amenaza, con mayor velocidad que la del relámpago, Mendoza recuerda las atrevidas y numerosas tretas del cuatrero y en la ingenuidad de sus hombres reclutados a la fuerza, para una misión ajena a sus inclinaciones y a su trabajo. Ante la seguridad de nueva burla del **Gaucha**, rápidamente ordena disparar sobre el ya seriamente herido, hasta ultimarlos.

¿Qué hacer con el cadáver?

Mendoza dispone inicialmente lanzar al difunto barranca abajo. Pero uno de los hombres, con sentimiento más cristiano, opina que debe colocársele en su caballo y llevarlo hasta Pampa Verde, para enterrarlo allí.

Así se hizo. Mucho afán costó ubicarlo en la montura, por lo alto y pesado que era el **Gaucha**.

En el trayecto de regreso de la macabra expedición, vuélvele a la mente del Corregidor la especie circulante del premio por los restos del cuatrero. Refiere a sus acompañantes sobre la seguridad de su cancelación. Ignoraba que ya no era el mismo militar el intendente quien, según rumores, había ofrecido un premio a quienes entregaran al bandido.

Ya lo sucedido no representaba venganza por la dulce escamoteada, ni por el asesinato de sus hermanos, víctimas del Gaucho. Era servicio a la justicia y a la sociedad por librarlas de tan peligroso criminal.

Mas los caminos eran ásperos y quebrados, casi como senderos de cabras. El calor era sofocante y el cuerpo del muerto, debido a su fuerte organismo en madurez iba en vías de descomposición.

Al llegar a la primera etapa del viaje, o sea a la sede del Corregimiento en Pampa Verde, obligado por tradicionales costumbres, ordena Mendoza efectuar el velorio en la noche de llegada. Luego manda que al bandido se le corte la cabeza y el brazo derecho, en cuya mano faltaba un dedo, como comprobantes, para reclamar el premio apreciado como seguro. Se enterraron los demás despojos. Con cabeza y brazo del cuatrero, Mendoza y sus hombres arriban a San Lázaro. Allí las gentes despejan el torpor mental sufrido por el confiado Corregidor.

No había tal premio ni quién asegure haber leído el aviso, ni menos quién afirme dónde se puede conseguir el periódico, porque a poco de aparecer el aviso, cambiósse de autoridad policiaria; se vio que el anuncio era un atentado, porque se confundió la actuación en la guerra, del militar sustituido, con la de la paz.

El diputado Mejía que ocasionalmente se encontraba en San Lázaro, aclara la mente engañada y confundida de Mendoza. No había más que cuidar las apariencias y atenderse a las circunstancias...

El diligente vengador de su persona, de sus hermanos y de la sociedad, no resultaba ser, en suma, sino un homicida voluntario, que en vez de recibir premio, tendría que ser

juzgado y sufrir cárcel. Mendoza es detenido, sometido a proceso largo, así como a sus auxiliares. Estos, primero declararon lo que les había enseñado el diputado Mejía que dijeran, sin que las autoridades exijan juramento. Pero luego, ya en Tarija, donde se trasladó la causa, jurando frente a un Crucificado exangüe, declararon la verdad de lo ocurrido. Obedecieron órdenes del jefe máximo que en la comarca es el Corregidor. ¡Y qué Corregidor!....

El proceso duró largos años, con premeditada roncería.

La viuda, engañada, lanzada a la miseria y abandonada por el esposo, sufrió poca pena por la pérdida del felón marido; no tuvo desvelo por vengarlo. Desamparada gradualmente, quedó en la indigencia por el desbarate del pérfido cuatrero.

La política ayudó con todo su poder y recursos a Mendoza. Las autoridades judiciales jugaron al billar con la causa, mediante continuas excusas, pasando el respectivo proceso de mano en mano, de juez en juez, considerando aspectos jurisdiccionales y de competencia, hasta que ¡al fin! radicado el juicio donde legalmente correspondía, el ex-Corregidor Mendoza fue condenado a diez años de prisión.

Puesto en la cárcel pública y cuando perdió en todas las instancias y recursos supremos conocidos, debido a ser considerado el reo como defensor de la sociedad y libertador de un peligroso delincuente, consiguió ser indultado, gracias a disposiciones constitucionales.

Dos cruces marcan el desenlace humano en el destino del **Gaicho** Santiago.

Las gentes que debido a los hechos (**crímenes**) del bandido le tenían en vida, una vez muerto en las circunstancias conocidas, honran a través de generaciones la memoria del cuatrero transformado en **alma bendita**.

En el lugar donde fue ejecutado sin proceso por Mendoza y los suyos, en "Kilkinas", figura una tosca cruz de madera, en cuyos brazos pende una tira de bramante, adornada en los extremos con modestas randas; al pie, hay flores puestas por manos anónimas. En el cementerio de Pampa

Verde, donde reposan los restos, con más la cabeza devuelta de la capital, en su sepultura también hay los mismos símbolos de veneración, además, velas continuamente renovadas, agregándose que las chapacas aportan allí para orar al pie del humilde túmulo, demandando una ayuda, puesta de rodillas imploran:

—¡Alma del Gaucho Santiago, favoreceme!...

COMPañIA UNIFICADA
"PRO - ABSURDO"
O LO INELUCTABLE

crito como liberación. Esto, después de muchos lustros, puede serme saludable, advirtiéndolo al desprevenido lector —si lo tengo— que no doy nada nuevo que no haya sido rumiado y escrito por cerebros más robustos que el mío.

Ese fantasma se llamó guerra del Chaco, que calificóse como Compañía Unificada "Pro-Absurdo", o "lo ineluctable", por la cooperativa tesonera que formóse entre dos pueblos pobres, despoblados, pero con brillante tradición de lucha por la organización y defensa de sus respectivos países.

Según el Paraguay, el Chaco Boreal se extiende desde las playas del Pilcomayo, por el Sud, hasta el macizo Chochis, por el Norte y del Parapetí por el Oeste, hasta el gran Paraguay por el Este, con una población, incluyendo Villa Hayes, de 70.000 habitantes, territorio rico en maderas, ganado, con industrias establecidas pacientemente. El Paraguay contaba con una población de 870.197 habitantes en 1932.

Según Bolivia, se trataba de reivindicar para su heredad, lo contenido en un vasto territorio situado en el ángulo comprendido entre los ríos Pilcomayo y Paraguay, incluyendo Villa Hayes, pues, conforme el *uti possidetis juris* de 1810, pertenecía a la extinguida Audiencia de Charcas, que con tesis opuesta (*uti possidetis de facto*) fueron en gran parte y en las mejores regiones, ocupadas y aprovechadas por el entonces lejano país guaraní.

Bolivia contaba con una población de 2.626.760 habitantes, al iniciarse la campaña, que más de un 99% no conocía el Paraguay.

¿Qué habían hecho los hijos de Guaraní, con el impulso extranjero con mira colonialista, mientras la Bolivia Oficial se ocupaba de contiendas internas?

"Quien posee el río, es el que lo ocupa". Bolivia no disponía de ningún vapor que en uso de su soberanía, navegara por el río de límite arcifinio. Paraguay, por intermedio de fuertes firmas argentinas y europeas, estableció 15 puertos, con el imperio de los Casado, Mihanovicht, Sastre, como los más poderosos industriales y colonizadores.

De los 22.000.000 de hectáreas del suelo en disputa, 10.500.000 eran de propiedad de firmas argentinas; de 420 km. de vías férreas, 320 eran de las mismas. Hay más datos contundentes del referido aprovechamiento del cercado ajeno, de las uvas al borde del camino, porque quedan sobrentendidos.

No es menos cierto que los contactos insinuados por Bolivia después de la creación del Estado paraguayo libre, no fueron atendidos por éste, a través de sus gobernantes. Más útil y cómodo era aprovechar el bien ajeno con la ignorancia del propietario.

Esta situación no podía ser indefinida. Un buen día, nuestro país quiere recobrar todo o parte de su propiedad, ya aprovechada por el vecino, reclamando de a buenas, primero. Se ingresa a las negociaciones diplomáticas, cumpliéndose la sentencia bolivariana que no hay buena fe en América, ni entre los hombres, ni entre las naciones. Que los tratados son... papeles. No hay el buen papá del cuento rubendariano a Margarita Debayle, que ante la estrella cortada en la azul inmensidad, impónale: "—Vuelve al cielo y lo robado vas ahora a devolver". La consigna de quien poseía lo ajeno a través del poseedor de hecho, fue de consolidar lo ocupado... porque el provecho era para la "interpósita persona".

¿Qué hacer?

Por lo menos, hacerse presente, aunque en las peores regiones, pues el Paraguay como dueño de la opuesta orilla del río epónimo y más cerca del Pilcomayo, fácil le era dejar que los argentinos se instalaran cómodamente, usufructuando "la viña junto al camino".

Las reducciones religiosas y los "fortines" creados frente a frente de los del país colindante servían de preanuncio de lo que debía fatalmente ocurrir a pocos años de plazo, cuando no pudieron o no quisieron arreglar el pleito las agrupaciones internacionales, compradas o sojuzgadas por los negociadores argentinos. La región hacia el lado nuestro, en el corazón de la enorme zona, es un desierto tropical en bajo-

pampa con cortas prominencias, que en la parte Norte enseña la cordillera del Aguaraquí, formando piso de aluvión donde dominan arenales finos y de donde se yerguen toboroches, algarrobos, quebrachos blanco y rojo; palo santo, urunday, así como tuscales, descendiendo hasta paja brava dura, espinosa; cardos, caraguatas, etc. La temperatura canicular pasa de 40°; en el invierno desciende hasta 10 grados bajo cero, mas, hay que contar también las bruscas variaciones de temperatura, cuando asoma el viento procedente del sur originando el "surazo", el más fuerte castigo para todos.

En cuanto al agua... la conformación del suelo ocasiona caprichosos contrastes. Si bien aparecen "curiches" o pantanos de aguas pluviales detenidas y en ciertas zonas se obtiene pozos de agua dulce, a poca distancia, la perforación proporciona agua salada; la ausencia de ambas, con la tiranía solar, hace que se presente el tormento para hombres y bestias: la sed, suplicio mayúsculo inmisericorde.

Desde el punto de vista del otro litigante, arreglos bilaterales independientes, proposiciones de grupos internacionales que oficiaban de neutrales, no tenían mayor importancia, mientras que el suelo en su mejor parte era usufructuado por empresas del poderoso país del Plata. Bolivia, con la pérdida de su litoral con motivo de la artera campaña del Pacífico, buscaba en el territorio propio, lejano, expectatio, la salvación de su mediterraneidad. La atención desde las zonas de influencia hasta la litigiosa, era económica, demográfica y racialmente una lucha contra la fatalidad del destino. Desde el punto de vista boliviano, la defensa de los derechos establecidos en documentación que abría sus puertas al enredo diplomático, donde teníamos que ser, según la acertada expresión de don Bautista Savedra, como la mísera oveja enredada en un zarzal, que deja allí lo mejor de su vellón. El contrario se manejaba como dueño de casa, a quien se quiere quitar lo suyo, trabajado desde más de seis décadas. La política interna orientada en ambos países hacia una lucha sin piedad, son factores que contribuyeron a constituir la Compañía Unificada "Pro-Absurdo", encaminando la solu-

ción del viejo pleito por la violencia, sin querer percatarse que el último recurso acarrearía males incruentos, tanto para el vencido como para el vencedor.

Por lo que corresponde al aspecto histórico, ¿contra quiénes se tendría que combatir?

La circunstancia de no conocernos ni a nosotros mismos, en un país disímil de caprichosa geografía nos vedaba saber del enemigo en potencia, situado en lejanas tierras, para el que no sentíamos odio, ni menos deseo de destrucción.

Más que independizarse de España, el Paraguay lo consiguió de Argentina porteña, permaneciendo libre de la anarquía platense. Con este propósito los primeros mandatarios, desde 1.811, con Rodríguez de Francia, hasta 1844, por muerte del sombrío personaje, Carlos Antonio López gobernó de 1844 a 1862. A su muerte y por testamento subió al poder su hijo Francisco Solano López, cuyo gobierno y hechos evocamos por constituir la herencia más fuerte que a través del tiempo se ha mantenido, a pesar de todos los cambios. Agitaciones políticas de Buenos Aires, Montevideo, Rosario, con el influjo del Partido Colorado, pusieron en forzosa contienda a los blancos, partidarios de Asunción. Con el Brasil por aliado, se organizó la Triple Alianza contra Asunción, en una guerra calculada en TRES MESES. Volteando a López, el Paraguay pagaría los gastos y se impondría un arreglo de límites.

López, el "Supremo", piensa a su vez, que poseyendo un ejército organizado y combativo, juzgando contar con Corrientes, con los entrerrianos de Urquiza y con los blancos uruguayos, partidarios suyos, como poder equilibrador del Río de la Plata, intervendría violentamente en la política de sus vecinos colindantes; impondría la paz en Buenos Aires...

La feroz contienda, que duró cinco largos años, de 1865 a 1870, se caracterizó por una persecución sañuda a López y a sus huestes, desde Itapirú, extremo Sud del Paraguay, hasta el paso del río Aquidabán-nigüí. Terminó la encarnizada campaña sólo con la muerte del "Jaguar de la Selva", el que en célebre entrevista con Mitre, Generalísi-

mo de la "Triple", cuando el argentino le planteó como condición previa para poner fin a la guerra, que entregara el gobierno y abandonara su país, rotundamente rechazó la proposición, exclamando:

—"Si es así, moriré con mi pueblo".

Y en Cerro Corá, mortalmente herido, el temerario jefe asunceno, ya agonizante, barbotó:

—"Muero con mi patria".

El Carai-Guazú resultó ser dueño absoluto del suelo y de los hijos de Guaraní.

Es digno recordar que, conocedor de la formidable alianza contra un pequeño país, el General Melgarejo, Presidente de la República, se pone de parte del Paraguay y proyecta auxiliarle con 15.000 hombres. Dentro de lo práctico, esta descabellada empresa quizá habría servido para que en la mejor oportunidad que le ofrecía el destino, Bolivia conociera el Chaco...

Esa guerra costó al Paraguay pérdida de 118.415 kilómetros cuadrados; de 1.300.000 que tenía de población quedaron 230.000. El país fue ocupado por seis años, teniendo que indemnizar gastos de guerra a los triple-aliados, en cantidad superior a sus posibilidades...

La pérdida territorial exigía compensación mediante la conquista hábil y pausada en el país que le ofreció romántica ayuda.

¿Por qué evocar algo tan lejano, sin relación aparente con la contienda nuestra?

Tenemos que aceptar íntimamente que la valentía y audacia de los guaraníes se ha hecho legendaria, así como su objeto de conservar su independencia. Las acciones heroicas mantienen la tradición oral en los campos y en los pueblos. Así se luce en Piribebuy —en cuya plaza principal se yergue una estatua a cuyo pie reza la leyenda "POR LA FUERZA DEL DERECHO"— las trincheras y fosas cavadas por ancianos, hombres y mujeres, como por niños en la heroica defensa, aunque ahora están tapizadas por grama verde. Así también las gentes narran episodios como los siguientes:

Asalto a acorazados por canoas escondidas entre camalotes que en los ríos llegan a formar con sus entrecruzamientos, verdaderas islas flotantes.

Una chata a ras del agua puso en serio aprieto a la escuadra brasileña, aunque al fin los valientes tuvieron que pagar la hazaña con la vida.

Damajuanas esparcidas en el río, simulando señales de torpedos, desconcertaron al almirante brasileño; troncos de árboles convenientemente dispuestos, aparentaban ser cañones.

Era continuo el rapto de centinelas aliados, mediante los cuales obtenían informaciones valiosas.

Después de un asalto a dos vapores argentinos, degollaron a la tripulación e hicieron fuego a las mujeres...

En las calles de Asunción aparecían colgados cadáveres de los que rehuieron alistarse para la guerra.

Celebrando la victoria de Tuyutí, mientras dos bandas de música tocaban piezas a cuyo compás bailaban los soldados, 6.000 paraguayos ardían en prominentes piras; sus cadáveres eran alternados con capas de combustible, formando pirámides en llamas que alumbraban en la oscura y tétrica noche.

En el sistema de lucha, como disciplina obligada, cada soldado respondía por su vecino y era fusilado si éste se escapaba. Eran fusilados o lanceados los que repartían noticias derrotistas; los que expresaban duda sobre la victoria, y aun aquellos a quienes se atribuía comentarios contrarios al Mariscal o Caray-Guazú.

Cuando les tocaba huir, los paraguayos arrastraban a sus muertos y hasta a sus heridos.

Los argentinos se burlaban de los paraguayos "en patas", o sea, que estaban con los pies carentes de calzado alguno, aspecto reproducido casi siete décadas después, cuando fueron bautizados como "pata-pilas" por los soldados altiplánicos, quienes, para manifestar que aquellos tenían las patas peladas, pronunciaron, primero, sustituyendo la "e" con "i" (piladas) por último, en violento apócope, "pilas".

Por cuenta nuestra, fuera de las rebeliones indígenas en contra de sus sojuzgadores españoles, después de muerto Atahualpa, siendo el Collao zona riquísima en minerales, la guerra de la independencia ha tenido mayor duración que la producida en otras regiones americanas. En condiciones difíciles, la contienda libertaria duró quince años. La guerra de guerrillas mostró a los altoperuanos como luchadores de estirpe, por constituirse en nación soberana e independiente.

Como país monoprodutor, la hegemonía minera-feudal se consolidaba a paso acelerado desde la emancipación, hasta que las compañías más fuertes en la extracción y exportación de minerales representaron un superestado. El Poder dependía en gran parte, de los llamados "barones del estaño".

A través de la vida republicana, la ascensión al gobierno ha dependido más del "golpismo" que del plebiscito electoral, a tal punto que hasta agosto de 1971, se cuentan 193 golpes de Estado o revueltas civiles-militares.

Peor efecto tuvieron las desmembraciones territoriales.

Nacida a la vida libre, Bolivia contaba con 3.000.000 de kilómetros cuadrados de extensión. Tuvo que afrontar guerras de conquista, como la del Pacífico, que le costó la pérdida de su litoral con 120.000 kilómetros cuadrados. En el Acre, con el Brasil, pierde 490.437 kilómetros cuadrados, en contiendas producidas en las zonas alejadas de las regiones de influencia, o sea, en la Bolivia Ignorada. Luego, con la República Argentina, se cedieron 170.000 kilómetros cuadrados.

En el pleito con el Perú se perdió 250.000 kilómetros cuadrados.

Según el no reconocimiento de los derechos sobre territorios ocupados por la fuerza de las armas (Doctrina del 3 de Agosto), con el Tratado de Paz del Chaco, de 297.938 kilómetros cuadrados, se perdió 235.000 kilómetros cuadrados más.

LA EMPRESA ENTRA EN ACCION

Asalto a Fortín "Vanguardia".— El tino del Presidente Hernando Siles salva el decoro nacional.— Asoma el Marte quechua.— Una confidencia.— Laguna Chuquisaca o Pitiantuta.— Precipitaciones.— "Olla del Pobre".— Acción del otro empresario.— Reacciones.— Proclamas.

Llegamos a diciembre de 1928.

El viejo pleito de fronteras, de límites o de reivindicación de territorios, según las tesis de los contrincantes, encuentra a dos pueblos pobres como dos gallos conducidos al redondel por quienes manejan los hilos de la trama. Paraguay, como pequeño diablo, aparenta ignorar para quién trabaja, con planes de constituirse en reivindicador de la Gran Guaranía en toda la extensión del Sud a Centro América, es armado convenientemente, con las facilidades del transporte por el río. Bolivia aun no ha renovado su viejo y gastado armamento, esperando cumplirse el contrato con la Vickers Armstrong, motivo de serias tachas de políticos contrarios al gobierno del Presidente Hernando Siles Reyes.

La alborada del 5 de diciembre de 1928 hizo despertar al contingente que descansaba en Fortín "Vanguardia", en la región Norte chaqueña, arriba del Fortín paraguayo Galpón, con un asalto de fuerzas paraguayas que sacaron al escape a los sorprendidos soldados bolivianos; incendiaron la vivienda, ya que no se había cumplido antes una curiosa intimación de los guaraníes. Conocedor el Gobierno del inicuo atropello, ordenó la retoma y la respectiva represalia. No pudo complacerse por encontrarse inundada la región.

Ante la noticia, el pueblo, debido a información incompleta o a intervención desviada por los políticos opositores,

se presentó en manifestaciones masivas, espontáneas, gritando:

—¡Viva Bolivia! ¡Abajo el Paraguay!

Y en cierta noche, algún desaforado gritó frente a Palacio:

—¡Abajo el maricón de Siles!

Una profesora de prestigio intelectual, frenética, agitada, a quien se le sacudían sus senos debido a la pectoral exaltación, exclamó:

—¡Si no hay hombres, aquí estamos nosotras! ¡Dénme un fusil para defender la Patria!

La reacción gubernamental fue sorpresiva al siguiente día. Por la Policía fueron apresados los principales azuzadores —menos la maestra— que aprovecharon la ocasión para atacar al gobierno silista de los "mamones", llamados así los afiliados al Partido de la Unión Nacional que apoyaban al mandatario. Se condujo a los detenidos a la Estación de Chijini, donde se les dotó de uniforme militar de "jerga" gruesa, por no haber el de kaki, antes de partir el convoy y fueron embarcados con dirección al Chaco. Los energúmenos patriotas marcharon a pie desde Villazón hasta Villa Montes, para que se dieran cuenta *in situ*, de que aun los caminos de penetración, principalmente el que unía Tarija con Villa Montes, no estaban concluidos, y lo peor, que no había planes definidos, ni nada organizado, ni menos armamento, para llevar al país maniatado a una contienda internacional.

En tanto, el mandatario dispuso que no pudiéndose recuperar de inmediato "Vanguardia", se tomara un fortín principal. Se ocupó Boquerón el 11 de diciembre. El hada maligna de los contrastes había dispuesto que esa misma fecha se reprodujera fatídicamente cinco años más tarde, en el más grande de los desastres: Campo Vía (1933).

El doctor Siles, al dar cuenta al pueblo reunido en la Plaza Murillo, expresó con vehemencia palabras oportunas que mucho se habría de recordar después, en pleno incendio!

—Soy enemigo de la guerra. Pondré todos mis esfuerzos por evitarla. Pero si a ella nos lleva el honor nacional, juro que iré con vosotros..

Era la expresión sincera de un estadista responsable, de veras patriota, que no quería arrastrar al país a una nefasta aventura.

Sin embargo, por la inquietud provocada, todos querían demostrar su oferta de sacrificio. Tomando como base la Federación de Estudiantes, se formó en La Paz el Regimiento "Vanguardia" de universitarios; apreciable cantidad de señoras, de señoritas, así como de mujeres del pueblo, teniendo a la cabeza a la esposa del Presidente de la República, en una gran manifestación pidieron ser incorporadas donde se necesitara para la causa de la defensa nacional.

Aclarada la situación por la actividad diplomática del mandatario, de acuerdo con los hombres representativos que asesoraban al Gobierno, se convino en aceptar la mediación de la Conferencia de Conciliación y Arbitraje de Washington, más tarde convertida en Comisión de Neutrales, que impuso de común acuerdo con los países en conflicto: Que Paraguay reconstruyera "Vanguardia", entregando el Fortín a Bolivia, país que debía devolver Boquerón, reanudándose las relaciones entre ambas naciones y quedando el pleito para su arreglo posterior... Fuera de ello, Siles dio otras señales inequívocas de su acertada conducción, desconocidas por la ceguera política.

Pero la campaña adversa a Siles continuó inexorable, así como la manera de ver la forma definitiva de arreglo del muy prolongado litigio chaqueño.

El doctor Daniel Salamanca, que resultó el Marte quechu, consultado telegráficamente por los doctores Tomás Manuel Elío, Canciller de la República y Daniel Sánchez Bustamante, Presidente del Consejo Consultivo del Ministerio de Relaciones Exteriores, considera que Bolivia se encuentra en condiciones de arreglar por la fuerza: "único camino práctico y decisivo", "Creo que Bolivia —agregó— cometerá un error al dejarse enredar en los hilos de la diplomacia paraguaya y perder la ocasión que le ha deparado la fortuna".

Y sobreviene la caída del gobierno de Siles, promovida por maestros, universitarios y militares, de mayo a junio

de 1930. El General Carlos Blanco Galindo encabeza la Junta de Gobierno. Dicta su Estatuto el 29 de junio del citado año. Convoca a un referéndum nacional. La consulta popular contiene nueve puntos básicos, entre los que se destacan, en el 2º, sometimiento a la soberanía nacional, de las empresas extranjeras; amparo a los trabajadores manuales; en el 5º, sobresale la improrrogabilidad del período gubernamental del Presidente de la República; irreelegibilidad de éste y del Vicepresidente para un período inmediato; en el 7º, la descentralización administrativa, y, en el 8º, la autonomía universitaria, que fue la atracción mayor para estudiantes y profesores.

Las elecciones efectuadas en enero de 1931 ratificaron el dictamen de la conciencia nacional que concibió al doctor Salamanca como candidato único, en su condición de "Hombre Símbolo", puro, defensor de la democracia, a través de veinte años de oposición a los anteriores gobiernos liberales.

Salamanca asumió el mando en marzo de 1931.

Llegó la oportunidad para que el flamante mandatario trocara en realidades positivas sus principios y propósitos. Pero el fatum de la tragedia pronto iba a mostrarle la contraposición entre lo ideal y lo real; entre lo rumiado en el gabinete de estudio y el contacto humano rodeado de miserias, y, lo que representó lo peor, la presencia indisimulable ya del fantasma de la guerra.

Aprovechando las vacaciones escolares, viajé de Potosí, donde trabajaba, a Tarija, en noviembre de 1931, después de varios años de ausencia del solar nativo. Era agradable volver a reanudar en el Guadalquivir los momentos felices al tomar baños en compañía de cordiales amigos conversando a la vera del cristalino río. Mas, al estar en la orilla opuesta, tendidos en la arena, vimos pasar por el camino carretero que cruzaba por el frente, a camiones cargados de materiales bélicos. Entre curioso y alarmado, pregunté al subteniente Ciro Cabezas Astulfi por el motivo de tan sugestiva remesa. Cabezas, que más tarde, en la noche del 30 de

de 1930. El General Carlos Blanco Galindo encabeza la Junta de Gobierno. Dicta su Estatuto el 29 de junio del citado año. Convoca a un **referendum** nacional. La consulta popular contiene nueve puntos básicos, entre los que se destacan, en el 2º, sometimiento a la soberanía nacional, de las empresas extranjeras; amparo a los trabajadores manuales; en el 5º, sobresale la improrrogabilidad del período gubernamental del Presidente de la República; irreelegibilidad de éste y del Vicepresidente para un período inmediato; en el 7º, la descentralización administrativa, y, en el 8º, la autonomía universitaria, que fue la atracción mayor para estudiantes y profesores.

Las elecciones efectuadas en enero de 1931 ratificaron el dictamen de la conciencia nacional que concibió al doctor Salamanca como candidato único, en su condición de "Hombre Símbolo", puro, defensor de la democracia, a través de veinte años de oposición a los anteriores gobiernos liberales. Salamanca asumió el mando en marzo de 1931.

Llegó la oportunidad para que el flamante mandatario trocara en realidades positivas sus principios y propósitos. Pero el *fatum* de la tragedia pronto iba a mostrarle la contraposición entre lo ideal y lo real; entre lo rumiado en el gabinete de estudio y el contacto humano rodeado de miserias, y, lo que representó lo peor, la presencia indisimulable ya del fantasma de la guerra.

Aprovechando las vacaciones escolares, viajé de Potosí, donde trabajaba, a Tarija, en noviembre de 1931, después de varios años de ausencia del solar nativo. Era agradable volver a reanudar en el Guadalquivir los momentos felices al tomar baños en compañía de cordiales amigos conversando a la vera del cristalino río. Mas, al estar en la orilla opuesta, tendidos en la arena, vimos pasar por el camino carretero que cruzaba por el frente, a camiones cargados de materiales bélicos. Entre curioso y alarmado, pregunté al subteniente Ciro Cabezas Astulfi por el motivo de tan sugestiva remesa. Cabezas, que más tarde, en la noche del 30 de

octubre de 1933 recibiría fatal descarga defendiendo la heredad patria, contestó:

—Es la guerra que se cierne sobre nosotros. Mi hermano Luis (el Cnel. Luis Campero Astulfi), me ha aconsejado en La Paz:

—**Anda a Tarija. Diviértete lo más que puedas, pues, si hasta junio próximo (1932) no nos ataca el Paraguay, lo haremos nosotros....**

Angustioso junio de 1932. Inolvidables y frías tardes de la Villa Imperial. Un enorme sol sangriento que con sus refulgentes rayos engendraba en los crepúsculos policromos celajes velozmente variables esparcidos en el gigantesco kaleidoscopio celestial, inspiraba a los pintores magníficos óleos y acuarelas saturados de luminismo, así como generaba la creación de leyendas alusivas y apropiadas poesías en algunos intelectuales amantes del terruño y evocadores del pasado milenario.

La majestad del ocaso producía cierta inefable zozobra, como presintiendo el próximo arribo de tormentas ignoradas aún.

Un mes después (julio), debido a los desplazamientos obligados por la movilización militar que produjo la contienda con el país del Sudeste, ese sol grande y rojo prosiguió implacablemente en todas partes, mostrándose más sañudo, voluminoso y sangrante, al sentirlo como furia del Averno en las abrasadoras tierras polvorientas de la diabólica gehena chaqueña. Mientras el pueblo interpretaba sobrecogido la aparición desproporcionada del titánico astro, como preanuncio trágico de la guerra, de infortunios y de plagas, hubo informaciones serias que explicaron dicha prodigalidad helíaca en sentido de que obedecía a la erupción de volcanes en la lejana costa marítima.

Recibieron influencia directa de los multicolores y versátiles celajes y del persistente sol sangrante —diabólicos agoreros de la guerra chaqueña— para sus producciones, Gastón Pacheco B. (prosista); Armando Gutiérrez Salgar y Fortunato Díaz de Oropesa (pintores luministas); José Enrique

Viaña (poeta con sentido social, como en "Los mineros"). Y es posible que los indicados factores hayan inspirado sus nostálgicos "Poemas Indios" al compositor nativista y hábil intérprete Armando Palmero Nava.

Mas, ya se presentaban calamidades. Una aguda crisis económica que se aumentaba a partir de 1930 en el mundo, se enseñoreó en nuestro país monoprodutor que se sostenía con la extracción de minerales. Bolivia se vio obligada por convenios internacionales, a disminuir en más del 60% su tonelaje de exportación. Se redujeron haberes, cancelaron partidas presupuestarias, sufriendo los maestros el mayor impacto.

Con la desocupación producida como consecuencia de la atroz disminución de la cuota de estaño, enjambres de desocupados circulaban famélicos; introducíanse en las casas de pensión, demandando siquiera las sobras o un pedazo de pan. Se estableció la "Olla del Pobre", como contribución estatal, en forma gratuita.

Con el propósito de contar con mejores posiciones en el Chaco, para un posible arreglo que se obtuviera mediante la Comisión de los Neutrales, por telegrama del 21 de mayo de 1932, el Estado Mayor General ordena a la 4ª División del Ejército, la ocupación de Laguna Grande, Laguna Chuquisaca, según Bolivia y Pitiantuta, según el Paraguay. El mayor Oscar Moscoso cumple lo dispuesto, el 15 de junio del que calificaríamos como "año terrible" por ser el iniciador de la campaña. Con la violenta ocupación fueron desalojados los paraguayos que huyeron, desprevénidos. Conocedor del caso el General Filiberto Osorio, General en Jefe del Estado Mayor General, ordena el abandono de las edificaciones dejadas por los paraguayos, el colocarse en la margen opuesta de Laguna Grande, sin provocar encuentros. El coronel Enrique Peñaranda **representa** la orden, fundamentando que el abandonar el Lago significaba el quedar privados de agua. En esta situación, el 29 de junio los paraguayos atacaron la guarnición de Laguna Chuquisaca con una fuerte fracción. Por ello el General F. Osorio autoriza a la 4ª División el re-

plegarse hacia Monte Alto. El Presidente Salamanca, viendo que las cosas iban en serio, manifiesta temer complicación internacional que obligaría a un inesperado desenlace impuesto por la fuerza. Y concreta su pensamiento expresando al General Osorio:

"El ataque paraguayo del 29 de junio selló el mal camino que a pesar mío habían tomado las cosas y nos comprometió cuasi sin remedio en el conflicto actual".

¡Estaba echada la suerte!

Los paraguayos, con todas las seguridades y en número de más de 300 soldados, asaltaron el fortín "Mariscal Santa Cruz", ubicado en Laguna Grande, noticia que se conoce durante el baile realizado en la "Feria", en la noche del 16 de julio, originando grandes manifestaciones de protesta. Lo que se conjuró hábilmente en el año 1928 creó confianza popular y en los círculos dominantes de pensamiento, se consideraba ingenuamente que la Comisión de Neutrales, la Liga de las Naciones, el A.B.C.P., o lo que se vino llamando los conjuntos internacionales, no iban a permitir que se llegue a los extremos de una guerra.

El 19 de julio se produce una gran manifestación en La Paz, de protesta en contra del Paraguay. Frente al Palacio de Gobierno, el pueblo exigió la presencia del mandatario para escuchar su criterio. El gobernante que antes había considerado que la guerra era el único camino, pero cuando nos encontráramos en mejores condiciones, entre otros conceptos, expresó:

—"Si una nación no reaccionara ante los ultrajes que se le infieren, no merecería ser una nación. Y si el Gobierno no supiera responder a su deber no merecería ser Gobierno de esa Nación".

Y sella su discurso con palabras que electrizaron las mentes ya afiebradas de la multitud:

—"Os invito a jurar que nos sacrificaremos todos en defensa de la Patria. Sabremos hacernos dignos del país y capaces de defender su honor y su territorio, dar gloria a

Bolivia y tener fe inquebrantable en su porvenir. Ciudadanos: ¡Viva Bolivia!"

Una sola voz salió de todas las gargantas.

—¡Viva!...

—¡Abajo el Paraguay!...

Y así, la guerra del Chaco, calculada por los dirigentes de ambos países beligerantes, cada uno por su parte, en seis meses, duró tres años y medio...

Para encarar la situación, Salamanca efectúa continuas reuniones en el Palacio Quemado, de hombres notables, de miembros del Estado Mayor General, junto con su gabinete, llamándose al General Carlos Quintanilla que se encontraba en Oruro.

En la reunión del 25 de julio se produce una discusión en la que tomaron parte Salamanca, el General F. Osorio, el General Carlos Quintanilla, y el doctor Julio A. Gutiérrez, Ministro de la Guerra. Quintanilla fue llamado para reemplazar al General Osorio que renunció el cargo de Jefe de Estado Mayor General.

Los altos jefes oportunamente habían expresado su criterio de llevar las acciones hacia la zona Norte, en Fuerte Olimpo. Salamanca conceptuó que la salvación estaba en hacerlo por el Sudeste, buscando la salida hacia el río Paraguay por ese lado y ocupando dentro de cuarenta y ocho horas los fortines Corrales y Toledo.

En la citada reunión del 25 de julio, los militares pusieron reparos serios al criterio presidencial, de llegar en forma rápida y violenta, para satisfacer el anhelo popular de castigar al país detentador del territorio, "único camino", como expresara antes el supremo magistrado; "mal camino", cuando los hechos sobrepasaron las previsiones.

Los reparos finales del General Quintanilla, ya en funciones de Comandante del 1er. Cuerpo de Ejército con asiento en Muñoz, para partir a la zona de operaciones y atender desde allí, son superados con la orden terminante del Capitán General del Ejército, quien le impone:

—"Ejecute la orden. Si hay en ello algún mérito, será suyo. Si surgen responsabilidades serán mías".

— III —

MOLOC ABRE SUS FAUCES

Movilización boliviana y sus obstáculos.— Los "Neutrales".—

Cooperación argentina a uno de los empresarios.— Boquerón.— Paraguay busca ocupación de las zonas petrolíferas.— Guerra y Folklore.

Toca describir el amplio escenario donde Moloc, rey del mundo infernal, reclama ávidamente el holocausto de sangre y vidas vigorosas de dos pueblos hermanos, que no tenían razón suficientemente justificada como para destruirse.

¿Cómo debería movilizar Bolivia sus fuerzas militares para hacer respetar sus derechos?

Si se contaba con la conclusión del camino Tarija-Villa Montes, las tropas nuestras, transportadas desde el altiplano, llegarían al Chaco en catorce días, costando por cada soldado sin equipo, municiones, armas ni uniforme, Bs. 170 (moneda de 1931); un soldado paraguayo, Bs. 43; la tonelada de carga desde el altiplano hasta el Chaco en disputa significaba para nosotros Bs. 1.140; al Paraguay le costaba Bs. 115.— Los fortines paraguayos estaban situados, durante la primera y segunda fase de la campaña, a 100 kms. de las estaciones terminales de los FF.CC., mientras que nosotros tendríamos que internarnos a 600 o más kms. de punta de rieles, abriendo angostos senderos por entre los pajonales o pirizales en el monte bajo, o "pechar monte" en las intrincadas selvas bajo inclemente sol, haciendo todo servicio. El paraguayo, en su mayoría de existencia campesina y selvática, sólo tiene que salvar un recorrido cómodo y pintoresco, primero subiendo el río Paraguay, para en seguida, desde la margen derecha del río epónimo, transportar en ferrocarril hacia los puestos de combate por las tres líneas férreas.

Bolivia debe movilizar soldados que en su mayoría procedían de 3.600, hasta de más de 5.000 metros de altura sobre el nivel del mar, para presentarse a combatir en un abrasador sol tropical en la bajo-pampa de plano inclinado, que del lado nuestro, al pie de las murallas andinas, empieza a una altura de 1.000 metros, descendiendo hacia el Este hasta 100 metros sobre el nivel del mar. De este factor negativo sólo salvaban los habitantes del Noreste y Oriente, así como los vallunos del centro y Sud.

El costo de provisiones, alimentación, para los bolivianos, representaría un valor, por lo menos, diez veces mayor que el consignado para el paraguayo procedente de una región geográfica homogénea, en relación con un sistema de vida, continuándola en el Chaco con relativa alteración, pues, la existencia diaria era la de labradores, ganaderos, leñeros, peones, en su inmensa mayoría, con uniformidad racial, idioma autóctono conocido por todos, y múltiples condiciones de la ecología humana, que actúan sobre la salud, la sociabilidad y la vida en general, de extremo a extremo de su territorio.

En cuanto a población, Bolivia contaba en 1932 con 2.626.760 habitantes. Paraguay con 870.197, no registrándose en este cálculo a los hombres que, perdidos en la inmensidad de las selvas, de los yerbatales, llegaban los paraguayos a contar con mayor proporción, lo que se pudo comprobar durante las emergencias de la contienda, por el sistema de la cantidad marcada por contingentes conforme disposición de Estigarribia.

A poco el General Carlos Quintanilla, como Comandante del 1er. Cuerpo de Ejército con asiento en Muñoz, ante una concentración de tropas que marchaban al Chaco, en una alocución de circunstancias se comprometió categóricamente:

—¡Soldados! ¡Juro ante Dios y la Patria conducirlos a la victoria! ¡Juro castigar al invasor con fuego y sangre!

Empieza la movilización "por cuenta-gotas", como se calificó al llamado paulatino de los contingentes, producido

así por diversas razones, entre las que debía contarse con la suspensión expectaticia de las hostilidades, confiándose en una acción más eficaz —inexistente— de la Comisión de Neutrales, evitándose erogaciones innecesarias, dado el estado económico del país; por otra parte, había que pensar en todos los aspectos logísticos de retaguardia; sanidad; abastecimiento de víveres, transmisiones, transportes humanos; ubicación de las tropas en la extensa zona de operaciones, dotación de camiones aguateros y panaderos, etc.

En un comienzo, los contingentes estuvieron escalonados desde el altiplano hasta el Sudeste.

Si se echa una ojeada al mapa de la guerra chaqueña, se nota un sui-generis tablero de ajedrez, donde se presentan los "fortines" paraguayos, que impedirán el acceso boliviano al río epónimo por la parte del Sudeste, donde se jugó la suerte de la contienda, mientras que del lado nuestro aparecen los puestos, colocados uno al frente del otro, lo que dio lugar a que los "estrategas" de clubes y centros de esparcimiento juzgaran cómodamente ubicados, cómo debería hacerse y dónde estaba el secreto de la victoria final.

Mientras las juventudes de ambos países contendientes se eliminan, la Comisión de Neutrales trabaja en suelo resbaladizo, en un común esfuerzo, para la Compañía Unificada "Pro-Absurdo". El canciller Saavedra Lamas y los altos jefes de Estado Mayor Argentino toman a su cargo el obtener las mejores ventajas para sus parientes, felices explotadores de la zona ocupada por los paraguayos....

Tenemos que reconocerlo. Debemos reconocerlo. Si valientes y temerarios fueron los paraguayos, mayor cantidad de coraje y valentía emplearon los bolivianos, desafiando todos los factores contrarios, además de su función de combatientes.

Con la toma de Corrales y Toledo, debía satisfacerse el honor boliviano como "represalia". El General C. Quintanilla, obedeciendo a su propio empuje se va más allá. Toma Boquerón, con paso a Isla Poí (Villa Militar) y esto hizo tomar más en serio las operaciones bélicas para el contendor,

quien se sintió seriamente amenazado. Es en ese entonces que Salamanca impone presentar fiera resistencia, ordenando: "Fortín Boquerón será defendido hasta sacrificar el último hombre". Otro despacho llega en plena brega difícil: "Capitán General ordena y Patria pide no abandonar Boquerón de ninguna manera, prefiriendo morir en su defensa, antes que dar parte retirada". Seguramente auscultando la verdadera situación conflictiva, hacia el 15 de septiembre se recibe otra comunicación, flexibilizando las órdenes anteriores. El Presidente "opina por guardar en Boquerón actitud defensiva enérgica, concretándose rechazar todo ataque. Atacar más bien Isla Poí con fuerte efectivo tropa". Y algo más dio que pensar al Comandante del Destacamento. Agrega: "Ese Comando en plena libertad para apreciar esa idea y ejecutarla o rechazarla".

La recuperación de Fortín Boquerón, en veintitrés días de cruenta lucha (del 7 al 29 de septiembre de 1932), de resistencia a toda prueba; de desafiar las condiciones atrozmente desiguales de los nuestros, representa la primera fase de la campaña. Lucharon hasta el parcial exterminio 619 soldados, más 30 jefes y oficiales, quedando vivos solamente 240, por Bolivia contra maniobras y asaltos de 13.310 combatientes paraguayos de todas las armas.

En ese tiempo, ya no se habla únicamente del pleito territorial de fronteras o de límites; de recuperar lo nuestro, o de sacarnos de la infernal zona como "usurpadores". Según plan del General en Jefe del Ejército paraguayo, Manuel Rojas A. y del Gral. Juan B. Ayala, consideran que con la ocupación total del Chaco Boreal, se ocuparían los territorios petroleros, con Camiri y Sanandita. El Tcnl. José Félix Estigarribia plantea una ofensiva rápida, desde Boquerón, hacia Ballivián, para invadir la zona petrolífera del Aguagüe, contando con todas las ventajas...

Conforme ya dijimos al comienzo, Bolivia, fundamentándose en el *uti possidetis jure* de 1810, hasta cuya fecha el territorio del Chaco Boreal estaba comprendido en la jurisdicción de la Real Audiencia de Charcas, reclamaba la devolu-

ción de los territorios ocupados por el Paraguay que vulnerando con su comportamiento aquel principio, inventó el *utti possidetis de facto*. En octubre de 1932, Salamanca manifiesta que:

"El objetivo final y único de Bolivia en su larga contienda con el Paraguay, es la reivindicación del Chaco, o de la mayor porción posible de este territorio, incluyendo la de una costa sobre el río Paraguay".

Lo relativo al valor emocional de las muchedumbres, se cumple en la acción mutuamente sugestiva. El conductor o "meneur" sugestiona a la multitud, luego ella, en su momento, sugestiona al conductor. Primero, el orador-conductor-mandatario electrizó con su elocuente verba. Las manifestaciones de apoyo se produjeron en todos los distritos. Se pedía ir a la guerra, tal vez como quien asistirá a un evento deportivo. Los contrastes vuelcan la acción en contra del mandatario obseso por el "único camino" y los políticos tratan de derribar al ídolo. El pueblo desconfía de la conducción política, así como de la militar. Pero cumple al llamado del clarín. Tampoco se puede ignorar la influencia que en los elementos estudiosos causó la literatura de la primera guerra mundial, así como el comunismo que ingresó al país con motivo de las dos convenciones universitarias nacionales.

En cuanto al adversario, si bien llegó a conseguir el propósito, empleando "el último esfuerzo y a cualquier precio", postulado por Estigarribia, en cambio, la cantidad enorme de bajas y el aniquilamiento del Regimiento "Boquerón", constituido con cadetes de la Escuela Militar, así como con elementos sobresalientes capitalinos a cargo del Mayor Arturo Bray, puso también en duda el resultado final. Sin embargo, debía continuar funcionando la Compañía Unificada "Pro-Absurdo", formada por ambos beligerantes.

Como en todos los fenómenos sociales, con motivo de la campaña, también aparece lo folklórico, o sea, lo procedente de extracción popular, y lo folklorizado, o creado por elementos cultos, con destino al consumo del pueblo y recreado por éste.

VICTOR VARAS REYES

Así circularon ya desde la caída de Boquerón, cuecas, bailecitos, huayños, caluyos o pasacalles que se entonaban en los cuarteles, en lugares de esparcimiento, llegando hasta las líneas de fuego, pasaron al uso de los cautivos en las tierras de Guarán, los que procedentes de diversas acciones de armas, así como de las capas sociales y culturales diferentes, intercambiaban el conocimiento de coplas y tonadas alusivas al comportamiento de algunos jefes militares. Llegó a sus manos copia de un apóstrofe terrible a los generales y coroneles, escrito por un poeta de origen potosino, don Nicolás Ortiz Pacheco, que circuló subrepticamente.

Como resultado de la recaptura de Boquerón por los paraguayos, se cantó:

BOQUERON

Boquerón abandonado
sin Comando, ni refuerzos,
tú eres la gloria
del soldado boliviano.

Imposible que me rinda
ante ningún patapila;
daré toda mi sangre
por la gloria de Bolivia.

Se recuerda con ternura la cueca titulada "El Infierno Verde", con letra del poeta Octavio Campero Echazú y música del maestro y compositor Miguel Angel Valda, que dice:

EL INFIERNO VERDE

Si aun queda llanto en tus ojos
para llorar mi partida,
no llores, mientras la vida
deje un minuto al amor.

VICTOR VARAS REYES

Así circularon ya desde la caída de Boquerón, cuecas, bailecitos, huayños, caluyos o pasacalles que se entonaban en los cuarteles, en lugares de esparcimiento, llegando hasta las líneas de fuego, pasaron al uso de los cautivos en las tierras de Guarán, los que procedentes de diversas acciones de armas, así como de las capas sociales y culturales diferentes, intercambiaban el conocimiento de coplas y tonadas alusivas al comportamiento de algunos jefes militares. Llegó a sus manos copia de un apóstrofe terrible a los generales y coroneles, escrito por un poeta de origen potosino, don Nicolás Ortiz Pacheco, que circuló subrepticamente.

Como resultado de la recaptura de Boquerón por los paraguayos, se cantó:

BOQUERON

Boquerón abandonado
sin Comando, ni refuerzos,
tú eres la gloria
del soldado boliviano.

Imposible que me rinda
ante ningún patapila:
daré toda mi sangre
por la gloria de Bolivia.

Se recuerda con ternura la cueca titulada "El Infierno Verde", con letra del poeta Octavio Campero Echazú y música del maestro y compositor Miguel Angel Valda, que dice:

EL INFIERNO VERDE

Si aun queda llanto en tus ojos
para llorar mi partida,
no llores, mientras la vida
deje un minuto al amor.

Ese minuto de vida
a la orilla de la muerte.
tiene el encanto de verte
resignada ante el dolor.

Llorarás cuando mañana
y de mí nadie se acuerde,
porque del Infierno Verde
sólo Dios se acordará.

Charlando en una vacación después de la guerra, tendidos en la arena a orillas del Guadalquivir con el poeta, aludiendo a las anteriores estrofas, díjome:

—¿Has notado que no alabo a la guerra ni a la matanza?

Aprovechando la música del tango "La copa del olvido", muy en boga en esa época, surgió una parodia de la pieza, cuya segunda parte decía:

PARODIA AL TANGO "LA COPA DEL OLVIDO"

II parte

Los que siempre estuvieron en "Etapas",
los que nunca supieron del dolor;
esos no saben
lo que es luchar con "pilas"
que cuentan como
su aliado al sol;
más que a las balas
matan a diario
con el tormento
de infernal sed.
Los emboscados
indiferentes,
lo que es "patrulla"
no han de saber...

También estuvieron en auge los pasacalles "Verde verbenita", "Kantutita", "A los montes me retiro", así como los llamados "fox incaicos" de Adrián Patiño y otros aires nacionales.

Y, sobre todo, al salir de Tarija, como de Muñoz, Saavedra, durante la primera y segunda fase de la campaña, al despachar contingentes a las líneas, las bandas de música militares tocaban "Despedida de Tarija", bolero militar compuesto por Saturnino G. Ríos con el título de "Recuerdo de Tarija", que su autor determinó se estrenara en la fiesta de su matrimonio con Delfina Tejada, de extracción popular, que se produjo en 1915. El bolero citado, desde el año siguiente, empezó a servir de despedida en la "Quebrada del Monte", afueras de la zona Este, ejecutado por la Banda Departamental, cuyo Director era el mismo autor de la pieza, potosino de origen, que también tuvo otras composiciones que se perdieron. El boleto, posteriormente tomó el nombre popularizado de "Despedida de Tarija".

Como debíase contribuir con todo en la empresa denominada "Compañía Unificada "Pro-Absurdo", sardónicamente, en clubes sociales y en cantinas, se hicieron comunes los cocteles llamados "coroneles", o sea, simplemente vermouthe servido en copas cocteleras, con gotas de limón, que desaparecieron con el mentado nombre de la circulación; en cambio, los "sargentos", combinación de vermouthe con aguardiente y limón, continúan en vigencia.

Cuando de regreso de la campaña preguntamos el por qué se llamaban "coroneles", la respuesta procax y mal intencionada, era que: "porque no necesitan preparación", "no tienen huevo"; "no se baten" y "se dejan tomar"....

Oriundo de Colquechaca e incorporado en Oruro al Regimiento "Pisagua" 5º de Artillería, unidad asentada luego en Uyuni durante los primeros meses de 1933, un camarada, pianista de oficio, cuyo nombre se voló de la memoria, nos cantó en una chichería donde recurriamos clandestinamente, "chorreándonos" del cuartel, una cueca cuya letra, hecha muy popular, decía así:

Esos tus crespos cabellos
juguetes del viento son,
con que me aprisionaste
alma, vida y corazón.

Quién es aquel pajarillo
que canta sobre el limón,
anda dile que no cante,
que me roba el corazón.

El mismo camarada de batería nos cantó dos piezas más que habríamos de recordar después de casi tres décadas de pasada la guerra. Volvimos a oír con títulos y letras distintas, una cueca y un huayño o caluyo. La cueca enseñada por el compañero de armas, decía:

Si es de roca
tu corazón,
en vano pienses
que yo te olvide,
que eso no puede
mi corazón.

Mañana me voy
muy lejos de aquí.
Cuando me vaya,
cuando me ausente,
tengo seguro
que has de llorar
por mí.

La cueca apareció grabada en disco, titulada "Destacamento 111", donde figura como autor Miguel A. Valda, pero en otro disco en la misma condición figura Alberto Ruiz, El huayño, con el título de "Noches de Sucre", surgió grabado con un autor que suponemos haya sido adolescente en aquel tiempo.

— IV —

KUNDT INGRESA AL CONSORCIO

Gringuismo y anti-gringuismo.— La Compañía Unificada "Pro-Absurdo" en "Crisis del Alto Mando".— Un Lawrence en el Desierto Verde.— Ganancias aparentes.— Primera batalla de Nanawa.— "Necesitamos una victoria".

El preanuncio y luego la confirmación de la retoma de Boquerón por el enemigo, tendieron un manto tenebroso de pesadumbre en todo el país boliviano. Cundió un enorme pesimismo sobre el posible curso de la horrenda campaña. Es que según el criterio circulante, la "chchampa guerra" consistiría en tomar unos fortines, defenderlos, confiando en la actitud pacificadora de los Neutrales, quedando a salvo el honor nacional.

Los últimos días de septiembre y la primera quincena de octubre de 1932 estuvieron sobrecargados de zozobra, de protesta, de indignación, en fin, de desconfianza general, tanto en lo que concernía a la obsesión del estenósico gobernante, como en los militares conductores. Y un amargo escepticismo roía las entrañas. Las manifestaciones populares, realizadas continuamente, fueron violentas. Se pedía a gritos se llamara de Alemania al General Kundt para que condujera la guerra con mejor acierto, ya que fue organizador del ejército boliviano y jefe triunfante en las acciones que encarró en la primera conflagración mundial.

Los contrastes anteriores desencadenaron como consecuencia lógica, la borrasca interna entre el gobierno de La Paz y el Comando del Primer Cuerpo de Ejército (C.I.C.E.) de Muñoz, produciéndose trueque de mensajes, como intercambiarse disparos impactantes con armas.

Por radiograma del 5 de octubre de 1932, el Estado Mayor General hace saber su preocupación sobre el peligro que se cernía sobre Fortín Castillo; inquiere al Comandante del mencionado Cuerpo acerca de las disposiciones tomadas y, en el fondo, se comunica el pedido del pueblo para que venga el General Hans Kundt a salvar la delicada situación. La respuesta del General Carlos Quintanilla, como reacción inmediata, manifiesta que ni Kundt, ni nadie podría remediar súbitamente las espantosas deficiencias orgánicas..., no pudiendo, tampoco, realizar milagros, además, que el Estado Mayor General tome las medidas más radicales que crea conveniente, incluso el cambio del personal del Comando. Esto produjo el llamado a Quintanilla a La Paz, provisto de la documentación precisa para proporcionar una información completa. Quintanilla acepta en principio, pero luego, mediante otro radiograma energúmeno, acusa al Gobierno como único responsable de la situación, por haber precipitado la guerra sin existir las condiciones necesarias... Agrega que la destitución del General F. Osorio constituía grave ofensa; en seguida comunica haber resuelto el viaje del coronel Francisco Peña para que proporcione los informes reclamados, no pudiendo hacerlo personalmente por razones de salud. Por su parte el superior manifiesta categóricamente que el General F. Osorio reconoció su embarazosa posición; que las Cámaras acordaron pedir la venida del General Kundt, implicando en el fracaso de los luctuosos sucesos al General Osorio.

No quedó aquí la reciprocidad de fuegos. El General Quintanilla y el Coronel D. Toro redactaron e hicieron firmar un manifiesto de protesta por la sustitución del General Osorio con el General José L. Lanza; también por la llamada al General Kundt, desconociendo, en fin, la autoridad del Presidente Salamanca....

Como parte de la borrasca, a mediados de noviembre (1932), se intercambiaron despachos entre el General Arturo Guillén y el Presidente de la República. Guillén sostiene la gravedad de la situación: carencia de recursos indispensable-

bles, sin soldados y con oficiales que no responden a la misión que se les confía. Salamanca en su respuesta, expresó que lo ocurrido en la zona de operaciones envalentonó al enemigo que ya exigía condiciones de vencedor, para suspender hostilidades. Añade que los errores de Boquerón desmoralizaron al ejército, ocasionando la insubordinación de la tropa, hecho que culminó con el último acto de indisciplina del Comando, frente a las fuerzas contrarias. Y en este estado de cosas, sólo cabía afrontar la peripecia con toda energía.

Si el país carecía de recursos materiales. Si, ni siquiera, según la exageración del General Arturo Guillén, había la garantía de disponer de buenos oficiales conductores; si los medios de infraestructura eran nulos; si se contaba como segura la ayuda de un poderoso país vecino nuestro al contrincante; si no cabía más que resolverse a concurrir a la hecatombe fatalmente, inexorablemente, se confirma la constitución de la Compañía Unificada "Pro-Ábsurdo", con la firmeza de lo ineluctable.

El Presidente tomó rápidamente disposiciones terminantes. Relevó al General F. Osorio como Jefe de Estado Mayor, nombrando en su lugar, con carácter interino, al General José L. Lanza. El General C. Quintanilla fue destituido, quien, por razones de salud, se vino a Tarija, donde publicó su "Manifiesto a la Nación" en el mismo año, documento reproducido en 1944. En su lugar se designó al Coronel Francisco Peña. El Coronel Enrique Peñaranda se hizo cargo de la Cuarta División.

El epílogo de la rebelión del Comando Quintanilla ocurrió el 27 de noviembre de 1934 en Villa Montes, con motivo del "corralito" en el que se derrocó a Salamanca, frente al enemigo "envalentonado".

Se produjeron repliegues y retiradas, siendo las más desastrosas las de Arce y Alihuatá, hasta llegar a la inmortal defensa de Kilómetro Siete, de Saavedra, sector denominado posteriormente Campo Jordán, honrando así al mayor Germán Jordán, su heroico defensor.

Como emulando al héroe del desierto, Lawrence de Arabia (Thomas Edward Lawrence), se destacó en este período la actuación eficaz del Capitán Germán Busch, quien, como el guerrillero inglés nombrado, quería equilibrar la serie de derrotas con algunas victorias, colocando su escuadrón del Regimiento "Lanza" 5 de Caballería, detrás de las líneas enemigas cuantas veces le fue posible, golpeándolas y confundiendo.

Téngase presente que ponemos en evidencia las acciones trascendentales, de mayor gravitación en el curso de la campaña, sin desconocer que en la guerra del Chaco, hasta las operaciones que podrían calificarse como pequeñas, representaron enormes sacrificios, renunciaciones, combates sangrientos, llevando la peor parte los contingentes altiplánicos que a desmesurada distancia de las tierras frías, atónitos, no encontraban sentido de Nación, de Patria, al luchar defendiendo hidrópicos pajonales hirsutos y tramposos, llenos de asechanzas, algunos quebrachos, algarrobos, yuchanes, caraguatales, mistoles, con el tormento permanente de la sed, y en ciertas ocasiones, el del hambre, a media ración alimenticia, o a ninguna. Mas los pertenecientes a otras regiones de valle y subtropical, sufrían igualmente la tiranía de la distancia y del alejamiento, huérfanos de esperanzas por utópico regreso....

Los monosílabos de nombre y apellido de HANS KUNDT, representan, cada uno por su parte, recios disparos de artillería Grupp, juntándose en un robusto alemán nacionalizado boliviano, de elevada estatura, de mirada de águila y que llevaba con sus sesenta y cinco años, clara impresión de firmeza en una pose erguida.

Con el anuncio de su venida para hacerse cargo del ejército, se originó de hecho una corriente adversa, boxerística, "antigringuista", contando en la orilla opuesta con pocos jefes y oficiales "gringuistas", prestos a colaborar de buena fe.

Entre los "antigringuistas" se contó, en primer lugar, como contrarios pertinaces, a dos generales y a dos jefes,

posteriormente presidentes de la república. Con Carlos Quintanilla empezó el "cerco", que concluyeron, a su vez, aprovechándolo en juego armónico, contra Kundt, primero y luego contra Salamanca, a través de la campaña, Enrique Peñaranda, David Toro y Germán Busch, igualmente presidentes del país aniquilado. Esas voces discordantes manifestaron: "Que ni Kundt, ni nadie remediaría las deficiencias, ni podrá obrar milagros"... "Que se ha inferido un ultraje intolerable al Ejército al llamar a Kundt"... "por quien el pueblo y la clase armada sienten justo repudio"...

Esta contienda interna, sorda, de graves consecuencias, abarcó un año, de diciembre de 1932 a diciembre de 1933, culminando con el desastre de Campo Vía.

Llegado Kundt a La Paz el 5 de diciembre de 1932, fue recibido por el pueblo paceño con sumo alborozo y confianza. Para hacerse cargo de la defensa nacional, exigió a Salamanca la designación de General en Jefe del Ejército, con amplios poderes; las Ordenes Generales, así como todos los destinos y los ascensos dependerían de esa máxima cabeza. Además, el pago de la indemnización por el saqueo y la destrucción de su casa, ocurridos con motivo del violento derrocamiento del Presidente Hernando Siles Reyes. Podemos condensar su conducción, de Nanawa a Campo Vía, evitando detalles militares de táctica y estrategia, que corresponderían a otro propósito.

Desencadenada la guerra con el asalto a Laguna Grande y ante el apremio del Presidente, surgió del Estado Mayor General una hipótesis "histórica" y otra "militar". La primera tenía como objetivo principal, el dominio absoluto sobre el río Paraguay y la ofensiva sobre Asunción, la segunda, postulaba el dominio del Alto Paraguay, comprendiendo Fuerte Olimpo, Bahía Negra, y eventualmente, Puerto Casado. Salamanca estuvo de acuerdo con lo primero, es decir, concentrar en el Sudeste todas las fuerzas posibles y luchar allí.... hasta imponer un tratado de paz en Asunción.... La hipótesis sobre Fuerte Olimpo, etc., "sería precaria e inútil; una posición alejadísima de su base, y por consiguiente

te, sumamente "débil"... "Un golpe en el dedo meñique de la mano izquierda"...

Con su visita al Chaco, Kundt siguió la hipótesis ya aceptada por el ejército: la lucha en dirección Sudeste. Guió sus pasos un optimismo, diríamos, casi pueril, subestimando al enemigo. Así, según informe del ex-Ministro del doctor Hernando Siles Reyes, doctor Julio A. Gutiérrez, Kundt había expresado ciertos conceptos en Santa Cruz, con motivo de una fiesta que se le ofreció, reproducidos por el mismo militar en Viacha durante cierta arenga suya al ejército: "Que las Divisiones 3ª y 4ª que guarnecían las fronteras del Chaco, eran suficientes para repeler cualquier agresión del Paraguay, quedando el resto del ejército en el altiplano para otras emergencias internacionales".

¿Se insinuaba, con ello, que Bolivia estaba tan magníficamente dotada, que podría sostener dos luchas simultáneamente?

Y al responder a la nota salamanquina del 5 de enero de 1933, manifestó, entre otros conceptos: "Ruego a Ud. tener confianza en el éxito. Bolivia ganará la guerra".

También no se puede negar el cariño que Kundt sentía por la clase de tropa, la que le correspondía con cordial reciprocidad.

Ya entrando en faena, Kundt, desde Villa Montes, en nota del 23 de diciembre de 1932, dispone que el Primer Cuerpo tome los fortines Duarte y Nanawa; con su avance, el Segundo Cuerpo se adelantará hacia Toledo e Isla Poí (Villa Militar). Con la seguridad del cometido, manifiesta que con la captura de Duarte, Nanawa, Corrales y Toledo, se demostrará la superioridad boliviana, colocando al Gobierno en situación airosa para encarar la gestión de paz ante los Neutrales. Y algo más apremiante revela: "El Gobierno ha manifestado que hasta el 20 de enero (1933), no aceptará ninguna intervención diplomática...".

El optimismo de Kundt tuvo satisfacciones por la recuperación de Platanillos, Jajucubás, Loá, Bolívar, tomando Duarte, Mariscal López antiguo y nuevo; se recapturó Alihua-

tá, en acciones heroicas, de diciembre del 32, a marzo de 1933, no cumpliéndose el objetivo de tomar Fernández, por circunstancias adversas, renunciándose a continuar el ataque de este Fortín en junio del citado año.

En la operación de Nanawa, el Comando del Primer Cuerpo, coincidiendo y anticipándose al propósito de Kundt sobre la importancia que tenía ese puesto de defensa, pidió permiso para el ataque y su captura, por una parte, por la proximidad a Concepción, y también, precautelando la situación de Saavedra, pues se evitaba la posibilidad de que el enemigo se colocara a la retaguardia de Kilómetro Siete. En cuanto a la configuración del terreno desprovisto de vegetación alta y coposa, se prestaba para una acción eficaz de la artillería. Y el enemigo apreciaba muy justamente el valor de la posición de Nanawa, como la seguridad de su dominio en la defensa del Chaco (**paraguayo**, según ellos).

El viejo General, en justicia reconocía la importancia de tan apetecida presa, mas disentía en la creencia de la **facilidad** de apoderarse de ella y conservarla. El Comando Superior aceptó la proposición, pero sugiriendo la necesidad de su aplazamiento, hasta disponer del número de tropas y de la munición cabales.

Con la captura de los fortines de acceso y bajo la dirección del Comando del Primer Cuerpo de Ejército y de la Séptima División, empezó el ataque a Nanawa el 20 de enero (1932), combatiéndose enérgicamente durante los días 21 al 26. Por fallas del mal tiempo lluvioso reinante; del no arribo oportuno de una unidad, etc., se dispuso el abandono de lo conquistado. Débese citar que el R. I. 41, con su Comandante, el entonces Mayor René Pantoja Estenssoro, llegó hasta las cocinas del reducto enemigo y el 25 se luchó encarnizadamente, recurriendo al arma blanca, trezándose bayonetas bolivianas contra yataganes "pilas".

En el primer ataque a Nanawa ocurrió otro de los casos de cierta atávica actitud del enemigo, a la que nos hemos de referir más adelante, pero aquí mencionamos por haber pasado a la historia y a la literatura de la campaña con Rober-

to Leitón, debido al nombre dado a un ápice que situado enfrente de la Isla Fortificada, forma una especie de corazón. El 26 de enero los "pilas", saliendo de la "Isla", asaltaron la zona acorazonada de bosque y la ocuparon. La artillería nuestra concentró la potencia de sus fuegos sobre el pequeño sector, luego ocupado por los nuestros, quienes, en la consiguiente recaptura, encontraron allí cuatro cadáveres de soldados bolivianos, con las gargantas cercenadas por machetes. De inmediato se bautizó al lugar con el nombre de "LA PUNTA DE LOS CUATRO DEGOLLADOS"...

Así acabó esta jornada.

A fines de marzo (1933), durante la visita que hizo a La Paz el General en Jefe del Ejército, el Presidente de la República le manifestó que los recursos económicos destinados para la guerra, sólo alcanzarían hasta fines de mayo de ese año, siendo urgente una victoria importante para entrar en negociaciones de paz... Kundt respondió informando al gobernante sobre las buenas condiciones en que se encontraba el Ejército, en la ofensiva.

— V —

TENTATIVA FALLIDA DE "SABOTAJE" A LA EMPRESA

Presencia incógnita de civiles en las antenas de La Paz y Buenos Aires.— Fracaso de un factible proyecto, por ceguera política.— Obsesión de una victoria.— Segunda batalla de Nanawa.— Caída de Campo Grande y de "Pozo Favorito".— Espectacular placa.— Los degollados.— Franca cooperación argentina para uno de los socios.

Mientras se desangraban las juventudes de ambos pueblos en el infernal territorio del Sudeste nuestro, no dejaban de existir tentativas en lo internacional —fuera de la Co-

misión de Neutrales— que efectuando tanteos en forma privada, personal y rigurosamente secreta, pudieron en su tiempo haber conseguido una paz basada en cimientos económicos. Uno de estos “cateos” ocurrió en mayo de 1933, cuya efectividad ratifica en su informe el General Kundt, concediendo al episodio diez y seis renglones, de lo que tuvo conocimiento en octubre de este año, con motivo de su nueva visita a La Paz. Ya era demasiado tarde para la atención del problema para cuya solución favorable había que aprovechar el momento histórico que brindaba afortunada coyuntura para salvar vidas, honor, patrimonio y un futuro mejor para las generaciones que debían sucederse inexorablemente.

Pero debía funcionar con tenaz eficacia la Compañía Unificada “Pro-Absurdo”, evitando que fuerzas civiles de buena voluntad arreglaran la situación bélica, sujeta a emergencias que nos fueron fatales posteriormente.

Por una información póstuma del connotado historiador, catedrático y diplomático, doctor Humberto Vásquez Machicado, fallecido el 17 de diciembre de 1957 en La Paz, noticia difundida por “EL DIARIO”, en las ediciones de 29 y 30 de mayo de 1962, la comunicación dirigida al General en Jefe del Ejército en Campaña, el 25 de abril de 1933 (con mes equivocado en relación a los acontecimientos a que se refiere), contiene las diligencias iniciadas en mayo del mismo año, en documento que lleva al margen la nota de “MUY RESERVADO”, se posee una revelación sobre trámites que hubieran evitado con su feliz culminación a ambos contendientes, invalorable pérdidas de vidas de las juventudes, ingentes despilfarros económicos, muy por encima de las posibilidades y el dolor que ha marcado profundas huellas en el alma nacional por los contrastes sufridos.

Publicada dicha exposición en las condiciones citadas, sólo obtuvo del personaje político aludido, ex-mandatario, de los pocos elementos responsables, actuantes y sobrevivientes de la dirección del gobierno en la campaña, una nota fechada el 29 del mismo mes y año, en la que dentro de lo esencial, el doctor Enrique Hertzog expresa que no conoció perso-

nalmente al autor del informe, para en seguida declarar que, como Presidente de la República, permitió que el citado escritor continuara ejerciendo el cargo de Asesor de la Comisión de Límites con el Brasil.... Por ello considera quien escribe este esbozo, conveniente referirse a uno de los entretelones de la disputa por el desierto verde y su petróleo.

Encontrándose en Buenos Aires el doctor Dionisio Foianini Bánzer, cumpliendo misiones delicadas que le confiara el Tcnl. Fernando Garrón, por entonces Jefe de la Sección II del Estado Mayor Auxiliar, debido a sus vinculaciones, dicho prestigioso profesional boliviano tuvo amistad con un conocido millonario argentino, muy amigo de Bolivia, don Antonio Muñoz Barreto, quien, en conversación confidencial con Foianini sobre el bárbaro exterminio que se producía en el Chaco Boreal, le expresó la necesidad de un arreglo pacífico y honorable, mediante intercambio de ideas entre dos personas autorizadas por sus gobiernos, por encima del ajeteo diplomático. Muñoz Barreto era muy amigo de los Casado, con quienes se comprometía a poner en contacto con alguien que representara a Bolivia. Foianini comunicó este peregrino proyecto al entonces poderoso Ministro de Guerra, doctor Enrique Hertzog G., así como al Tcnl. Fernando Garrón, quienes por separado autorizaron a Foianini precisar más la probable negociación. En mayo de 1933 por intermedio del señor Muñoz Barreto, Foianini se entrevistó con el señor José Casado, Gerente de la firma "Carlos Casado Ltda." y yerno del presidente argentino Agustín P. Justo. Casado manifestó a nuestro compatriota considerar muy práctica la idea del arreglo mediante el *sui-generis* procedimiento, agregando que tanto el Presidente Ayala, como el General Estigarribia deseaban una paz honrosa, a la vez que pronta. Con este motivo Foianini viajó a La Paz, donde en informe escrito y detallado, puso en conocimiento del asunto al mencionado Ministro de la Guerra, así como al Tcnl. Garrón. Mientras el primero miró con displicencia la gestión insinuada, por encontrarse embargado en la actividad política, el segundo, el militar, prestó el mayor interés.

De regreso a Buenos Aires, con credencial firmada por el doctor Hertzog, en agosto (1933), juntamente con el doctor Humberto Vásquez Machicado, a quien interiorizó acerca de la apremiante gestión, continuaron las conversaciones, ampliándolas, esta vez, con Alberto y Carlos Casado, hermanos menores de José. Después de muchas entrevistas, de analizar propuestas y contrapropuestas, se quedó en que Bolivia se mantendría en las posiciones de entonces y el paralelo de diez kilómetros al Sud de Puerto Olimpo. Los Casado financiarían la prolongación de su ferrocarril desde el puerto de este nombre, hasta Villa Montes. Las líneas así proyectadas podrían servir de *Statu-quo*, pero que se pusiera fin al pleito. Deberíamos trabajar así durante cinco años en amigable consorcio, conociéndonos mejor. Los intereses económicos en su natural gravitación marcarían los definitivos linderos de ambos países, haciendo mutuas concesiones...

Alberto Casado, muy conocedor del Paraguay y de sus gentes, era un convencido del triunfo de las armas por Bolivia, pero a un plazo demasiado largo...

Se convino en que tanto el Presidente de Bolivia, Salamanca, como el del Paraguay Eusebio Ayala, nombrarían cada uno a un elemento de su máxima confianza, para reunirse nuevamente en Buenos Aires, hasta el 20 de septiembre del mismo año. Los Casado garantizaban que el mandatario paraguayo conocía la gestión y estaba de acuerdo en la forma mencionada.

Una vez en La Paz, durante los primeros días de septiembre, Foianini informó por escrito al doctor Hertzog minuciosamente, quien felicitó al citado intermediario, prometiendo "estudiar el caso". Pero el plazo dos veces prorrogado se vencía, sin que diera ningún resultado, con la agravante de que el mismo Secretario de Estado no había informado absolutamente nada al Presidente Salamanca. Pero Hertzog había expresado en las cámaras que "**La máquina de guerra marcha admirablemente**"...

Visita de Kundt a La Paz en octubre. El Tcnl. Fernando Garrón puso en contacto a Foianini con el General

en Jefe del Ejército, a quien informó sobre el curso de los trámites y de la pérdida de tan excelente oportunidad para la finalización de la cruenta campaña. Al felicitar Kundt al informante, le manifestó su contradicción al no habersele hecho saber en su tiempo. "Otro hubiera sido entonces el curso de los acontecimientos". Y el autoritario omnímodo tudesco, agregó:

"Yo no seré nunca obstáculo para la paz y estoy dispuesto a retirarme en cualquier momento para facilitarla".

Informado Salamanca por Kundt, hizo llamar a Foianini. Por este inteligente patriota y empeñoso gestor, se enteró el mandatario de que la negociación empezó en mayo.... Y de que ya era tarde....

En otra entrevista, Salamanca, el belicoso gobernante, buscando nueva vía, dijo al singular diplomático de detrás de los bastidores:

—"Hasta la fecha he sido engañado y me han ocultado esto. Confío en Ud., en sus buenos oficios en Buenos Aires y sé que no me engañará ni ocultará nada. Usted no aceptará ni obedecerá a nadie sino a mí, único a quien tiene que dirigirse en cifrado mediante el doctor José Antonio Quiroga".

Cuando Foianini regresó a Buenos Aires para reanudar las gestiones ya era asunto cerrado. Las operaciones militares marcaron otro rumbo.

Luis Valverde Figueroa, conocedor y coadyuvante del caso desde su iniciación, encontrándose incorporado al ejército en la zona de operaciones, en las mismas circunstancias con Humberto Vásquez Machicado, reveló al conocido historiógrafo que las prórogas, las tardanzas y la falta de seriedad de los responsables, habían irritado a los promotores y potentados argentinos, dueños del Chaco llamado paraguayo....

Mientras, ¿qué ocurría en el Infierno Verde?

Segundo ataque a Nanawa. Toma de Campo Grande y caída de Campo Vía.

—¡Una victoria importante para acallar la oposición e imponer un arreglo decoroso para el país! — Clama obse-

sionado Salamanca, previendo el derrumbe de su patriótica ambición.

—¡Una victoria resonante, segura y decisiva, que responda a mi prestigio militar! — Sale como un rugido de la garganta reseca de Kundt.

El político no consiguió el más caro de sus anhelos de gobernante.

El militar vióse perdido en la maraña de la guerra chaqueña, impotente para contrarrestar la catástrofe que sobrevendría inexorablemente. Ganó el antigringuismo.

Ambos, con fechas marcadas por el destino adverso, se encaminaban hacia lo ineluctable.

La patria fue la perdidosa.

Para obtener el ambicioso lauro que reclamaba el angustiado mandatario y que necesitaba satisfacer el amor propio del conductor supremo, Kundt proyectó insistir sobre la acción fracasada el 20 de enero. Mas, Salamanca, a la par que pedía un encuentro militar más contundente, dio a conocer sus reparos; el peligro de un contraste respecto a Nana-wa, debiendo empeñarse el encuentro mejor contra Árce. Jefes y oficiales coincidían con este criterio. El General en Jefe del Ejército, para tranquilizar al gobernante, le responde, informándole, que aun en resultado negativo, el segundo ataque al indicado fortín, con fecha señalada para corresponder con la apertura de la Asamblea de la Liga de las Naciones, no empeoraría la situación. En cambio, se concentrarían para su feliz término, todos los medios disponibles.

Evidentemente, para el segundo ataque contra Nana-wa, Kundt procuró la dotación íntegra de los recursos imaginables, no utilizados aún en ninguna contienda en tierras americanas, empeñando sincrónicamente la actividad de tanques, lanzallamas, artillería pesada; perforaciones de túneles; minas subterráneas, morteros; granadas de mano, amén de ametralladoras pesadas y livianas, fusiles y bayonetas; obuses; escuadrilla de doce aviones, dinamita; puestos de socorro con cantidad suficiente de personal; drogas,

vendas, etc. Se poseía planos detallados de la región, fotografías aéreas de las fortificaciones enemigas...

Jamás una operación había sido preparada tan minuciosamente y con toda previsión. Por si faltara un detalle, se distribuyó a generales, jefes y a muchos Oficiales, relojes de precisión, para el cronometraje conveniente y exacto...

Empero, no se contó con la información oportuna que tenía el enemigo, tanto por su servicio de inteligencia, como por delación de algunos prisioneros bolivianos. El General Estigarribia aprovechó los datos obtenidos para organizar fuerte resistencia que correspondiera a tan diligentes preparativos. Por el lado nuestro, el servicio secreto estuvo más que nulo.

La operación, conforme a las meticulosas instrucciones dadas a jefes, oficiales y tropa, a unidades de las diferentes armas, empezó a las 8.30 a.m. del 4 de julio de 1933. Nunca se había visto en nuestro continente una concentración de fuegos semejante y la distribución adecuada de los regimientos con sus misiones especiales. Se desataron todas las furias del Averno, llegando a emplearse los contendientes incluso en luchas cuerpo a cuerpo, yataganes contra bayonetas. El coraje empleado por los asaltantes era respondido con igual violencia por los defensores.

Pero la resistencia enemiga resultó triunfante, en una batalla tenaz que empezó desde la hora fijada para la embestida, permaneciendo los nuestros en las posiciones conquistadas al contrincante. En la fría noche se empeñaron los contendientes en derrochar fuego recíproco de hostigamiento en todo el frente.

El 5 de julio el enemigo se empleó a fondo en la reconquista de lo perdido, restableciendo su línea. El 6 aún se combatía encarnizadamente en la Isla Fortificada.

Y una gran amargura reinó en las líneas bolivianas.

Como factores del fracaso señala Kundt una falla en el Comandante de la Artillería, quien "había dispuesto la dispersión del fuego de los obuses sobre una zona de varios kilómetros y en la que no había enemigos..." "Que el Regimien-

to "Abaroa" no supo aprovechar el avance feliz del grupo de tanques del Capitán Brandt".

Con la pesadumbre consiguiente, Kundt confiesa que el Comando Superior se convenció de "que ni la fuerza, ni la voluntad del enemigo habían sido quebrantadas"...

El tanque del capitán Kriess que cooperaba acertada y enérgicamente al avance de la infantería, fue inutilizado por una granada enemiga en el Sector Norte, privando a la actividad combinada con esta poderosa ayuda.

Trasladado el carro de asalto como valioso trofeo a Asunción, se lo colocó frente al Cabildo de la capital paraguaya, ubicado mirando las puertas del Colegio Militar, con una placa recordatoria que luce esta inscripción:

"HOMENAJE AL VALOR Y HEROISMO DE DOS PUEBLOS HERMANOS QUE POR ERROR E INJUSTICIA DE LOS HOMBRES SE AGREDIERON".

Impresiona bien la nobleza de la leyenda. Es conmovedora. ¿Verdad? Esta nobleza con que dicha dedicatoria fue inspirada, contrasta con cierto sistema de barbarie primitiva, empleados por el feroz enemigo selvático.

Parece que las referencias de los contemporáneos del Carai-Guazú sobre los procedimientos disciplinarios, así como los castigos infligidos a los triples enemigos extranjeros, relatadas a sus hijos y nietos, se mantienen firmes en la memoria, surgiendo el ancestro con toda su potencia, reeditando los descendientes el ejemplo legado por los antepasados.

Los hechos de barbarie guaraní recuerdan los sistemas empleados por Atila y los hunos con sus hordas, así como las de Gengis Kan y Tamerlán, amos de los tártaros, como edificantes escarmientos para los enemigos vencidos. ¿Fue Tamerlán quien hizo levantar una pirámide con las calaveras de sus enemigos derrotados? Esos jefes actuaban viviendo la barbarie. Sin embargo, más cerca de la historia moderna y en la culta Inglaterra, Oliverio Cronwell, el Lord Protector, que sostenía como principio el respeto a los derechos humanos, en 1.600 degolló a las guarniciones de Drogheda y de Wrexford, después de vencidas. En Drogheda (Irland-

da), en la actualidad se efectúa ininterrumpida romería para venerar la cabeza del obispo católico Oliver Plinket, cortada por el citado caudillo inglés. Y debíamos recordar los horrores consiguientes, en un territorio de un perdido rincón del mundo americano, ejecutados por huestes de matarifes, que en su trasfondo psíquico acataban órdenes del Supremo, cuya sombra aún existe vagando en los campos y selvas paraguayos, evocando a los lanceadores y degolladores de su tiempo, con singular ferocidad durante la campaña chaqueña.

Las víctimas de los puñales y yatagenes paraguayos, fueron muchas, en innumerables ocasiones. Aquí, para una rememoración sintética de lo que fue la bárbara carnicería, sólo se citan algunos casos que rezan en la documentación de la contienda.

Inicia la caravana de los degollados, el subteniente Antonio Arévalo, cuyo cadáver fue encontrado por los nuestros en Laguna Chuquisaca con la cabeza cortada por machete enemigo en un asalto del 29 de junio de 1932.

En Yucra, el 16 de octubre del mismo año, tropas del uniforme verde olivo atacaron el puesto de socorro, degollando a prisioneros aprehendidos; a los camilleros y a los encargados de evacuar heridos; a éstos igualmente los inmolaron con similar procedimiento, apuñalándolos con cuchillo bayoneta contra el suelo.

El extremo acorazonado situado en frente de la Isla Fortificada, fue bautizado con el nombre de "LA PUNTA DE LOS CUATRO DEGOLLADOS", por haber encontrado allí los nuestros en la recaptura del paraje, cuatro cadáveres de soldados bolivianos con las cabezas separadas de sus troncos, por los enemigos, el 20 de enero de 1933.

El 12 de julio de 1933, después del segundo ataque a Nanawa, los "pilas" atacaron e incendiaron el Hospital de Sangre de la Cuarta División, situado en la Picada Gondra-Alihuatá (kilómetro 22 de Saavedra) y exterminaron a los heridos y enfermos con bala y machete.

En la mañana del 8 de diciembre de 1933, culminando la acción de Campo Vía, considerable cantidad de enemigos asaltaron al Hospital de Puesto Mayor, en momentos en que inválidos, cojos, mancos, tuberculosos, gastroenteríticos, unos en sus "catreras" y otros levantados, conforme les permitía su salud, se servían el humilde yantar de campaña. La feroz horda mató a balazos a unos y degolló a los más, escapando pocos para narrar las espeluznantes escenas que contemplaron cubiertos de pánico.

En Algodonal (septiembre de 1934), el Teniente Edmundo Andrade cayó gravemente herido por una granada de mortero. Conducido a un puesto de socorro, una fracción enemiga lo alcanzó. Andrade, incorporándose en su camilla, descargó todos los tiros de su revólver, matando a tres "pilas", cuyos camaradas se lanzaron como fieras sobre Andrade y seccionaron a machetazos su cabeza y cuello. Allí también murieron el doctor Roberto Orihuela y varios camilleros...

La fiera dormida tuvo así un siniestro despertar.

Y no se encontraba sola al salir de su letargo, para sus ataques. Dentro de su seno contaba con colaboradores inmediatos: los colonizadores argentinos y otras firmas contribuyentes que defendían su hacienda.

Mas, en el conflicto del desierto verde, tenemos como huellas iniciales la cooperación oficial cuando los nuestros, al tomar Boquerón en 1932, se apoderaron de tres mulos cargados de ametralladoras con sus respectivos bastes y dispositivos de carga, escudos de artillería; equipo completo; útiles de rancho; máscaras y otros enseres con escudo marcado de la República Argentina. No solamente contaban allí con la asesoría platense en el ejército, sino que la más alta institución castrense, así como la cancillería, Ministerio de la Guerra de ese país, guiaban desde cerca y desde lejos los pasos que debían darse por el Paraguay en la contienda, hasta concertar la paz, cuando Bolivia, cerca de sus montañas y centros de aprovisionamiento, estaba en condiciones de hacer desalojar al adversario del solar usurpado. Poco más tarde y con los buenos resultados logrados, no ha faltado has-

ta una sentimental guarania, plena de gratitud en su letra y romántica música, compuesta por Manuel Ortiz Guerrero y José Asunción Flores, titulada "Buenos Aires, salud", que no ha tenido resonancia.

Con el fracaso de Nanawa, el enemigo asume la ofensiva y con hábiles maniobras, consigue cercar y tomar el 5 de septiembre de 1933, Pozo Favorito y cinco horas después, Campo Grande, a derecha e izquierda, respectivamente, de Alihuatá, con lo que se preanuncia el descalabro que ha de dar nuevos rumbos a la Compañía Unificada "Pro-Absurdo", al final de la "Segunda Fase".

Pero eso exige algún detenimiento en estos apuntes.

— VI —

LOS EMPRESARIOS CUIDAN SU INTERES PARTICULAR

Cándido y Pangloss en la guerra chaqueña.— Tardía luz meridiana en Salamanca.— El narrador y confidencias.— El Paraguay aprovecha la ofuscación del socio para acrecentar su propio capital.— La Compañía Unificada "Pro-Absurdo" en acción.

Una de las obras más leídas de Voltaire y por ello mismo, de las más famosas, ha sido "Cándido o el Optimismo", en donde el discípulo, Cándido, aprendió de su maestro Pangloss el principio de que estamos en el mejor de los mundos posibles, principio que se recuerda a través de cada calamidad por la que atraviesa el confiado alumno. Aplicando en algo y saliendo de lo amargo del recorrido, desde La Paz, Salamanca, hace de obligado Cándido y Kuntt, de consolador Pangloss.

Después de los anteriores contrastes, Salamanca manifiesta al General en Jefe del Ejército el haber perdido la confianza en una derrota a fondo del Paraguay. Propuso, en

consecuencia, tomar en el Chaco posiciones que permitan rechazar al enemigo con el mínimo de tropas nuestras, con cuatro o cinco mil hombres que allí formen un apreciable cordón de centinelas... Ha sido necesaria una cruel experiencia para llegar a esa conclusión, a un año y meses de las hostilidades.... Ese planteamiento postuló Bautista Saavedra, el frío y altiplánico adalid aymara de las huestes republicano-socialistas, cuando, en forma escrita, y con su firma, con motivo de una asamblea de notables convocada por Salamanca, para tratar el problema chaqueño, el 2 de julio de 1931 señaló clara y categóricamente el camino de una acción posesoria, paulatina, progresiva, precisando para el caso, muchos esfuerzos convergentes y combinados, en un plazo indeterminado. Bolivia se encontraba en la situación de prender una vela a Dios y otra al Diablo... Vale recordar que en cierto tiempo, anterior a la aceleración de la hecatombe, para Salamanca, la guerra era el único camino que nos llevaría con seguridad a la solución del viejo pleito. Para el caudillo valluno quechua había que precipitar los acontecimientos, puesto que en el camino se arreglan las cargas...

Estamos en octubre de 1933. En su visita a la sede del Gobierno, Kundt informa en Consejo de Gabinete sobre la situación bélica y respondiendo a Salamanca, indica que el revés de Campo Grande y Pozo Favorito se exageró... Que no hay posibilidad de derorta nuestra... Pero a su vez, reconoce que si se obliga a replegarse al enemigo hacia el río epónimo, ganamos la guerra...

Mientras, ¿qué ocurre en el gran comando contrario?

El Presidente Eusebio Ayala se traslada a Isla Poí, para premiar a Estigarribia por su triunfo de Campo Grande, ascendiénolo a Brigadier General. En ese acontecimiento se vio que la estrategia de Kundt había sido desbaratada. Ayala, a pedido del homenajead, autorizó el tomar la iniciativa en las operaciones. Obligar a Bolivia a replegarse sobre sus antiguas posiciones. Interceptar el camino que partiendo de Alihuatá conduce a Saavedra, para cercar las tropas rivales. En el sector Nanawa, despejar el camino Nana-

wa-Bullo. Destruir a las tropas bolivianas que actúan en Pizal (Bullo).

Los combates que se efectúan en este mes son encarnizados, especialmente en la segunda quincena. Se incorporan a las fuerzas nuestras los reservistas de los contingentes de 1921, 1922. Los incorporados al R. I. 20 retroceden ante la fuerte presión paraguaya.

La noche del 30 de octubre fue para quien escribe esta reseña, motivo de una fuerte conmoción física y espiritual. Movilizado en noviembre de 1932, después de hacer rendir pruebas anuales a los alumnos del "Pichincha", me alisté en el Destacamento 109 de Potosí. Este contingente fue trasladado a Uyuni y allí, junto con un considerable cupo de reservistas paceños y orureños, fue incorporado con otros camaradas de Destacamento, al Regimiento "Pisagua" de Obuse, donde recibí instrucción de artillería. Trasladado al Chaco con una partida, fui incorporado en el destacamento Menacho, sector Gondra, al Regimiento 5 de Caballería, cuyo jefe era el entonces capitán Germán Busch, colaborado eficientemente por valientes y bizarros oficiales. Se tenía que cumplir en esta gloriosa unidad, con todas las eventualidades demandadas en un regimiento de asalto, cuyo comandante gozaba de merecido prestigio por su conducción audaz a la par que inteligente y temeraria, cuya tropa confiaba íntegramente en el "Cambita Barbudo". Debido a encontrarme aniquilado por grave enfermedad, fui evacuado al Hospital de Alihuatá el 26 de octubre de 1933, sometido a un fuerte tratamiento en la forma como lo permitían las condiciones de un Hospital de guerra en el desierto.

En la noche del cuarto día de hospitalizado, oí que un camión se detenía en lugar próximo a los "pahuichis" de enfermos. Un sanitario leía los nombres de una lista. Oí citar el del Teniente Ciro Cabezas... No pude incorporarme por mi estado de suma debilidad, mas, aproveché de un momento para preguntar de qué se trataba. Era una nómina de muertos del R. I. 20, víctimas de un vigoroso asalto "pila". Los del bisoño contingente, poseídos de pánico, retrocedieron an-

te la fuerte presión enemiga. Cabezas, al intervenir para detener el desbande, recibió una descarga de ametralladora, cayendo en el sitio....

A la madrugada del día siguiente, arrastrándome como un lagarto, salí del "pahuichi" para averiguar dónde estaba mi amigo. Me señalaron una carpa. Tanto a gatas como arrastrándome, fui a esa improvisada "morgue". Allí vi a Cabezas, tendido al medio de otros infortunados combatientes abatidos por el fuego paraguayo. Realicé mi postrer homenaje a la manera como pude... No me acordé más, pues, cuando volví en mis sentidos, me encontré tumbado en la humilde catrera del Hospital....

Y en aras del recuerdo, retrocedí a casi dos años atrás, cuando disfrutando de alados días de vacación y tendidos en la arena a la orilla del Guadalquivir, le escuché el aciago vaticinio:

—“Si hasta junio del año próximo no nos atacan los paraguayos, lo hemos de hacer nosotros”...

Una semana antes de ser evacuado al Hospital, nos encontramos nuevamente con Cabezas en Puesto Kipes, sector Arce, en una tarde asfixiante. Al pie de un quebracho, conversamos con Ciro sobre la situación, con la sinceridad con la que siempre nos tratamos. Entre sus confidencias y anhelos, hubo una que recordaría acongojado, frente a su cuerpo yerto, sin vida:

—Cuando acabe la guerra —díjome— regresaré a Tarija. Abrazaré a mi madre. Haré que se convenza de que soy yo, no obstante la suciedad de cara, cuerpo y ropas. Después de los momentos siguientes a la natural expansión de nuestros sentimientos, diré a la vieja:

—Me has visto. Me has abrazado. Me has besado. Soy yo, tu hijo. Ahora perdóname. Voy a salir a divertirme. No me eches de menos...

—He de perderme por unos días —agregó— hasta atracarme de tragos, de mujeres. Luego regresaré a mi casa. Me remojaré todo lo necesario. Me asearé y bien vestido

saldré en busca de mis amistades... Luego partiré mi espada y continuaré estudios de Ingeniería.

Mirando una alianza que lucía en el anular de su mano izquierda, anunció:

—Y me he de casar con la novia que me espera...

Ahora se encontraba tieso, mudo, quieto. Ya no había más confidencias, sino al encontrarnos en la eternidad...

Sin embargo de condiciones favorables, los ataques frontales del enemigo, sangrientos y con más bajas para él, no dieron el resultado apetecido por Estigarribia quien, en vista de ello, convocó a una reunión en Nanawa, de los tres comandantes de cuerpos, coroneles José Carlos Fernández, Luis Irrazábal y Tcnl. Rafael Franco, para considerar "lo que se podía hacer" en sus respectivos sectores. Los jefes consultados estuvieron de acuerdo en abandonar el sistema de los asaltos frontales, sustituyendo con maniobras más eficaces, contrariando el criterio de su flamante Brigadier General.

El Comandante del II Cuerpo de Ejército Paraguayo, fundamentó las posibilidades de una operación enérgica y positiva en el sector Gondra, por donde era posible efectuar el "copo" total del ejército boliviano. Ante la reiterada negativa del superior para conceder una división más, en forma impaciente ya, el Tte. Cnl. Rafael Franco, Comandante de la I División expresó con entera franqueza:

—No se atreva Ud., mi General, en tomar al enemigo de los pies, pudiéndolo hacer de la garganta.

A lo que Estigarribia, con su criterio de que cabe al subordinado separarse de las órdenes recibidas, cuando le asiste el convencimiento de que el superior está alejado de la realidad y proceder de acuerdo con los hechos; de que esta actitud no implicaba desobediencia, sino, al contrario, sentido de iniciativa, noción de responsabilidad, concluyó la discusión, resolviendo:

—Hagan lo que puedan.

Volviendo al lado nuestro, otra vez dialogan a la distancia Cándido el angustiado, con Pangloss, el muy confiado.

Salamanca participa a Kundt:

—De Buenos Aires me aseguran que el enemigo apresta para esta semana una intensa ofensiva sobre Alihuatá. Otro contraste sería la ruina de Bolivia.

Kundt contesta:

—No tienen ningún valor las informaciones de los representantes de Bolivia en el exterior. Si se produce un ataque sobre Alihuatá y nuestras tropas cumplen con su deber, no hay cuidado.

Y dispuso mantenerse en Alihuatá, sin los refuerzos pedidos angustiosamente por el Tcnl. Carlos Bánzer.

Pero se va notando desde los primeros días de noviembre la acción eficaz en la que confiaba el Tcnl. Franco, combatiéndose desde Pozo Charcas, hasta proximidades de Charata y, para engañar a los nuestros, se simulan acciones de atracción hacia Nanawa, Gondra, Fernández y Toledo. Satisfaciendo el pedido, se incorpora a las fuerzas actuantes el Destacamento Ramos.

El 13 de noviembre el R. I. 16, que disponía de 300 hombres, mediante un fuerte ataque sorpresivo, se vio en la dura necesidad de rendirse.

El regimiento "Castrillo" fue copado, cayendo 428 hombres entre Jefes, Oficiales y tropa, por delación de dos desertores nuestros que informaron sobre la posición real de las tropas bolivianas. Otro fuerte asalto enemigo fue rechazado el 17 de noviembre.

Peligraba la situación del Hospital de Alihuatá. Se empezó a dar de alta a enfermos y convalecientes. A los heridos se los traslada a Saavedra. En conocimiento de que estaba en Puesto "Q", Sector Arce, la Batería 105 de Montaña bajo el comando del capitán Humberto Illanes, y de saber que yo habiendo sido instruido en el "Pisagua" fui destinado a la zona de operaciones al "Lanza", el Comandante de Alihuatá, Mayor Arturo Cuéllar Echazú, después de haberme dado de alta del Hospital, ordenó mi incorporación a la indicada Batería, el 17 de noviembre.

Illanes en todo este tiempo estuvo inquieto, tanto por los informes de los observatorios (*buracos*) y plana mayor, como por el cañoneo adversario que dirigía sus fuegos contra alrededores de Alihuatá. Pero en determinada tarde, pareció que la puntería de la artillería enemiga iba reglando sus disparos hacia la posición de nuestra Unidad. Entonces, enérgicamente ordenó al personal de las piezas colocarse en orden de combate y dispuso fuego de contra-batería, cuya acción duró cerca de hora y media, al final de las cuales fueron silenciadas las piezas contrarias. A poco se recibió la orden de despachar una pieza con su dotación humana, a órdenes del Sbtte. Humberto Fernández. Dándose cuenta Illanes de la verdadera situación por la que se atravesaba, la despedida fue conmovedora.

Estigarribia asume la dirección táctica, impartiendo órdenes para iniciar la maniobra proyectada. El 3 de diciembre el Tte. argentino Manuel Fernández (*Yacaré Valija*), que con sus coñrades bandoleros hacía sus correrías por el sector del Pilcomayo, se aproximó al pajonal de Campo 31, a retaguardia de la 9ª Div. nuestra. En el mismo día el Comandante en Jefe paraguayo ordena a los regimientos cortar el camino Alihuatá-Saavedra.

El 6 de diciembre el Comandante de la 4ª Div. dispuso un repliegue de algunos kilómetros hacia las posiciones defensivas adelantadas de Alihuatá que abandonaba la 9ª Div. para replegarse sobre otras más a retaguardia, cambiando la posición la artillería en cooperación con los movimientos de la infantería.

En la noche del mismo día, a horas 8 p.m. un chófer del "Lanza" informó al entonces Cap. Humberto Torres O., que a las 5 de la tarde más o menos, una patrulla enemiga había interceptado la Picada Alihuatá-Saavedra, asaltando e incendiando algunos camiones de aprovisionamiento que iban algunos kilómetros más adelante. Informado el Tcnl. Emilio González Quint —que pocos días antes del gran cerco se había hecho cargo de ese destino— manifestó que

era falso, pues Kundt, que se encontraba en la Picada le habría comunicado...

Después de muchas consultas, el Tcnl. Carlos Bánzer, Comandante de la 9ª Div. recibe la orden de "**proceder de acuerdo con las circunstancias**". Este alto Jefe ignoraba que el frente de la 4ª Div. había sido roto y que por consiguiente, no debía replegarse hacia allí, y lo hizo. Se evacuó Alihuatá. En el mismo día señalado, Estigarribia, jubiloso comunicó su triunfo del incendio y abandono de Alahuatá y de su inmediata ocupación, huyendo nuestras tropas por el monte hacia Saavedra.

Como quien dice "esta es la mía", el Tcnl. Rafael Franco ordenó que los cinco regimientos de la 1ª Div. bajo su comando, arrollasen a las tropas bolivianas que debían buscar su salida por Campo Vía y cortar la retirada de los fugitivos de Alihuatá. Tuvo bien presente la expresión de Estigarribia: —"**Hagan lo que puedan**".

De conformidad con las órdenes de Franco, una salva de artillería, a las 4,30 a.m. del 7 de diciembre, anuncia el asalto enemigo al Regimiento "Campero", sorprendiéndolo. Se combate fieramente al arma blanca hasta las 9 de la mañana. Por la brecha conseguida allí irrumpieron los 6.000 hombres de Franco en nuestras líneas, ocasionando confusión. Se aumentan a los agresores, 2.000 hombres más que se incorporaron bajo su comando, procedentes de Nanawa.

La 4ª División nuestra no contaba con más de 1.300 hombres, incluyendo en esta cantidad Jefes, Oficiales y tropa. Kundt es informado por el coronel Pareja, desde Kilómetro 22, de que el enemigo continúa avanzando por el cañadón en dirección de Campo Vía. La 9ª División contaba más o menos con 5.000 hombres, que de todas las armas, al juntarse con la 4ª División, con el aturdimiento explicable, caminaban hacia la perdición señalada por el destino.

Así llegamos al cerco con el que finaliza la Segunda Fase de la estéril campaña, marcando el eclipse del General Hans Kundt.

Ocho infernales días, que agregándose a la ferocidad del Infierno desértico a la par que montaraz debían encaminar a las fuerzas bolivianas hacia lo ineluctable.

En el cautivante relato de sus correrías, **Lawrence de Arabia** (Thomas Edward Lawrence) manifiesta, combinando lo serio con lo humorístico, con cierto ingenio propio del inglés típico, que las nueve décimas partes del arte de la táctica son buenas para ser explicadas en las academias militares, pero la irracional décima parte restante es como el martín pescador que vuela raudo sobre la superficie de un estanque, y esa décima parte es la que pone a prueba el genio de los verdaderos generales.

Al escribir esta reseña no se ha hecho con propósito literario, ni menos establecer conclusiones, ni urdir críticas sobre el proceso histórico, civil o militar del último fracaso, pero algunos hechos resaltan cuando las responsabilidades recaen sobre unos conductores y éstos, a su vez, las rechazan, lanzándolas a sus contrarios.

Sabemos que el ejército boliviano fue educado dentro de disciplina rígida, donde imperaban las órdenes verticales, que en los momentos conflictivos, saturados de angustia, se explicaron como efectos de la disciplina férrea inculcada y lactada durante la instrucción militar. Pudo haber sido Kundt todo lo autoritario y omnímodo que se quiera, pero encontramos documentado, haber expedido ciertas directivas que oportunamente recordadas, aplicadas en el instante que eran oportunas, habrían salvado a las armas bolivianas de tremenda angustia por insuperable situación.

El 22 de octubre de 1933 el Comandante de la 9ª División contaba con una directiva muy importante, en el sentido de que el Comandante de dicha División tendría **independencia absoluta para tomar las medidas convenientes, de acuerdo a la situación táctica que se presentara, con la única salvedad de que el dictamen de la situación debería corresponder a la verdadera, para cuyo objeto el Comando**

bajo su responsabilidad debería tomar las medidas para aclararla.

Por lo anterior, se disponía incluso de algo escrito para su aplicación oportuna, pero hubo olvido natural o voluntario, para no contrariar al superior.

También se presentaba otro aspecto negativo, como factor de fracaso, puesto de relieve por el coronel Aquiles Vergara Vicuña, por la que falló esa décima parte a la que aludía Lawrence.

La Novena División dependía directamente del Comando Superior, con asiento en Muñoz y la Cuarta División, del Comandante del Primer Cuerpo del Ejército (C.I.C.E.), con sede en Saavedra. "Y aunque los frentes de ambas tenían una conexión estrecha y solidaria, **se presentaba el hecho peligroso y nugatorio que dos mentes operativas intervenían en la batalla, que pronto se generalizaría** —dice el Coronel Vergara Vicuña—, ya que el Comando Superior se desentendía de la 4ª División, que no fuera más que para extraerle efectivos a su línea de importancia vital para la estabilidad del sistema total; y por otra parte, el Coronel Enrique Peñaranda, Jefe del C.I.C.E., poco o nada podía saber, a través del hermetismo del Comando en Jefe, de lo que ocurría realmente en el sector vecino. En estas condiciones, como se comprenderá, las sorpresas, los imprevistos, las desorientaciones y hasta las desinteligencias entre los mandos, serían la cosecha más segura de un tal estado de cosas, amén de la consiguiente dilución de las responsabilidades"...

Y el furor de la borrasca sacudió implacablemente durante fatídicos ocho días.

— VII —

OPTIMAS GANANCIAS EN LA OPERACION DE
CAMPO VIA

Evacuación de Alihuatá.— Calvario de la Novena División.—

El espectro de la sed.— "Que se esperen, ya va a llover".— Propuesta de oficiales artilleros.— "¿Cómo destruir tan hermoso material a proposición de oficiales y... de artillería? La quimera de la salvación por Campo Vía.— Piélago de angustias.— El escenario del cerco.

El 7 de diciembre la 9ª División evacuó Alihuatá y con todas las unidades de su comando dirigiéronse en un estado de zozobra, de duda, de amarga ansiedad con la autorización— tardía— del superior, siguiendo la ruta Pozo del Encanto, Pozo Esperanza, Puesto Urey, pasando por el Hospital de Puesto Mayor, hacia la Picada de la Salvación, para rematar en la inconclusa Picada Capriles.

Hacia mediodía del 8 de diciembre, desde Puesto Urey donde estaba el Tcnl. Emilio González Quint, Comandante de la Cuarta División, el Tcnl. Carlos Bánzer informó a Kundt sobre la desesperante situación, consultándole sobre la ubicación de la nueva línea. Respondió el General en Jefe que dicha línea se establecería hacia Campo 31.

A medio día del 8 de diciembre, se produjo el feroz asalto paraguayo al Hospital de Puesto Mayor, en las circunstancias referidas en páginas anteriores.

El mismo día, a horas 6 p.m. un alto repentino de la columna en marcha denunció por un jefe que el camino a Saavedra estaba ocupado por el enemigo, siendo imposible continuar la marcha.

Desde el anoche del 8 de diciembre los regimientos "Lanza" y "Murguía", chocaron con el enemigo en Campo

Vía, manteniendo sus puestos. Ya empezaron los soldados a buscar agua desesperadamente.

En la parte donde empezaba la bifurcación de la Picada Capriles descansaba nuestra columna de cien camiones, cargados con piezas de artillería y municiones, así como turriles para aprovisionamiento de agua, gasolina, víveres, carpas y equipos.

Una vez en la Picada de la Salvación, se ordenó que los zapadores continuaran el trabajo de la Picada Capriles que en pequeña extensión y hacia la izquierda, continuaba la Picada de la Salvación, bajo el control del R. C. 5 "Lanza". Doce hacheros con sus fuertes brazos, vigorosamente echaron su ofrenda cívica para la liberación de los asediados.

Hubo un Comandante de regimiento que se constituyó ante el Tcnl. Arminio Abaroma, Jefe de Estado Mayor de la 9ª División, para reclamarle el envío urgente de agua para sus soldados. Como respuesta, Abaroma díjole:

—Que se esperen, ya va a llover.

Y ninguna señal atmosférica daba posibilidad de lluvia para calmar la canícula....

Angustiosamente reclama Bánzer a Kundt el abastecer de agua que debía enviarse a Kilómetro 22.

Por estar agotados por la sed, el hambre y el cansancio, con un sol a fuego, el trabajo de la continuación de la Picada Capriles se suspendió en la noche. Todos los combatientes se tendieron bajo los árboles, a ambos costados de la Picada de la Salvación, siguiendo en la Picada Capriles, con cuya conclusión problemática, se comunicaría con Kilómetro 22 y de aquí a Saavedra.

El 9, los cercados hacen intercambio de fuegos con el enemigo. Por el agotamiento de los 40 zapadores, fueron reemplazados por los artilleros.

De dos a tres de la tarde, el capitán paraguayo Echeuren envió un soldado como parlamentario, con invitación escrita, en la cual decía el adversario la conveniencia de la rendición. El capitán Francisco Barrero contestó no poder

adoptar ninguna determinación, pues ella deberían encarar los jefes de ambas fuerzas.

Por disciplina —pues se sabía que era trabajo en falso— los oficiales de la tercera arma dieron cumplimiento a la orden de relevo de los zapadores, con los hombres a su mando, pero a horas 10 a.m. de este día, previa reunión de oficiales de artillería y con pleno conocimiento de la insostenible situación, así como de su peligro, aquellos hicieron una representación ante los Comandos Divisionarios. Propusieron escapar rumbo Oeste, en dirección a Kilómetro 22, por donde se proyectaba la continuación de la Picada Capriles que aun estaba libre de enemigo, para cuyo desplazamiento humano debería destruirse todo el material rodante, las once piezas de artillería. Y a la madrugada del 10, que las tropas avanzaran rompiendo (pechando) monte.

La respuesta negativa del Tcnl. Arminio Abaroma fue concluyente:

—¿Cómo proponer la destrucción de tan hermoso material, a propuesta de un joven oficial y de artillería?... ¿Destruir cañones de 105 nuevos?... Rompemos el cerco, saldremos "pechando" monte y así saldrán la columna de camiones y la artillería....

En Pozo "Esperanza" oímos una conversación afiebrada entre Bánzer y Abaroma —que parecían estar en estado "etílico"— y algunos oficiales. Bánzer exclamó con tono amargado:

—¡Me pesa en el alma las órdenes que he dado!

En esta ocasión, trocando los papeles, Kundt comunica a Salamanca:

—Quiera Dios que me equivoque, pero encuentro la situación de la 9ª División y con ella al Ejército en campaña, sumamente grave. Si usted ve que con sacrificio de mi vida se consiguiera algo, ofrezco.

Salamanca contestó:

—Imposible resignarse al desastre que usted indica. Pido que se haga un esfuerzo heroico para salvarnos del desastre y la vergüenza.

Concluye Kundt:

—Única esperanza que queda es que hombres valientes rompan monte para salvar la Patria.

Cándido se convenció de no encontrarse en el mejor de los mundos y de que Pangloss había fallado en su principio.

El 10 de diciembre en la mañana, el Tcnl. R. Franco dispuso que tres regimientos procedieran violentamente y de inmediato a la conclusión del copamiento. Esas unidades que avanzaron desde Gondra hasta Campo Vía, al tomar contacto con las tropas de su Comandante de División, fueron recibidas con el consiguiente júbilo. Celebró el encuentro una banda de música ejecutando polkas y guaranías, como "Campamento Cerro Corá" y "Fortín Toledo".

En el mismo día, tanto desde el interior del cerco, como por fuera de él, se decidió efectuar un ataque combinado, simultáneamente con los destamentos "Frias" y "Peñaranda" procedentes de Saavedra. A las 3 p.m., una escuadrilla boliviana daba la señal para la iniciación del ataque, lanzando bombas y ráfagas de ametralladoras. Las tropas cercadas atacaron también, pero inútilmente, por la extenuación como por su escaso número, frente a la abrumadora cantidad del enemigo y de sus recursos.

En cuanto a la suerte de la Batería Illanes, en la que alistaba el autor de estas líneas, conforme se manifiesta en su lugar, el día 5 de diciembre, el capitán Humberto Illanes, en vista de ciertos informes y actividades de algunos comandantes de regimientos, consulta al Comandante de la 9ª División, sobre la necesidad del traslado de la Unidad y piezas, al Kilómetro 22 de Saavedra. Hay respuesta favorable. A poco de preparar el traslado, con todo listo para la partida, un estafeta del Comando Divisionario entregó una contraorden del Tcnl. Abaroma, por la que disponía dicho Jefe que nuestra Unidad vuelva a ocupar la misma posición de Puesto "Q". Al día siguiente (6), ya oímos señales de un fuerte tiroteo, al Sur de Alihuatá, fortín al que en días anteriores bombardeó el enemigo con artillería y aviación.

El día 7, al recibo de la orden de emprender la retirada, nos dirigimos con todo el pesado material hacia Puesto Urey, siguiendo la ruta Pozo del Encanto, Pozo Esperanza, Urey, salvando enormes dificultades por los continuos fangos que obstaculizaban el avance descargando los carros que contenían las piezas, hasta hacer pasar los óbices, para cargar luego y seguir adelante, todo esto acompasado con descargas cada vez más cercanas.

En el trayecto encontramos otras unidades de artillería que venían con sus carros y piezas; compañías de diferentes unidades de infantería que pasaban en una desorientación indescriptible de ansiedad e incertidumbre.

Después de grandes esfuerzos, llegamos a Urey, de donde recibimos orden de seguir hacia la Picada de la Salvación, subsector de Campo Vía, para de allí cruzar a la recta de Saavedra. En el trayecto, los alambres telefónicos diseminados por el suelo eran pisados por los carros y tropa. Se oían voces enérgicas de los jefes, dando órdenes y contraórdenes; venían soldados heridos que pedían se los llevara en los carros, refiriendo, una vez acogidos, aún azorados, haberse encontrado a poca distancia con avanzadas "pilas", habiendo muerto la mayor parte de los patrulleros. A lo lejos, abundaban los estrépitos de los disparos.

En el Puesto Mayor de Sanidad, vimos a los doctores José Gabriel González y Nicolás Carrasco, atender heridos y enfermos, más aquellos que éstos, con visible angustia en los rostros. El R. P. Alberto Tapia invocaba paz, serenidad y misericordia al Supremo Hacedor quien parecía no escuchar sus preces. Y un loco maniatado y tendido en tierra, gritaba, sacudiéndose y tratando de quitarse las ligaduras:

—¡Con permiso mi Sub.... A la derecha está en posición!...

Llegamos el día 9 al cruce de la Picada de la Salvación y a la inconclusa Picada llamada "Capriles", por haber el jefe de este apellido iniciado su trabajo. La Picada de la Salvación fue bautizada con este sugestivo nombre, por haber sido trabajada sigilosa y rápidamente en el mes de julio —ha-

cía cinco meses— cuando el enemigo trató de encerrar a la IV División, ocupando Campo Vía, en cuya emergencia el Mayor Moscoso, como Jefe de Estado Mayor de dicho Cuerpo dispuso la apertura de la citada arteria para conducir por ella las tropas, hasta llegar a Campo Victoria.

Desde el lado opuesto y en el nuestro dominaba el ruido de las herramientas, escuchándose también voces de hombres desesperados. Y el sol implacable de diciembre hacía transpirar copiosamente, tapándonos los ojos el sudor y acrecentando el tormento de la sed. Mezclábanse a esa algarabía voces de jefes que gritaban:

—¡Apurarse!

—¡Seguir adelante!...

Luego la escalofriante voz de un oficial que grita:

—¡Todo lo que están haciendo, es inútil!...

A poco viene la orden de suspender el trabajo. Arreglamos nuestras carpas a un costado de la Picada. Se habló de una orden de asalto. Limpiamos los fusiles y nos alistamos.

Percibimos el característico roncar de motores de aviones. Aparecieron estos lanzando bombas sobre las posiciones enemigas. Como respuesta los paraguayos reglaron su artillería contra la Picada, blanco seguro dada la aglomeración. Esta artillería y sus morteros mataban a los nuestros, cuando indecisos, esperábamos órdenes que aclarasen la situación. Entonces se hizo conocer un radiograma del General Kundt, dirigido a los cercados, transmitido más o menos así:

—“El Gobierno y el país entero, confían en que salvarán la dignidad del Ejército Boliviano”...

El ansia de buscar agua, mueve a todos en direcciones opuestas hacia donde había posibilidad de encontrar tan preciado líquido vital.

¡Eramos alrededor de 6.000 sedientos!

Varios de los compañeros que partieron, no volvieron más a aparecer, ni supimos nada de ellos, aun después de pasada la tragedia. En busca de ellos y de agua, nos dirigimos hacia un lugar donde algunos comunicaron existir un

charco, pero controlado por el enemigo. Empujando a un suboficial que impedía el acceso a la senda que remataba en el charco, avanzamos resueltos. En nuestro mundo interno una voz nos decía:

¡Morir antes que sedientos sufrir!...

Llegando al ansiado charco se hizo un montón informe, donde había cadáveres, sangre y fango, debajo de los restos mortales y de las huellas de los pies de los vivos, sacamos algo en nuestras caramañolas, después de llenar la boca, sirviéndonos, ya algo calmados, el líquido resultante, después de hacerlo pasar por el mosquitero, a guisa de colador.

Al volver al sitio donde estaba situado el personal de la Batería, Daniel Rocha, un camarada de vida profesional y en la línea de fuego, nuestro superior, nos riñe por habernos alejado, alegrándose luego de vernos vivos. Faltaban dos compañeros más desde el día anterior, entre ellos, el universitario Alberto Vilela del Villar. Varios de los que no tuvieron la suerte de ir con nosotros, pedían entre sollozos a los que llegaban:

—¡Dame tus orines, compañero, por Dios!

Y fueron satisfechos sus pedidos.

Al analizar sagaz y serenamente todo lo sucedido durante la campaña del Chaco en siete gruesos volúmenes, el coronel chileno Aquiles Vergara Vicuña, refiriéndose a los combates importantes efectuados en diciembre del 1933, juzga así:

"Las acciones de cerco —o de "corralitos en grande" según la expresión corriente paraguaya— de Alihuatá y Campo Vía, constituyen una de las operaciones más interesantes para la historia militar americana, siendo a la vez la más importante y trascendental que se librara en la campaña del Chaco, no obstante el pronunciado desnivel de diferenciación que acusaran los Comandos Supremos en rivalidad y la enorme diferencia cuantitativa de que hicieron gala los paraguayos, después de un proceso laborioso y tenaz que permitió concentrar en el terreno de la brega los mayo-

res efectivos y recursos de que disponía la nacionalidad, amén de un espíritu ofensivo de gran vibración patriótica".

La acción global que se desarrolló en el último gran cerco de diciembre del 33, toma el nombre genérico de un punto de concentración, aunque no todas las unidades hubiesen estado dentro de la zona; las más han estado fuera de ella o en sus alrededores, pero sufrieron igual las consecuencias del abrumador anillo humano armado.

Un cuadrángulo irregular por sus prolongaciones hacia el Sur, amplio espacio donde el campo plano, cubierto de paja (*pajonal*) guarda una solución de continuidad para el enorme bosque chaqueño, vinculado por rutas que le comunican, al Este con Gondra; al Sud, con parte de Campo Jordán, Ustares y Murguía; al Norte con Pozo del Encanto, Pozo Esperanza; al Noreste con Campo Victoria; al Noroeste con Alihuatá, Campo 31 y Kilómetro 22, por no detallar más la estrella de picadas y sendas que la contornean, recibió la designación de CAMPO VIA, honrando así la memoria de un oscuro soldado de quien no se conserva el nombre de pila bautismal, siendo el primero que cayó derribado por bala enemiga, en el indicado paraje, cuando nuestras fuerzas victoriosas en el anterior verano, empujaban a las tropas enemigas que escapaban monte arriba, hacia Gondra, por la derrota que la Brava Cuarta (la IV División) les infligió en Campo Jordán y Alihuatá.

El agua para los combatientes, en época de lluvias, se traía de 45 kilómetros atrás, aprovechando las precipitaciones pluviales retenidas en concavidades o "cañadas"; resacadas éstas, los camiones proveedores debían hacer un recorrido de setenta y un kilómetros de ida, por otros de vuelta. Esto ocurrió en los meses de noviembre y diciembre. Este detalle bastará para ilustrar cómo fue el tormento de los miles de sedientos en el gran asedio, debiendo luchar así con el numeroso enemigo bien provisto de todo lo que necesitaba un combatiente en esa naturaleza inhóspita....

Volviendo a los cercados, el día 10 a horas 11 se recibió la orden de Kundt para destruir el material pesado y ca-

ñones y efectuar un fuerte ataque para romper el cerco, concluyendo el despacho con esta deprecación: —“De los esfuerzos de esas dos Divisiones depende la salvación de la Patria y honor nacional”.

— VIII —

OTRO LAWRENCE EN EL AVERNO

Voluntad de liberación del Tte. Armando Ichaso.— Ruptura del cerco.— Disposiciones últimas de los Comandantes Divisionarios.— Lamentase la salida de los cercados.

Y otro Lawrence del disputado báratro, con su actitud resuelta y viril, logra conseguir un triunfo que no obtuvieron —ni lo aprovecharon— los Jefes de los Comandos Divisionarios (4^a y 9^a), pues el turbión de los sucesos bélicos les produjo un enorme desconcierto. Aparece el Tte. Armando Ichaso Urquidi, quien, desde sus actuaciones en Castillo, Yujra, Lara, rompiendo el cerco de Boquerón y saliendo de él varias veces en cumplimiento de órdenes superiores; lucíendose luego como intuitivo patrullador de la selva en Kilómetro Siete y Nanawa; a quien no se le hizo la justicia que merecía, conspirando contra él mismo, a la par que el egoísmo, la envidia, la emulación o la indiferencia ajenas, la propia y marcada parquedad de su temperamento; la “modestia típica de los héroes”, conforme califica Guillermo Francovich.

De este pundonoroso, valiente y hábil conductor militar como protagonista, tomamos primordial versión sobre los hechos de Campo Vía.

En vista del tenso caos reinante, de la atroz desmoralización avasalladora aun en los más templados espíritus, se alzó la voz de Ichaso, Comandante del 2º Escuadrón del

R. C. 5 "Lanza", quien, con absoluta decisión llamó a los oficiales que en esa espantada colmena humana estaban próximos, asumiendo la responsabilidad que exigía la circunstancia, les manifestó:

—Señores. ¡Yo romperé inmediatamente el cerco! ¡Todos listos para recibir órdenes!

Los aludidos lo aplaudieron y escucharon con la atención consiguiente las primeras instrucciones: llamar a todos los oficiales del R. C. 5 "Lanza", para que alisten esta Unidad; convocar también a todos los Oficiales que puedan de la 9ª División para recibir orientaciones sobre la operación desesperada a ejecutar.

Una vez reunidos —incluso el 1º y 2º. Comandantes del "Lanza", Tcnl. Ismael Aranibar y Tte. Luis Reyes Peñaranda, respectivamente, previas las consultas indispensables, explicó en forma breve, precisa y categórica sus disposiciones tácticas, entre las que sobresalían:

"Que producido el primer asalto de una Sección, seguirá la otra y así sucesivamente. Es decir, tenía que haber no un solo asalto, sino muchos, enérgicos e inmediatos. Roto el cerco, las Unidades de ambos costados de la brecha, deberán abrirse, tanto al Este, como al Oeste. Las Unidades liertadas del cerco tomarán rumbo Sur clavado, hacia Campo Jordán. La que encabece la marcha tomará posición al borde Sur de Campo Vía, con misión defensiva, para proteger el avance de las Divisiones cercadas. La acción deberá producirse a las 16,30 del día 16 de diciembre, o sea, el mismo día".

Previo la preparación de fuegos con morteros, inició el asalto la Primera Sección del Regimiento "Abaroa", a órdenes del Subtte. Néstor Paz Galarza, que se sacrificó íntegramente; salió la Segunda Sección, siguiendo la Tercera, la Cuarta, luego la Primera, del "Lanza", con tremendo resultado negativo. Entonces Ichaso corrió por encima de la línea del 2º Escuadrón del "Lanza" que estaba bajo su mando y dirigiéndose, a sus Oficiales y clases, les ordenó:

—¡Con la bayoneta armada y sin el menor grito de guerra, todo el Escuadrón me seguirá a gran carrera! ¡Vamos a atropellar la línea enemiga; esta vez ya no resistirán los "pilas"! ¡Todos listos!

A la señal del pitazo dada por Ichaso, todos los del 2º Escuadrón del "Lanza" atropellaron corriendo, agachados y en silencio con bayoneta calada luchando cuerpo a cuerpo. Así penetró violentamente el Escuadrón íntegro, partiendo en dos la línea enemiga.

Se produjeron en total cinco asaltos, hacia el punto más fuerte y donde una banda de música celebraba el contacto efectuado entre dos unidades enemigas que se daban la mano. Dióse aviso previo a los dos Comandantes de División —Bánzer y González Quint— mediante un bravo cruceño como estafeta: el cabo Crisanto Morales.

Al salir de Campo Vía, la columna chocó con fuerzas adversarias, dispersándolas, un instante, pero reforzadas luego perseguían cerrar —como después lo consiguieron— la brecha. Al cruzar los pajonales y "cuatrerear" un camión enemigo, el Sbtte. Jaime Urriolagoitia recibió un impacto fatal, perdiendo con tan infausto motivo, un Oficial valiente, pundonoroso y buen camarada. Abierto un espacio a manera de callejón para facilitar el paso por allí de las dos Divisiones cercadas, el 2º Escuadrón del "Lanza" tomó posición defensiva, conforme las anteriores instrucciones, al borde Sur de Campo Vía.

A las 5 de la mañana del aciago 11, calculando que en el curso de la noche del 10 ya habían podido salir las Unidades asediadas, Ichaso ordenó el repliegue con rumbo Sur Clavado, hacia Campo Jordán y de allí a Saavedra.

Por el boquete abierto salieron el R. I. 3 "Pérez" con su Comandante, Mayor Celso Camacho; los saldos de los asaltantes del R. C. 5 "Lanza" con los Tenientes Armando Ichaso y Román Urdinenea; el R. I. 50, con su Comandante Mayor Julio Aguirre, el R. I. 20 con su Comandante Cnl. René Carvallo.

También salió el R. I. 34 con su Comandante capitán René Santa Cruz.

Pero no todos los nuestros celebraron tan salvadora y audaz fuga de manos del enemigo. El Tcnl. Emilio González Quint, como ex-Comandante de la 4ª División, en su informe, olvidándose de que se le avisó el resultado del plan liberador por asaltos, al aludir a la hazaña realizada, clama:

"Estos acontecimientos demuestran en forma tangible la falta de mutua cooperación entre las Unidades: se perdió totalmente la unidad de doctrina entre los comandantes de regimiento y la falta absoluta de comunicar a retaguardia datos y partes de importancia en momentos decisivos. Parece que los estafetas en estos casos, servían de seguridad a los Comandos"...

Por propia gravitación de los sucesos, quedó libre el Destacamento "Peñaranda" que logró llegar hasta el cerco, sin ingresar dentro. Mas, el coronel Enrique Peñaranda, Comandante del I.C.E., en vez de encaminarse hacia el Sur clavado, conforme la consigna dada, cambió de orientación, marchando por rumbo Oeste, hacia el Kilómetro 22, facilitando así la operación del enemigo, conforme declaró Estigarribia, que batió a unos y apresó a los otros. Empero, hombre de buena estrella, Peñaranda fue considerado salvador de 3.000 hombres del cerco de Campo Vía, ascendido a General de Brigada, para luego ser nombrado, tras el crepúsculo del General Hans Kundt, Comandante en Jefe del Ejército... Siete años después resultó Presidente Constitucional de la República, ungido por elección...

Volviendo atrás, los Tenientes Coroneles Bánzer y González Quint, en vista de la resolución tomada por el Tte. Armandito Ichaso y otros oficiales del R. C. 5 "Lanza", así como por los de otras Unidades de lanzarse al asalto, dictaron su última Orden de Operaciones, disponiendo en lo principal:

"... A horas 15 del 10 de diciembre, los Regimientos "Lanza", "20" y "50", se lanzarán al asalto para salir a Campo Vía. Los regimientos "34" y "36" y "Colorados" de reser-

va, se alistarán sobre la "Picada" para entrar en acción, según las circunstancias del momento".

Se dio parte a Kundt de que en el día y hora indicados, "se juega el todo por el todo".

El enemigo, por medio de los datos que proporcionaban los prisioneros que iban cayendo en busca de agua, entregándose por una caramañola del preciado líquido, así como por los mensajes que interceptaba, se informaba de la nada invidiable situación de las Divisiones cercadas y de la distribución de las Unidades dentro del cerco, cómodamente reforzaba aún más sus posiciones de defensa.

Desde las 3 p.m. del 10 de diciembre, una escuadrilla de aviones dio la señal para el ataque, lanzando bombas y ráfagas de ametralladoras. A las cinco de la tarde se generalizó el combate. Los regimientos atacantes, encabezados por el "Lanza", se arrojaron con todo el ímpetu de que eran capaces, sobre un frente de trescientos a cuatrocientos metros, con ofrenda de sus vidas. Sufrieron numerosas bajas, pero continuaron su empeño hasta romper la línea enemiga, conforme se relata en párrafos anteriores. La ruptura se produjo en el punto de enlace de los batallones Villagra y Facetti del Regimiento 4º de Infantería. El "Lanza", en cinco olas sucesivas, no sólo aisló a los siete batallones que cubrían su ala izquierda, sino que se apoderó de varios "parques" de abastecimiento de víveres y de agua (*intendencias*), proveyéndose de alimentos y del ansiado líquido. Pero el número de defensores se impuso. Por el boquete abierto producido, lograron salir con 160 hombres hacia Saavedra los Tenientes Armando Ichaso, Román Urdininea y Jaime Urriolagoitia, mas el resto fue rendido y hecho prisionero. Los victoriosos del asalto tuvieron que lamentar la muerte del Tte. Jaime Urriolagoitia, quien al capturar un camión con el trastorno producido recibió un impacto certero de bala.

El Destacamento Frías fue destrozado, cuando se hallaba próximo a la Avenida llamada "Velilla", mediante un ataque sorpresivo, de flanco y retaguardia del enemigo. El Cnl. Peñaranda, Jefe del I.C.E., con su Estado Mayor, escol-

ta y con 3.000 hombres más, procedentes de Saavedra, cuando llegaban a la Picada "Velilla", encontraron cubierto el camino por las fuerzas adversarias. La irrupción paraguaya por detrás de las fuerzas comandadas por Peñaranda contrarió los planes de este jefe, quien encontróse en situación desesperada, casi cercado. Logró salvarlo el Tte. Armando Ichaso que ya estuvo fuera del cerco, mediante hábil y audaz maniobra, librándole junto con los 3.000 hombres que sacó de Saavedra.

La artillería rival regló su puntería hacia la Picada, cuyos disparos llegaban persistentemente en varios sitios donde se habían asentado los soldados. Como conclusión de la jornada, la noche compasiva veló a considerable cantidad de cuerpos tendidos que dormían el sueño eterno.

— IX —

FINAL DE LA OPERACION DE CAMPO VIA

Comedimiento del Mayor paraguayo Alejandro Volpe.— Solemnizaciones de banderas blancas.— Diálogos edificantes entre adversarios.— Acto oficial.— Diálogo entre los Dos Grandes.— Pingüe balance de los empresarios.

Hacia el epílogo de la catástrofe, una singular maniobra que al parecer, fue de comedimiento por alguien del bando contrario, se adelantó a lo que fatalmente debía producirse, poniendo en cierta agitación a los jefes rivales de ambos ejércitos.

Simultánea y sucesivamente a los sucesos efectuados el 10, ya referidos, en la tarde de este día, un oficial boliviano perteneciente a la 4ª División, encontró asegurada en un árbol, una carta firmada por el Mayor Alejandro Volpe, Auditor de Guerra de la 7ª División paraguaya, con el siguiente texto:

"Al primer oficial boliviano que se encuentre en el camino. En nombre del Comandante de las fuerzas paraguayas, lo invito solemnemente a conversar conmigo. Soy portador de una carta para el Comando de las fuerzas bolivianas; se servirá contestar a la bandera de parlamento".— 13.45 horas.— 10/XII/1933".

El que encontró esta carta (quedó en la incógnita su nombre), la hizo llegar a manos del Comandante de la 4ª División, Tcnl. Emilio González Quint, por medio de un soldado. El indicado Jefe comisionó al Tcnl. Rómulo Moreno para que hiciera buscar con un parlamentario la carta anunciada por el Mayor Volpe. A horas 8.40 a.m. del 11 el Tcnl. Rómulo Moreno ordenó se presentara el Sbtte. Tapia T. al enemigo con la bandera de parlamento, acompañado por dos soldados, al Puesto de Comando del Tte. paraguayo Colmán, quien dio parte de esa visita a su jefe, Capitán Eulalio Facetti, al que mostró una orden impartida por el Tcnl. R. Moreno, que decía:

"Sbtte. Tapia T. Con bandera blanca debe Ud. ir como parlamentario por orden de la División. Dirá Ud. que nuestro Comando ha recibido una carta del Mayor paraguayo Volpe. Aceptamos solemnemente entrar en charla con un oficial o jefe que quiera hacerlo. (Fdo.) Tcnl. Moreno".

El Capitán Facetti, luego de interiorizarse del contenido de la mencionada orden, puso a su reverso: Recibido a las 8.40 horas en el frente de su cuartel. (Fdo.) Capitán Facetti". Luego este mismo oficial entregó una carta al parlamentario boliviano citado, destinada al Tcnl. Moreno, marcando la hora 9.15 a.m., para que llegara a manos del Tcnl. E. González Quint, que decía:

"Al Comando de las tropas bolivianas.— Ofrecemos a Jefes y subordinados bolivianos que deseen conversar con nosotros amplias garantías e invitamos a realizar dicha conver-

sación en el pequeño cañadón y en el campo de nadie.
(Fdo.) Capitán Facetti. XII/11/1933".

Los gestores paraguayos esperaron media hora, o sea, hasta las 9.54, sin tener resultado. En vista de ello, comisionaron al Tte. Jenaro Espínola al Puesto de Comando del Tcnl. Arminio Abaroma, el que comunicó al Tcnl. C. Bánzer, que junto con el Tcnl. E. González Quint se encontraban responsables de las dos Divisiones bajo su mando. El Tcnl. C. Bánzer, no encontrando en su Puesto al Tcnl. R. Moreno, comisionó a su Jefe de Estado Mayor, Jorge Rodríguez, para entrevistarse con el parlamentario enemigo.

Luego de los saludos de rigor, el mayor Jorge Rodríguez sostuvo el siguiente diálogo con el parlamentario paraguayo:

—¿Tiene usted, Teniente, facultades de su Comando para entrar en conversaciones con nosotros?

En vista de la contestación afirmativa, el Mayor Rodríguez mostró la carta del Mayor A. Volpe a su interlocutor, para que se enterara de ella. El Tte. Espínola, luego de leer la aludida nota expresó:

—Nada sé sobre el contenido de esta carta y aseguro que mi Comandante tampoco sabrá pues el firmante de este documento es de otra Unidad y no pertenece a la I. División

Mientras se comunicaba telefónicamente al Tcnl. C. Bánzer la respuesta del Tte. J. Espínola, siendo horas 10,30, el Mayor J. Rodríguez hizo otra pregunta al oficial paraguayo:

—Si el Comando de su Unidad no tiene conocimiento del contenido de la carta del Mayor Volpe, ¿no podría hacer averiguar por radio con el General Estigarribia?

El Tte. J. Espínola le pidió que para tener una solución más rápida, se entrevistara con el Comandante de la I. División paraguaya, Tcnl. Rafael Franco, proponiéndole acompañarle hasta su Puesto de Comando, lo que se hizo. Habiéndose adjuntado a ambos el Ayudante del Mayor Rodríguez, Tte. Antonio Ponce, se embarcaron a horas 11 a.m., con más el capitán Oscar Echeguren, en el automóvil del Co-

mando Divisionario, partiendo en dirección a la recta "Teniente Hernán Valilla", donde les esperaba el Tcnl. Rafael Franco, acompañado por seis Jefes de su Estado Mayor.

Luego de los saludos de estricta cortesía militar, se produjo un diálogo tajante entre el Mayor J. Rodríguez y el Tcnl. R. Franco.

Manifestó el Mayor Rodríguez:

—Vengo de parte de mi Comandante, el Tcnl. C. Bánzer, para averiguar respecto a una carta que nos dice existir el Mayor Alejandro Volpe, Auditor de la 7ª División paraguaya y dirigida a las Fuerzas bolivianas.

Con cierta molestia de que alguien se le haya anticipado en el trámite de rendición, como poco tiempo atrás, a su vez, él mismo se anticipó a su Jefe Estigarribia, precipitando la victoria paraguaya en el gran cerco, expresó el Tcnl. Franco:

—No estoy enterado de la existencia de ninguna carta.

—¿No puede hacer averiguar el paradero de la carta y su contenido?

Contestó Franco aún más cortante:

—No tengo nada que ver sobre lo que ocurre en otro sector.

En vista del secante ambiente presentado, después de segundos de agria contención Rodríguez preguntó:

—¿Puede hablar con mi Comandante, Tcnl. Bánzer?

—No tengo inconveniente en recibirlo.

En tanto que se producían las idas, venidas y consultas, como medio de dar tiempo al tiempo, esperando una salvación que viniera de las fuerzas que estuvieran fuera del cerco, entresacando lo preciso de los informes de los Tenientes Coroneles Bánzer y González Quint, se consideró con éstos y con su personal de Estado Mayor, la suma gravedad del caso. Se concluyó en que no restaba más que la rendición, por el estado físico y moral de la tropa, impuesto por la falta de alimentación y, sobre todo, de agua. Cortados todos los caminos por el enemigo; la mortandad continua en los charcos de agua; por la obra permanente de la artillería y mor-

División de Infantería del Ejército Nacional Tcnl. don Rafael Franco, se recibió al Jefe de Estado Mayor de la 4ª División Boliviana, Mayor Rodríguez, parlamentario de los comandos de la 4ª y 9ª Divisiones del Ejército de Bolivia, invitándome a una entrevista, de acuerdo a una carta recibida, a los fines de establecer las condiciones bajo las cuales se procederá a la entrega de sus respectivos efectivos de guerra, aceptado por parte de este Comando, presentáronse en el Puesto de combate de la División los señores Jefes Coronel Carlos Bánzer, Coronel Emilio González Quint, siendo las 14 horas..."

Tanto Bánzer como González Quint, pidieron que se permita sacar a enfermos y heridos hacia Saavedra, con todo el personal sanitario; que no se debía tomar represalias con las tropas por la destrucción de su material, conforme ocurrió en anteriores ocasiones.

A lo primero, se negaron rotundamente, prometiendo en cambio, la correspondiente atención, debiendo colaborar el personal médico boliviano con sus disponibilidades. Por ello dejóse intactas las ambulancias y cuatro camiones más, destruyéndose el resto.

A las tres de la tarde de este luctuoso día, entraron Jefes, Oficiales y soldados paraguayos imperiosamente en la Picada. ¡Todo estaba consumado!....

¿A qué puede reducirse numéricamente el contingente humano comprometido en la maniobra de rodeo más basta, empleada en las contiendas sudamericanas, para rendir o reducir una fracción del Ejército boliviano, abatida en las condiciones más insalvables ya mencionadas?

Por el lado paraguayo actuaron veinticinco regimientos de tres batallones cada uno, constituyendo una cantidad de cuarenta mil hombres combatientes de primera línea, que por las bajas producidas en los asaltos frontales en el frente de Alihuatá, pudieron reducirse de treinta y tres a treinta y dos mil hombres.

Bánzer afirma que se trataba de cuarenta y cinco mil soldados paraguayos que participaron en las acciones del cerco....

Pero la Compañía Unificada "Pro-Absurdo" trabajó también diligentemente con el otro afortunado socio, quien, en vez de continuar su arrollador copo hacia Muñoz, con dos Divisiones suyas (la 8ª y la 6ª), con lo que pudo darse fin a la estéril contienda, no sólo ordenó su retiro, permitiendo libremente el gran repliegue de los efectivos bolivianos, sobre cuya base constituyóse un nuevo Ejército, sino que suministró un incremento mayor, pues fue el enemigo triunfante el que solicitó un armisticio por diez días.

La explicación sobre el aumento del capital, fue dada en el diálogo que sostuvieron los Dos Grandes empresarios un año y medio después.

Peñaranda preguntó a Estigarribia:

—¿Por qué solicitó el armisticio inmediatamente después de Campo Vía, en vez de aprovechar la victoria lograda, para imponer la terminación de la campaña?

Estigarribia contestó dando tres razones:

—Por el estado de desgaste de sus tropas después de la batalla.

—Por haberse librado del asedio considerable cantidad de los efectivos bolivianos.

Y poniendo la palma de su mano diestra en el hombro del interlocutor, con insospechada finta que sacudió las fibras más sensibles de aquel, concluyó:

—Porque a la cabeza de las fuerzas recobradas se hallaba ya un Jefe experto en el dominio de las tretas propias de la selva.

Respecto a la cantidad de efectivos nuestros, el Coronel boliviano Rogelio Ayala M., en su libro titulado "POR QUE NO GANAMOS LA GUERRA DEL CHACO", proporciona los siguientes datos numéricos.

"Tenemos anotado que el efectivo del Ejército a comienzos de octubre de 1933, era de 13.500 hombres en todo el Chaco, DISTRIBUIDOS ASI: 1.500 pertenecían al II C.E.,

CH'AJMIDAS

300 a Nanawa, 5.000 a Gondra, desde Bullo a Pirijayo y 4.000 a Alihuatá, desde Charcas hasta Puesto "K".

"De aquí resulta que el I.C.E. contaba entre sus 3 Divisiones con 11.000 hombres, a los que se agregaron en los dos meses de la batalla 2.000 reservistas llegados del interior del país, elevándose el total a 13.000 combatientes en la zona del I.C.E.

"Después de la batalla, las cifras son las siguientes":

Prisioneros caídos en Campo Vía	4.826
Bajas entre muertos, heridos, enfermos	2.674
Total	7.500
 Salieron a Nanawa rompiendo el cerco	 3.000
Tropas plegadas de Nanawa	2.500
	5.500

"En consecuencia, el total de nuestras pérdidas, muertos, heridos y enfermos evacuados suman 7.500 hombres. Cualquier afirmación en contrario no tiene otro alcance que el que busca la propaganda interesada.

"Los 5.500 hombres que salvaron del desastre de la zona del I.C.E., sumados a los 1.500 de los sectores Corrales y Fernández, constituyeron la base, sobre la cual se hizo el milagro de organizar el tercer Ejército de Campaña y continuar la lucha hasta el final de la guerra".

El Paraguay no ha resultado muy lucido con su triunfo. Si en los combates de Alihuatá y en el gran cerco de Campo Vía, tuvo 8.000 bajas, por el informe del doctor Juan R. Rivalola, cirujano militar del Ejército rival, se tiene conocimiento exacto respecto a la cantidad de enfermos y heridos que atendió su Sanidad, fuera de los caídos durante la batalla de Campo Vía, "que duró cincuenta días, habiendo empezado el 23 de octubre, terminando con la rendición de las Di-

VICTOR VARAS REYES

visiones 4ª y 9ª del Ejército boliviano, el 11 de diciembre de 1933".

Se tiene en dicho informe las siguientes cifras que marcan con categórica elocuencia el desgaste humano del enemigo:

Muertos	360
Recuperados en el frente ...	2.289
Evacuados	9.060
Hospitalizados	315
Total	12.024

El coronel chileno don Aquiles Vergara Vicuña, con severo análisis de lo empeñado por el contrincante para conseguir la lograda meta, expresa: "Por lo que queda constatado de manera matemática, las pérdidas paraguayas llegaron a rebasar no sólo los efectivos de las DOS DIVISIONES BOLIVIANAS que combatían, sino que también el total del Ejército de Bolivia desplegado en el Chaco".

"Esto es inconcluso, luego de revisar estos guarismos y es a la vez el más alto elogio que se puede hacer al soldado boliviano, duro y tenaz en la lucha, como pocos".

La Compañía Unificada "Pro-Absurdo" continuó con sus operaciones un año y medio más. Terminó (?) cuando Bolivia, amparada por sus montañas, se encontraba en condiciones de brindar el abrazo del oso a su consocio, en la epopéyica defensa de Villa Montes.

Retrocedamos hacia la Picada de la Salvación.

BIBLIOGRAFIA

- ARGUEDAS ALCIDES.— "LA DANZA DE LAS SOMBRAS".— 2º tomo.— Sbs. López Roberto y Cía. Barcelona.— 1934.
- DIAZ ARGUEDAS JULIO. GENERAL.— "Y ORARON POR LA PATRIA"— "PRESENCIA".— La Paz.— 6 de agosto de 1970.

CH'AJMIDAS

- GALVEZ MANUEL.**— ESCENAS DE LA GUERRA DEL PARAGUAY. Los caminos de la muerte".— "Humaitá".— "Jornadas de agonía".— Ed. "Tor".— Buenos Aires s/a.
- HERTZOG ENRIQUE.**— Respuesta a la publicación de Humberto Vásquez Machicado.— "EL DIARIO" La Paz.— 31/V/1962.
- ICHASO URQUIDI ARMANDO CORONEL.**— EL ASEDIO DEL CHACO Y SUS ENSEÑANZAS MILITARES.— (Inédito).
- KUNDT HANS. GENERAL.**— "CAMPAÑA DEL CHACO".— Ed. Don Bosco.— La Paz. 1961.
- PEREYRA CARLOS.**— "BREVE HISTORIA DE AMERICA". Editorial "Letras". Santiago.— 1938.
- QUEREJAZU CALVO ROBERTO.**— "MASAMACLAY".— Empresa Industrial Gráfica Burillo.— La Paz.— 1965.
- QUINTANILLA CARLOS. GENERAL.**— "A LA NACION".— Tarija, 1933.
- SAAVEDRA BAUTISTA.**— "EL ULTIMO JIRON DE LA PATRIA".— Ed. "Universo".— La Paz.— 1941.
- SALAMANCA DANIEL.**— "DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA GUERRA DEL CHACO".— Ed. Don Bosco.— La Paz. s/a.
- SANTA CRUZ VICTOR.**— "EL CERCO DE CAMPO VIA".— "EL DIARIO". —La Paz. Nos. 17, 18, 20 I/1967.
- SOLARES LEONIDAS. MAYOR.**— "BOQUERON".— "LA RAZON". La Paz.— 31/VII/49.
- TABORGA ALBERTO. MAYOR.**— "BOQUERON".— "EL DIARIO" La Paz. 12/IX/65.
- TORRES ORTIZ HUMBERTO. CAPITAN.**— "CAMPO VIA".— Ed. "Fénix".— La Paz, 1937.
- VASQUEZ MACHICADO HUMBERTO.**— "DOCUMENTO HISTORICO SOBRE LA GUERRA DEL CHACO".— Public. póstuma.— "EL DIARIO".— LA PAZ.— Nos. de 29 y 30 de mayo de 1962.
- VERGARA VICUÑA AQUILES. CORONEL.**— "LA GUERRA DEL CHACO" — T. I, IV y V. Lit. e Imp. Unidas.— La Paz.— s/a.

"¡Y SIGA PUE... BOLI!"

O LOS DESFILES DE
LA AMARGURA

"¡Y SIGA PUE... BOLII"...

Ingreso de jefes y oficiales paraguayos a la Picada.— Primeros atracos.— La caravana fantasmal.— Las calles de la Amargura.— Isla del Hambre.— Paso por Asunción.— Cuartel de Paraguari.

A las tres de la tarde de aquel luctuoso día ¡11 de diciembre de 1933!, pisando fuerte en el Chaco, entraron a la Picada, jefes, oficiales y soldados paraguayos, mirando los escuálidos rostros de los nuestros, que en un hacinamiento calamitoso hormigueaban por las orillas del camino.

¡Todo estaba consumado!

Al pasar por nuestro puesto un jefe paraguayo, distingue a uno de los camaradas, con su mochilla bien cargada. Dice, como burlándose, hablando como si se apretara la nariz, tono gangoso que tendríamos que soportar una eternidad:

—¿Para qué, nicó, se carga tanto?

Luego, reflexionando, como un Breno criollo, en vez de decirle "¡Vae victis!", gritó imperativamente:

—¡Traiga eso!

No obstante la débil resistencia, el aludido no tuvo más remedio que mostrar el bulto. El "pila" examinó ávidamente el contenido. Aligeró al contrariado compañero de

prendas de cierto valor, difícilmente ocultables del atavío; entre ellas, la pistola del capitán Illanes.

Un oficial que andaba cerca, arrebató su saxófono al "músico" de nuestra Batería....

Llamaron desde el Puesto de Comando a los jefes y oficiales bolivianos, para emprender un nunca imaginado viaje, ni en la más atroz de las pesadillas. A los de tropa, los paraguayos nos indican seguir un camino próximo para llegar a una **aguada**. Protestaban por la inutilización de nuestros camiones que hubieran servido, según ellos, para transportarnos.

Andamos más que rápido, pero sin poder llegar al puesto de agua anunciado. Los verdeolivo repetían sin cesar:

—¡Má allá...! En seguía....

—¡Y siga pué, bolil....

Desde la indeseable Picada donde caímos, atravesamos una senda que debía empalmar con la Avenida Hernán "Velilla", llamada así por los paraguayos, que comunicaba por el Oeste con la Recta Saavedra, Kilómetro 22, y por el Este con Gondra. Encontramos en las posiciones nuestras cadáveres insepultos de bolivianos, con heridas en la cabeza y pecho, con las manos crispadas en dirección al frente enemigo. También se mostraban restos de miembros humanos, esparcidos en los árboles cuyo ramaje estaba cubierto por el polvo del suelo revuelto.

Con rostros resplandecientes aparecieron soldados paraguayos. Algunos de ellos, al observar las caras llenas de angustia y mirada algo extraviada, de los que esperaban llegar a la aguada prometida, convidaron agua de sus caramañolas. ¡Era agua cristalina, limpia, dulce, que no se tomó desde el ingreso a las infernales tierras del desierto verde! Invitaron a un sorbo, y adelante... Otros del uniforme verde olivo, miraban pasar a los escuálidos seres humanos vencidos, con una mezcla de curiosidad e indiferencia.

Y llegamos a la Avenida "Velilla" para tomar la dirección a Gondra. Todo el grueso de los caídos se fusionó allí, haciéndose un hervidero de hombres pálidos o bien, quemados.

dos por el sol, macilentos, de gesto ansioso e inseguro. Ya iba a empezar otro calvario. Encontramos diseminados, montones de cadáveres, resultados de los últimos asaltos.

Los paraguayos, saliendo de las posiciones, formaron calles estrechas por donde debíamos pasar. La primera mirada de angustia de los vencedores, era a nuestras caramañolas alemanas. Yo llevaba la mía, escondida debajo de la blusa. Nos asaltaron, quitando ropa, zapatos, "chocolate-ras", o sean medias botas. Alguien al paso me tira de mi caramañola. Me imagino estar libre y lanzo una exclamación de protesta, desprendiéndome y avanzando. Entonces un "pila", de cierta edad, robusto y de rostro moreno, se me avanza y grita:

—¡Boli añámembuy!...

Y me da fuertes golpes de plano con su machete. Había que soportar los golpes en quietud, pues un movimiento cualquiera podría tener como resultado cortes en las partes de la cara.

Seguimos. De vez en cuando encontramos los mismos grupos de enemigos que esperaban nuestro tránsito. Según sus necesidades y en la posibilidad de encontrar prendas que les convengan, miraban rápidamente al conjunto. Y exigían enérgicamente:

—¡Dáme tu pantalón! ¡Te daré agua!

—¡Pero no tengo otro!

Y ya en son de amenaza:

—¡Dame, te digo!

Y el compañero tenía que ir a un lado, quitarse el pantalón y entregarlo.

A otros:

—¡Dame tu blusa!

—¡Sácate los zapatos!

Era de ver, a más de la faz casi cadavérica de los nuestros, ese gesto de dolor, de impotente cólera, de exasperante angustia al verse desnudados en forma tan expeditiva.

Algunos no quisieron quitarse los zapatos, rebelándose por la violencia empleada con ellos. El "interesado" le indicaba un costado del camino donde debía ir de grado o por fuerza el boli, con la promesa de un cambio. Un golpe seco de machete se escuchaba, o un disparo... Y adelante.

Varios de los nuestros tenían anillos de oro o dientes ornados con este precioso metal. El caso era gravísimo para los que no podían ocultar oportunamente el aro o disimular la dentadura.

—¡Quiero tu anillo!

—No puede salir del dedo.

—¡Dame, te digo!...

Y tomándole la mano, le propinaba un machetazo, rebanándole un dedo si la suerte hacía que fuera certero. Si no, algunos dedos más, las falanges...

Al mirar a los de dientes de oro, mañosamente les decían:

—Vení, te daré agua, galleta, yerba.

—No quiero.

—¡Vení, te llama el Jefe!

Y velis nolis lo conducía dentro del bosque, a un costado de la Picada. Un golpe de culata, un grito de dolor... Un disparo. Teníamos un compañero menos. Podíamos ya apreciar la habilidad del saqueo a los enemigos que se ensañaban contra quienes se encontraban extenuados, embrutecidos, impotentes por todas las penalidades sufridas.

Como se produjo una fugaz lluvia el día anterior, el paso de los motorizados originó baches que conservaban el fango formado. Se aprovechaba la humedad consiguiente para humedecer los labios con el barro.

Se iban perdiendo en el horizonte los celajes en la atmósfera tropical y el sol de sangre chaqueño iba a su ocaso. Moría el día, sumándose a nuestra desesperación. Y debíamos continuar caminando poseídos de incontenible consternación. Y seguir sin saber dónde y hasta cuándo quedáremos en tan horrenda agonía...

Durante el tránsito, a ambos lados de la Picada encontrábamos cadáveres carbonizados, negros, de los nuestros, expuestos al sol calcinante.

De repente, se produce un agitado correteo. Los de la delantera encontraron un charco de agua. En un segundo nos metimos todos, bebiendo a rabiar un líquido turbio, mezclado con el fango, más denso a causa de nuestra irrupción. Llenamos las caramañolas que pudimos conservar tan difícilmente. Salimos del ocasional "curiche" a duras penas, pues había compañeros que al "opilarse", no podían moverse fácilmente. Algunos murieron.

Después supimos que en ese charco lavaban su ropa los paraguayos y bañaban también a sus caballos. Pero al fin y al cabo, era agua el líquido que ya parecía utópico el obtenerlo para los febriles labios de los cercados.

En hora avanzada de la noche llegamos a los campos de Gondra. Debíamos descansar de la amarga jornada. Todos los compañeros hicieron fogatas, cuyas luces venían desde muy lejos. Sin las luces de los fuegos, la noche era demasiado tétrica y cuya negrura acrecentaba las tinieblas de los Espíritus. Eramos dueños en esa noche del espacio donde podíamos tendernos para procurar dormir.

Al día siguiente nos dieron el "cocido", o sea el desayuno con yerba hervida y colada, acompañada con tres "galletas", bollos aprensados de harina de mandioca, que tomamos con la mayor de las ansiedades. A continuación se ingresó a un "trueque" comercial entre los nuestros y algunos paraguayos; éstos conseguían calzado, "colanes" y jarros "Vickers" a cambio de algunas galletas y un poco de yerba mate... Y había que aceptar cualquier cambio propuesto, antes de que otros verde-olivos arribasen por la fuerza, sin miramientos de ninguna especie.

Tuve la suerte de encontrarme presente cuando un "clase" paraguayo indicaba que los enfermos formen columna para ser conducidos al Hospital. Ya me encontraba en Campo Vía con desolladuras en los pies por el deterioro de los zapatos de tropa, contribuyendo el polvo del camino que

se metía en ellos a la infección de las heridas, multiplicadas por la torturadora caminata. Me incorporé al grupo para ser conducido al Puesto de Sanidad. Cuando formados esperamos al médico militar paraguayo, éste, con un retintín especial burlón, nos dijo sarcásticamente:

—¡Digam un poco ahora "gallinas argentinas"! ¡Bolis, bolaz! Sigam al "Paraguaycito"...

"Gallinas argentinas" era uno de los insultos que más dolían a los enemigos, lanzados en los espacios que medaban entre el intercambio de fuego de hostigamiento.

Y se va. Queda un Suboficial sanitario nuestro. Para toda curación los paraguayos dieron, como en gesto de desprendimiento, algunos pedazos de algodón, un frasco de agua desinfectante. Sin embargo, cuando se produjo la rendición, con el compromiso de atendernos con nuestros propios medios de la Sanidad Boliviana, se entregó toda la existencia de medicinas, equipos sanitarios, carpas, camillas, camiones, etc... Pero esto último lo ignorábamos, o sencillamente, nos olvidamos con el aturdimiento producido por la indeseable situación.

Nos mantenemos con sólo el "cocido" matinal que por suerte logré para mí, pues muchos quedaron sin esta ración. Indicaron no haber provisiones, por su agotamiento en relación a la enorme cantidad de prisioneros. Y teníamos que seguir adelante.

En la formación de diana se organizan compañías (ellos llaman "pelotones") que partían a medida que se completaba el número acordado. Formo parte de una, comandada por un verde-olivo semiloco que a cada momento disparaba su fusil al aire, apuntando de vez en cuando al cuerpo de los nuestros sin descerrajar, por suerte.

Seguimos en busca de agua. El itinerario del viaje era volver a Alihuatá, para continuar por Arce, Boquerón, Isla Poí, hasta el Kilómetro 145. Encontramos a Alihuatá aún humeando. Todo estaba incendiado. Los paraguayos habían armado grandes carpas. Prosiguió la aligerada de las prendas

que nos quedaban. Era considerado como afortunado quien las mantenía.

Al llegar a Arce ¡con qué mirada plena de pesadumbre contemplamos las aguas cristalinas disminuidas del río Verde, algunos campos con plantaciones de maíz; el Fortín que tanto dinero costó a Bolivia, incluso el famoso puente, que no había consistido más que en unos cuantos maderos que cruzaban la parte más mezquina del mísero caudal ¡de la corriente!... Pero no era oportuno el dedicarse a reflexiones. El hambre, el cansancio, las heridas de mis pies, me pusieron en una situación de intensa tortura emocional y física.

Para la prosecución del viaje nos repartieron un tarrito de carne conservada destinada a cada cuatro individuos. Era realmente atormentador el atravesar todos los puestos tan pacientemente instalados por nuestras tropas en tiempo de paz y abandonados cuando la nación confiaba en una victoria reivindicatoria.

Y andamos macilentos, por el camino arenoso, conversando con amigos de vida civil con los que casualmente me encontraba. El dolor de los pies aumentado por las inclemencias se tornaba intolerable. Ambos talones tenían enormes ampollas y heridas que subían hasta los tobillos. En momentos me apoyé sobre las plantas para poder caminar. También se resintieron. Busco medios, pisando con las partes laterales de los pies. Y poco a poco resultaba contraproducente el recurso chaplinesco.

Moría la tarde. La atención que prestaba a la colocación de los pies para poder caminar y las consiguientes detenciones, me retrasó de los compañeros cuyas voces se oían a lo lejos. Me había quedado rezagado con tres indígenas que estaban en iguales condiciones que yo. Se perdieron las voces de los delanteros. Anochece inexorablemente.

Lleno de angustia y dándome cuenta de las fatales consecuencias de la situación, dije a los otros muchachos retrasados.

—¡Hay que hacer un esfuerzo para alcanzarlos!

—¡No poido! contestan a la vez, con aire lastimero.

—¡Yo tampoco puedo, pero debemos apresurarnos, porque nos han de matar! les dije. Y yo, que apenas podía pisar, con el esfuerzo que la enérgica resolución de no quedar para pasto de buitres en ese suelo maldito, que no merecía el brutal derramamiento de la sangre de dos pueblos, ando a zancadas, queriendo tragar velozmente la distancia que me separaba del grueso. Caminaría una cuadra o un poco más, cuando escucho espantado algunos disparos.... El grupo que venía después de nosotros, encontró tres cadáveres de indígenas nuestros, muertos con balas y abandonados en el camino.... Yo llego a Yujra, donde los compañeros descansaban y me echaban de menos, concidiendo con la orden de continuar tan inopinado viaje.

Al llegar a Boquerón, nos hacen dar rodeos para no pasar por el Fortín, indicándonos un campo para descanso, a la vera de unos charcos de agua formados por las lluvias. Algo distantante aparecía una "cañada". Y debíamos dividir la noche, entre querer dormir agobiados por el cansancio moral y físico y defendernos de la avidez de los mosquitos....

Nos contó un compañero llegado inmediatamente después de nosotros, que a Fritz Martins, camarada de armas del "Pisagua", primero le quitaron sus lentes. Como ya no podía caminar más por encontrarse completamente extenuado, los del grupo vieron horrorizados que un custodia preparaba su fusil para matarlo. Se intercedió por él, con el compromiso de cargarlo, aunque todos estaban igualmente fatigados por las enormes jornadas efectuadas en tan deplorables condiciones.

¡Estábamos en el Fortín paraguay, tomado varias veces por nuestras armas y que representó otrora el heroísmo, abnegación y resistencia de unos cuantos bolivianos!...

Arrojados en el hostil bosque, sufrimos dos días de fuertes lluvias, refugiándonos debajo de algunos árboles plagados de orugas, atacados por millares de mosquitos.

Felizmente llega un convoy de camiones. Llamen a reconocimiento a los enfermos imposibilitados de caminar. Muestro mis pies y aceptan incorporarme a los grupos que

han de ir en los motorizados. Así embarcado continué el viaje por la ruta Boquerón, Isla Poí, Pozo Azul, Casanillo, apreciando las bondades de este camino amplio, mejorado en tristes circunstancias por los prisioneros bolivianos caídos en acciones anteriores y cuya existencia, conocida gracias a la prensa nacional y a la extranjera, nos imaginábamos ser una especie de novela de aventuras, buena para pasar el rato con su lectura, sin pensar ni remotamente que pudiéramos correr la misma suerte.

A lo largo del camino nos topábamos con los compañeros de caída que, menos felices que nosotros, les tocó la tarea de ganar a pie todo el trayecto, disminuyendo su efectivo por la fatiga, debilidad suma y por la caricia de la muerte, venida por sí o provocada por los conductores, con lo que terminaban todas sus penalidades.

Llegamos a Kilómetro 145, de noche. Nos metieron como a ganado en unas alambradas. Severa fue la vigilancia. A los dos días siguientes, seguimos el viaje, embarcándonos en el tren que va a Casado, siendo acosados en forma infernal por los mosquitos que por millones, por "nubes" llenaban el aire. Para librarse momentáneamente de la plaga era indispensable estar en continuo movimiento, pues un segundo de quietud bastaba para quedar cubierta la cara con los zancudos que velozmente se posaban y con toda saña empezaban a chupar la sangre. Pero lo hacían incluso por encima de la ropa de kaki, produciendo desazón y hasta fiebre.

Anochece mientras nos acercamos a Casado, puerto nominado así por ser asiento principal de las fábricas de tannino y varias industrias de la firma "Carlos Casado Ltda.", propietaria de 1.800 leguas cuadradas de terrenos en el Chaco Boreal, obtenidas mediante compra del Estado paraguayo, a razón de 100\$ nacionales argentinos la legua cuadrada. La poderosa firma, según especie corriente, vendió 100 leguas cuadradas a 23.000\$ oro la legua de igual superficie, a la colonia de memnonitas....

Puerto Casado es importante, no sólo por las industrias instaladas allí. Es mucho más que eso. Representa la llave principal de penetración al Infierno Verde. Nos acordamos del bombardeo efectuado por la aviación boliviana, que originó un revuelo diplomático y una nota hasta descomedida del canciller argentino Carlos Saavedra Lamas, relacionado con los ávicos industriales. Teníamos curiosidad de conocer los efectos causados por las bombas. Pero no pudimos cumplir nuestro propósito. Llegamos a las diez de la noche más o menos, dominados por una hambre atroz, pues estábamos sostenidos nada más que por el desayuno de mate cocido proporcionado en Kilómetro 145, siendo de advertir que en la jornada anterior, igualmente estuvimos sólo con el "cocido" y tres "galletas", que dieron en Boquerón. Vimos algunas luces en el Puerto. Al bajar del tren, rápidamente nos embarcaron en un vapor. Pensamos que continuaba nuestro viaje, pero sufrimos una equivocación. Nos hicieron dar una vuelta, parando en una "isla" situada enfrente del puerto. Se trata de un pequeño delta formado por el río Paraguay, que según las ocurrencias aventureras de éste, tanto dura como después desaparece. Un gran arenal llano, donde reinaban algunos arbustos grandes que hacían de marco y fueron rodeados por un cordón de centinelas fuertemente armados. Ya podíamos siquiera descansar.

Depositados como ganado, sólo quedaba el recurso de tenderse y procurar conciliar el sueño. Constituimos un grupo de cuatro compañeros del Regimiento "Pisagua", que volvíamos a vernos después de nuestra distribución a diferentes unidades en el Chaco.

La noche estrellada, el ambiente de frescura y toda la intensidad de las emociones acumuladas, tanto en la línea de fuego, como por la pavorosa del viaje y del cautiverio, invitaban a charlar, haciéndolo en voz baja. La conversación hacía-se más floja. Algunas preguntas más quedaron sin respuesta. Entonces noté que mis compañeros dormían profundamente. Los envidio porque yo no puedo hacer lo propio. Llenaba m imente un kaleidoscopio de recuerdos y reflexio-

nes. ¿Qué será de la Patria lejana? ¿Cómo estarán los de mi familia? ¿Cuál será la situación de los combatientes que quedaron en el hostil suelo chaqueño, tan voraz de carne y de sangre humana? ¿Cuál será la conclusión de la campaña, de esta Compañía Unificada "Pro-Absurdo"?

Preséntase una deliciosa alborada. El sonrosado sol de Oriente tiñe las copas de los arbustos y bajando al suelo dora el campo, la playa y las azules aguas adquieren matices, brindando ir hacia ellas para envolvernos con los elásticos brazos de sus ondas. Mas está visto que hay situaciones en las que está vedado el admirar inéditas bellezas rústicas de la creación... Los custodias a palos nos hacen formar en largas hileras para la distribución del "cocido". Pero, encontrándose allí el grueso de los caídos, la columna resultaba enormemente larga, obligándonos al mutuo empuje de unos con otros, dominados por una incontenible ansia de colocarnos en las hileras siquiera próximas a la cabeza para recibir pronto nuestra ración. Nos agarramos a empujones entre los compañeros. Conforme a las leyes de la supervivencia, los débiles —que son los más— resultaban perdiendo, como siempre que se emplea el recurso de la fuerza como *última ratio*. Y precisamente quedaron rezagados los enfermos, avitaminados, disintéricos y agotados. No podían pelear ni enfrentarse con ventaja.

Comenzó el reparto del "cocido" a las seis más o menos de la mañana, durando todo el día y hasta gran parte de la noche. Era tétrico el desfile de hambrientos que tomaban aspectos de condenados en cuadros dantescos. Por centenares, sólo eran piel y huesos, con rostros parecidos a los humanos. Se recibía la ración en un lugar, para pasar en seguida cerca a un grupo de árboles para el control.

Y el reparto seguía, acompasado con las exclamaciones de los que no podían esperar su turno; de los repartidores que a rebencazos exigían orden; de los codazos y puñetazos de los más impacientes. De pronto se produce un coro de rugidos de protesta. ¡Se acabó el "cocido" faltando servir más o menos a la mitad del total!... Los encargados prometen

preparar otro turno y que se debe esperar. Aquí se multiplican los gritos y gestos de desesperación y las muecas de desaliento.

Pero el hambre acosa tiránicamente a todos, aun a los que lograron recibir el desayuno.

Nos bañamos. ¡Qué delicia poder bañarse en un río de agua cristalina y dulce! La sentimos tan dulce, que nos imaginábamos que quien sabe tiene azúcar. Durante el baño apreciamos los despojos humanos, pues no otro calificativo podría atribuirse a millares de hombres que, puestos en absoluta desnudez, sólo exhibían esqueletos que querían independizarse de su envoltura...

Salimos del baño con más hambre que antes. Algunos indígenas idearon ponerse a pescar para tener algo que comer. Sin saber nadar y con el interés de la pesca llegaron a tocar zonas de corriente interna del río, salvándose de ser ahogados en un esfuerzo supremo instintivo, muriendo más de uno. Un puneño resultó muerto por un caimán.

Muchos camaradas, completamente agotados, carentes de fuerzas para poder permanecer de pie, se tendían en el suelo, llenando el espacio con su mirada poblada de desaliento. Cuando eran llamados para recibir su ración, más de un "repete" yacía muerto en el sitio que había elegido para descanso que le resultó el definitivo.

El inmisericorde laxamiento es embrutecedor. El sol tropical lanza fuertemente sus rayos, quemando la abrasadora arena fina. A causa de la enorme cantidad de los cautivos, era suerte conseguir sitio bajo la sombra de los escasos árboles. Tampoco es un reposo satisfactorio por la incomodidad, el desbordante aburrimiento y el apetito que como un perro bravo, implacable, no soltaba su presa. Resolvemos meternos nuevamente al agua, bañarnos, lavar nuestra ropa mugrienta, aunque tengamos que salir más famélicos.

Un amigo sanitario llegado al puerto antes que nosotros, nos comunicó ser necesario disponer de papeleta de vacuna, desinfectar la ropa y hacerse cortar el cabello a rape, para ser admitidos en los vapores de conducción. Les

hablo a los cuatro amigos para llenar estos requisitos. Nos guía el sanitario, quien nos vacuna, nos pone una inyección antitífica. Y llevándonos hasta el puesto del peluquero, nos hace incorporar en la formación para esperar el turno correspondiente. Salimos libres de cabellos y barbas, rasurados con la misma máquina. Sonreía la esperanza al estar pres-
tos para continuar el viaje.

Anochece. Antes de "acostarnos" teniendo como le-
cho el suelo y como cobija el firmamento, propone uno de los compañeros el volvernos a bañar. Al alejarnos, nadando, notamos que se iba formando otro cordón de centinelas, ha-
ciendo una división de la tropa. Al salir a la orilla, nos colo-
camos cerca de estos cordones para reposar a la vez que escuchar algo que nos pueda interesar. Oímos el ruido de la
llegada de un vapor. Un grito domina el silencio. "¡Aquí los
del Florida!"

Nos incorporamos en nuestros sitios. Los centinelas nos
impiden introducirnos en un grupo. Intuyendo decimos que
somos del "Florida", unidad de asalto que hizo célebre el Ca-
pitán Francisco Manchego, compuesta en su mayoría por
cruceños. Nos dan paso. Avanzamos hacia el embarcadero.
Allí, mostrando como credenciales la papeleta de vacuna y
la cabeza rapada, aceptaron nuestro ingreso. Un suboficial
nuestro trató de comprobar si realmente éramos o no del
"Florida". Hace un reparo, mas no lo tomamos en serio. Con
toda suerte, con nosotros se completó el número destinado
para la conducción. Anhelosos, ganamos la cubierta donde
ya estaba instalado un numeroso contingente de prisioneros.

La atmósfera está desmesuradamente cargada. Circu-
la un airecillo húmedo, característico de la segura lluvia.
Hieren el manto oscuro de la noche luminosos relámpagos ca-
da vez más cercanos. Dejamos la "Isla del Hambre", así bau-
tizada por nosotros y ratificado el pavoroso apelativo por los
componentes de los grupos que sucedieron después. Aun al
evocar este episodio asoma un súbito estremecimiento ins-
tintivo.

Al partir el vapor, de pronto cae con furia un violento chaparrón, con un imponente séquito de viento huracanado, cintilantes relámpagos y potentes truenos en una infernal orquestación. En la cubierta no teníamos ningún resguardo. ¡No había más remedio que soportar estoicamente tan tremendo aguacero, quedando totalmente mojados! ¡Y nos acordamos de los compañeros que quedaron en la Isla del Hambre, desposeídos hasta de prendas de vestir y que por este violento reparto de meteoros estaban condenados a nadar en la arena! ¡Y pensar que muchos de los nuestros, en las condiciones más desastrosas, han permanecido allí por espacio de veinte días, o más! Nos saca del ensimismamiento un paro de la Cañonera "Daiman", que así dijeron los paraguayos que se llamaba el vapor. La lluvia había ocasionado la aparición de ciertos obstáculos en la ruta, interrumpiendo por algunas horas el avance del buque.

Contemplamos un amanecer desde cubierta. A la lluvia torrencial de la noche sucedió un intenso frío que obligó a apretujarnos para entrar en calor. Felizmente uno de los oficiales paraguayos tuvo —aunque tardía— la ocurrencia brillante de disponer se lance a la cubierta una carpa grande, ganada luego a tirones. ¡Cuánto bien nos hubiera hecho este implemento durante la noche de tormenta! Nos metimos dentro, atenuando con ello el rigor del frío y del viento húmedo que circulaba en forma penetrante.

La franca aparición del Astro-Rey, Dios de los Incas, nos llenó de satisfacción. Ya podíamos poner a secar las escasas prendas de ropa que aún teníamos.

La mañana tenía apogeo de galas, obsequiando a la vista hermosos paisajes en ambas orillas del río epónimo, festoneadas con una lujuriosa vegetación. El vapor seguía río abajo. La delectación del cuadro sorprendente de la naturaleza tropical vase disminuyendo por exigencia imperiosa del organismo que se traduce en intolerante apetito.

Las caras resplandecen ante el llamado a formación para el desayuno. Se imponía la materialidad de la existencia, aunque grosera, pero real.

El viaje continúa, llevando la carga humana de los vencidos, que en la cubierta hacen gran revoloteo, ya circulando por las diversas partes no vedadas de la cañonera de 75 mm., o poniéndose en las barandas para contemplar el paisaje, o lavando su ropa. Otros, quietecitos en sus sitios, tendidos, amargábanse aún más al recuerdo de la familia, de sus novias, que debían estar sumidos en un mar de angustias, sin noticias, ignorando sobre la real situación en que se encuentren sus seres queridos en su función de combatientes, después del último contraste.

Nos toman una primera filiación en la cañonera. Por conversaciones con algunos paraguayos, nos enteramos que ha de haber una tregua para considerar la terminación de la guerra, pudiendo, si prosperan las negociaciones, regresar a la patria apenas lleguemos a Asunción... Del fondo de la amargura surge en los espíritus un rayo de sol. Volver a la vida civil en paz, antes de pasar por las atroces contingencias que acarrea el ser prisioneros de guerra. Poder contribuir con mayor madurez para salvar al país de su infortunio después de la campaña....

Uno de los oficiales paraguayos de la marina de agua dulce, ágil como un mono pasaba de una baranda a otra, dando saltos elegantes. Habla a uno de los cautivos y luego se forma un corro. Entre los conversadores sobresale un oriental, a quien pregunta el lugar de su nacimiento. El muchacho, acicateado, proporciona detalles de su región llamada Santo Corazón.

—Ustedes no tienen la culpa de encontrarse en esta situación, manifiesta el oficial para granjearse la confianza. Salamanca y Kundt son los que se han opuesto a que se haga la paz. Este es el resultado...

—Sí —dice el oriental— hemos venido a la guerra simplemente porque nos ha tocado el llamamiento.

La charla concentrada entre el oficial "pila" y el cruceño, nos despertó la atención, pues con bastante astucia el uniformado verde-olivo conseguía hacer hablar a nuestro camarada, sobre los parajes cruceños, su gente, las distancias

entre sus ciudades principales; su comercio, etc. De pronto nos puso en guardia una pregunta que formuló, como quien no quiere la cosa:

—¿Conoce Puerto Suárez?

—Sí —dice el cruceño—. Allí tengo parientes. Es un pueblo de porvenir que permanece en atraso, porque está olvidado, como todo lo de esa región.

—¿Qué tal es la profundidad del río en Puerto Suárez?

El locuaz camarada iba a proporcionar mayores datos exactos. Pero todos interrumpimos con protestas, gritos y chistes. El oficial, después de llamarnos la atención sobre el respeto a la libertad de criterio del hombre, prudentemente se retira. Nuestro compañero se siente acosado por observaciones enérgicas que le hicimos sobre su lengua suelta. Pero se siente ofendido. Charla, dice, porque sabe castellano y tiene preparación.

Y por último, explota indignado, interpelando a su vez:

—¿Y qué les importa? ¡Déjenme a mí!

El incidente trae consigo discusiones entre nosotros sobre la guerra, la intransigencia de los políticos y militares de ambos países contendores. Y, lo más agrio: las causas de la caída en Campo Vía. Danzaban los nombres de Kundt, de Bánzer, de González Quint, sobre sus aciertos, recargando de tinta sus errores. Se citan con simpatía los nombres del Tte. Armando Ichaso, del Cap. René Santa Cruz, del My. Celso Camacho, que salieron del cerco con parte de sus unidades; incluso, al mentar uno de los contertulios, aun contrariando órdenes superiores. Entonces contaron la expresión del Jefe Divisionario, Tcnl. Emilio González Quint, quien declaró en Casanillo:

—He caído "de puro cantor".

Para quienes ignoren el sentido del modismo boliviano puesto entre comillas, corresponde explicar que la frase, en sentido peyorativo, equivale a "de puro músico", significando un daño inopinado que asoma de improviso, sin sospecharlo ni evitarlo. También se dice de la persona beneficiada, con desdén, que le ha venido una merced "por chiripa",

"por las puras uvas", etc. de sorpresa, casi sin merecerla, por un bien que ha despertado envidia o despecho.

El caso del Tcnl. Emilio González Quint, es que fue destinado como Comandante interino de la 4ª División en vísperas del gran cerco, sin tiempo para compenetrarse del sector bajo su comando, junto con el My. Jorge Rodríguez, sustituyendo al Cnl. Enrique Peñaranda y al My. Oscar Moscoso, muy conocedores de la zona. Como si fuera esto poco, estando su sector en gran peligro, se le deshizo de unidades, reduciendo el escaso efectivo, y, por último, como remachando la obra de la Compañía Unificada "Pro-Absurdo", confrontando todas las calamidades anotadas, en el momento crítico se le complicó adjuntándosele la 9ª División que buscaba su salida por Campo Vía hacia Campo 31...

¿Y el futuro de la guerra?

El oficial marinero había manifestado que la contienda ya estaba virtualmente ganada por el Paraguay, puesto que en Campo Vía cayó "lo mejor" del Ejército boliviano, produciendo en el informante, al comunicarlo, un vanidoso hormigueo interior.

—Sí pues, recalca uno de los cautivos. Han caído todas las tropas combatientes desde Boquerón, Arce, Kilómetro Siete, Campo Grande, etc. Desgraciadamente aún nos queda el esperar el fracaso completo de Bolivia.

Ya era bastante para aumentar el tormento interior que hería las entrañas.

Tercia uno de los cuatro amigos, que dice al que opinaba así:

—Permítame decirle que usted está falsamente informado. Bolivia dispone de mucha gente que aún no ha sido llamada bajo banderas. Es un país provisto de muchos recursos económicos intactos. La caída de Campo Vía es parcial. Pueden producirse grandes sorpresas... Y entonces...

Y la discusión divídese en dos corrientes. Unos creen en nuestra segura derrota, al paso que iban los acontecimientos; otros, manifiestan que nuestro país aún cuenta con factores positivos de triunfo. La discusión se enturbia. Algunos

llegaron hasta a cambiarse "un par de puñetes", moderándose presto por la presencia curiosa y vigilante de los paraquayos.

Preséntanse las cabezas hociudas de algunos "yacaré". Esto vuelve la atención general para poder distinguir los famosos saurios que en la Isla del Hambre mataron a un camarada.

La repartición del "rancho" origina otra vez empujones, codazos, y entreveros para colocarse a la cabeza de la columna. Algunos pretendieron entrar al asalto, ya terminada la distribución, para recoger el escaso sobrante. Con el impulso hacia los "fondos", un insatisfecho cayó de cabeza en un "tacho", originando risotadas, tanto de los nuestros como de los verde-olivos.

La noche cubre la extensión del panorama, haciendo esparcir ondas de calma en los ánimos. Todos buscan su rincón para dormir. La noche ha traído también, con la esplendidez del estrellado cielo, la profunda nostalgia que hace recordar las "brillantes" perspectivas de este involuntario viaje, relacionándolo con anécdotas ya sabidas de lo ocurrido con los primeros prisioneros. El vapor sigue rizando perezosamente las aguas. Reina el silencio de la paz onírica, sólo interrumpido por el marinero que en la borda grita con ciertos intervalos, al pasar la sonda:

—¡Doce piej y mediol...

—¡Diej brazoj ejcasoj!...

La caricia de la brisa matinal nos aligera del momentáneo sopor. No nos dejó dormir el abrumador peso de los recuerdos y de los sueños quebrados. El baño disipa en algo la tristeza, imponiéndose luego la delicia de la sublime salida del purpurino sol que conecta una eufórica corriente espiritual.

Puestos pequeños establecidos en las orillas encontramos al paso, donde atraca la cañonera, debiendo todos cargar la leña acondicionada para el caso en las márgenes. Algunos nativos buscan "mantas", moquiteros, para la venta, ofreciendo "cinco pesoj", "dié pesoj", aceptando algunos

afortunados compañeros que aún tenían esas prendas y que, engañados por la sonora oferta de los "pesoj", efectuaban la transacción comercial, resultando después que el producto de la venta sólo alcanzaba para adquirir uno o dos panes pequeños.

Llegamos a Pinasco, donde atraca el vapor. Este puerto es propiedad de la Compañía Internacional de Productos y Campos S. A., que funciona con capitales norteamericanos. Poseía 131 kilómetros de líneas ferroviarias, una flota mercante con diez chatas de 500 toneladas cada una, con muchas fábricas, obrajes, 50.000 cabezas de ganado vacuno, etc.

Desde una colina en donde notamos la presencia de algunas mujeres curiosas, hay "gringos" fornidos de tipo anglosajón, quienes, portadores de algunas canastas, arrojan al barco "mangos", naranjas, cigarros de hoja, actitud que ocasiona un inusitado movimiento en cubierta. Los nuestros se apretujan, corren, empellonean, para poder recoger algo. Se producen hasta cabezazos.... De todos modos esta nota no es ingrata. Somos obsequiados en forma elemental y expedita, sin retribución alguna. Desearíamos que nadie recogiera lo arrojado, como reacción nuestra, ante una caridad a pedradas. Pero los compañeros están a la expectativa de algo que les ponga en animación.

A mi sitio llegan dos cigarros de hoja. No hago más que extender la mano para cogerlos. Y al partir la embarcación, los espectadores costeños dan señales de despedida, sin insultos ni ademanes ingratos.

Comentamos la extraña actitud con cierto alivio entre los amigos. Pero una conclusión explica todo:

—¡Naturalmente! ¡Todos son extranjeros!

Hay alboroto. Un marinero paraguayo que lavaba su ropa en uno de los puestos especiales de proa, resbala, cae al agua y es empujado por el oleaje. Hace una curva nadando. El Capitán del barco ordena un viraje. Se recoge al accidentado entre las exclamaciones de alegría burlona de sus compañeros; pero el afectado, serio, demuestra estar avergonzado.

Reparten "rancho" a los paraguayos. Uno de éstos se presenta en una baranda que divide la cubierta de los otros compartimientos de la cañonera, con un plato lleno del codiciado alimento, conteniendo un enorme "zoquete" o presa de carne. Lo exhibe ante nuestras ávidas miradas, muy ufano y propone:

—¡Cuatro pesos!

Se le agolpan. Uno saca los "pesos" de níquel y le alcanza. Da en pago sólo un pedacito del "zoquete". Va al otro costado, igualmente ostenta la vianda y dice:

—¡Cinco pesos todo!

Paga un compañero los cinco pesos, pero "el comerciante" sólo le entrega la mitad, ocasionando murmullos de protesta.

Llegamos a Concepción en horas avanzadas de la noche. Ancla el vapor y se nos ordena bajar para cargar leña. Esta se encuentra en una colina, desde donde contemplamos a la "Capital del Norte" llena de luces, pero silenciosa.

No había tiempo para captar más visiones, porque nos apuran para el traslado del combustible. Cumplida esta misión, sigue el viaje.

En el día, al encontrarse próximo a nosotros un paraguayo, éste nos comunica que vamos a pasar por Puerto Yepipí. Como este nombre no figura en el mapa del Chaco, indago dónde está dicho puerto. Contesta:

—Y ya verás "un poco".

Avanza el vapor. El informante dice:

—¡Y allí!

En una de las orillas hay unos ranchitos estilo "pahuchi". Unas mujeres que lavaban ropa, miran a la cañonera que se desliza pausadamente por cerca, locupletada de bolivianos. Entonces los soldados paraguayos gritan imperativamente, acompañando la orden con cierta sugestiva mímica:

—¡Eyepipí! ¡Eyepipí!... Eyepipí laj cuñaj!

O sea... que se suspendan las polleras luciendo el sexo.

Se paran las "cuñaj". Levantan sus faldas. Podemos contemplar a las campesinas de brazos bien torneados, de turgentes senos, que a través de su vestimenta se perfilaban sus cuerpos jocundos y sus formas robustas de tentadoras Evas, reinas de la creación en el trópico.

Siguen los gritos y exclamaciones en guaraní. Las mujeres que pasan de la pubertad alzan sus sayas, unas en forma rápida y otras, pausadamente. Se yerguen desafiantes, risueñas, unas; serias y hasta con gesto compasivo, otras. Y ostentan sus encantos hasta que llegan a las zonas oscuras "donde el hombre ya no tiene opinión de la belleza", como expresa el escritor paraguayo Facundo Recalde, al describir la lúbrica escena.

Sentimos animación en las miradas de la mayor parte de los cautivos que contemplaban el viviente espectáculo, aun de los que había medio desfallecientes. Los paraguayos lanzaban risotadas y exclamaciones de gozo:

—¡Piii... puuu!...

—¡Já, já, já!... ¡Huuiii!...

Las indias, "bellas muestras de diosas y panteras", las rubias, las morenas de aceitunado rostro, bajaron sus vestidos luego de algunos instantes. Sentíase en el aire correr, volar ondas de sexo, remontándose la imaginación, hasta evocar las épocas del libérrimo paganismo.

El vapor al avanzar hace perder de vista las mujeres como en cinta cinematográfica. Algunos sonríen melancólicamente, añorando episodios de vida civil y en paz. Muchos no habían visto mujeres de carne y hueso hacía más de un año, o sea, desde su ingreso a las líneas de fuego, de las que no salieron más que para seguir la escabrosa vía del cautiverio. Un paraguayo explica el origen del sorpresivo cuadro al amigo Antonio Rodríguez Ferrufino:

—Y deje la guerra ej cojtumbre luego...

El viaje me abruma. Logro saber que es la última noche en la cañonera. Un marinero paraguayo había declarado que los peores enemigos de los "bolis" eran los "sándia-guyguy" (Emboscados).

—¿Qué quiere decir *sándia-guyguy*?

—En guaraní quiere decir burlonamente, que se ocultan hasta debajo de las hojas de la *sándia*. Se nota al informante cierto desprecio mezclado de envidia.

Esta realidad me llena la mente de reflexiones. Hasta ahora sólo vivíamos el viaje hacia el propio Paraguay donde comenzaría para nosotros el legítimo cautiverio, en el propio territorio del país enemigo, donde no encontraremos ninguna protección ni garantía. Mitigaba algo, pensar en la posibilidad de la terminación de la guerra. Pero entonces, ¿cómo volver?... La caída era la más catastrófica de todas las emergencias hasta el momento y nos echarían en cara, como la causa del desastre final. Los amigos disienten. Se ha venido a pelear, dicen, pero la empresa bélica tiene muchas contingencias y estábamos en una de ellas. Además, la tropa obedece órdenes.

La alborada es maravillosa. Distínguese a lo lejos la bahía de Asunción, término de nuestro viaje en la cañonera "Daiman". El río presenta sus aguas con coloraciones oscuras y blancas, en la incierta luz, que hacen matiz con el espacio sideral. En ambas orillas reina una vegetación cubierta de un verde oscuro. Conforme avanza el vapor y el sol emerge, va notándose más clara y distintamente el caserío de la capital paraguaya, cuyo conocimiento nunca estuvo en la imaginación, ya en la paz como en la guerra, por carecer de una razón y de posibilidad este viaje. Recordamos la letra de algunas cuecas y marchas patrióticas que se cantaba hacía pocos meses, que indicaban Asunción como el término de nuestra victoria. Nos tocaba pisar esta ciudad... pero en calidad de cautivos.

La cañonera se acerca más. Notamos a bañistas que después de haber gozado con la excelencia del baño como placer matinal, emprenden el regreso. Hay en el grupo muchachas altas, esbeltas, luciendo cierto elegante y natural garbo. Contemplamos como lejanía todo esto. Y después, en el convencimiento de la verdadera situación, exclamamos:

—¿Qué nos importa?

Antonio Rodríguez, cochabambino, con desprecio sentido o fingido, dice:

—¡Tenemos mejores en Bolivia!...

Dentro de mí, digo:

—Las uvas están verdes...

La situación panorámica de Asunción, vista desde la llegada a la bahía es magnífica, bajo el imperio de lujosa mañana estival. Apreciamos su gran extensión y sus altibajos. El embarcadero disiente de lo bello de la visión capitalina con su rusticidad. No es precisamente un edificio elegante.

Asoma paradógica a la vez que acusadora, la evocación histórica. Coincide el arribo a la pintoresca capital paraguaya de nuestro grupo, precisamente a medio siglo después de que aportaron allí el doctor Daniel Campos, jefe civil y el Tcnl. Samuel Pareja, comandante militar, con 140 expedicionarios que en misión exploratoria auspiciada por el gobierno del General Narciso Campero, atravesaron el Chaco por las márgenes del travieso y engañoso Pilcomayo.

Hambrientos, escuálidos, con su ropa hecha harapos, la columna marchó estrechada por curiosa multitud. Cuando pasaba junto al muelle donde se hallaban apostados altos dignatarios de la nación, el General Bernardino Caballero, Presidente de la República, destocándose, exclamó:

—¡Viva Bolivia! ¡Vivan los valientes expedicionarios!

De la columna se respondió con voz estentórea:

—¡Viva el Paraguay! ¡Viva su digno Presidente!

Esos maltrechos ciudadanos llegaron a su trazada meta.

A cincuenta años de aquella recepción, nosotros resultamos boabdiles criollos de nuestra circunstancia....

Llegamos a las seis de la mañana. Resolvemos mirar con desprecio todas las manifestaciones hostiles que nos hagan, suponiendo el desfile cesáreo acostumbrado para estos casos por el Presidente Ayala.

Se produce la entrega, bien controlada. Nos esperan los de la Policía Militar. E iniciamos el desfile por las calles

de la capital, ya bastante animadas por ser gente madrugadora la paraguaya, dado el clima que así lo exige.

La gente se apiña en las aceras contemplando, ora curiosa, ora despreciativa y hasta burlona. Alguien nos grita:

—¡Y querían, nicó, tomar Asunción!...

—¡Bólis cobardes!

Pero es interminable este desfile, porque ya nos hicieron dar una enorme vuelta Yo estoy cansado y enfermo del vientre. Atravesamos por un mercado. Contemplamos una gran cruz de homenaje a los caídos en Boquerón. Continuamos con las vueltas por las principales calles de pésimo pavimento. Cruzamos plazas, líneas troncales de tranvías de trocha ancha, recogiendo de vez en cuando pullas, burlas e insultos. Por fin nos damos cuenta de que pasamos por los arrabales. Vimos las "Villas" que tenían el encanto de una rica vegetación, con amenos cuadros de jardines. Me acordé que alguna vez leí algo sobre esto, llamando los asuncenos "Ciudad Jardín" a la capital. Atravesamos un parque solitario sin bancos, con penumbras, lleno de árboles gigantes. Quizá era *rendez-vous* de los enamorados que buscan oscuras soledades para sus esparcimientos.

Sale de su casa un hombrachón con aires de matarife, empuñando un yatagán. Ostentándolo nos lo muestra, con gesto olímpico, gritando:

—¡Ejte ej un machete paraguayó!...

Una vieja harpía se coloca en una esquina por donde debíamos circular. Formados en columna por escuadras, tocaba a los que iban a los extremos por frente a la energúmena mujer, recibir golpes en la cara como singular bienvenida. Llamamos la atención sobre el caso a los custodias para que la aparten de la vía, lo que se consiguió, no sin protestas indignadas de esa furia del Averno.

Llegamos a un inmeso parque, en cuyo dintel de su puerta de ingreso se lucía una inscripción en latín. Es el Jardín Botánico. Nos hacen descansar en una de sus avenidas. Algunos paraguayos saborean con deleite incitantes bizcochos. Yo estoy apurado porque padezco ciertos desarreglos

tiránicos, pero no puedo alejarme de mi sitio a causa de orden terminante de prohibición.

Se hace cargo del contingente un oficial rubio, bien parecido. Nos saluda, llevándonos en seguida hacia el fondo del Jardín que limitaba con un brazo del río. Nos hace retirar, pero indicándonos los límites de nuestro sector para el necesario control.

A cierta hora nos buscan custodias "pilas" con sendos platos de "rancho", queriendo cambiar zapatos con un "zoquete" o todo el plato, o con algunas galletas.

Conservaba aún mis zapatos, porque en el trayecto los consideraron de visu pequeños para sus enormes y anchos pies; por otra parte, estaban ya deteriorados. Sin embargo se presenta un verde-olivo que me propone el cambio. Y entonces digo al proponente:

—Bueno, ¿y qué me pongo yo?

—Y todo lej van a dar, contesta.

No le acepto, desconfiando. Hay cambios de ropa blanca, de calzados, de jarros "vicker". Alguien conserva milagrosamente una colchoneta que la trueca con panes a las "venteras", "marchantas" o puesteras.

Mientras se producían las permutas, alguno me charla, "vaquiano en Castilla". Me avisa que vamos "en" Paraguari", a la "campana" (pueblito del interior, diríamos). Y que es mejor estar allí. Pero tenemos que aprender agricultura o trabajar en obras públicas, caminos, etc., para poder comer, aunque Bolivia pague nuestra manutención. No me hace mucha gracia, porque los datos de estos trabajos son pavorosos sobre los numerosos abusos y crueldades efectuados en contra de quienes no pueden defenderse.

—¿Por qué tenemos obligación de trabajar, aunque Bolivia pague nuestro sostenimiento?

—Y somoj pueblo pobre luego...

Nos reparten una mezquina ración. Al día siguiente el Comandante nos hace formar temprano. Nos saluda por Navidad (nos habíamos olvidado). Agrega que debemos portarnos correctamente, porque pronto vamos a regresar "en"

Bolivia, ya que terminará la guerra en pocos días más, por los arreglos diplomáticos.

El discurso hace asomar una ligera sonrisa a nuestros labios. El oficial se porta afablemente. Según supimos después, se tornó cojo en acción heroica en el Chaco, ganando un grado. Escapó de caer prisionero en Campo Jordán y consideraba nuestra situación con sentido humanitario.

Nos abrazamos entre los compañeros. Nuestra Navidad la celebramos bañándonos y tomando la sombra bajo los árboles. Tenemos ganado el descanso después de tan largo y pesado viaje. En la tarde asoma por el brazo del río un yate, cuyos ocupantes gritaban, cantaban en descomunal jolgorio al son de una orquesta. Al asomar cerca de nosotros, carcajean, chillan. No solamente festejaban la Navidad, sino el triunfo de Campo Vía. El que tocaba una concertina exclama briosamente:

—¡Indios!

—¡Abajo Kundt y Salamanca!

Esta valentía nos promueve una sonrisa, una mueca. El 27 nos reparten temprano cuatro galletas a cada uno, indicando que íbamos a seguir viaje inmediatamente a Paraguarí.

Esperamos en formación, pero se produce un retardo inacabable. No se preparó nada de alimento. Por fin, a la una de la tarde nos embarcan en el ferrocarril.

Interesantes pueblecitos contemplamos al paso del tren de trocha ancha que comunica con la República Argentina por Encarnación y que al decir de los historiadores guaraníes, es el primero construido en Sud América durante el gobierno del Presidente Carlos Antonio López, padre del famoso Mariscal, autor y víctima éste, como su pueblo, de la guerra de la Triple Alianza. Al fondo, entre el verde interminable de exuberante vegetación y al paso del tren, distingüense ranchos, diríamos "pahuichis", de idéntica forma y trazo que los del Chaco.

En medio de una lluvia que parece esperaba nuestro arribo para descargarse con toda furia, llegamos al cuartel

de Paraguari, término de nuestro viaje y comienzos de la existencia propia de prisioneros de guerra en la patria guaraní.

El cuartel de Paraguari, situado a dos kilómetros del pueblo de este nombre, abarca una gran extensión, conteniendo varias dependencias separadas por espacios considerables, de acuerdo a las modalidades del ejército paraguayo. Tiene pabellones separados para infantería, caballería, artillería. Cuenta con otras secciones para la Ayudantía o Comandancia; dispone de sala para instrucción teórica, casino, carnicería, caballerizas; pabellón para oficiales; local para sanidad, etc. La circunscripción del cuartel está limitada con alambradas, teniendo en los cuatro frentes torrecitas a manera de atalayas.

Conforme llegaban las partidas de prisioneros, se organizaban batallones, con más un grupo de suboficiales y clases, integrándose después los Oficiales de Reserva de la Escuela de Pozo Negro. A todos se filió.

Alojada la tensión dominante desde la caída y por el viaje, el laxamiento es general. Felizmente no nos despa-charon de inmediato a los trabajos, no por cálculo humanitario, sino porque la Junta Patriótica de Paraguari a cuyo cargo financiero estábamos, recaudaba fondos para herramientas y el ingeniero estudiaba y trazaba planos para las faenas futuras. En esos primeros días éramos *yruacúas* (come de balde), ya que después del baño y desayuno de "cocido", nos hacían retirar, sacando de las compañías grupos de cautivos para el indispensable acarreo de leña destinada a las cocinas de paraguayos y de prisioneros.

Era un espectáculo tanto enternecedor, como grotesco y algo cómico a la vez, contemplar a muchos de los nuestros, cubiertas sus carnes nada más que con un taparrabo de arpillera. Lo que les quedaba de ropas después de los ataques, se fueron en las permutas o trueques con galletas, "chipas" o algo de comer.

Al mayor Kheim, Comandante del Acantonamiento le sugieren formar un grupo de "estudiantes", separándolos de

las compañías, lo que se realiza sin reparos. Pero con cierta astucia, dicho Comandante trata de ganarse la confianza de los "estudiantes", conjunto en el que tuvieron cabida profesionales, empleados, estudiantes propiamente dichos, sin faltar "ramas anexas". Como perdió dicho militar un ojo y tiene heridas en la cabeza, a consecuencia de las acciones de armas de Kilómetro Siete, maniéstase antibélico y sugiere a los comprendidos en esa lista, escribir su diario o registrar sus reflexiones contra de la estéril guerra. Para ello proporcionó un cuaderno escolar y un lápiz a cada uno, dando un término para su entrega. Promete publicar los mejores apuntes en la prensa de Asunción. Hábil estratagema cuya finalidad se descubrió pronto.

Nos encontrábamos sorteando la **Epoca del Hambre** de la prisión, pues no contábamos con recursos de ninguna especie. Eramos apenas sostenidos con un jarro de "cocido" y dos o tres galletas en el desayuno; por almuerzo se nos daba un cucharón de caldo en el que nadaban "locros" (maíz pelado, algo podrido) y la "cena", cuando la proporcionaban, consistía en otro cucharón de caldo con algunos porotos, tripas y mondongo mal lavados. Estas raciones eran famélicamente devoradas, siendo de advertir que el "rancho" para la tropa paraguaya era ostensiblemente superior, al revés de lo que alcanzamos a ver en Bolivia, donde tanto el boliviano como el prisionero eran atendidos por igual y con idéntica ración, hasta con aumento. Sabíamos que en algunos lugares como Cañabé, campamento situado en el camino Paraguarí-Carapecuá, sólo se daba una ración cada veinticuatro horas....

Los indígenas nuestros, en estado de máximo agotamiento, sin temor a críticas, sin importarles las consecuencias, buscaban los huesos arrojados después del yantar, para hacerlos re hervir, aprovechando este segundo caldo. Algunos compañeros que habían viajado con oficiales, tuvieron la suerte de no ser registrados como los de tropa y salvaron algunas prendas que gradualmente vendían. Comprábanse sandías. Paraguarí tiene fama y bien adquirida, de producir lo mejor

de esta cucurbitácea. La cáscara arrojada era desesperadamente disputada por los muchachos, quienes recogían hasta las semillas.

Aprovechando este crítico estado, los soldados "pilas" tomaron como diversión el atravesar por en medio de grupos de los nuestros, ostentando sandías incitantes que les traían sus parientes y amistades. Muy ufanos, incitaban:

—¡Vengan, bolis! ¿Quieren sándia?

Como era una rosada perspectiva, grupos de "repetes" se les acercaban, hasta hacer corro.

—Esperen "un poco".

Se ponían a comer la fruta los verde-olivos, saboreándola y mirando maliciosamente los rostros llenos de ansiedad de los muchachos. Cuando no quedaba más de la pulpa dulce y jugosa, mostraban los residuos:

—¡Á la una! ¡Á laj doj! ¡Alaaaa... tré...!

Y arrojaban las cáscaras al montón. Atolondradamente los nuestros, en una incontenible impaciencia empujábanse; al estar los cuerpos inclinados hacia el suelo, en disposición de recoger los desperdicios, los empujones originaban cabezazos; caídas de los unos sobre otros.

Los "pilas" festejaban riendo hasta más no poder, apretándose el vientre, arqueando el tronco de adelante para atrás y viceversa. Formando gran algazara se apoyaban en la pared o en un árbol, cuando se cansaban del carcajeo, exclamando en seguida:

—¡Ja!... ¡Ja!... ¡Ja!... ¡Piii! ¡Puuu!...

—!Tur!... rr!... rr! ¡Huíj....aaaá!...

Igual perversa distracción procurábanse los "pilas" con los huesos ya servidos de su "rancho".

En uno de los campamentos del camino Paraguairí-Carapeguá, un muchacho llegó al extremo de arrancarse un diente con incrustaciones de oro, salvado de las calles de la Amargura, para venderlo y disponer de moneda a fin de poder comer y satisfacer en algo su apetito.

Lo que ocurría en Lugo y en Mbaí, tendía sobre el ánimo una nebulosa que vedaba lo inenarrable.

El 6 de enero (1934), Día de Reyes, el teniente del Valle, Ayudante del acantonamiento nos hace formar en cuadro alrededor del patio del cuartel, a la alborada. La orquesta del casino de oficiales toca algunas polkas y guaranías. Entonces hace uso de la palabra del Valle para explicar el motivo de la concentración, con el clásico tono gangoso de los guaraníes, expresándose más o menos así:

—¡Yo soy el único Ayudante de la Ayudantía y el que lo puede todo!... ¡Yo soy noble! ¡Es Día de Reyes, y quiero, un poco, que camaradicen con los camaradas de la patria, porque nicó, va a terminar luego la guerra. ¡Quiero que se vayan en Bolivia con un poco de buen recuerdo!

La orquesta lanza al aire algunas piezas más, sumándose a la espléndida alborada tropical, la iriscencia de los celajes matutinos, donde los colores azul, sinople, violado y pardo, a porfía, en célica emulación, querían impedir el tránsito al púrpura, anaranjado y al gualda, los que luego, con mayor impulso, terminaban con su fusión, imponiéndose en la silente orgía luminosa de la tibia mañana estival.

Escuchamos con toda atención guaranías sentimentales de lento ritmo, de pausada melodía aterciopelada, diríamos un poema de amor en música que quiere penetrar profundamente buscando en lo más interno un refugio, como "India", "Noches del Paraguay"; luego las notas vivaces, ágiles y briosamente acompasadas de las polkas, incitando al movimiento, como "Paraguái-potí", "Minero Sapucay", "Volvé, volvé". Algunos compases nos sugieren los temas propios de la música navideña del Sudeste boliviano, villancicos que perfumaron dorando nuestra lejana infancia, pero cuyo recuerdo al perdurar compensa la sordidez de la vida.

A mi lado, un cruceño rubio seguía la música, acompasándola desde su posición, con movimiento de sus pies. Y cuando terminó el regalo, conmovido, extendiendo los brazos exclamó:

—¡Gracias!...

Dando por terminada su intervención, aléjanse los músicos y nosotros seguimos al baño y luego al desayuno, co-

diantes a quienes dio cuadernos con la finalidad explicada en anteriores líneas. Señala una fecha como término para la entrega de los diarios o anotaciones. Eduardo Arze Quiroga, uno de los prisioneros, al que vimos poseedor de mayor fuerza moral en esas horas negras, entregó sus apuntes redactados en forma orgánica, donde puntualizaba que el Paraguay, "pequeño Diablo de América", actuaba con ceguera mental, siguiendo las directivas de los capitalistas argentinos, para quienes, al final, sería realmente el triunfo, caso de conseguirlo, viéndose posiblemente el país guaraní entregado de pies y manos a la poderosa nación del Plata. Concluía alertando al jaguar de la selva con los siguientes versos gauchescos:

**"No por mucho madrugar
amanece más temprano".**

Temíamos la posibilidad de que "pase algo" como consecuencia del trabajo mencionado, para su autor. Kheim hace llamar a Arze Quiroga con custodias, quien se presenta. La inquietud de nosotros se transforma en zozobra en la espera que resultaba larga. Cuando regresa ocasiona un hálito de alivio, pero recibe una ráfaga de preguntas. Producida la calma, Arze Quiroga refiere que el Jefe del acantonamiento le pidió que leyera lo que había escrito, pues no entendía su letra. Después de la lectura, Kheim protesta por la creencia boliviana de que el Paraguay obedece imposiciones de la Argentina (sic). Pasea por la sala silencioso y molesto. Luego declara:

—Creí que podríamos ser amigos. Ahora retiro mi amistad.

Y exigió la devolución íntegra de los cuadernos, pero éstos ya no existían porque su material fue utilizado para su correspondencia con Bolivia, como para otros destinos. No han faltado quienes —como Miguel Angel de Ugarte R. y otros— los emplearan para dirigir cartas amorosas, poniendo al margen figuras de flores y palomitas para las enamoradas de los custodias, los que pagaban a quien escribía, ya

con el "zoquete" de su rancho, si eran simples, o ya con la ración íntegra, si las cartas eran "ilustradas"....

A la cantidad de agotados, disentéricos, adeníticos, etc., que lograban llegar con vida al cuartel de Paraguari y que morían a diario, vinieron a sumarse las enfermedades y desarreglos que resultaban por comer desperdicios y fruta verde. Se improvisó la Enfermería en una cuadra destinada para caballos de oficiales. Allí, con algunas escasas medicinas, no podía hacerse mucho. Se podía ver disentéricos agotados en estado de piel y huesos, tuberculosos; enfermos de abscesos profundos, infectados, que se comunicaban de parte a parte, llenando latas de pus con la presión de la cura.

¿Botiquín? Algunas píldoras, algodón, yodo; licor desinfectante y un frasquito de tónico para los muy graves. De los campamentos venían también enfermos crónicos, graves, en tal cantidad, que hubo necesidad de planear la construcción de un "pahuichi" para ellos. La atención era deplorablemente deficiente, guardándose para fuera las apariencias. ¡Qué hacerle!

—Somos pobres. Su país no ha querido mandar un botiquín ni intendencia para sus compatriotas, decían como justificativo los encargados.

Nuestros médicos tuvieron que recurrir a hacer buscar yerbas medicinales. El sistema era corriente.

A las verjas del Regimiento (no decían cuartel) se apostaban "venteras" o "marchantas" que desde los prisioneros caídos en Boquerón hacían algún negocio con mandioca o batata cocidas, con cigarrillos, etc. La necesidad de procurarse estos elementos hizo crear o despertar habilidades. Aguzando cinchos hicieron herramientas a manera de cuchillos, con los que labrando maderas encontradas en cualquier parte, fabricaron variedad de juguetes para niños y hasta payacitos de carácter pornográfico, a indicación de los paraguayos, vendiéndolos por "un peso", o cambiando con mandioca cocida. Aprovechando un pedazo de lámina de zinc construyeron marmitas a golpe; los había quienes, valiéndose del descuido o sueño de los centinelas colocados

en los cuatro frentes del cuartel, con algunos intervalos, pasaban por en medio de ellos y dirigiéndose a las "capueras" (huertos o campos de cultivo), regresaban con maíz, sandías, calabazas, limas o naranjas verdes que cambiaban con galletas. Otros construían anillos con los huesos o carozos de los cocos o mbocayás, llamados así por los paraguayos, a puro raspaje, logrando hacer figuras y monogramas con lo que les servía de "cuchillo".

A pedido de algunos vecinos del pueblo, se dio permiso para salir durante el día y trabajar en las "capueras", o sea huertos con campos de cultivo. Siquiera ganaban quienes iban, el "rancho" campesino, regresando con naranjas a medio madurar, con pedazos de mandioca cruda y algunos productos más que sacaban, (sustraían), distrayendo la atención de los dueños. A veces volvían protestando los muchachos. Los hicieron trabajar como animales y no les dieron nada, racionándolos peor que en el cuartel. Los de buena suerte, con los productos que les regalaban, o que sustraían, formaban un "mercado" para el intercambio; allí se ofrecía galletas por naranjas, por maíz o por maníes, con un "zoquete" de "rancho", cuyo poseedor estaba impedido de comerlo por disentérico, cambiando también con mandioca cocida. Este mercado *sui-generis* tomaba mayor animación los domingos.

Ha llegado, por fin, la herramienta. Mala noticia para nosotros. Con motivo de la distribución de prisioneros a todos los rincones del Paraguay, evitamos ser comprendidos en las diferentes partidas, pues no son tortas y pan pintado lo que íbamos sabiendo de la vida en los campamentos. Quedamos relativamente pocos en el cuartel.

Casi a diario venían encargados de pueblos, de autoridades o de hacendados. Lo más divertido era el ver cuando estos últimos elegían a cautivos para llevar a sus propiedades. Pasaban como en feria de animales, eligiendo:

—Ejte sí.

—No quiero ejte.

De preferencia buscaban los gordos o gruesos, porque según su criterio eran los más fuertes.

—Y se van a **hallar**, decían.

O sea; que van a estar contentos.

Seguía la selección, cambiando a cada momento, a medida que descubrían un gordo. A los restantes nos dividieron en grupos de trabajo: "leñeros", "puebleros" (que trabajarían en el pueblo); carpinteros y por último, los del **Tajamar**, entendiendo con ello, a un antiguo depósito de agua, ya hecho por los prisioneros de la Triple Alianza según dijeron, para transformarlo ahora en un baño público, atrayendo así conforme su plan, al turismo. Pertenezco por ahora a este grupo.

Teníamos que limpiar de un negro fango el antiguo depósito, encontrando en medio de la faena enormes anguilas. A medida que llegaba más herramientas nos dividían en sectores de labor, organizando "paleros", "piqueros", "carretilleros", introduciéndose geométricamente el rigor. Pues hubo un "pila" algo maduro, chato, moreno, fiato, medio loco (**tarobaité**) que tenía la diaria ocurrencia de repartirnos una ración general de dos o más azotes, llevando mentalmente la cuenta de los que faltaban y que deseaban lógicamente evitar la dosis, introduciéndose subrepticamente entre los "racionados".

Graves acontecimientos se produjeron a poco, fortificando el temple espartano tantas veces puesto a prueba. A una etapa brumosa, vencido el embrutecimiento y con la adaptación a la existencia establecida en el cuartel, sucedieron conversaciones en voz baja entre elementos de mucha confianza, para procurar volver a la patria. Los jóvenes juzgaron ser más útiles ahora a Bolivia, por haber adquirido mayor experiencia sobre el país enemigo y por estar en condiciones de prestar su concurso proporcionando preciosos datos. Se estudiaba el mapa del Paraguay que se destacaba por sus enormes proporciones en una de las paredes de la sala de instrucción teórica, aprovechando los conocimientos que tenían los prisioneros más antiguos.

Se rumorea la salida de varios grupos de los campamentos cercanos a Asunción o de pueblos ribereños del río epónimo. Se habla también de los feroces castigos infligidos a quienes fracasaban en su aventura, ya sufridos por los caídos desde Boquerón. Por encontrarme aún en estado de enorme laxitud y con desgarraduras en los pies, no puedo ser de ninguna de las partidas emprendidas por los más jóvenes.

Después de serias reflexiones; de cálculos confirmados con otros planos; habiendo estudiado todas las consignas, lugares posibles de salida, de tránsito; horas de relevo de los centinelas, contando con alguna complicidad con los soldados "pilas", se lanza un grupo de cuatro.

Quedamos con la consiguiente angustia. Los oficiales echan de menos a los fugitivos en la lista de retreta, exigiendo comprobación severa. Tuvieron que rendirse a la evidencia. ¡Los pájaros habían volado! Destacan patrullas. Funciona permanentemente el telégrafo dando suma importancia a la calidad de los evadidos, a quienes llamaban "desertores". Toda la alarma producida obtuvo la captura en el trayecto de Itá a Villeta, pueblecito este vecino de la costa, introduciéndolos de noche al cuartel, rigurosamente vigilados.

En la mañana del 9 de febrero (1934), los custodias entran violentamente a las cuadras blandiendo sus rebenques. Hacen levantar con toda furia a los prisioneros, despachando zurriagazos a diestra y siniestra. Se pasa lista. Se hace formar en cuadro. Vemos algunas maniobras en la azotea de la Comandancia que daba frente a la formación, sirviendo de tronera. Emplazaron allí una ametralladora. Todo estaba debidamente controlado.

Se prepara el castigo de los cuatro evadidos. Colocan un banquillo al centro. Ingresan los "reos". Uno a uno los hacen desnudar, propinándoles por separado una azotaina que al comienzo soportan en silencio. Pero el arte es tan perfecto, que los latigazos, dados y repetidos en determinadas partes, forman una llaga viva, hasta arrancar sangre y bramidos de las víctimas. Al corresponderle el turno a Leoncio

Quezada, éste pide ser fusilado, pues ya le habían flagelado en todo el trayecto, no pudiendo aguantar más. Lo cogen los verdugos por ambos costados, lo vuelcan vientre abajo, le quitan los pantalones. Y comienza el inquisitorial tormento, el "Unico Ayudante de la Ayudantía", el que nos hablaba de "camaradizar". Al rugido de unánime protesta de nosotros y por los ademanes de lanzarnos al asalto, desde la azotea previenen quienes tenían allí la ametralladora emplazada, que se ha de dar fuego contra todos.

Vueltos a los trabajos, a los castigados los condujeron como arrestados a unas celdas ya listas de antemano, en la zona destinada al albergue de los paraguayos.

Con la experiencia producida, cuando se realizaron otras evasiones, ya no se castigaba a los aprehendidos en presencia de la tropa boliviana, sino en piezas herméticamente cerradas y con centinelas listos para disparar sus armas. Pero la liberación era un imperativo que atenaceaba los ánimos. Se pensó en un plan gigantesco, en un levantamiento general que estallado en todos los campamentos realizaría una marcha hacia Asunción, sincronizada con operaciones en los frentes del Chaco, aprovechando coyunturas por la situación paraguaya.

En Asunción, una señora boliviana de situación económica desahogada, cuyo nombre escapa de la evocación, proporcionaba ropas a muchos y facilitaba la tan apetecida evasión desde la capital donde era más fácil la empresa por el río. Falleció pobre, sin reconocimiento boliviano a su patriótico sacrificio.

Pasado un tiempo y estando destinado a trabajos de vialidad, me dí cuenta de que los paraguayos de tropa o los campesinos no enrolados aún, convirtieron en empresa comercial la de simular ayuda a los prisioneros para su evasión. No faltaba un "pila" que durante la jornada se le acercaba y le inquiría:

—¿Y usted, nicó, "se halla" de prisionero?

—¿Quién "se halla" estando encarcelado?

—Y bueno, los que permanecen aquí, es por cobardes.

Mordido el anzuelo, llegado el giro de Bolivia, se preparaba la salida. Señaladas las rutas, comprometidos los "guías"; pagado el lancharo, etc., todo estaba previsto a las mil maravillas. Mas, cuando el pájaro escapaba con tanta protección, se le esperaba en la parte más conveniente. Y después de haber sido pagados por el incauto, para la preparación de la hazaña, se le quitaba no sólo el dinero que le quedaba, sino la ropa que llevaba puesta.

Lograron salir quienes tenían su campamento en zonas ribereñas al famoso río.

Hasta aquí considero cumplido mi propósito de síntesis, pues queda mucho por agregar. Sin embargo, para suministrar una impresión cabal —*sine amore nec odio*— concluyo estos apuntes con algunos cuadros de la prisión.

ALGUNOS CUADROS
DEL CAUTIVERIO

JUAN REYES, VICTIMA DE UN URANISTA

La homosexualidad considerada como delito, ha sido condenada en todos los tiempos, no obstante de que hubo épocas en la vida antigua, durante el paganismo, que constituyó una práctica corriente.

El Levítico, tercer Libro correspondiente al Antiguo Testamento de la Sagrada Biblia, encontramos (capítulo 20, versículo 13), la inexorable condenación que Jahvé dispone en contra de la instintiva anomalía, determinando: —“El que pecare con varón como si éste fuera una mujer, los dos hicieron cosa nefanda; **mueran sin remisión**. Caiga su sangre sobre ellos”. En virtud de la divina sentencia, poblaciones palestinas como Sodoma y Gomorra, igual que Seboim y Adama, fueron borradas de la faz de la tierra, mediante un incendio.

Echando un vistazo a lo que se decía al respecto en el imperio del Tahuantinsuyo, según Garcilaso de la Vega, “Uvo sodomitas en algunas provincias, aunque no muy al descubierto ni toda la nación en común, sino algunos particulares y en secreto”. El historiador inca, empero reconoce que “En algunas partes los tuvieron en sus templos, porque les persuadía el demonio sus dioses recibían mucho conten-

to con ellos, y haríalo el traidor por quitar el velo de la vergüenza, que aquellos gentiles tenían del delito y porque lo usaron todos en público y en común".

Durante la Edad Media y en los tiempos modernos, la citada aberración sexual tenía tremenda condenación, hasta convertir a los infelices a desaparecer como hogueras humanas.

Citando solamente algunos casos célebres por los protagonistas, más cerca en tiempo a nosotros, repugna el ensañamiento ejercido por sus jueces en contra de Oscar Wilde el genial irlandés, magnífico autor de novelas y de poemas pertenecientes por su calidad a la literatura universal, como "El retrato de Dorian Grey", "El ruiseñor y la rosa", "El príncipe feliz"; "El artista"; "El maestro de sabiduría", etc., que en un célebre proceso fue condenado a dos años de trabajos forzados en una lóbrega cárcel; sus hijos tuvieron que cambiar de apellido para evitar ser perjudicados. No tuvieron más que padecer personalmente su "pecado", sin sanción de nadie, Carlos Baudelaire, autor de "Las flores del mal", Marcel Proust, quien, "A la sombra de las muchachas en flor", persiguiendo la recuperación del tiempo perdido, por su asma condenóse a una tétrica y eterna soledad. ¿Y Paul Verlaine?

Bien sabemos que ahora, esa perversión sexual constituye un caso clínico, operable, así como tratable con los recursos vitamínicos. La ciencia moderna no justifica ni tolera el escándalo homosexual, sino que lo estudia y procura su eliminación.

Bajemos de los cielos de la cultura universal, a un rincón perdido del continente americano, insignificante ahora incluso en la geografía del propio país paraguayo. **Mbaí** (feo, mal), fue un campamento de prisioneros bolivianos que debían construir la carretera Paraguarí - Carapeguá. Un plano pelado desprovisto de todo, pues fue improvisado como se indica, circunstancialmente.

La exigencia en el trabajo era mayúscula. Más que viveres y condiciones naturales de supervivencia, menudea-

ba el látigo, cumpliéndose rigurosamente la jornada de sol a sol. Después la labor fue ampliada con trabajos nocturnos.

En esas condiciones se produjo el sacrificio inútil de un prisionero boliviano.

En la distribución de contingentes, tocó a Juan Reyes ser comprendido en el grupo que debía acantonar en Mbaí. El trabajo consistía en la excavación y construcción de las cunetas de la carretera, ampliación en lo ancho de la vía. Macademización.

Los cautivos estaban alojados como conejos en carpas, sometidos a las inclemencias del clima tropical, su calor, sus chaparrones, sus variaciones bruscas y sus surazos.

En una ocasión los pasos de la futura víctima, inopinadamente o por curiosidad se dirigieron a la parte destinada para los encargados de la vigilancia de los trabajos. ¡Nunca lo hubiera hecho! ¡Allí empezó el descenso de la curva de su destino! Sorprendió al sargento paraguayo en típica faena uranista, haciéndose servir con un soldado verde-olivo, con tan mala suerte —¡así tenía que ser!—, que el perverso "pila" en un movimiento brusco efectuado instintivamente por la sorpresa, distingue claramente al "boli" que sin pensarlo, quererlo ni sospecharlo, cogiólo *in fraganti* en una situación ridícula y censurable, agravada en el sistema militar.

Desde ese nefasto día, el sargento buscaba todas las oportunidades para no sólo molestarlo, sino castigarlo sin causa que justifique.

En un mal momento, súbitamente le salió a Juan Reyes, con su indignada protesta, una exclamación dirigida al pecador:

—¡No me fastidie, ch'isote!

—¿Qué es, picó, chisote?

—Permitir que "le haga" su soldado....

Mordióse los labios el paraguayo. Le dio un fuerte latigazo. Cada vez que podía, fulminaba con ojos de víbora al casual descubridor de su vergüenza, provocando una son-

risa burlona en el "boli". Iniciadas, sumaron y siguieron las "represalias".

Si se desmoronaba parte del muro de la cuneta, Juan Reyes era quien, por orden del sargento, dejando otro trabajo, tenía que palear él solo la tierra amontonada por el derrumbe, hacia el centro del "lomo de pescado". En media faena, cuando se encontraba enjugándose la copiosa transpiración, aparecía el "pila", miraba lo que aún quedaba por recoger y dirigiendo la vista hacia el "enemigo", gritábale furioso:

—¡Sigáaaa!

Quería reducir al "retobado", someterlo, humillarlo, aniquilarlo en su resistencia física. Mas, en vez de conseguir intimidarlo, se encontraba con la mirada burlona, silenciosa, cargada de intención sardónica.

Terminada la tarea, pasaba a otra donde debía agotar las fuerzas, mientras el calor implacable azotaba el rostro del acosado muchacho. Había que acarrear en carretilla cascotes y troncos, indicando un lugar lejano para arrojarlos. Apreciaba lo cargado y juzgado escasa la cantidad, ordenaba en tono violento:

—¡Llene más! ¡Boli tie-ññ etereíma!

(Demasiado inútil).

Y no se conformaba sino cuando en la carretilla se formaba con la carga una pirámide.

—¡Sigáaa!...

Pero algo bullía en el ánimo del bribón. Contemplaba a su víctima con un rictus de reconcentrada furia.

Los compatriotas nuestros que observaban la tiria dominante del sargento preguntaron a Reyes sobre el motivo de tanta ojeriza. A los más íntimos el interpelado informó acerca de lo ocurrido, exigiendo la más absoluta reserva, para evitarles los consabidos desbordes. Mas, no obstante de la cautela impuesta, no podían disimular una mueca jocosa a la aparición del perverso hijo de Guarán.

No faltó alguien que dijo sotto voce:

—Podemos socorrerle, según cuánto pague...

—¿Por qué lo tendrán emboscado aquí?

—Porque si lo llevan a la línea, pierden la guerra....

—¡Chist!...

Cuando el encargado creía encontrar a Juan Reyes atribulado, vencido por la fatiga, se topaba con la mirada irónica y zumbona del "boli".

Pero en cierta tarde, hastiado ya de las viarazas y abusos, sabiendo por un camarada que pasaba en dirección de Caañabé, el próximo arribo de un oficial revisor de la obra en esa zona, saliendo de su obligada contención, totalmente exasperado, explotó en forma inoportuna con una amenaza, previniendo a su verdugo:

—He de avisar al teniente.

Con lo cual estaba dictada la sentencia para Juan Reyes.

En una noche oscura, estando Juan Reyes mal del vientre y en urgencia inaplazable, sale de su carpa hacia el servicio higiénico, previniendo al centinela. El sargento reconoce la voz. Prepara su fusil y le dispara con impacto certero. Los compañeros en pleno sueño, fueron despertados por el estampido del arma, alcanzando a escuchar la voz agónica del agredido que decía:

—¡Le pedí permiso.... desde la puerta.... ¡Cobarde!.... ¡Maricón!....

Una rápida irrupción de "pilas" a las carpas impide la salida de los bolivianos alborotados. El herido que pierde abundante sangre es transportado en carretilla hacia un puesto de auxilio ad-hoc. Pasa providencialmente por la vía un camión, que con la celeridad del caso condujo al herido a Paraguarí para un tratamiento más serio.

Después se tuvo noticias de que Juan Reyes había muerto como resultado de sus heridas. El sargento, antes de desaparecer, como lo hizo, había declarado que el infortunado prisionero había tratado de fugarse aprovechando las sombras de la noche y por ello se vio obligado a disparar....

Y reinó un negro y definitivo silencio, más fúnebre que la muerte de Juan Reyes.

El trágico paraje respondió a su maldito nombre: —¡Mbaí!— cuyo significado, en escala ascendente de valores, parte desde feo, malo, aniquilador; pesadilla, hasta terrorífico fantasma.

La hosquedad de su sombrío panorama, padrino de la impunidad, incubó en el perverso verde-olivo, poseído de temor subconsciente, el concebir inútil crimen, cuya ejecución destruyó una vida joven, bajo el imperio de la injusticia.



RELIGION PARA LOS CAUTIVOS

La primera vez que el hombre ha sentido el chispazo de la inteligencia, conforme a su evolución, ha filosofado, establece un postulado en la historia del pensamiento humano. Aborto y reaccionando frente a su mundo circundante, el *homo sapiens* preguntóse: ¿Quién soy? ¿Dónde estoy? ¿De dónde vengo? ¿A donde voy? Al querer explicarse el origen de lo que le rodea, ha dado nacimiento a la **religión** palabra que por su etimología (*re-ligare*, unir y volver a unir), aspira a concentrar a la humanidad en reverencia hacia un Artífice Supremo.

Según Volney, la idea religiosa ha atravesado una evolución que abarcó trece sistemas, desde el culto de los elementos y de las potencias físicas de la naturaleza, a los astros, a los símbolos o idolatría, pasando por el mundo oculto del universo, por la concepción del alma universal la del Obrero Supremo, siguiendo el sistema mosaico, hasta el antropomorfismo. Con el cristianismo, el hombre es hijo de Dios, hecho por El a su imagen y semejanza, después de la creación del mundo. Y que compadecido por sus pecados el creador envió a su Hijo Unigénito para que como Hombre-Dios viva sobre la tierra y sacrifique su carne y su sangre por la salvación del recalcitrante género humano.

El positivismo con Comte desecha la revelación por una religión de la Humanidad, reemplaza los mitos teológicos con el culto del universo entero como máximo templo; en vez de santos, reverencia a los héroes del progreso humano.

Shopenhauer expresó que la religión es la metafísica de las masas.

Continuando el materialismo de La Méttrie, del Barón d'Holbach, de Hobbes, para Lenin, la religión es una de las formas de la opresión espiritual que gravita sobre las masas populares, abrumadas por la pobreza. "La impotencia de las clases explotadas en su lucha contra los explotadores —dice— origina inevitablemente la creencia en los milagros y en una vida mejor de ultratumba". El cristianismo es para Marx, la religión especial del Capital: constituye una mercancía; es "el opio del pueblo".

Julio Navarro Monzó, al disertar sobre el espíritu cristiano, sostiene que éste se inicia con la realidad de un orden de cosas superior al hombre, siendo Cristo el Maestro. Como Hijo del Hombre, es hijo y protector de la Humanidad.

Helena Petrona Blavatsky, fundadora de la Teosofía, sostiene que "ninguna religión, desde la más antigua a la más moderna, **se ha fundado jamás en una completa ficción;** que ninguna ha sido objeto de revelación especial; que sólo el dogma es el que siempre se ha encargado de dar muerte a la verdad primordial". Y aquí viene lo importante: "Que ninguna doctrina de humano nacimiento, ninguna creencia por más santificada que esté por la costumbre y por el tiempo, **puede compararse en santidad con la religión de la Naturaleza**". Al respecto, Mario Roso de Luna, al confirmar lo dicho por la Maestra, destaca que "La Religión de la Naturaleza, tronco único de cuantas religiones ha inventado el hombre, vese hoy encubierta tras los velos sucesivos que sobre ella han ido echando estas religiones, y la Verdad Primitiva, el Templo sepultado que diría Maeterlink, yace oculta tras de esos múltiples velos o **re-revelaciones**, como la yema

del árbol bajo su pérola invernal, o como la verdad trascendente bajo el simbolismo que la recubre".

Con el vaticinio de Juan Joaquín Winckelman, célebre arqueólogo brandenbúrgués, autor de "Historia del Arte entre los antiguos", quien expresó que en el siglo XIX no existiría más el Papa ni quedaría un solo sacerdote católico en el mundo", estaba colocada la lápida del catolicismo....

Si a lo dicho se suma lo postulado por el materialismo y por el marxismo-leninismo, no existirían ni ruinas, no sólo del catolicismo, sino de todo tipo de religión sobre la tierra habitada por el hombre.

Sin embargo....

Hace poco, en una entrevista de prensa efectuada al líder estadounidense de la mentalidad juvenil en el gran país del Norte, Jacobo Kerouac, según dato de Guillermo Francovich, dicho conductor expresó:

—Buscamos a Dios. Queremos que Dios nos muestre su rostro. Estamos en la vanguardia de una nueva religión...

No debe desconocerse, sino confirmarse, que la Iglesia católica se ha visto obligada a efectuar grandes revisiones de sus prácticas y postulados, desde Juan XXIII y Paulo VI, continuando la Encíclica "Rerum Novarum" de León XIII, al proponer las bases sobre las que se asentará la paz en el mundo, con la Iglesia Madre y Maestra, para entrar en profundidad hacia el progreso de los pueblos sobre cimientos de una real y efectiva justicia social para los desheredados. Es entonces que Rusia busca al Papa y el Sumo Pontífice a Rusia.

Y hacia un sentido de amplia universalidad, para escuchar a la Iglesia cristiana con un oído y con el otro al hombre actual, quién sabe podría convenir citar aquí, entre varios conceptos, uno, de los emitidos por un consagrado profesor de la Pontificia Universitas Gregoriana, benemérita institución del catolicismo, difundidos por Jean Egen: "Nuestro mundo ya no necesita una teología de milagros. Tiene bastante con los de la ciencia y los de la NASA. Lo que pide es una teología de amor. No ofreceremos santos que curen

dolores de muelas o que ayuden a encontrar el paraguas perdido, sino un Dios que transforme a los hombres y de esta manera cambie al mundo”.

Hecho este vistazo violento, sin tomar en cuenta cánones, fundamentos estrictamente racionales, prácticas, fetiches etc., la religión es una cuestión sentimental a la vez que de conciencia. Por eso debe respetársela a través de todas las creencias, porque se ha enraizado en lo más profundo del ser humano y en todos los momentos de la existencia se convierte en potencia guiadora, en recurso, en **ultima ratio**. Quizá no podamos aceptar a ciegas su ser a través de los diversos sistemas, pero se la siente, más que nunca en momentos de graves conflictos, con ternurosa emoción. Al apreciar este factor, Guillermo Francovich dice: “La emoción religiosa, como búsqueda de Dios, puede ser considerada un encuentro.... Que independientemente de cualquier realidad exterior, eleva, dignifica y ofrece profundas satisfacciones interiores. Las especulaciones místicas, los ascetismos extraños, en sí mismos, —agrega— dan una forma y un contenido a la vida”.

Los prisioneros, después de haber combatido en las líneas de fuego, con el espíritu hecho trizas, debían luchar por su supervivencia en las zonas de trabajo, con el enemigo que poniendo en evidencia el ser pobre, tenía que sacar todas las ventajas de aquellos racimos de hombres, dándoles duras faenas con escasa ración alimenticia, pero abundante la de palos.

Endurecidos los individuos, huérfanos de apoyo; con los seres queridos en el lejano terruño, tenían necesidad de Dios, buscaban a Dios, tal vez sin declararlo.

Ya sea por reclamaciones de los gobernantes bolivianos para evitar o suavizar el maltrato a los cautivos, que era lo que debía promoverse por lo menos, o por iniciativa espontánea de la de la alta jerarquía eclesiástica, una comisión encabezada por el Nuncio Apostólico, Monseñor Felipe Cortesi, recorre los campamentos de prisioneros.

Un día bastante lluvioso, con la tiranía del clásico chaparrón tropical, vimos llegar desde la mañana grupos de prisioneros de los diversos acantonamientos circunvecinos. Parecían compañías de circos aporreadas por la mala suerte, con sus cajitas-maletas, algunos. Se notaba la presencia de guitarras. Traían monos empapados por el aguacero. Los sujetos, con ciertas trazas de bandoleros o de escapados de presidio, fueron tomando diferentes sitios en el cuartel, tanto en el patio principal como en el campo donde funcionaba la cocina, con objeto de evitar mezclas, confusiones, y, más que todo, para evitar la "ubicada" o hurto soldadesco de sus cosas, por los mismos camaradas.

Con la llegada del tren que pasa por Paraguari, vino en ese día una comitiva encabezada por monseñor Cortesi, con un negro séquito de curas, sobresaliendo la vestimenta nunciiana. Entre los visitantes distinguimos al R. P. Canónigo Alberto Tapia, Capellán del Ejército, caído en el cerco de Campo Vía, quien, en dicho contraste, en vez de aprovechar la oferta paraguaya de ser devuelto a Bolivia, prefirió guardar consecuencia y seguir la suerte de sus compatriotas, juzgando poder serles útil.

Se ordena concentrar los diversos grupos. Monseñor Cortesi, con su cara sonrosada y su vestimenta propia de su jerarquía, parecía una dama de salón, a quien de improviso se le introduce en una rueda de gitamos o de malhechores. Bendice a los congregados. Dirige una alocución de circunstancias. Ofrece escuchar solicitudes y reclamos, pero que sean viables de atender, contemplando la condición de prisioneros de guerra.

Habla un cura argentino, escuchado con marcada indiferencia. Se da cuenta de ello. Al referirse a nuestra situación, destaca que siquiera hemos salvado la vida. Y lo que ocurre, es porque así lo dispone la guerra.

—Como argentino —dice— debo serles poco simpático. Pero mi país desea ardientemente la terminación de esta campaña.

—Para exigir los dividendos al Paraguay, musita alguien a mi lado.

Habla el Canónigo Tapia. Saluda a sus compatriotas, pidiéndoles fuerza de resistencia y confianza en la Divina Providencia. Se le nota la lucha interior, entre lo que quisiera decir y la explicable inhibición que debe observar. Causa profunda emoción a quienes lo vieron en el Hospital de Puesto Mayor, alentando a enfermos y heridos, eligiendo luego seguir el camino del cautiverio, para sufrir las consecuencias de lo que fue ineluctable.

Pedimos al Nuncio la libertad para los flagelados por la evasión última, quienes, después de sufrir el cruel castigo, continuaban reclusos y vigilados en una celda. De los otros campamentos hacen oír su voz de protesta por el rigor que se emplea y por el pésimo alimento que se recibe.

Monseñor Cortesi hace "pucheritos" de niña contrariada, pretendiendo retirarse, pero como estaba rodeado, no puede hacerlo suavemente. Uno de los de su séquito abre paso difícilmente y el santo patriarca, al despedirse, exclama:

—Les deseo un buen apetito.

—¡Nos sobra, Monseñor!, responde alguien.

Se fueron.

A los pocos días de la concentración mencionada, regresa el P. Tapia hecho un Santa Claus en desgracia. Procurando remediar en algo la miseria y postración de la que fue observador, obsequia a algunos muchachos conocidos una especie de calzón a cuadros, a manera de pantalón; a otros, una camisa del mismo género. Algunos reciben agujas, hebras de hilo.... A los de más allá les tocó recortes de género para remiendos.... Casi llorando, el buen sacerdote exclama:

—¡Es que no puedo hacer más!...

Se queda en el campamento, apreciando su misión como aún no cumplida. Una tarde, en el descanso, comunica su proyecto de realizar una misa. Exhorta para que aprovechando la ceremonia, comulguen, señalando días y horas para la preparación espiritual consiguiente y para la

recepción de confesiones. Unos ojos brillan de alborozo. Otros revelan interior recogimiento. Los muchachos ensayan coros litúrgicos con un pianista boliviano.

Preparados todos los detalles, un domingo se realiza la misa. El altar se arregla en la parte exterior del Casino de Oficiales. La ceremonia es imponente dentro de su obligada simplicidad.

Nivelados por la condición común de prisioneros, están presentes en la ceremonia, desde humildes indígenas campesinos de todos los ámbitos bolivianos; obreros, empleados, estudiantes, profesionales; mestizos o blancos. Hay elementos visibles o "conocidos" (clase media), así como representantes de las altas clases sociales. Todos superan la situación crítica de acuerdo con sus afectos, cultura o idiosincracia. Luciendo los andrajos a guisa de ropas; con los cabellos y barbas crecidos, domina en los rostros de los soldados humanos de la guerra una palidez orlada por diáfana serenidad.

Circunstancia de un nebuloso presente, los cerebros, anfractuosas colmenas ahora pinchadas, donde revolotean millares de dudas como asustadas abejas, se encuentran sacudidos y poseídos por el sentimiento religioso.

Esos escuálidos seres humanos que arrodillados concurren como participantes activos en la simbólica remembranza de la pasión y muerte del genial Nazareno, ávidos de alivio espiritual mediante su comunicación con lo divino, trasladan sus atormentadas mentes plenas de afectos, hacia las lejanas tierras, donde viven y les esperan sus seres queridos. Piden contritos al Supremo Hacedor, al Crucificado, fuerzas para soportar las contingencias. Imploran aplacar la saña orquestada del enemigo. Demandan valor para salvar de los peligros y asechanzas, tener confianza cuando están sumidos en la desesperación; poseer la mente lúcida para esquivar contrastes negativos; dominar el estallido de la ira; en fin, poder culminar su aspiración de regresar sanos y salvos al seno de los suyos, con la fuerza física y mental imprescindibles.

Para los aparentemente indiferentes, apartándose de las fórmulas rituales, la ceremonia impone una concentración anímica profunda. Si existe realmente Dios, ahí delante se tiene la respuesta al ver los seres desvalidos pidiendo misericordia, buscando alivio, confianza, energías. Como Ser Supremo, es posible su conocimiento sólo en el fondo interior de las conciencias. En el caso concreto de la dramatización, se evoca la historia de la cristiandad triunfante en todas las épocas de cruel persecución... En tiempos remotos, el rito de la mañana soleada dominguera, se efectuaba en lo profundo de las catacumbas...

Todos contemplamos la rememoración que trae el rito, vivamente conmovidos, pues la ceremonia de ahora implica un contenido extraordinario, algo que rebasa de la misma función religiosa.

Canta el coro. Habla el R.P. Tapia exteriorizando la crisis interna que se produce, en su condición de pastor de almas; del boliviano que de los frentes de combate pasó al duro trance de la prisión, como todos los presentes, pero poniendo en alto la dignidad del boliviano. Las palabras le salen envueltas en el duelo entre el mundo interior por interpretar y la aguda contención para disimularlo, disfrazándolo con frases circunstanciales. Pide resignación, hasta que venga la paz salvadora de todos los infortunios y poder regresar al país para contribuir a su resurgimiento.

Las palabras del orador sagrado conmueven profundamente a los concurrentes. Un oficial paraguayo y su esposa, que seguían con recogimiento el ritual, sintieron humedecerse sus ojos, retiráronse discretamente un instante para ocultar su emoción.

Se suministra la comunión dentro de un solemne silencio. La reciben por igual los bolivianos, así como los custodias y elementos civiles paraguayos. Recordamos nuevamente que religión quiere decir *unir* y *volver a unir*.

EL "SUICIDIO" DE SANTIAGO POCOACA

Reunía las facciones típicas del puneño. Mediano de estatura, cenceño, ojos pequeños rasgados; nariz afilada, labios gruesos. Su tez morena quemada por el cierzó de la árida estepa andina volvióse pálida debido al cambio brusco de escenario en la tierra caliente del trópico y por las penurias físicas y morales del insospechado cautiverio, caracterizaban a Santiago Pocoaca.

Nacido, crecido y hecho hombre sin salir de la aspe-reza cordillerana, nada más que para ser llevado a la guerra, este aymara legítimo por la raza y por su existencia, siente en el cautiverio una invencible nostalgia de sus montañas, de su yermo. Pero como no puede confiarse a nadie para narrar su pena, con la resignación y reserva propias de sus iguales, sometidos desde centenares de años a una implacable servidumbre, es callado, sumiso. Obediente como un autómatas que tiene todas las propiedades vitales, pero que aparentemente carece de sentimientos. Sólo encontraba base a su gusto cuando se reunía casualmente entre los suyos, semitibetanos. Entonces asomaba a sus pupilas cansinas un ligero brillo. Y, sin llegar a la locuacidad, hablaba quedamente, con un sedimento de desconfianza.

Caído con los de Campo Vía, vino al cuartel de Paraguarí, donde concentraron numerosa cantidad de los cautivos tomados en esta desgraciada acción de armas. En la distribución de los diversos trabajos, tocóle estar en el grupo de "leñeros", condenados a vivir las horas negras de la prisión casi desnudos, a causa del desgarramiento continuo de la escasa ropa, producido en perenne contienda en esta ingrata faena, con las greñas del ramaje y con los gruesos troncos de los árboles, seleccionando de entre ellos, puntales de dos metros y medio de largo y bajándolos del monte para acondicionarlos en la carretera.

Con su corderil paciencia, evitaba siempre dar motivo para el abundoso reparto de palos.

Escaso el ideal suyo. Sobrio por condición propia, ahora lo era más por la carencia de los medios. Tener algo que comer, en este cautiverio hecho para padecer los tormentos del hambre; aspirar a conseguir con qué cubrirse la desnudez. Trabajar en el acarreo constante de la leña, sin dar motivo de queja a los verde-olivos ni a sus compatriotas. Gozar del descanso en las calurosas noches o soportar las frías, para madruguar, ganando las primeras hileras para el reparto de "cocido" o en las formaciones de mediodía y de la tarde, teniendo al frente, como mayestático altar el enorme tacho, para recibir rápido, evitando las peleas diarias que se producían en tan apremiante urgencia.

Así llevado el plan de vida, aunque gris, pero sin complicaciones, podría creerse que para Pocoaca deslizáranse tranquilos y tolerables los azorosos días, años tal vez, del indeseable cautiverio, tan intensamente sentido, bajo un clima opuesto a su diario vivir en el yermo, con todas las inclemencias de la naturaleza y de la tiranía de los hombres, enemigos por la guerra, a quienes no conocía antes, ni los odiaba por lo mismo, pero que ha tenido que sufrirlos desde las líneas de fuego y ahora en la prisión.

Volvióse proverbial la mansedumbre de nuestro varón, de la que abusaban los enemigos y sus mismos compatriotas. La norma del disimulo heredado de su estirpe suavizaba todas las asperezas.

Pero la paz no es de este mundo, ni sacando fuerzas de la propia flaqueza.

Un día llegó de la lejana patria, ropa destinada para los cautivos, con más una manta para abrigarse en la noche. Aquí comenzaron las verdaderas desventuras de este ya desventurado Job.

Huérfanos de dinero, para poder subsistir los exhombres, debían procurarse comida por cualquier medio. A su vez, los guardianes "pilas" veían la forma de aprovechar cualquier descuido de los "bolis" para robarles, teniendo se-

gura la impunidad. Noche a noche se sucedían los hurtos de prendas de vestir y hasta de las mantas que les cubrían, durante el sueño. Al día siguiente venían las quejas y los castigos.

Pocoaca fue el más constantemente acosado. Le robaron su blusa, tan cuidada por él. Hubo queja, búsqueda y castigos. Ningún buen resultado se obtuvo. Luego, silencio. A poco le robaron la manta. El alboroto fue *in crescendo*, haciéndose más minuciosa la averiguación. Se denunció a algunos sospechosos. Hasta hubo amenazas de fusilamiento para los culpables. Y otra vez, nada.

Parecía que una fuerza misteriosa obrara en contra de este jobiano cautivo. Dormía vigilado a causa de sus continuas pérdidas. La angustia roía su aparente adormido espíritu. Desconfiaba hasta de su sombra. Las continuas pérdidas de Pocoaca constituían la nota social del diario de murmuraciones.

El escándalo llegó a su clímax, cuando llorando dio parte de la pérdida de su pantalón. No le quedaban más prendas que sus sandalias —hechas por él— aprovechando zapatos viejos, la camisa y el sombrero, precisamente en días y noches de permanente "surazo", no teniendo más recurso que buscarse compañeros para abrigarse al dormir.

Coincidiendo con la última pérdida de sus prendas, llególe un anuncio de giro, hecho por su madrina de guerra. Su rostro ya dolorido y dominado por la angustia dio muestras de un brillo de esperanza. Ya tendrá con qué comprarse ropa evitando su ridícula desnudez; estará en condiciones de satisfacer el hambre comprando mandioca cocida de las "marchantas", yerba, azúcar y galletas, para hacerse un "cocido" extra.

Sorprendió a los custodias paraguayos el verlo alegre y animado. Averiguada la causa, llegaron a saber la gran noticia.

Un tren de Asunción trae a unos señores gordos, elegantemente vestidos y de buena presencia. Son los pagadores. Se hace formar en cuadro a los prisioneros. El llamado

de nombres sabe a música celestial y se veía a los visitantes nimbados de divina luz.

El llamado de Pocoaca produce grandes muestras de regocijo general. Sale de su fila, atravesando el cuadro con paso trémulo. Con la máxima de sus satisfacciones recibe su dinero.

Naturalmente, ahora le rodean solícitos, los amigos. Se compra un pantalón, invita un "cocido". Y guarda el saldo para abastecerse de mandioca cocida cada día.

Todo parecía tornarse de color de rosa para Pocoaca. Pero con la satisfacción paradisíaca de sus antojos, le sobrevinieron desarreglos en el vientre, obligándole a trajines nocturnos, distintos de los obligados en el monte y de los trabajos que se daba a los cautivos....

Recuperada la confianza, se aventura solo para ir en las noches al excusado, donde había centinelas paraguayos. Ya casi estaba olvidado.

Estalla en la alborada de cierto día, una noticia escalofriante, haciendo agitar a los reclusos en el cuartel de Paraguari:

—¡Pocoaca se ha suicidado!...

El rumor origina correteo de guardias, de cautivos, de los médicos bolivianos que se encontraban en el hospital. Y todos contemplamos un cuadro macabro. Cerca del excusado, de los barrotes de una ventana situada casi a ras del suelo, pendía Pocoaca del cuello, sujeto por su cinturón, como si durmiera en tan extraña posición, sin tener las señales propias del ahorcamiento, que fue realizado con refinado arte y primorosa voluntad.

Los médicos, doctores Nicolás Carrasco y Renán Camacho presentaron un informe severo, destacando las posibles causas del deceso. Algo comprometedor sería para los encargados de la custodia, pues rápidamente despacharon a los galenos lejos y a puntos opuestos del territorio guaraní.

Los encargados del resguardo fueron cambiados de destino.

—¿Por qué se había "suicidado"?

Al registrar los bolsillos del pantalón de la víctima, comprobóse la ausencia en ellos del saldo del glorioso giro que a Pocoaca debía proporcionarle la satisfacción suprema... de la más grande de las libertades....



....¡QUE HAYA UN SOLO SOBREVIVIENTE!...

Aumentaba progresivamente el rigor en la prisión, juntándose con la falta de noticias de la familia, los datos contradictorios de la patria lejana y de las contingencias de la guerra.

Al morir el día y al regresar de la pesada jornada de trabajo, volvía el espíritu a remontarse con la fantasía hasta el confín lejano de la querencia. Las charlas tornaban hacia los problemas nacionales, apretando el corazón como con un grillete. Colmaban la mente grandes anhelos del regreso para colaborar a la campaña con consejos nacidos de la propia experiencia, o de la observación verificada en el país enemigo, o por el conocimiento más cabal del territorio patrio, así como por el contacto más íntimo entre oriundos de los diferentes departamentos bolivianos tan separados, tan disímiles y hasta tan hostiles entre sí...

Las evasiones se sucedían, a despecho del rigor de los cancerberos y de todas las dificultades multiplicadas en aquel país, hecho para ser nada más que una gran cárcel.

En las noches, en horas anteriores al toque de silencio ejecutado por un corneta boliviano, tendidos en la eterna verde grama, grupos de amigos aislábanse, formando conciliábulos, trazando planes, indagando rutas, intercambiando datos conseguidos con muchas dificultades. En las tardes dominicales, en las que la nostalgia abrumaba, los muchachos, entre la pirotecnia del chiste y de la carcajada, con los que deseaban ocultar su interior, charlaban con ciertas reservas, con frases convenidas, a fin de que no pue-

dan enterarse los demás compañeros, o que puedan filtrarse al oído de los carceleros.

En las cuadras del cuartel, algunos cautivos tocaban música con charangos, mandolinas y guitarras hechos por bolivianos y obtenidos a base de sacrificios materiales. Surgían los aires populares de la tierra lejana, de la patria ausente que impregnaban en los ánimos tristeza y alegría, ilusión y esperanza. Medidas las sonrisas, aparecía un brillo en los ojos, los que en momentos nublábanse con una leve humedad, invitando esa música al retorno al hogar, mientras el ferrocarril que tría enormes cargamentos desde la frontera con la República Argentina, por Encarnación, pasaba velozmente, orgulloso de su potencia, por enfrente del edificio, desdénando la quietud e invitando a apreciar el regio valor de la libertad.

Y fugaban los grupos cuando creían concluidos y perfectos todos los preparativos, con decisión de triunfar o sucumbir, constituidos en su mayoría por jóvenes llenos de energías, de promesas y de vida.

Uno de los grupos sufrió el más tremendo de los fracasos, quedando un sobreviviente que narró después el suceso, ignorante aún de la implacable orden impartida. En un común ideal congregáronse varios compañeros. José Caballero Moscoso, Wálter Quiroga Terán, Miguel Alandia Pantoja y dos chaqueños, muy hábiles rumboadores. Usai Aguilera y Mandavé Villa.

La preparación fue esmerada atendiendo los mínimos detalles. Consiguióse dinero y con este divino talismán, los elementos indispensables para la aventura. ¿Qué ruta tomar? y procuráronse afanosamente toda clase de datos lo más preciosos, haciendo un severo balance de probabilidades.

Decidieronse por el camino al Brasil, en el entendido de que estaba menos controlado, a pesar de representar la empresa, andar ochenta leguas a pie, cruzando montes abruptos. Aprovecharon una noche en la que por una fruslería castigaron a toda la tropa, teniéndola de pie varias horas robadas al ansiado descanso.

Diéronse cuenta de la huída al día siguiente, en la lista de diana. El encargado del Acantonamiento, un semiletrado Teniente González, apreciaba el talento de Caballero Moscoso, al que aparentaba tenerle una estimación a su manera, como el gato al ratón. Fugándose con otros estudiantes, consideró el "pila" que eran mayores las consecuencias. Y furioso exclama:

—¡A otros podrían jugarle! ¡Conmigo se han equivocado!....

Hace llover telegramas alarmantes al Estado Mayor de Asunción, al Ministerio de Defensa, etc., exagerando las condiciones e importancia de los evadidos. Se imparten órdenes y se envían patrullas por todos los lugares donde había posibilidades de que por allí podrían salir los fugitivos.

A uno de los custodias del grupo "leñeros" donde trabajábamos lo notamos muy preocupado. Era un hombre reservado, al parecer, nostálgico de su casa y de su "capuera", así como de su familia. Procuramos sondearle sobre lo que supiera de la evasión, aprovechando verlo después del trabajo de la tarde. Trata de evitar confidencias. Al fin nos confiesa que al día siguiente partirá con una misión, para perseguir y capturar a los fugitivos. Eran cinco los muchachos bolivianos comprometidos en esta empresa. La orden puntualizaba que si se encontraba a los cinco, se mate en el camino a cuatro y se traiga uno; siendo cuatro los cogidos, sucumbirán tres, debiendo, en todo caso, traer un solo sobreviviente.

Pasamos algunos días de tremenda tensión nerviosa, inquiriendo noticias por todos los medios de que podíamos disponer. Había contradicciones.

Un día vimos de regreso a uno de los comisionados. Luego el Tte. González nos avisa como gran hazaña:

—Se pescó a los guapos cerca de Piribebuy. Han sido muertos en el bosque los dos chaqueños que pretendieron escapar, corriéndose al monte. A los tres restantes... —enigmáticamente— los regresarán luego.... Y se ha capturado a cuatro evadidos de otro campamento...

Dos días después vimos llegar a Miguel Alandia Pantoja con los custodias. No pudo hablársele en seguida por prohibición terminante. Lo pasaron al Comando y encerráronlo con todas las precauciones, castigándolo allí. Lo vimos después, cruzando entre varios custodias al excusado, luego a la enfermería, para irse curando las heridas producidas en el suplicio.

Era intensa la ansiedad por conocer el destino de sus compañeros de evasión. Con algunas estratagemas y entre frases cortadas, nos dice:

—Han muerto a los cuatro... No comenten nada.... Sería empeorar la situación a todos ustedes...

Llegaron los "repetes". Ordenóse formación en cuadro, en la hora de lista de retreta, controlando que nadie se quede en las cuadras. Se tomaron las precauciones de costumbre. Dos banquillos fueron colocados al centro. Vienen cuatro verdugos con sendos látigos. Y al compás de "Noches del Paraguay", guarania tocada por la orquesta en el Casino de Oficiales, fueron flagelados hasta interrumpirse la operación por el desmayo de las víctimas, ya castigadas durante el trayecto de regreso...

Al día siguiente pudimos conversar al paso con los flagelados, desde su puesto de "plantones", que es la posición de pie, encima de los mismos bancos que prestaron su servicio en la apaleada. Se habían encontrado los indígenas con el grupo de Caballero Moscoso en una celda de la Policía de Piribebuy, logrando cambiar algunas frases, desde sus puestos, porque estaban colocados frente a frente. Tenían seguro, tanto Caballero como Quiroga —nos refirieron— salvar la vida. Alandia permanecía callado. Al pensar en la futura azotaina, estremecíanse los futuros mártires, pero agregaban que "eso" se podía soportar...

Después logramos saber algo más por el sobreviviente. Volvían sólo tres de esta malaventurada "expedición", ya que los chaqueños fueron muertos en el bosque. En el trayecto, cada custodia, con su cautivo, iba aislándose, pro-

curando que hubiera conveniente distancia de pareja a pareja, yendo su prisionero por su delante.

Viniendo de Piribebuy hacia Paraguarí, casi a medio camino, hay una empinada cuesta rocosa que contrasta con los campos feraces de su fondo, concluyendo en un arroyo de agua cristalina. Al bajar la pendiente, Alandía queda atrás, último con su custodia.

De pronto Alandía ve al custodia de Caballero que llevaba la delantera, hacerse atrás y dispararle a quemarropa en la cabeza, matándolo, a esta señal, el custodia de Quiroga ejecuta igual operación con dos disparos. Entonces, con la energía de la suprema desesperación, logra tomar el monte que lo conocía bien, buscando luego seguridad en el cuartel.

Como en primitivos tiempos, invitando al escarmiento, los cadáveres yacieron exhibiéndose en el lugar de la matanza durante varios días, mientras el arroyo, a pocos pasos de ellos, murmuraba plácidamente la sublime sonata del "agua que corre sobre la tierra".



¡USTE, "TORO", AHORA, BUEY!

Entre los prisioneros trasladados de otros campamentos, vino un soldado alto, trigueño, ojos vivos algo rasgados, de mirada altiva, nariz recta y en quien se notaba a primera vista un carácter firme, resuelto. Es antiguo prisionero, de los caídos en Boquerón, llamado por los íntimos el "Largo" González en señal de confianza y aprecio, sustituyendo por la costumbre el mote de "Largo" al nombre de pila olvidado. Fue cogido en varias tentativas de evasión, soportando altivamente las consecuencias.

Lamentábase del fracaso de su última aventura. Precisamente cuando mayor seguridad tenía de llegar a feliz meta, fue cogido juntamente con Elis Céspedes Toro y otro compañero cuyo nombre escapó de la memoria del relator.

Fueron capturados en circunstancias de encontrarse bogando en una canoa, rumbo a la ansiada libertad.

Conducidos a uno de los lugares próximos a Encarnación, fueron furiosamente flagelados, pues de la capital comunicaron que los tres resultaron ser reincidentes y necesitaban un castigo ejemplar, fuera del corriente.

El jefe paraguayo del acantonamiento medita. ¿Qué otro castigo se les podría aplicar, para que los demás prisioneros se vieran en el bárbaro caso de pasar por igual tortura?

Mientras cavilaba para recomendarse a sus superiores, a fin de que lo dejen perdido en un rincón del territorio, sus ojos tropezaron con el telegrama que continuaba extendido encima de la mesa-escritorio, despacho en el que vino la orden de Asunción.

Vuelve a leer los nombres. El dedo índice de su diestra se detiene.

—¿Elis Céspedes "Toro"?

Consulta en seguida sobre si lo de "Toro", segundo apellido de uno de los cautivos, significaba tener parentesco con el coronel David Toro, alto jefe del Ejército boliviano en campaña.

La respuesta afirmativa sugirióle una demoníaca determinación a su problema.

Ordenó ponerles sendas coyundas a los tres, asegurándolas a un yugo, no sin que hubiera desesperada resistencia, ya que de por sí los culpables del delito de fugarse de la prisión impuesta por la guerra, eran "retobados", o sea, rebeldes en grado máximo.

Luego de enyugados, dirigiéndose a Céspedes, el celoso jefe pronunció inusitada sentencia:

—¡Usted, "Toro", ahora, buey!

Y dispone uncirlos a una carreta.

Aun a despecho de sus ligaduras, Céspedes Toro se yergue y grita al Comandante:

—Si se trata de mi persona, que se me castigue a mí solo. ¡Deje libres a mis compañeros!

El jefe del acantonamiento contesta socarronamente:
—Es para que le ayuden. Qué más quiere. Avise a su tío David.

Los penados tuvieron que arrastrar el vehículo corriente en las rutas paraguayas, apuntados por dos revólveres cuyos poseedores, cómodamente sentados en la plataforma, con una mano tiraban de las coyundas y con la otra ansiaban hacer fuego en un blanco seguro, sin la reciprocidad a que obliga singular lucha.

Los condenados impulsaron la carreta, obligados por la fuerza del instinto, pues sus verdugos disparaban más de una vez, pasando los proyectiles cerca de las orejas y por encima de las cabezas de las víctimas.

Los paraguayos, en paradisíaco "palco" celebraban la ocurrencia.

Pero no fue todo. Había que extremar la original tortura.

Desuncidos de la carreta, los tres castigados continuaron con el yugo puesto durante quince días, no quitándoseles la boyeril prenda con ningún pretexto o motivo fundamentado, cualesquiera que sean las necesidades apremiantes. Así tenían que comer, dormir y cumplir otras exigencias físicas, aunque prosaicas en la existencia humana, en la que —forzoso era convencerse— no todo es puro y bien oliente como se quisiera, había que efectuarlas.

Para esas emergencias tuvieron los penados que expresar pareceres; ponerse de acuerdo, ingeniéndose diversas formas, a no enojarse, turnándose para incomodar lo menos posible al vecino.

El "Largo" al narrar la peripecia, lo hace riendo y jura por la barba del Profeta, por la Virgen de Caacupé, por las botas de Franco, hacerse el "levudo" ahora para tramar otra tentativa más perfeccionada. Depende del lugar a donde se lo destine. Ya no quieren tenerlo en lugares conocidos por él.

Pero Elis Céspedes Toro, cuyo segundo apellido dio lugar a tan luciferina condena, ignorada en el infierno dan-

tesco así como por los atormentadores inquisitoriales, conservó, no sólo un irreductible resentimiento. Arrojado y temerario como era, juró no sólo escapar nuevamente, sino vengarse.

Una última intentona de fuga le dio ¡por fin! buen resultado. Se reincorporó al Ejército como oficial. Pidió en Cochabamba permiso para visitar el Acantonamiento de prisioneros paraguayos en el Chimoré. Una vez allí —¡mala suerte para el damnificado!— con el primero que se encontró, fue con el Tte. del Valle, el "Unico Ayudante de la Ayudantía", que en el cuartel de Paraguari, después de obsequiar una magnífica alborada en el día de los Reyes Magos, fue el que inició feroces azotainas a los evadidos. Este infeliz fue víctima del concentrado rencor del "Toro", obligado a funcionar como "buey", traccionando la carreta. Con incontenible furor Céspedes Toro dio salida a su recóndito rencor, precipitándose sobre el paraguayo. Descargó sobre éste fuertes golpes, para que pague en el pellejo propio, lo que en forma insana ejercitó en el cuero de los "bolis". Lo dejó exánime.

La cruenta campaña en el "Desierto Verde", parece que le metió el diablo en el cuerpo. Resultó ileso durante las acciones en las que tomó parte activa. No obstante los fuertes castigos a los que fue sometido en la tierra guaraní, salió del cautiverio con integridad física, gracias a su vigorosa constitución.

Más que la tan consabida psicosis de guerra, en sus demostraciones arreciaba la del cautiverio, debido a complejos reprimidos. Era más firme el substrato donde se guarecía larvado el sentimiento del orgullo herido.

Inconforme con las actividades militares rutinarias en tiempo de paz, pidió que se le incorporara en comisiones de verdadero riesgo. Parecía que afanosamente buscaba entenderse con Atropos, para que le cortara el hilo de su enmarañado sino.

Su comunicación con la enlutada Parca se produjo a escasos años de terminada la contienda.

Fue destinado para sofocar una rebelión de mineros, comandando una compañía de soldados. Producido un entrevero, recibió fatal descarga que puso fin a su conturbada existencia.



BRINDIS EN PIRIBEBUY

En la Sala de Instrucción Teórica del cuartel de Paraguari, pintado en grandes caracteres, contorneando las partes superiores de las paredes, figuraban las diversas acciones de armas efectuadas durante la guerra de la Triple Alianza, con las fechas respectivas. Indudablemente que el propósito de quien dispuso tal registro fue la de mantener frescas en las mentes de militares y soldados las duras emergencias de una cruenta campaña que el Paraguay protagonizó, cumpliendo el lema del Mariscal Francisco Solano López: "INDEPENDENCIA O MUERTE".

Entre los recuadros figuraba la defensa de Piribebuy, tercera capital de la República durante la contienda.

Con motivo de las salidas a los trabajos, mediante los contactos establecidos incidentalmente o con cierta duración, con personas mayores, incluso ancianas "vaquianas en Castilla", o sea, que se hacían entender en castellano, tuvimos referencias truculentas de la tremenda campaña triplicite, en la que el Mariscal López, sucesor en la presidencia del país guaraní, por herencia de su padre Carlos Antonio López, sometió a su pueblo a la más cruel de las eliminaciones, por no dejar el poder, condición impuesta por los aliados.

Entre las referencias obtenidas por tradición oral, o conseguidas en lecturas aisladas, causaron viva impresión los rasgos épicos de la defensa de Piribebuy.

Pueblecito de cordillera, situado al Noreste de Paraguari, tenía antes de la contienda de la "Triple" 800 habitantes. Placita y calles eran contorneadas con corredores exteriores, sin pavimento en las vías; en los techos predomina-

ban tejados rojizos, cuando no eran elementales tortas de paja y barro.

Cuando se produjo la carrera bélica desde el Itapirú hasta el Aquidabán-Nigüí, Piribebuy se constituyó en la tercera capital, sede del Gobierno, ocupándose las mejores casas por las autoridades nacionales. Allí residían el Vicepresidente, los ministros y demás plantas burocrática, sus oficinas y las familias de los altos empleados y de los jefes militares. El área urbana era de escasa capacidad, sin embargo, por imposiciones de la campaña, tuvo que albergar en centro y rebasando alrededores, hasta en los campos aledaños, más de 10.000 mujeres y niños que vivían hacinados en viviendas de cueros y de ramas. Por orden del Supremo se organizó allí la guarnición que componíase de 2.000 soldados.

Producido el asalto del ejército brasileño a las trincheras construídas por ancianos, mujeres y niños, todos defendieron furiosamente al pueblo, con arma blanca. Desde el fondo de los parapetos apuñalaban a los invasores. En momentos, a falta de armas o con la fuerza de resistencia que da la desesperación, las mujeres les hicieron llover tierra y arena a los ojos; les rompían la cabeza a pedradas, hiriéndoles las caras con vidrios de botellas. Pero a poco los enemigos vencieron, pasando por las defensas y calles, pobladas de cadáveres. Los techos de las casas ardían. Mujeres y niños escuálidos pedían llorando se les dieran alimentos.

Los pobladores sabían muy bien, que si no luchaban como lo hicieron, morirían con los suplicios más atroces inventados por el Caray-Guazú y por sus secuaces.

Según referencias transmitidas por la tradición oral, una vez ocupado el pueblo, el jefe brasileño hizo degollar al Comandante de la plaza en presencia de la esposa del infeliz vencido....

Cuando regresaba una tarde del trabajo con "Leñeros", supe que había sido destinado, junto con otros compañeros, para formar un grupo que debía partir al día siguiente a Piribebuy.

—Pueblo sufrido y amargado ha de ser —me dije—. A ver qué pasa.

No todo en este mundo es malo, tuve que reconocer después. En las condiciones nuestras, la situación dependía de órdenes verticales militares que debían cumplirse sin análisis.

Llegamos a nuestro nuevo destino en una noche, llenos de ansiedad, por la incertidumbre que atormentaba a las mentes enfermas, convencidas de encontrar siempre en todos los sitios del país enemigo, amarguras, vergüenzas y humillaciones.

Conducidos a un galpón alumbrado por un triste farol, se hicieron presentes allí las autoridades, algo achispadas. Nos contemplaron "en grande", "en detal" y "en revisión". El Presidente de la Junta Municipal, después del detenido examen, pronunció un discurso de recepción en los siguientes o parecidos términos:

—Son prisioneros y no deben olvidarse de su condición. Nosotros somos nobles y les vamos a tratar conforme lo que trabajen... Si se portan bien, se procederá con ustedes lo mismo. Y si no... Tienen que ganar su alimento porque somos pobrej....

Elaborando mejor sus ideas, concluye su alocución, diciendo:

—El que no trabaja, no come.

Este principio contenido en la constitución soviética, me recuerda lo que durante el viaje dijo el custodia conductor, que debíamos trabajar, aunque Bolivia pague nuestra manutención, porque "somoj pobrej".

Luego de una cena que consistió en pedazos de panza mal lavada, y a medio cocer, dormimos con relativa tranquilidad. Como éramos sólo veinte, no teníamos que sopor-tar un fatigoso conglomerado que por el estado psicológico predominante de acritud al regreso de la jornada, se desbordaba en manifestaciones hostiles de puñetazos entre los compatriotas, luego de discusiones acerbas.

—Pueblo sufrido y amargado ha de ser —me dije—. A ver qué pasa.

No todo en este mundo es malo, tuve que reconocer después. En las condiciones nuestras, la situación dependía de órdenes verticales militares que debían cumplirse sin análisis.

Llegamos a nuestro nuevo destino en una noche, llenos de ansiedad, por la incertidumbre que atormentaba a las mentes enfermas, vencidas de encontrar siempre en todos los sitios del país enemigo, amargas, vergüenzas y humillaciones.

Conducidos a un galpón alumbrado por un triste farol, se hicieron presentes allí las autoridades, algo achispadas. Nos contemplaron "en grande", "en detal" y "en revisión". El Presidente de la Junta Municipal, después del detenido examen, pronunció un discurso de recepción en los siguientes o parecidos términos:

—Son prisioneros y no deben olvidarse de su condición. Nosotros somos nobles y les vamos a tratar conforme lo que trabajen... Si se portan bien, se procederá con ustedes lo mismo. Y si no... Tienen que ganar su alimento porque somos pobrej....

Elaborando mejor sus ideas, concluye su alocución, diciendo:

—El que no trabaja, no come.

Este principio contenido en la constitución soviética, me recuerda lo que durante el viaje dijo el custodia conductor, que debíamos trabajar, aunque Bolivia pague nuestra manutención, porque "somoj pobrej".

Luego de una cena que consistió en pedazos de panza mal lavada, y a medio cocer, dormimos con relativa tranquilidad. Como éramos sólo veinte, no teníamos que sopor-tar un fatigoso conglomerado que por el estado psicológico predominante de acritud al regreso de la jornada, se desbordaba en manifestaciones hostiles de puñetazos entre los compatriotas, luego de discusiones acerbadas.

Al día siguiente, domingo, luego de un saludable baño en el "Arroyo", llamado así al río que pasa en declive por la orilla del pueblo, cuya corriente arrastra aguas cristalinas, tomamos el desayuno dentro de un clima de paz que se mantuvo durante toda nuestra permanencia.

Nos filian en la Policía. Algo que sorprende a la primera autoridad política es la profesión manifestada individualmente. Más de la mitad estaba compuesta por estudiantes de Derecho, Ingeniería, Comercio. Había un Profesor de Estado, algunos obreros y pocos indígenas. Según el Comisario, contrastaba el sistema de movilización empleado por el Paraguay, que había sacado estudiantes, incluso de secundaria, para que sigan cursos de oficiales de Reserva, con el propósito de distinguir y salvar en alguna forma a la juventud estudiosa y a los profesionales.

Todo el aparato de rigor y crueldad para nosotros desaparece como por encanto.

Como curiosidad histórica, contemplamos en el edificio de la Comisaría, que se encuentra en una plataforma superior al nivel de la calle, hacia la izquierda de un arriate que miraba a la plaza, un cañón a mecha, mandado fundir por el Supremo, teniendo a ambos costados los proyectiles, unas masas ojivales de bronce macizo. El cañón registraba la fecha de su fabricación.

Pedimos permiso para hacer algunas compras. Se nos concede en tono cortés, dándonos un custodia para nuestra propia seguridad, según se explicó.

Saliendo de la Policía, aparece a primera vista la plaza principal, de mediana dimensión. Al costado izquierdo, el templo. Al centro y circundado por una verja se yergue una estatua alegórica que en su pedestal lleva la inscripción: "POR LA FUERZA DEL DERECHO". Representa el homenaje rendido a los caídos en la defensa del pueblo, en cuyas afueras se mantienen las posiciones o zonas, hoy cubiertas de espesa grama verde, donde combatieron con las tropas en forma desigual, ancianos, mujeres, inválidos y niños.

Al regreso nos encontramos con una invitación a todo el contingente, del cura párroco, para oír misa. La ceremonia religiosa se efectúa con la solemnidad acostumbrada. En su plática, el bueno del sacerdote, en palabras dichas en castellano mezclado con guaraní, recomienda que se nos trate como "prójimos" y que debían ayudarnos.

De regreso del templo, al pasar por frente de un almacén, mis ojos tropiezan con los de una muchacha de tipo español, morena moruna, de ojazos negros, vivos; cutis aterciopelado, cuerpo esbelto. Esos ojos negros de mirada grácil y picaresca expresaron, en vez de burla, curiosidad mezclada de simpatía. Sin poder contenerme, exclamo:

—¡Qué regia flor paraguaya!

¡Milagro divino! La muchacha sonrió.

Y la reacción me vino después de algunos pasos. Ciertos lujos están vedados en nuestra condición. No estamos de turistas.

Las sorpresas continuaron. Como éramos los primeros prisioneros alojados en el pueblo, la curiosidad era general.

En la tarde se sucedieron las visitas.

Señoras y señoritas, en compañía de algunos jóvenes, luego de los saludos de cortesía, despertando confianza, pidieron que se cante y se recite canciones y poesías bolivianas. Los gentiles pedidos originaron un desconcierto inicial, mas, después de un momento de indecisión y correspondiendo al tono amistoso empleado, se soltaron las lenguas y gargantas de cantores y recitadores ocasionales, despejando rencores y recelos.

Entre los visitantes pregunta por mí un joven de regular estatura, ojos vivaces, tez blanca pálida, bien vestido. Se trataba de Aristides Díaz Peña, intelectual de izquierda, antibélico. Aprovechaba ser pariente del Comisario para encontrarse allí. Había visto mi nombre en la lista, sorprendiéndose de mi condición de profesor de secundaria. De hecho se produjo sincera cordialidad. Me despierta la otra personalidad recubierta por la bestialidad de la guerra. Prometió

traerme libros y revistas para mi lectura durante los momentos de descanso, lo que cumplió con entera voluntad.

Un joven Castagnino compromete la visita del grupo a su propiedad de las afueras para el día siguiente, en la hora de la siesta. Allí nos agasajó con naranjas y mandarinas, cuyo cultivo servía a su familia para exportar a la Argentina.

Al regresar, vimos una concentración de campesinos frente a la casa parroquial. El noble levita, hablando en guaraní, explicaba a los asistentes que nosotros fuimos traídos para trabajar en Obras Públicas y no estábamos a cargo del ejército ni del Estado, sino de la "Sociedad Patriótica del Pueblo". Que después de concluidos los trabajos de urgencia nos repartirían a los particulares. Recomendó darnos buen trato.

Nos visita un señor con las características de un caballero culto y distinguido. Era el poeta Federico Ortiz Méndez, cuya conversación agradable interesa mucho. Nos saca a pasear. Haciendo de un fino cicerone, enseña las particularidades del pueblo al que viene de vez en cuando. Pone énfasis en los detalles de la defensa y captura de Piribebuy. Narra terribles escenas, confirmando los espeluznantes datos que habíamos recogido. Había sido premiado en un concurso de poesía por un poema suyo —que nos hizo conocer posteriormente, a nuestro pedido— inspirado en la capital paraguaya, por el que fue declarado "Poeta de Asunción".

De retorno del pueblo al galpón del alojamiento, un compañero refiere pintoresca anécdota.

Una señora vio pasar a dos indígenas de nuestro grupo. Los mira. Mueve la cabeza y muy intrigada pregunta al que por allí casualmente transitaba:

—¿Pero cómo estos infelices iban a luchar con sus flechas frente a las balas?

No nos dijo cómo satisfacería tan peregrina curiosidad.

Como la misión especial de nuestro contingente era la de ensanchar el camino carretero que une Piribebuy con Pirayú, pueblo importante que a su vera ostenta la Estación

del Ferrocarril Central Paraguayo, así como para efectuar serias reparaciones en la extensión de la mencionada ruta, debemos trasladarnos a un campamento adecuado en la Cordillera. Nos entregaron herramientas que pedían a gritos su relevo.

Partimos al amanecer. Ya en medio camino encontramos en sus bordes a campesinos que solícitos nos obsequian naranjas, caramelos, mandioca cocida. Recordamos la exhortación del cura, de portarse con nosotros como "prójimos", recomendación que visiblemente se cumple.

Para el trabajo, se dispuso con tino y sentido práctico la distribución de las tareas de acuerdo con las posibilidades físicas de los prisioneros, calculando el tiempo de su conclusión.

En las noches se toca música con la guitarra de Hugo Tejerina, caído en Boquerón, quien, en la mayor parte de las circunstancias poseído de infinita amargura, con un dominante masoquismo afectivo, entonaba los tangos de más quejumbrosa letra, causando con ello un sinsabor general... Salvaba el caso un muchacho paraguayo visitante, que lanzaba al aire un repertorio inacabable de guaranías, polkas, combinando con canciones humorísticas.

Una tarde cruza por el camino un acompañamiento fúnebre que llevaba a la última morada a un chiquillo. Detrás del féretro descubierto venían dos mujeres llorando con toda la fuerza de sus pulmones. El resto del acompañamiento pasaba conversando con voz queda, dejando de vez en cuando explotar una carcajada. El custodia señaló que aquellas eran las lloronas, contratadas y bien remuneradas, quienes, tanto en el velorio del difunto, como en el entierro, tienen que llorar. Es su trabajo. Esto recuerda la tradición dejada por los eúskaros y trasladada a la América por los colonizadores.

Los libros y revistas obsequiados por Arístides Díaz Peña me proporcionaron con su lectura en horas de descanso, diversas impresiones y motivos de meditación acerca de problemas serios del continente nuestro.

En un número de "CLARIDAD", revista argentina, se destacaba la poesía titulada "LA DISCORDIA DEL DOLAR Y DE LA LIBRA ESTERLINA", firmada por Díaz Peña. En esta composición se reducía la guerra chaqueña al duelo verbal sostenido entre dos monedas que representaban, respectivamente, dos grandes empresas petroleras expoliadoras mundiales: la Royal Dutch Shell, firma inglesa y la Standard Oil Company, estadounidense. El pugilato cargado de insultos mutuos es enconado. Tanto el dólar como la libra esterlina se ufanan de constituir la potencia mayor, mientras dos pueblos frateros, el Paraguay, donde imperaba la Royal Dutch Shell y la Standard Oil Company, dueña del Chaco Boreal boliviano, empeñada en sobreponerse sobre aquella, lanzaron a sus juventudes para que se exterminen en provecho ajeno con las balas, la sed y con múltiples padecimientos crueles en un detestable averno y los dichos propietarios de las concesiones petroleras, desde lejos manejaban los hilos de la tramoya en pos de particular hegemonía, quedando el pleito territorial o de fronteras en segundo plano. Compuesta la poesía conforme estalló el conflicto bélico, fue publicada en 1933.

El hecho era cierto, pero mucho peor que lo descrito, pues la Standard Oil Company empresa monopolista que con artimañas y con complicidades de los hombres de gobierno consiguió mediante transferencia de la Richmond Levering hacerse propietaria de 3.145.000 hectáreas de zonas petrolíferas el 25 de julio de 1922, empezó a producir desde 1925, exportando "el rubio kerosene" en oleoducto clandestino a la Argentina, acrecentando su ambición a medida que la explotación del terreno demostró una fabulosa riqueza en hidrocarburos. No le bastaba eso a la depredadora empresa. Tenía en el Paraguay su representante en el mismo Presidente Eusebio Ayala y en la época de guerra declaróse "neutral" para precautelar sus pertenencias. Descubiertas las artimañas de la diabólica compañía, pasada la guerra, el Presidente David Toro mediante Resolución Suprema de 13 de mar-

zo de 1937 declaró la caducidad de las concesiones petrolíferas de aquella y la reversión de sus bienes al Estado.

Pasaba diariamente por el camino un señor ya entrado en años, pero robusto, deteniéndose en cada grupo para conversar. Se llamaba Manuel D. Llamosa. Era exportador de ganado. Siempre proporcionaba noticias de la campaña. Alguna vez le escuchamos decir:

—La guerra la hacen los gobiernos. Ustedes no tienen la culpa. Y es precisamente el elemento popular el que tiene que sufrir las consecuencias.... Yo "no me hallo" con la guerra, porque soy hombre de trabajo y como todos los trabajadores, sufro perjuicios.

El trabajo del camino llega a su término. Vióse en autoridades y pueblo nuestra voluntad que respondía al trato recibido. Se ha de celebrar la entrega, señalada para la mañana del domingo.

Arriban al campamento los "notables" de la villa, montados en briosos caballos, encabezando la comitiva el señor Comisario, quien personalmente portaba una bordalesa de "caña" y un saco de mandarinas, naranjas y limones que entregó a dos comisionados nuestros diestros en la preparación de cocteles. Al lado del campamento se hizo cocer asado "al palo", barbacoa de costumbre.

Se establece un ambiente cordial, de confianza y mutua estimación. Los cocteles van desatando las lenguas. Se tiene que hacer la entrega oficial, sugiriéndome un compañero que debía decir algo. ¿Qué tenía que ser? **Un brindis.**

Puesto de pie, expresé lo siguiente:

—Rindo profundo homenaje de admiración a Piribebuy, pueblo paraguayo, cuna de héroes que con su sacrificio enseñó al mundo su voluntad de rechazar toda intromisión ajena a sus destinos. Dando por cumplida nuestra tarea, agradezco por el humano trato recibido, sin notas discordantes. Somos dos países pobres que conquistamos la libertad para comprendernos. En este momento solemne, brindo con mis mejores votos porque cualquiera que sea la conclusión de la indeseable campaña, Bolivia y Paraguay se complementen

con sincero entendimiento dentro de un trabajo creador que proporcione la felicidad para esta parte de la América.

Libamos sendas copas. El Comisario sale al camino y dispara al aire su revólver en señal de regocijo...

Desde el día siguiente hacemos varios trabajos en la divisoria con Caacupé y luego en el pueblo. Y aquí comenzaron las complicaciones.

Empezamos a ver caras agriadas. Un custodia refiere confidencialmente los inconvenientes que iban produciéndose entre los miembros de la "Sociedad Patriótica del Pueblo", que vivía pendiente del esfuerzo nuestro para responder a los adversarios políticos durante el primer tiempo. Como ya habíamos cumplido las labores proyectadas debíamos ser distribuidos entre los particulares. Entonces resultamos convertidos en la manzana de la discordia. No a todos los socios de la Junta iba a tocarles por separado igual número. Los "potentados" que habían contribuido con mayor acotación se consideraban con derecho a disponer de más prisioneros. Otros pensaban que debían ser la distribución por igual. Después de varias sesiones y de discutir diversas "fórmulas" de transacción que sólo fueron parcialmente aceptadas, con descontentos, se llegó a una solución final y salomónica: devolvernos al cuartel de Paraguarí....

Pero mi estancia en Piribebuy tuvo una consecuencia insospechada. Así como un trago saca otro trago y palabras sacan palabras, el brindis que había propuesto en la entrega del trabajo del camino a Pirayú, trajo otro del que me enteré después cuando me encontraba en Yuguayry. Publicada en la revista "ALBORADA", "tribuna del pensamiento de la nueva generación paraguaya", de Asunción, en su número 8 correspondiente al 1º de enero de 1936, figuraba una poesía dedicada a mi persona. Hela aquí:

VICTOR VARAS REYES

BRINDIS

Para ALBORADA

(Al compañero Varas Reyes,
estudiante boliviano prisionero)

Mientras siembre la guerra su anti-humana semilla
en los surcos horribles que la Muerte abonó,
¡esbocemos nosotros, fervorosos, vibrantes
el albor redentivo de un futuro mejor!

Mientras ruja el delirio del Pasado cretino
con sus huestes macabras de la Destrucción,
¡levantemos nosotros nuestros cantos de hermanos
y estrechemos las manos por la gran Rebelión!

No está lejos la aurora que anhelamos los parias
bajo el dogma impudente de esta Cárcel social,
¡no está lejos la ruina de las ruinas burguesas
si escuchamos resueltos el llamado de Marx!

¡El llamado que un día nuestros pueblos esclavos
alzarán como emblema de la Unificación!,
¡el llamado vidente que Lenin en la Rusia
proletaria y rebelde con su genio grabó!

ARISTIDES DIAZ PEÑA

Piribebuy, julio 14 de 1934

El gesto generoso de la dedicatoria y su contenido no dejó de impresionarme profundamente, aunque no haya cumplido el consejo de seguir el llamado de Marx y de Lenin, porque en mi concepto, había otros caminos, otras metas en los países latinoamericanos, que al luchar por el común bienestar de los seres humanos, sin discriminaciones, no se los reduzca a simples dientes del engranaje de una máquina, como anónimos peones de un casillero, porque hay tesoros más preciosos que la mecanicidad a que son sometidos los individuos en los ya múltiples países comunistas: la personalidad, la dignidad humana. Y sobre todo ello, la red de libertades cuyo ejercicio custodia, como en un cofre, los atributos inherentes al Hombre, irrenunciables de por sí.

En cuanto al imperativo palpitante de la justicia social —alejándonos de especulaciones utópicas— si se procura disminuir el tétrico dualismo de ricos y pobres, de clases y castas privilegiadas dominantes y las desposeídas y dominadas, persiguiendo la integración positiva de las masas marginadas de los campos a la vida nacional, con razonables desprendimientos en el ámbito económico, se obtendría un equilibrio en la vida humana que evite el implacable y estéril canibalismo —mental o material— entre posiciones antagónicas. Y en lo internacional, trabajar con firmeza por un conveniente intercambio comercial, cultural y tecnológico, mediante una acción combinada que convierta las aspiraciones progresistas de los pueblos en palpables realidades, trocando la supremacía abusiva de los poderosos en diligente cooperación a los más débiles, para que éstos resuelvan los problemas del subdesarrollo, sin renunciamiento de su identidad y soberanía....

Nunca más he tenido noticias del noble amigo, conocido en tan paradójicas circunstancias, en los diversos pueblos paraguayos, ni en la guerra, ni después de la paz.

¿Qué sería de él? ¿Habría sucumbido víctima de sus principios? No pudiendo escabullirse de un forzoso alistamiento, ¿habría sido quizás devorado por Moloc? De todos modos guardo para el noble amigo el mejor de los recuerdos.

INDICE

	Página
Por el título	7

APUNTES FOLKLORICOS

1.— Humor en la copla española e hispanoamericana	13
2.— La Navidad tarijeña actual	31
3.— Una "yerra" en "La Choza"	51
4.— El "Muchacho" en el folklore potosino	65
5.— Caballerías en la Fiesta de Guadalupe entre- riana	75
6.— El gallo y sus familiares en el folklore boliviano	93

RELATOS

1.— El misterio de "El Altillo Quemado"	107
2.— Un gallo en conflicto judicial	127
3.— Sabio de chacra-adentro	135
4.— ¡Ay, cuando muera el "Neme"!	141
5.— Urdimalis en la trampa	147
6.— Corregidor contra cuatrero	157

COMPANÍA UNIFICADA "PRO-ABSURDO"

I.—Cómo aparecen los empresarios	173
II.—La Empresa entra en acción	181
III.—Moloc abre sus fauces	189
IV.—Kundt ingresa al Consorcio	198

INDICE

	Página
Por el título	7

APUNTES FOLKLORICOS

1.— Humor en la copla española e hispanoamericana	13
2.— La Navidad tarifeña actual	31
3.— Una "yerra" en "La Chozza"	51
4.— El "Muchacho" en el folklore potosino	65
5.— Caballerías en la Fiesta de Guadalupe entre- riana	75
6.— El gallo y sus familiares en el folklore boliviano	93

RELATOS

1.— El misterio de "El Altillo Quemado"	107
2.— Un gallo en conflicto judicial	127
3.— Sabio de chacra-adentro	135
4.— ¡Ay, cuando muera el "Neme"!	141
5.— Urdimalis en la trampa	147
6.— Corregidor contra cuatrero	157

COMPañIA UNIFICADA "PRO-ABSURDO"

I.—Cómo aparecen los empresarios	173
II.—La Empresa entra en acción	181
III.—Moloc abre sus fauces	189
IV.—Kundt ingresa al Consorcio	198

	Página
V.—Tentativa fallida de "sabotaje" a la Empresa ..	205
VI.—Los empresarios cuidan su interés particular ...	215
VII.—Óptimas ganancias en la Operación Campo Vía	225
VIII.—Otro Lawrence en el Averno	233
IX.—Final de la Operación Campo Vía	238

"¡Y SIGA PUE... BOLI! O LOS DESFILES DE LA AMARGURA

Ingreso de Jefes y Oficiales paraguayos a la Picada.— Primeros atracos.— La caravana fantasmal.— Las calles de la "Amargura".— Puerto Casado.— Isla del Hambre.— Paso por Asunción.— Cuartel de Paraguarí	251
---	-----

ALGUNOS CUADROS DEL CAUTIVERIO

1.— Juan Reyes, víctima de un uranista	291
2.— Religión para los cautivos	296
3.— El "suicidio" de Santiago Pocoaca	304
4.— "¡Que haya un solo sobreviviente!"	308
5.— "¡Usted "Toro", ahora, buey!"	312
6.— Un brindis en Piribebuy	316

ERRATAS MAS NOTABLES

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
19	11	la volví	lo volví
33	29	de uno	de a uno
87	3	al paso de su	al paso su
103	24	Gallo redondo	Callo redondo
108	24	que hacen	que lucen
119	19	retoza de El Altílo"	retoza en la pieza de "El Altílo"
129	28	se de paso	sea de paso
150	5	trasladado	traslado
173	14	por famosa	por la famosa
246	18	inconcluso	inconcuso
291	5	El Levítico	En El Levítico
294	20	juzgado	juzgando
309	11	tría	traía

Este libro se terminó de
imprimir en Septiembre
de 1972, en los talleres
de la Empresa Editora
"UNIVERSO".
La Paz - Bolivia
